

José Vicente Torrente

EL PAÍS DE GARCÍA

Edición de Javier Barreiro



Larumbe, 28
Filología



Directores de la colección:

Fermín Gil Encabo, Antonio Pérez Lasheras
y Ángel San Vicente Pino

Comité editorial: José Luis Marquina García, Ángel Gari Lacruz,
José Enrique Laplana Gil, Alberto Montaner Frutos,
Eliseo Serrano Martín, José Manuel Latorre Ciria,
Ángel Garcés Sanagustín, Francho Nagore Laín,
Guillermo Pérez Sarrión y Alberto del Río Nogueras

Correctores: Teresa Sas Bernad y Jesús Gascón Pérez
Secretaría: Servicio de Publicaciones de la Universidad
de Zaragoza

JOSÉ VICENTE TORRENTE

EL PAÍS DE GARCÍA



José Vicente Torrente

Retrato y firma de José Vicente Torrente

JOSÉ VICENTE TORRENTE

EL PAÍS DE GARCÍA

Edición, introducción y notas de
JAVIER BARREIRO

Larumbe



Clásicos Aragoneses

Prensas Universitarias de Zaragoza
Instituto de Estudios Altoaragoneses
Depto. de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón

Ficha catalográfica

TORRENTE, José Vicente

El país de García / José Vicente Torrente ; edición, introducción y notas de Javier Barreiro. — Zaragoza : Prensas Universitarias de Zaragoza : Departamento de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón ; Huesca : Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2004

LII, 396 p. ; 21 cm. — (Larumbe : clásicos aragoneses ; 28. Filología)

Bibliografía: p. 369-382. Índice toponímico: 385-396

ISBN 84-7733-685-7 (rústica). — ISBN 84-7733-686-5 (tela)

I. Barreiro, Javier, ed. lit. II. Aragón. Departamento de Educación, Cultura y Deporte. III. Instituto de Estudios Altoaragoneses. IV. Prensas Universitarias de Zaragoza. V. Título. VI. Serie: Larumbe : clásicos aragoneses ; 28. Filología

821.134.2-992-19*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquier forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

© Javier Barreiro

© De la presente edición, Prensas Universitarias de Zaragoza, Instituto de Estudios Altoaragoneses y Departamento de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón
1.ª edición, 2004

Instituto de Estudios Altoaragoneses (Diputación de Huesca), c/ Parque, 10. 22002 Huesca, España. Apartado postal 53. Tel.: 974 29 41 20. Fax: 974 29 41 22. e-mail: iea@iea.es. Dirección de Internet: <http://www.iea.es>

Prensas Universitarias de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12. 50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 76 13 30. Fax: 976 76 10 63. e-mail: puz@posta.unizar.es. Dirección de Internet: <http://puz.unizar.es>

Departamento de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón. Edificio Pignatelli, paseo M.ª Agustín, 36. 50004 Zaragoza, España.

Diseño de sobrecubierta: José Luis Cano

Impreso en España

Imprime: INO Reproducciones, S. A.

D.L.: Z-****-2004

EL EMBAJADOR BIENHUMORADO

EL AUTOR

JOSÉ VICENTE TORRENTE SECORÚN¹ nace en el número 7 del Coso Alto de Huesca el 26 de octubre de 1920, en el seno de una conocida familia de la ciudad. Fue el segundo de cuatro hermanos, hijos de Vicente y Pilar. El padre, Vicente Torrente Villacampa, con solar en la casa Sanz de Angüés, fue jefe superior de la Administración Civil y se jubiló como administrador principal de Correos en Huesca. Estaba emparentado con Manuel Villacampa, el brigadier responsable de la fracasada intentona, que, bajo los auspicios del jefe del Partido Republicano, Manuel Ruiz Zorrilla, intentó proclamar la república en 1886, durante la regencia de María Cristina.² Igualmente, era descendiente directo del también general Pedro Villacampa y Maza de Lizana, héroe de la guerra de la Inde-

1 El nombre que le impusieron al bautizarlo fue Vicente Evaristo, pero en la confirmación lo sustituyeron por José Vicente, en memoria de un hermano cura de su padre.

2 Manuel Villacampa del Castillo (Betanzos, 1827 – Ceuta, 1887). Después de una intensa carrera militar fue ascendido a brigadier en 1873 y separado del servicio en 1877, por sus ideas republicanas. Readmitido en 1882, en 1886, ya en la reserva, encabezó la sublevación que proclamó la república y fue derrotada. Condenado a muerte tras su intentona, la presión pública hizo que la pena fuera conmutada por la de cadena perpetua. Fue recluido en Fernando Poo y, después, en Ceuta, donde murió, al parecer envenenado con arsénico ante el temor de que Ruiz Zorrilla facilitase su huida.

pendencia.³ Su hermana Pilar tuvo varias hijas y una de ellas, Fermina Atarés Torrente, casó con Antonio Saura Pacheco, inspector de Hacienda que llegó a ostentar el cargo de secretario general de la Inspección General del Ministerio de Hacienda, de cuyo matrimonio nacieron Antonio y Carlos Saura, sobrinos, por tanto, del novelista. Su madre, Pilar Secorún y Cajal, había heredado buenas propiedades en el entorno de la Hoya de Huesca y fue mujer de grandes convicciones religiosas. Estaba emparentada con Ramón y Cajal, de modo que José Vicente Torrente aún recuerda que su madre le relataba cómo había saltado sobre las rodillas del tío Santiago en el paseo de Jaca. Por la misma parte materna, es primo del famoso embajador, también con pujos literarios, Máximo Cajal, a quien dedicó su novela *Los sucesos de Santolaria*.

La familia pronto se trasladó al número 10 del Coso y el pequeño José Vicente fue matriculado en el colegio de Santa Rosa y, después, en el de San Viator. La llegada de la Segunda República implicó la salida de los clérigos de este último, por lo que Torrente pasó a la Academia de Elías Montes, donde estudió hasta el estallido de la guerra.

José Vicente Torrente recuerda un Coso, todavía sin adoquinar, que formaba un palmo de barro en cuanto caía agua.

3 Pedro Villacampa y Maza de Lizana (Laguarda, Huesca, 1776 – Madrid, 1854). Abuelo de Manuel Villacampa. Por su brillante actuación militar durante la francesada fue proclamado teniente general en 1814 y capitán general de Madrid en el curso del mismo año. Fue, también, el primero que obtuvo la Cruz de San Fernando mediante juicio contradictorio. Abolida la Constitución por Fernando VII, sus ideas liberales le llevaron a prisión en el castillo de Montjuich de 1815 a 1820. El restablecimiento de la Constitución hizo que fuera nombrado capitán general de Barcelona con el respaldo popular. Tras reprobar ante el propio Fernando VII la nueva abolición de la Constitución, fue forzado a exiliarse, hasta la amnistía de 1833 en que fue reivindicado en sus honores y volvió a ostentar muy importantes cargos. A su muerte, era presidente del Tribunal Supremo de Guerra y Marina. Baso Andreu (1959).

Entre sus fuertes impresiones destacan dos de signo opuesto: los kioscos de los porches con novelas pornográficas como *El cazador de conejos* y las tremendas portadas de revistas anticlericales como *Fray Lazo* y *La Traca*, frente a la inocente emoción deparada por las funciones teatrales de los domingos en el colegio de los Salesianos, como aquella suerte de misterio pascual en el que los pastores Bato y Borrego eran tentados por el diablo.

Desde pequeño encuentra en la lectura su máximo gozo y es la biblioteca de su abuelo, Nicolás Secorún, ubicada en el cercano pueblo de Vicién, donde pasaba los veranos, la que le surte fundamentalmente de lecturas. Allí la vigilancia de su abuela Petra es mucho más relajada que en Huesca, donde por ejemplo puede leer la serie de aventuras de Dick Turpin pero no las novelas de la «Serie Oro» —colección de aventuras de detectives y del Oeste, principalmente— porque su familia considera que contienen demasiada violencia. Accede también a novelas de corte más adulto, como las del naturalista Eça de Queiroz o las series de novela corta, tan populares entonces.

Desde muy joven era un enorme lector y como pasábamos los veranos con mis abuelos en Vicién, imagínese. Una de las cosas que más me apasionó fue leer toda la serie de *Tarzán de los monos*. Eran doce o catorce novelas, que me las iba prestando una a una mi prima hermana Fermina Atarés, madre de mis sobrinos Carlos y Antonio Saura. La iba a buscar al Coso Bajo donde ella vivía y me los leía en dos días. Siempre me decía: «Pero, ¿ya lo has terminado?».⁴

Otro medio de proporcionarse libros lo encuentra a través de su amigo, José Antonio Llanas, que le surte de volúmenes de la biblioteca familiar. Como es sabido, Llanas sería después, durante muchos años, alcalde de la ciudad. Otros

4 Castro (1996, p. 10).

amigos con los que comparte inquietudes literarias son Cecilio Serena, que llegó a magistrado del Tribunal Supremo y presidente de la Audiencia Provincial de Huesca; Andrés Biescas, ingeniero de caminos que fue uno de los factótum de Eléctricas Reunidas de Zaragoza y murió en el campo de fútbol de La Romareda a consecuencia de un infarto, y Blas Oliet Gil, primo de Hernández Gil, fundador del Consejo General del Poder Judicial durante la dictadura y, él mismo, conocido fiscal en la Magistratura del Tribunal Central de Trabajo.

El 18 de julio de 1936 los hermanos Torrente se hallaban veraneando en Vicién,⁵ que caería en zona republicana. La rápida actuación de su padre, que aprovechando la confusión de los primeros momentos, llena una camioneta de militares y se presenta en el pueblo, consigue rescatar a sus hijos. El último examen de bachiller lo realizan Torrente y sus compañeros en la Delegación de Huesca, bajo el cañoneo de la artillería que cerca la ciudad. El tribunal otorgó aprobado general. En unos pocos meses la biografía de José Vicente se va a precipitar de la adolescencia a la edad adulta.

Sin cumplir los dieciséis años entra como voluntario en la Falange⁶ de Huesca y es destinado a Servicios Auxiliares. También va a publicar sus primeras colaboraciones en el

5 La casa de la abuela Petra Cajal fue inmediatamente saqueada y lo propio ocurrió en Angüés con casa Sanz. En ambos casos se perdieron las bibliotecas, que fueron quemadas públicamente, así como muchos cuadros. Desde Vicién se transportó a Barcelona la valiosísima colección de seis mil grabados, en color y al revés, dispuestos así para ser contemplados en un artilugio dotado de espejo que permitía un curioso viaje por el mundo de la cultura. En lo tocante a Angüés, los raros cobres de Daroca que formaban parte de un altar prerrenacentista fueron cuidadosamente desmontados, uno a uno, y desaparecieron en manos de gentes que sabían lo que hacían, juntamente con las pinturas que no representaban motivos religiosos. Estas últimas fueron destruidas.

6 Sin embargo, el autor no perteneció nunca al partido ni tampoco al Opus Dei, aunque se confiese hondamente católico.

periódico *La Nueva España*,⁷ lo que también hacen algunos de sus compañeros de bachiller. Su primer artículo, «La venganza de los negros», aludía a que los ritmos importados por ellos constituían una venganza por los siglos en que habían sido sometidos a esclavitud. Pero, al poco tiempo, marcha al frente como voluntario en el cuerpo de Artillería. Aunque su condición de artillero en principio le impide estar en primera línea, participó en numerosos hechos bélicos, como consta en su primera novela. Con la perspectiva del tiempo, Torrente aduce que, pese a que no tiene nada de que arrepentirse, la guerra se le antoja algo que no debe recordarse más que para evitar otro conflicto entre hermanos.

Con el fin de la guerra, inicia en Madrid los estudios de Derecho al tiempo que publica sus primeras colaboraciones, con tan solo veinte años, en la revista *Vértice*.⁸ Para ayudar a la familia, entra en la Dirección General de Prensa, gracias a Enrique Giménez Arnau, notario de Madrid, hermano de dos embajadores y tío del popular hombre de mundo Jimmy Giménez-Arnau. Su trabajo, en equipo, consiste en seleccionar artículos para confeccionar un boletín-resumen que sirva de información para las altas instancias, preocuparse de que el volumen de publicidad no supere el máximo establecido y ejercer la censura según las consignas que se recibían diariamente. En esta función conoce a Camilo José Cela y a Juan

7 Editada en los talleres del incautado diario *El Pueblo*, el 9 de noviembre de 1936 nace esta publicación como semanario. A partir del 9 de abril de 1937 se convertirá en diario y, salvo los primeros meses en que convive con *Patria*, será durante cuatro decenios el único publicado en la provincia. Fernández Clemente y Forcadell (1979, p. 216); Dueñas Labarías y Serrano Dolader (1990, p. 124).

8 La primera publicación narrativa que he localizado, el relato «Ibrahim, el leproso», apareció en el número 42 de la revista falangista *Vértice* (marzo de 1941), pero parece lógico pensar que exista alguna más. El autor recuerda haber publicado otro cuento en la revista *Fotos*, cuyo redactor-jefe fue José Vicente Puente, autor entre otras novelas de *Viudas blancas* y *Una chica topolino*.

Aparicio, lo que le sirve para dar cauce a sus cada vez mayores intereses literarios. Uno de sus mejores amigos en esta época fue el después famoso periodista Antonio Valencia.

Efectivamente, y a lo largo de más de diez meses,⁹ la revista *El Español*,¹⁰ que se publicaba con el marbete «Semanaario de la política y del espíritu» y estaba dirigida por el omnipresente Juan Aparicio, comienza a publicar en su última página la que será su primera novela, *IV Grupo del 75-27*, en la que recoge sus experiencias bélicas.

Para el joven Torrente, especializado en economía, llegaba el tiempo de ganarse la vida y la actividad literaria pasó a un segundo plano. Mientras acababa sus estudios, que hizo en los cursos abreviados instaurados para quienes habían participado en la guerra, fue redactor financiero del diario *Pueblo* y de la revista *Economía Mundial*, que fundó junto a su primo José Antonio Torrente.¹¹ Todavía conserva su carné de periodista con el número 337. En plena guerra mundial fue enviado por *Pueblo* a Alemania para realizar varias entrevistas. Entre otros, habló con el ministro de Economía, el director de Ferrocarriles y el presidente del Deutsche Bank. Durante los dos meses que pasó en Alemania Torrente confiesa que se aburría mortalmente y no veía la hora de volver.

9 Las fechas de publicación estuvieron entre el 31 de octubre de 1942 y el 14 de agosto de 1943 (Bertrand de Muñoz, 1982, p. 373). Sin embargo, Rafael Flórez asegura que el primer número, además extraordinario y con colaboraciones tanto de J. V. Torrente como de Cela, se publicó el 31 de diciembre de 1942 (Flórez, 1991, pp. 132-133). Martínez Cachero (1997, pp. 58-59) ratifica la primera fecha.

10 En la misma revista semanal, y en muy parecidas condiciones, publicó Cela su *Pabellón de reposo*.

11 «José Vicente Torrente trabajaba en el periodismo, mañana y tarde, y por la noche estudiaba. “Así hice la carrera y la oposición” y en principio pensó en ser notario, como su hermano, “pero parientes y amigos diplomáticos me animaron” a seguir esa carrera, “donde tenía un fallo, no haber preparado los idiomas y tuve que hacer un esfuerzo extraordinario”» (Goñi, 1988).

Una vez licenciado en Derecho y, tras dar clase de Política Económica en la Facultad de Ciencias Económicas, como auxiliar de José María de Areilza, titular de la cátedra, decidió su ingreso en la carrera diplomática.¹² Como en los idiomas flojeaba pasó casi un año en Irlanda y unos meses en Bélgica, ya que, acabada la guerra, Francia no admitía la entrada de españoles. En 1948, el mismo en que publicaba su estudio *Doble imposición internacional*,¹³ ingresó en la Escuela Diplomática, de la que salió en 1950 con el número 1 de su promoción, que fue una promoción partida. Dado su excelente expediente, pudo elegir destino mucho más cómodo y brillante pero, habida cuenta de que entonces su situación económica no era muy desahogada, prefirió un puesto en el que los pluses y complementos fueran sustanciosos y marchó destinado a la capital haitiana, Puerto Príncipe, como encargado de Negocios *ad interim*. Desde allí fue enviado varias veces a la vecina Santo Domingo en comisión de servicio, lo que le permitió tratar al famoso periodista y entonces embajador Manuel Aznar, cuya cultura grecolatina le impresionó hondamente. Estas estancias centroamericanas, en las que entró en contacto con la terrible y fascinante realidad humana de las sociedades caribeñas, le sirvieron como documentación para varias de sus novelas.

El 19 de febrero de 1953 es nombrado secretario de tercera clase en el Consulado General de Nueva York, con frecuentes desplazamientos a Washington para reforzar la embajada. En este mismo año publica, en colaboración con

12 Su primera intención era opositar a la carrera de Técnico comercial del Estado y, después, a la cátedra. Para ello se estuvo preparando durante dos años en unión de su amigo Carlos Urgoiti. Como dichas oposiciones no terminaban de salir, ambos decidieron pasarse a la carrera diplomática.

13 Se trata del primer estudio publicado en España sobre el tema de la tributación de empresas con sucursales en varios países.

Gabriel Mañueco,¹⁴ *Las relaciones económicas de España con Hispanoamérica*, que obtiene un premio del Instituto de Cultura Hispánica. Cuando la enmienda McCarran propició los tratados con los Estados Unidos, se firmó la primera ayuda norteamericana a España y el joven diplomático marchó a Madrid para encargarse de los trámites de aplicarla. Así, a principios de 1954, es nombrado jefe de la Sección de Transporte y Dirección General de Cooperación Económica en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Torrente aprovecha la vuelta a Madrid para, en diciembre de 1953, contraer matrimonio con Ana María Blasco Martínez, que le dará tres hijas.

Tras haber fundado en 1955 la revista *Actualidad Económica*, que publicaba SARPE, empresa de la que después fue consejero, en 1956 es nombrado profesor de Política Económica, Comercial y Técnica en la Escuela Diplomática, cargo que combinará con sus funciones en la Subsecretaría de Asuntos Exteriores, dedicado a la revisión de los acuerdos con Norteamérica, misión que realizará hasta el fin de su carrera. De hecho, ha estado en casi todas las reuniones del convenio, desde las preparatorias hasta la última, que compartió con Pedro Solbes, poco antes de su jubilación en 1986. En realidad, toda su carrera diplomática estuvo vinculada a los sectores económicos, actividad que extendió también a la traducción de una obra tan importante como *Fundamentos de la libertad* (1961), del Premio Nobel austriaco Hayek.¹⁵ Dos años antes había traducido en solitario *La ciencia económica ante la «inutilidad» del socialismo*. También

14 Gabriel Mañueco fue el número 2 de la promoción de Torrente e hizo una gran carrera diplomática, llegando a embajador en los Estados Unidos.

15 Friedrich August von Hayek (1899-1992), autor de *The Constitution of Liberty* (1959), fue Premio Nobel en 1974 junto al sueco Gunnar Myrdal. En un tiempo sus teorías fueron las principales rivales de las keynesianas. Sus obras están recogidas por la Universidad Routledge de Chicago en diecinueve volúmenes.

prologó *En los bosques* (1961), obra del clásico ruso prácticamente desconocido en España, ayer y hoy, Pavel Mielnikov,¹⁶ hombre curioso y preocupado por su entorno, quien escribió por placer dos obras que constituyen las mejores descripciones de las tierras del Volga en el siglo XIX. En 1965 apareció otra traducción suya en colaboración con el catedrático Julio González Campos y el que fue ministro de Asuntos Exteriores, Marcelino Oreja: la obra de Philippe Cahier¹⁷ *Derecho diplomático contemporáneo*.

Torrente, a pesar de sus múltiples obligaciones profesionales, procuró siempre dejar un espacio a lo que fue su gran ilusión de siempre, asistida por aptitudes nada comunes, la escritura. Fueron, tal vez, esas ocupaciones las que en cierto modo frenaron su vocación, de modo que al hacer de la literatura un trabajo secundario, subordinado a imperativos de quehaceres profesionales y estudios técnicos, impidieron al escritor dedicar a sus tareas literarias la atención exigente y sostenida de un profesional de las letras. Así Torrente, que por el aliento y la solidez técnica y lingüística de sus obras

16 Pavel Ivanovich Mielnikov, que utilizó el seudónimo de *Andrei Pecherski*, había nacido en Nijni Novgorod (después llamado Gorki) en 1819 y murió, en su hacienda cercana a la misma ciudad, en 1893. Gran estudioso de las lenguas eslavas, a consecuencia de un escándalo fue enviado como maestro a un retirado lugar. Interesado por muchos asuntos, se dedicó preferentemente a la etnografía y publicó varios libros, que le valieron un puesto cercano al gobernador de su ciudad natal. Elevó diversos memoriales al zar, pero fueron sus relatos los que le dieron audiencia general. Fue un gran experto en las sectas rusas. Ya retirado, escribió sus dos obras maestras, *En los bosques* (1871-1874) y *En las montañas* (1885-1891).

17 Philippe Cahier nació en París en 1932. Profesor de Derecho Internacional en Ginebra, presidente del Tribunal administrativo del UNIDROIT (Roma) y presidente del CARICI (Ginebra). Su obra más importante es precisamente la traducida por Torrente, *Droit diplomatique contemporain* (1964), aparecida en Ginebra. Hoy es un libro clásico en los estudios diplomáticos internacionales.

es un auténtico novelista, no alguien aficionado a novelar en sus horas de ocio, no pudo recoger las inquietudes generacionales que llevaron a sus contemporáneos a aplicar al género narrativo impulsos renovadores. Son los acontecimientos, los personajes y el diálogo los elementos que sostienen sus ficciones narrativas. El arte de contar y el placer que le produce —el lector advierte que el novelista se divierte escribiendo— constituyen la esencia de su arte novelesco.

En la etapa final de su carrera diplomática ocupó puestos de gran importancia. Entre 1966 y 1971, estuvo destinado en París como ministro encargado de los asuntos económicos y jefe de la Oficina Comercial, periodo en el que, como reconocimiento a su labor, el gobierno francés le concedió la Legión de Honor. Gregorio López Bravo lo llamó después para ocupar la Dirección General de la Oficina de Información Diplomática, dados sus conocimientos y contactos en el mundo de la prensa. En 1976 contribuyó decisivamente a la creación de la CEOE. Tras seis años en Madrid, se le dio a elegir entre las embajadas de varios países, entre ellos China y Venezuela. Torrente se decidió por el país americano y fue embajador en Caracas¹⁸ entre 1977 y 1979, año en que el cambio en la presidencia del país de Carlos Andrés Pérez por Luis Herrera Campins le devolvió al Ministerio para desempeñar la Dirección General de Relaciones Económicas Internacionales. En 1982 pasó a dirigir el Organismo de Conferencias Internacionales (OCI). En 1983 ocupó el puesto de director general de Organismos y Conferencias

18 Su decisión estuvo motivada tanto por el conocimiento que tenía del entorno como por el hecho de que siempre se inclinó por los asuntos económicos, obviando en lo posible los políticos. A la sazón, se acababa de firmar por parte del rey un convenio que implicaba la contribución de España en tres grandes proyectos para realizar en Venezuela: el ferrocarril de Barquisimeto a Ciudad Bolívar, que cruzaba de arriba abajo el país, la construcción de un astillero para buques transportadores de petróleo y de gas y una fábrica de camiones.

Internacionales y en 1988 pasó a encargarse de la sexta conferencia de la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo). Ya había sido nombrado embajador ante la OCDE en París, donde tomó posesión en mayo, y se jubiló en 1986. Su trayectoria diplomática le valió la dignidad de embajador de España, que es vitalicia.

Además de atender a los negocios familiares, en la actualidad se dedica preferentemente a lo que es su principal afición, el dorado de libros —su mujer es, por su lado, una reconocida encuadernadora de lujo—, disciplina sobre la que editó recientemente una obra, *Manual del dorado de libros*, que es la primera publicada en España sobre esta especialidad.

LA OBRA LITERARIA

La fortuna crítica de la obra de José Vicente Torrente ha sido nula. Alguna reseña en la aparición de sus novelas, especialmente *El becerro de oro*, y un solo trabajo de conjunto no demasiado amplio (Barreiro, 2001). La *Gran Enciclopedia Aragonesa* (1982) le dedica un breve artículo y aparece en dos antologías de la narrativa aragonesa (Navales, 1980; Acín y Barreiro, 1990). También ha sido prácticamente excluido de los estudios sobre la novela española de la época. Entre los más conocidos, Nora (1970, p. 337) se limita a citar sus obras aparecidas hasta 1957, Iglesias Laguna (1969, p. 79) demuestra desconocer las novelas posteriores a la primera¹⁹ y Soldevila Durante (1980, t. II, p. 119) únicamente incluye una línea más bien descalificante sobre *El país de García*. No hay expli-

19 «[...] Nos dieron, claro, su experiencia vital y luego de dárnosla, en la mayoría de los casos, enmudecieron. Poco más tenían que añadir. Tal sucede con [...] José Vicente Torrente (*IV Grupo del 75-27*, 1944, novela reputada de endeble ya al aparecer, pero con una pasión conmovedora) [...]».

cación satisfactoria para este desinterés, aun teniendo en cuenta que la carrera profesional del autor le hiciera poner en segundo término o descuidar su promoción. La importancia social del embajador, la categoría de la editorial en que publicó sus principales novelas y tanto la calidad literaria de sus obras, superior a la de otros autores más jaleados, como la amenidad de sus narraciones parecerían haberle hecho acreedor a otra atención por parte de la crítica.

Como se escribió arriba, la primera novela publicada por J. V. Torrente, *IV Grupo del 75-27*, apareció por entregas en la revista *El Español*, semanario auspiciado por Juan Aparicio, director general de Prensa entre 1941 y 1946, como lo volvería a ser entre 1951 y 1957. La publicación, de grandes dimensiones (61 x 42), aparecía los sábados al precio de una peseta, y transcurrió entre el otoño de 1942 y la primavera de 1947. En el editorial de presentación, «¡Arriba los españoles!», se proclamaba: «[...] sirve a esta metafórica repoblación o correjimiento de los españoles; porque no ha de aparecer como semillero de discordias, sino como sementera común de esperanzas y conductas individuales». Desde su primer número, en la página 14 de las dieciséis de que constaba y a triple columna, se insertaban en folletón tres novelas de autores jóvenes. La justificación de la entradilla no dejaba de ser ilustrativa:

En nuestra Patria, la aportación de la iniciativa privada a la bibliografía de la postguerra está integrada casi en su totalidad por literatura de tercera o cuarta categoría, de producción extranjera. Así esta progresión y fomento de malas traducciones de obras deleznable presenta, como primer mal, la apariencia de falta de valores nacionales en el campo de la novela. // *El Español* cree que se puede demostrar lo contrario: que entre nuestros escritores de hoy se distinguen algunos como magníficos novelistas capaces de convencer literariamente al más exigente lector [...].²⁰

20 Cit. por Martínez Cachero (1997, p. 59).

Las dos novelas que compartieron con la de Torrente los números iniciales de *El Español* fueron *El tonto discreto*, del mallorquín Miguel Villalonga, y *Los chachos*, de Pedro Álvarez. Poco después, la celiana *Pabellón de reposo* aparecería allí mismo en su primera edición.

IV Grupo del 75-27 se abría con una dedicatoria que aludía a la especificidad histórica de la juventud que la protagonizaba: «A la gloriosa y atormentada generación que libró en España la primera batalla contra los enemigos de nuestra civilización y prosiguió después la Cruzada sobre la inhóspita estepa rusa».²¹ Con abundantes elementos autobiográficos, como era de esperar, y con un argumento similar al de dos novelas aparecidas una docena de años más tarde, *Cuerpo a tierra* de Ricardo Fernández de la Reguera, que fue muy reeditada, y *Las lomas tienen espinos* de Domingo Manfredi Cano, el relato nos lleva —de la mano de Esteban, joven de rica familia alistado en el frente— a través de los momentos dramáticos y exaltantes de la guerra. Al finalizar, Esteban encuentra a su novia, Pilar, ya casada aunque infeliz en su unión. Los tiempos no estaban para fugas, raptos ni adulterios. El joven se despide de ella para siempre y marcha al norte para seguir trabajando por España, ya que la tarea de posguerra es todavía más dura que la de la batalla. Pese a tan socorrido argumento, merece este justo elogio a uno de sus escasísimos exegetas:²²

21 Esta dedicatoria es citada por Rodríguez Puértolas (1986, p. 522), que también reproduce algún fragmento de la novela en la antología que sigue a este polémico volumen, Rodríguez Puértolas (1987, pp. 767-770).

22 El primer estudio monográfico sobre la novela de la guerra civil ignora absolutamente la obra de Torrente (Ponce de León, 1971), y lo mismo ocurre con el libro colectivo *Los escritores y la guerra de España*, aparecido unos años después, que incluye largos catálogos de novelas sobre la guerra (Hanrez, ed., 1977). Iglesias Laguna (1969, p. 79), que sí cita *IV Grupo del 75-27*, le aplica la paletada de cal y de arena (v. nota 19).

Relato realista, aunque no se precisen nunca los lugares geográficos, muy distinto de las obras idealizadoras y ensalzadoras de la misma época: aquí, si bien los personajes son soldados del bando nacional, se les ve con sus cualidades y defectos y no se denigra al enemigo. El estilo es preciso, sencillo, sin florituras en la narración y la descripción y a menudo bronco en los diálogos. El conjunto resulta muy interesante y sobre todo muy superior a la novelística española de la guerra de esos primeros años de posguerra.²³

Más interesante a efectos interpretativos y elemento que conectaría con la desazón —que también suele afectar a los vencedores— propia de toda posguerra es el sentimiento de invalidez que acomete quienes han luchado en los frentes y que se expresa bien en alguno de los fragmentos finales del libro, que contienen a la vez tanto un mensaje de esperanza en la revolución que algunos militantes de falange habían oteado, como la desilusión de que por las circunstancias pasadas y presentes no iba a ser posible. Una sensación que tan bien registra Dionisio Ridruejo en su inacabado libro de memorias y que Esteban, el héroe de Torrente, manifiesta así:

Sabía que ni él ni la mayor parte de su generación serían capaces de hacer la verdadera revolución. el gran movimiento nacional lo iban a realizar gentes que venían detrás de ellos. Y, además, no quería mando, no quería gozar del placer del mando, porque luego, al verse arrojado de él, iba a gritar injustamente sus derechos y le iba a doler dejarlo. Porque sabía que como hombre se insubordinaría y se negaría a dejar en lo mejor de la pureba el fruto prohibido.²⁴

23 Bertrand de Muñoz (1982, p. 374). Esta autora, sin embargo, no cita para nada la novela de Torrente en un muy completo trabajo bibliográfico publicado años después (Bertrand de Muñoz, 1993).

24 *El Español*, 42.

Y, más adelante, dialogando con un camarada:

Para ser como ellos no se necesita tener los mismos años, sino pensar lo mismo y tener firmeza y fe. Creo que muchos de nuestra generación serían capaces de volver otra vez a la guerra, de volver a dejar su sangre en ella, pero nada más; y esto, Iribarren, no lo es todo. Hay que hacer la guerra y la postguerra. A nuestra generación le ha tocado hacer la guerra, le ha tocado el enlace, y por el hecho especial de este enlace, ha conocido la lucha en un régimen podrido anterior y no es tan útil para la nueva obra como los que vienen detrás. Ellos sí que harán la revolución [...].²⁵

Un Torrente, pues, todavía idealista, pero ya con un punto de lejanía y realismo, que anuncia el escéptico.

En el cielo nos veremos, su segunda novela y la primera que fue publicada como libro independiente, hubo de esperar hasta 1956. En ella narra las andanzas americanas y la progresiva degradación moral de *Benítez*, hijo de una humilde familia habitante de un pueblo oscense que, en principio buscando mudar de estado pero cada vez más cegado por el brillo del dinero, emprende un largo y aventurero periplo que lo lleva desde Francia a los Estados Unidos de América, pasando por Panamá, los países del Caribe y México, para regresar, ya multimillonario, a su lugar natal, donde se encuentra con sus identidades y sus fantasmas. La censura prohibió el suicidio con el que el protagonista pone fin a sus desbaratadas andanzas, por lo que hubo que componer un final ejemplar en el que *Benítez* compensaba, en la medida de lo posible, sus fechorías y su egoísmo a través del testamento.²⁶

25 *Ibidem*.

26 Para defender su obra ante la censura, que tan bien conocía, Torrente sostuvo precisamente que se trataba de una novela picaresca, pero el censor retrucó que, como tal, debía tener una enseñanza positiva. Resolvió el asunto redactando un testamento con ayuda de su hermano

El componente picaresco, que será una constante en la narrativa de Torrente desde esta hasta su última novela publicada, aparece aquí no solo por el carácter y la itinerancia del personaje principal sino sobre todo por el desparpajo y amargura con el que están trazadas sus andanzas. La novela, a pesar de sus casi trescientas páginas de letra menuda, en ningún momento pierde el interés gracias a lo vibrante de la acción, a lo humano de sus caracteres y al excelente ritmo servido por una prosa siempre precisa, ágil e irónica.

Con esta obra, el novelista se había presentado al Premio Nadal de 1955, compitiendo con otras doscientas cuarenta novelas entre las que se contaban *Bearn o la sala de las muñecas* de Lorenzo Villalonga y las de otros autores tan conocidos como Manuel Arce, Luis Berenguer, Paulina Crusat, Juan Guerrero Zamora, Ángel María de Lera, José Antonio Muñoz Rojas, Carlos Rojas, Rafael Sánchez Ferlosio o Héctor Vázquez Azpiri. El escrupuloso estudioso de la novela de posguerra Martínez Cachero (1997, p. 189) da cuenta de que, en la votación final, *El Jarama* se impuso por siete votos a cero a *Víbora* de Vázquez Azpiri. Otra es la versión de J. A. Giménez Arnau:

Con quien más hablo, a quien más veo es a José Vicente Torrente. Como dije, extraordinario hombre del que voy a contar una historia, aunque quizás encajase más adelante, que es la historia de su participación en el Premio Nadal, en el cual desde la primera votación a la última fue empatado a siete votos —todos los demás, 0— con Sánchez Ferlosio, hijo de Sánchez Mazas y gran escritor, según ya dije alguna vez públicamente en un artículo en *ABC*, «El Jarama», que él no debió leer. Lo divertido del caso es que estamos oyendo

menor José Antonio, a la sazón notario en Bilbao y, posteriormente en Madrid. Todos los firmantes como testigos del testamento son personajes reales, algunos de ellos, como Manuel Barroso, embajador de España, José Luis Cerón, que fue ministro, y Miguel Ángel Velarde, todavía vivos.

la votación final en la radio de Vicente Escrivá, que nos ha dado de cenar, y allí se sientan el propio José Vicente Torrente y el padre de Sánchez Ferlosio, Rafael Sánchez Mazas. Llega la votación final y Sánchez Mazas, diplomáticamente, advierte a José Vicente Torrente: «Lo siento, Torrente, pero no te hagas ilusiones. Ese premio va a ser clarísimamente para mi hijo». Efectivamente, el resultado final no admite lugar a dudas: Sánchez Ferlosio, con *El Jarama*, siete votos; José Vicente Torrente, con *En el cielo nos veremos*, cero votos. En todo caso haber llegado hasta el final codo a codo con un hombre de la categoría de Sánchez Ferlosio es un éxito y así se lo digo el día que esto sucede.²⁷

En realidad, *En el cielo nos veremos* estuvo entre los cinco finalistas y solo se quedó en la cuarta votación. El propio editor, José Vergés, manifestó al escritor que era una pena que no se hubiera presentado otro año porque, como premio, consideraba la obra muy vendible.

En 1957 la editorial Destino, en la que había aparecido la novela anterior, como finalista del Premio Nadal que patrocinaba, publica la tercera novela de Torrente, *El becerro de oro*, basada en la historia real de una familia oscense.²⁸ De hecho, todos los personajes, exceptuando al concejal buscador de tesoros, son reales. Si en la obra anterior el dinero y la progresiva descomposición en que su persecución sumía al protagonista tenían una importancia fundamental, aquí el afán de acumulación de riquezas por parte

27 Giménez Arnau (1978, pp. 174-175).

28 «Es la historia más bien sórdida de una familia ya extinguida de mi tierra, un relato que mi abuela Petra Cajal me contaba muchas veces al cual yo le añadí algunos datos más. Era la narración de los Jiménez, en cuyo seno hay un matrimonio por dinero. Algún espíritu curioso aún podría deducir, quién era la familia» (Castro, 1996, p. 11). Efectivamente, la familia en que se basa la novela tuvo estrecha relación con su abuela Petra y en su compañía el autor —que en cuanto podía se escapaba a su tierra, dado su gusto por el campo— les visitó en varias ocasiones.

de los miembros de una comunidad rural todo lo preside y envenena. El relato, compuesto en forma coral, nos muestra, con una poderosa sensación de verdad, la miseria moral del ambiente de un pueblo, al parecer del somontano oscense, donde todo se supedita al incremento de patrimonio por parte de las familias más poderosas del lugar mientras un sexo larvado, oscuro y miserable recorre subterráneamente todas las almas. Salvo la figura un tanto idealizada de mosén Julio, los personajes rivalizan en ruindad y bajeza. Los matrimonios concertados, el arreglo de cualquier chandrío a cuenta del poder económico y la injusticia omnipresente nos dan un panorama tremendo —y, lamentablemente, hasta no hace tanto tiempo, certero— de la vida rural de la España de posguerra. Excelentemente construida y con una prosa vigorosa y expresiva, la novela se lee con avidez y muestra, dentro de su sujeción a las fórmulas tradicionales, las magníficas cualidades de narrador del ya entonces brillante diplomático. *El becerro de oro* es la obra del novelista que tuvo una mayor recepción crítica. Los reseñistas destacaron en ella su sentido social y su entraña humana, llegando a situarla en la línea «tremendista» (Salcedo, s.f.; Ruiz Ayúcar, 1958) que había instaurado Camilo José Cela, aunque nada tenga que ver el sentido del argumento de uno y otro novelista.

Tierra caliente es la única novela de Torrente que, desde su primera aparición en 1960, ha sido reeditada.²⁹ Se trata de

29 La primera edición salió en Arión, editorial propiedad de Fernando Baeza Martos (1920-2002) —hijo de Ricardo Baeza, excelente traductor del inglés y embajador durante la República—, que se la pidió para su edición, en cuanto el autor se la entregó con el único propósito de que la leyera. Fernando Baeza, posteriormente, fue senador por Huesca en las Cortes Constituyentes y embajador ante el Consejo de Europa entre 1983 y 1987. Poco después de ser publicada por Airón, *Tierra caliente* salió en una edición popular de Novelas y Cuentos. Agotadas ambas tiradas, fue contratada por su editor habitual, José Verges, para su publicación en Destino.

otra obra que transcurre en el Caribe, y en la que aprovecha sus experiencias personales en Haití —país del que el autor leyó todo lo que se había publicado sobre su historia— y Santo Domingo, con lo que la ambientación y la sensación de verdad son irrefutables. Aunque se aproxima al modelo de la «novela de dictador», el protagonista no es «el señor presidente» sino los personajes que en torno a él pululan y las intrigas que a su alrededor se desarrollan. A pesar de que apenas hay referencias espacio-temporales, la acción parece desarrollarse en Haití hacia 1920. Las circunstancias profesionales del novelista tal vez no le permitían ser más explícito y, por otra parte, su intención no parece ser la de pergeñar una novela de denuncia específica sino una narración entretenida que muestre la peculiar forma de gobierno de estas repúblicas. Él mismo reconoció no haber leído hasta entonces *Tirano Banderas* ni *El señor presidente* y que se le ocurrió porque conocía la historia de Haití y Santo Domingo y a gentes de cuyo patrón sacó fielmente los personajes de la novela (Castro, 1996, p. 11). Además, pocos modelos literarios podía tener Torrente a la sazón, porque dicho género se desarrolló sobre todo en las décadas posteriores. Prescindiendo de las dos citadas, únicamente *El reino de este mundo* (1949) de Alejo Carpentier y *Muertes de perro* (1958) de Francisco Ayala habían sido editadas en la fecha de publicación de la obra y resultaban bastante menos accesibles que las anteriores.³⁰

La novela, dedicada a Mary y Fausto, sus suegros, constituye sobre todo una sucesión de escenas y personajes pintorescos, entre los que no falta, como sucede en todas y cada una de sus obras, un oscense, en este caso Evangelino Cere-

30 Sobre este subgénero narrativo —la novela de dictador— pueden verse Bellini (1970), Zuluaga Osorio (1977), Calviño Iglesias (1985) y Nogueroles-Jiménez (1997). También, la tesis doctoral inédita de Mejía Ruiz (1987).

zo, natural de Tabernas de Isuela y jefe espiritual y social de los testigos de Jehová del lugar. La narración se apoya sobre todo en el trepidante y expresivo diálogo, en el agilísimo ritmo, en la variedad de tipos a los que, con unos acertados brochazos, se caracteriza psicológicamente y en la calidad de buen narrador de Torrente, que parece no esforzarse para contarnos historias, muchas con tintes expresionistas, que nos interesan aunque solo sea superficialmente. La lucha final de las dos banderías por el poder está resuelta con especial garbo y pulso narrativo. Habría que destacar que en esta novela el humor, que tan solo apuntaba en las obras anteriores, especialmente en *En el cielo nos veremos*, tiene aquí una presencia más constante, lo que se irá incrementando en sus narraciones siguientes, como si el escepticismo que otorga la madurez y al que suele considerarse como una de las fuentes del humorismo fuese ganando terreno.

La obra estuvo a punto de ser llevada a la pantalla y hasta se escribió el guión cinematográfico para ser filmada por Televisión Española cuando Adolfo Suárez era su director general. Fue un abulense, amigo a la vez del político y del escritor, quien ofició de guionista. Finalmente, Torrente se opuso a que se llevara a efecto, ofreciendo incluso indemnizar al autor del guión. Su cargo era entonces el de director general de la Oficina de Información Diplomática y el asunto podía ser malinterpretado como tráfico de influencias.

Tras *El país de García* (1972), que se tratará después, Torrente abandona Destino y *Los sucesos de Santolaria* (1974) aparece en Prensa Española, la editorial propiedad de la familia Luca de Tena. Parece extraño que, después de la novela con la que había conseguido algo más de atención por parte de los críticos, la editorial barcelonesa dejara de publicar a Torrente. La razón se debió a que, cuando este tenía la novela terminada para mandarla a José Vergés, Torcuato Luca de Tena, al que unía gran amistad con el autor y cenaba a menudo en su casa, la vio sobre su escritorio, se la

llevó y al día siguiente le mandó un contrato, que Torrente firmó por no desairarle. El hecho perjudicó la difusión de la novela, que fue saldada sin haber sido prácticamente distribuida, por lo que constituye una de las obras más desconocidas del narrador oscense, pese a su amenidad, desenfado y soltura narrativa. En ella, el humor toma ya carácter protagonista y alcanza, a veces, la cualidad de desinhibido esperpento, en el que putas, aristócratas rijosos, intrigantes de casino y señoritas de pueblo con urgencias uterinas campan por sus respetos. La historia se construye en torno a un campamento de nudistas que, hacia 1920, el Ayuntamiento del citado e imaginario pueblo —oscense, por supuesto— cede a la Sociedad Desnudista de Toulouse «Filemón y Baucis», y a la conmoción que tal designio municipal, auspiciado por los progresistas, produce en el pueblo, de tal modo que llega a afectar a las relaciones personales.

La obra traduce una visión escéptica, descorazonada y, paradójicamente, tan brutal como jocosa de la política tradicional imperante en nuestras comunidades, que el autor tan bien debía de conocer tanto por su actividad profesional como por sus relaciones con el mundo rural oscense. Por otro lado, tampoco queda bien parada la condición humana y los vicios y miserias individuales, siempre repartidas, se retratan de nuevo con tanta claridad como comprensión. Entre los progresistas y los conservadores que protagonizan la historia, no son las ideas sino, sobre todo, las cualidades de los hombres las que dan la clave de los comportamientos. Así, el escepticismo de Torrente parece apuntar a que, en caso de cataclismo, se salvan siempre los mismos y son los de abajo —en este caso, el cabo de la Guardia Civil— los únicos que sufren las consecuencias más feroces. En todo caso, serán las reservas de sentido común de cada cual el mejor recurso para salir con bien de los conflictos, que nunca faltan. Aspecto fundamental en *Los sucesos de Santolaria* es la denuncia de la retórica rimbombante y falta de

contenido, tan frecuente en la vida política española de su tiempo. Todo se supedita al efecto, sin que importe la nada que hay bajo el revestimiento.

Por su desenfadada sátira y denuncia del primitivismo moral de nuestra sociedad, la obra recuerda el desternillante *Relato inmoral* de Wenceslao Fernández Flórez, aquella novela cuyo primer capítulo indicaba que podía ser solo leída por obispos. Construida con recursos de narrador de fuste, la novela está llena de sutileza, originalidad e ironía y aderezada por un lenguaje clásico y culto, ornado por popularismo de buena ley. Enseguida el lector piensa que constituiría también un magnífico guión cinematográfico y, aunque fueron adquiridos sus derechos para realizarlo, como tantas otras veces, la intención se perdió en el limbo de las intenciones.³¹

Tampoco han circulado apenas sus dos últimas obras. Justificado, en el caso de *Contra toda lógica* (1988), porque se trata de una edición no venal y salida de los tórculos sin ningún lujo, pese a la pasión de Torrente por la encuadernación, que el autor distribuyó entre sus amistades.³² Se trata de una colección de historias recogidas de la experiencia diplomática del autor, que se enmarca en la línea de humor y mirada escéptica pero piadosa sobre el género humano que ya contienen los anteriores libros.³³ Siete personajes, en su mayor parte retirados de la carrera diplomática, se reúnen semanalmente en la buhardilla del palacete de Robert de

31 El autor recibió el encargo del guión, que traspasó a Jorge Llopis, muy buen amigo suyo. Este murió de un ataque al corazón cuando lo había terminado, con lo que Torrente decidió olvidar el asunto.

32 Está dedicada a la Cofradía de los Borrachos de Cafarnaum, sociedad de divertidos dipsómanos que presidió Torrente, pese a que apenas ha probado el alcohol, porque sus miembros buscaban una persona alegre y liberal que les sirviera de contrapunto.

33 Tanto esta obra como la anterior parecen ilustrar la afirmación de Torrente calificándose de «hombre que ve las cosas con cierto pesimismo alegre» (Castro, 1996, p. 11).

Boisloiseau, en la avenida Foch parisina, para tertuliar.³⁴ Además del anfitrión, que trabajó en el Quai d'Orsay, los concurrentes son *sir* Archibald, duodécimo conde de Timms, que sirvió al Foreign Office, el embajador italiano Silvio Rossi-Moscato, barón Gardini, el también embajador Germain de Plassis, el crítico de arte Bertrand de Solesnes, el banquero barón de Rochemauve y el embajador español Juan de Arnalda, que es un evidente trasunto del autor. Cada uno de ellos va desgranando recuerdos y anécdotas sobre personajes y episodios que conocieron, privilegiando lo pintoresco y lo humorístico pero con un resabiado distanciamiento que, a veces, roza el cinismo. Todos son cultos, ricos, satisfechos de sí y de la vida, lo que no impide esa mirada, a un tiempo escéptica y cordial, que caracteriza a tantos personajes de Torrente. Además, todos los curiosos episodios que allí se cuentan están basados en hechos reales.

Pese a su carácter privado, la obra mereció, sin embargo, los honores de una reseña³⁵ (Carbonell Martí, 1989), que se cuenta entre lo más atinado que se ha escrito sobre Torrente:

Son estos, retazos de memoria, florilegio de pensamiento, ejercicio audaz y sorprendente de su cinismo equilibrado. En la obra, unos cuantos amigos embajadores, deciden reunirse y pasar una velada contando sus cuitas y sus experiencias. Son ellos ilustres personajes, viajeros impenitentes, cultísimos contertulios, que van desgranando su vasta colección de citas, su amplio conocimiento del mundo todo, sus hazañas con las mujeres, sus recelos con el poder. Como dice Robert de Boisloiseau: «Mediante la experiencia

34 Aunque la tertulia no existió realmente, sí que Torrente vivió en dicha casa, número 88 de la avenida Foch, donde también han habitado un descendiente de dicho mariscal, otro de Tiers, el pianista Rubinstein, las princesas monegascas Carolina y Estefanía...

35 Ilustrada con una foto de Gonzalo Torrente Ballester, confusión que no ha sido inusual en quienes se han referido a J. V. Torrente y que ilustra sobre el adocenamiento de buena parte del periodismo español.

conocemos de antemano las necesidades que indefectiblemente cometeremos la primera ocasión que se nos presente». Un puñado de sal agria, un tufillo de leche amarga se mezcla con la fina urbanidad que estos hombres han adquirido en tantos salones con alcurnia. Ahora están ya en el debe de la vida, como dice el tango, y no ahorran epítetos para describir el saín que cubre tanto gallinero. El mismo Torrente se enmascara bajo la personalidad de un embajador español que testifica la velada en este piso de París.

Obra corrosiva, amarga, a veces, lúcida como pocas, singular por su prosa, elegante por su discurso. Torrente vuelca todos sus demonios personales, acude también a la cuerda de las pocas cosas que le quedan valiosas en su larga carrera como diplomático, desde cuya atalaya, ha sido privilegiado espectador de todos los movimientos políticos de los últimos cuarenta años. Un libro este, saludable y divertido, una obra deliciosa. Una tirada de mil ejemplares. Como el Péndulo.³⁶

El país de don Álvaro (1997) es la última de las obras de ficción hasta ahora publicadas por Torrente. Aparecida veintitrés años después de *Los sucesos de Santolaria*, casi un cuarto de siglo sin aportar una obra nueva a las librerías y la precaria distribución editorial hicieron que de nuevo el libro fuera totalmente ignorado. El autor recurre al modelo de *El país de García*, recuperando al criado que oficia de narrador y al personaje de don Magín de Papalardo y Carrascoso, que sustituye a don Dimas en la condición de amo, pero en esta ocasión a través de un recorrido por el valle del Tiétar, bien conocido del autor, que disfruta de una posesión en dicha comarca. Esta es descrita con amplitud y precisión, aunque aquí privan más los aspectos geográficos y paisajísticos que los artísticos e históricos, al contrario de lo que ocurría en la obra dedicada a Huesca. De nuevo, muy pintorescos personajes y peripecias se incorporan al relato, fértil en facecias,

³⁶ El autor se refiere irónicamente a *El péndulo de Foucault*, novela de Umberto Eco, entonces recién publicada.

repleto de deliciosos anacronismos, todo servido por una prosa de regusto clásico que incorpora, tal como ocurría en la novela del país oscense, un aire de intemporalidad que hace gustosa y relajada su lectura.

Fuera del campo estrictamente literario, Torrente ha publicado otras tres obras, *Doble imposición internacional* (1948), *Manual del dorado de libros* (2000), que ya se citaron, y *Huesca en imágenes* (1988), cuyo bello texto antecede a una amplia colección de fotografías antiguas y modernas de la provincia. En él Torrente vuelve a volcar, como en *El país de García*, su conocimiento y amor por el país que le vio nacer. Tras un recorrido histórico en el que hay también una interpretación del papel fundamental desempeñado por el reino de Aragón en la constitución de la nación española, se pasa revista al arte, el paisaje, la hidrografía y la antropología de la provincia, para concluir con la reflexión de que a Huesca y a Aragón, en general, les ha faltado sentido y conciencia de su peso histórico y, también, con una desiderata para Huesca en la que la necesidad de más agua, industria, turismo y comunicaciones constituye su eje fundamental.

EL PAÍS DE GARCÍA

Con cuatro novelas publicadas —en 1972 ya hacía una docena de años que había salido la última—, José Vicente Torrente, que acaba de sobrepasar el medio siglo de vida, se plantea una obra que, aun conservando el cañamazo narrativo, constituya una suerte de homenaje a su provincia natal y dé cuenta de las tierras y la historia oscenses, todavía muy poco utilizadas como marco o pretexto por la literatura española.³⁷

37 Fuera de ser camino de paso hacia Francia, el Alto Aragón ha sido una tierra semiolvidada por los viajeros y, también, por los escritores españoles, al menos hasta la fecha de escritura de *El país de García*.

Así, *El país de García*³⁸ presenta en su composición la originalidad de contener una novela itinerante junto a una guía histórico-artística de la provincia oscense, lo que finalmente viene a conformar un singular libro de viajes. Este triple contenido puede confundirnos a la hora de enfocar la obra en cuanto a considerarla novela o libro viajero, ya que, si por el protagonismo de los personajes de ficción y la textura de sus episodios narrativos se acerca a la primera, por el número de páginas dedicadas a la descripción de lugares y por la evidente voluntad del autor de darnos un friso de su provincia parece justificar la segunda catalogación. Por otra parte, la impresión del lector a la hora de terminar la lectura está también más cerca de esta última opción, por más que en ningún momento aparezca la figura del autor real-viajero, que parece imprescindible en los libros de viajes.

No caeremos, sin embargo, en la monomanía de hacer problema respecto al género de la obra, aun cuando esta fatigosa cuestión, resuelta en la práctica desde el romanticismo, reaparezca episódicamente en las preocupaciones de los estudiosos. Por otro lado, la frontera entre la novela y el libro de viajes estaba en 1972,³⁹ fecha de la publicación del

Si, prácticamente, el Pirineo aragonés fue «descubierto» por un francés, Lucien Briet, a principios del siglo xx, Huesca como espacio narrativo, dejando aparte la literatura regionalista, hasta entonces solo había tenido presencia importante en la *Vida de Pedro Saputo*, del turolense Braulio Foz, y en la obra eximia de Ramón J. Sender, hijo de la tierra. Cf. Acín y Barreiro, eds. (1990).

38 Según se da cuenta en la nota que abre el volumen, el título está sacado del tratado histórico-geográfico de finales del siglo xi titulado *Kitab Ar-Rawd Al-Mi'tar Fi Habar Al-Aktar*, escrito por Ibn'Abd al Mun'im al-Himyari, en el que se dice que Aragón es «el nombre del país de García, hijo de Sancho» (p. 8). Cf. «Notas complementarias».

39 No se olvide, sin embargo, que, según consta al final de la obra, está redactado entre junio de 1960 y septiembre de 1965, aunque realmente Torrente lo siguió corrigiendo hasta poco antes de ser editado.

libro, suficientemente disipada, tras las excursiones de los llamados novelistas sociales por las zonas más deprimidas del mapa peninsular. Si estos querían darnos con sus novelas una suerte de documento, solo ficcional en el rebozo, sus libros de viajes eran la fotografía de esa España depauperada, mansa, cerril y fuera de su tiempo que tanto contrastaba con la versión de la propaganda oficial.⁴⁰

En ningún momento la actitud de Torrente, cuajada de distanciamiento y ausente de cualquier intención social o reivindicativa, se aproxima a la de estos novelistas, pero tampoco a la de Cela, que con *Viaje a la Alcarria* había refundado el género en 1948,⁴¹ pese a la admiración de Torrente por el autor gallego y a la ligera afirmación —a la que ya se aludió— de Ignacio Soldevila en la única mención que dedica al autor en los dos tomos de su obra: «demasiado servil al modelo viajero de Cela» (Soldevila Durante, 1980, II, p. 119), que parece probar que el crítico no tuvo oportunidad de abrir el libro.⁴² Donde sí hay débito a Cela, como se desarrollará más abajo, es en la conformación de los personajes, pero nunca en la configuración narrativa. Si hubiera que recurrir a algún padrinzgo, la parte narrativa de *El país de García* debe más a la picaresca (escritura en primera persona, sujeto narrativo que sirve a un amo, carácter itine-

40 V. Gil Casado (1968) y Sanz Villanueva (1980). No conozco estudio de conjunto alguno acerca de la literatura viajera de los novelistas sociales.

41 El influjo de *Viaje a la Alcarria* en toda la literatura española de viajes posterior a él fue tremendo, especialmente en el aspecto estilístico. Lo asumieron —tal vez a su pesar— la mayor parte de los novelistas sociales que escribieron libros de viaje y llega hasta obra tan reciente como *El río del olvido* (1990), de un escritor como Julio Llamazares, que tiene muy poco que ver con los presupuestos ideológicos y vitales de Camilo José Cela.

42 El mismo error repite Rodríguez Puértolas (1986, p. 522), que sigue a Soldevila.

rante, mensaje cuajado de escepticismo o el constituir una guía para andar por la vida) y a la *Vida de Pedro Saputo*⁴³ —también itinerante, en especial por el somontano oscense, con harta precisión toponímica y descriptiva, y también propedéutica del camino de la vida— que a ningún otro modelo.⁴⁴ Por otro lado, como una suerte de homenaje al personaje folclórico tan representativo de la identidad aragonesa,⁴⁵ el inicio de la acción se sitúa en el lugar natal de Pedro Saputo y, enseguida, se nos ofrece alguno de sus episodios más representativos, como son el del vuelo desde las ripas de Alcolea y el de la justicia de Almudévar. Las vivencias personales del autor en ámbitos idénticos a los que se desarrolla el clásico aragonés facilitan la familiaridad de ambas obras.

Aunque por numerosos detalles la acción se desarrolla en un tiempo contemporáneo al de su escritura, un regusto arcaizante, la poca importancia que se otorga al devenir cronológico y la catadura de los personajes nos sitúan en una dimensión atemporal que también tiene algo que ver con la *Vida de Pedro Saputo*. Ni los personajes ni las formas de vida que en *El país de García* se muestran tienen que ver —aunque pudieran encontrarse algunas reminiscencias— con los de la España de los años cincuenta o sesenta, pese a que se incorporen algunos elementos relativos a la actualidad.⁴⁶ Pero, en la novela, el discurrir en carro de mulas de don Magín y sus sirvientes por los caminos de Huesca, profusos en mesones, encuen-

43 Los análisis más completos de esta novela, en Calvo Carilla, coord. (1985), Calvo Carilla (1992) y Ballesté (1999).

44 Como es notorio, Ramón J. Sender se valdrá también de la *Vida de Pedro Saputo* para la configuración de parte de la estructura y el personaje principal de una de sus novelas más conseguidas, *El verdugo afable*.

45 Para esta caracterización antropológica de Pedro Saputo como emblema del carácter aragonés, v. Ortiz Osés (1980).

46 Se alude, por ejemplo, al canal de Monegros (p. 16), no terminado aún en la época de aparición de la novela, a los tratos con el Mercado Común (p. 253), a la «nueva ola con su carga de pelos y barbas» (p. 316)...

tros con caminantes y formas de vida arcaicas, tiene poco que ver con un tiempo en que el teléfono, la radio, la televisión y el automóvil formaban ya parte del espectro rural.⁴⁷

Tampoco los escritores aragoneses se han servido de su propio territorio para sus libros de viajes, por otra parte muy escasos. La única excepción próxima sería el libro del periodista alcañizano Darío Vidal, *A mitad de camino, Los Monegros* (1971) —otra obra valiosa y olvidada—, pero que es estrictamente un libro de viajes prototípico en que el autor habla en primera persona y recorre territorios en los que describe lo que ve y se encuentra, con la aportación de algunos elementos que pueden calificarse como sociales. Habría que destacar, pues, la originalidad del planteamiento de *El país de García* en la tradición literaria española en su vertiente de libro de viajes novelado. Respecto a las numerosas páginas que pueden calificarse de guía histórico-artística, poco más habría que decir que destacar su abundante información, excelentemente escogida y servida por una prosa eficaz, limpia, clásica y bienhumorada, con la inclusión de algunas apostillas irónicas que rozan lo literario. Pero, tal vez, resulta sobredimensionada en detrimento de la parte ficcional y su peso en el conjunto de la obra es excesivo. El lector desearía una mayor abundancia y protagonismo de los apartados narrativos, que son los que dan al libro el frescor y la soltura que lo caracterizan.⁴⁸ Sin embargo, Torrente se

47 El narrador ha colgado los hábitos menores (p. 7); don Dimas lleva un cabreo (libro usado antiguamente en las iglesias) donde hace sus anotaciones (p. 11) y cobra a diez duros la visita; las medidas de longitud se dan en varas y en leguas; se habla continuamente de doblones, onzas y medias onzas..., y tanto las relaciones de los protagonistas entre sí como los personajes que les salen al camino y los diálogos que entre ellos entablan no corresponden a la norma de su época.

48 Sin embargo, en *El país de don Álvaro*, libro que podría considerarse como el directo heredero, Torrente corrige en parte este extremo y lo narrativo tiene en él una mayor presencia.

planteó sin duda una obra en que ambos aspectos quedaran nivelados y lo cierto es que su dimensión en el conjunto del texto resulta bastante equilibrada.

El material narrativo constituye la parte más interesante de *El país de García*. Además de la utilización de la primera persona, a la que se aludió, gran parte de aquel está constituido por los diálogos de los dos protagonistas principales entre sí —el narrador y don Dimas— y con los personajes sobrevenidos en el transcurso de la peripecia. Son coloquios contruidos con gran economía de medios, harta precisión lingüística y en los que se advierte una clara estirpe cervantina. Muy frecuentemente don Dimas, o alguno de los advenedizos, introduce en ellos historias intercaladas, generalmente breves, con un componente humorístico y que encierran a menudo una suerte de mensaje o enseñanza, casi siempre cuajada de escepticismo y, en ocasiones, críptica, como si la suerte de avisada prudencia y experiencia vivida que encarnan tanto el curandero como muchos de los personajes itinerantes implicara el guardarse también la carta de la interpretación. Bien pudiera verse en todo ello un componente gracianesco, ya que el jesuita aragonés es autor con el que pudiera identificarse al Torrente de esta y otras obras en muchos aspectos de su filosofía vital. De hecho, al final de la obra se le cita, como de pasada pero con muy ilustrativa apostilla: «En Graus es fama que Gracián, otro espíritu enemigo de la indolente y engañosa conformidad, escribió su *Criticón*» (p. 353).

Algunos de estos breves episodios intercalados son históricos, otros corresponden a la tradición popular, con alguna pequeña pincelada folclórica, y los más parecen deberse a la mera inventiva del autor. En todos los casos, priva ese pintoresquismo de buena ley, que el autor parece privilegiar en sus últimas obras. Así, la novela se mueve entre el gusto por mostrar personajes curiosos, contar anécdotas o casos pintorescos por sí mismos y la soterrada exposición de una filosofía vital escéptica pero nada estoica, precavida aunque

gozosa y un punto taimada. De cualquier forma, siempre queda una brizna de perplejidad, de ambigüedad, de doble sentido en el mensaje, como si, por un lado, el autor nos quisiera mostrar que no debemos tomar nada demasiado en serio y, por otro, nos advirtiera, como el viejo arcipreste, de que bajo un manto de burla y solaz a menudo se encierra alguna enseñanza.

Los personajes

El plantel de personajes que presenta la narración parece tener también una progenie celiana, tanto por los floridos y campanudos nombres que ostentan —de estirpe, eso sí, casi siempre aragonesa— como por el hecho de que sus caracteres apenas tienen desarrollo en la novela. Es decir, son personajes estáticos que no progresan en su evolución, como corresponde al mundo más arcaizante que dialéctico que se nos presenta. El autor ha construido su obra en torno al personaje narrador y en don Dimas, que es el verdadero protagonista en cuanto a que constituye el transmisor de la mayor parte de los mensajes con contenido que proyecta la novela. Pero, en todo caso, los datos que sobre ellos se nos sirven son muy escasos y casi nunca tienen una dimensión psicológica, ya que la intención de la novela no va por esos derroteros.

El narrador, poco caracterizado, y del que solo sabemos que tras estar a punto de ordenarse de menores trabajó en un circo, es joven, sensato, independiente y ávido de saber y experiencias. Es la personalidad de don Dimas, al que aquel conoce en Huesca para la feria de San Andrés, en noviembre, la que le llama a ajustarse con él, como este le solicita, una vez transcurrido su periplo en el que oficia de maestro en hierbas medicinales, capador y tratante de ganado. Esta gira la inicia don Dimas en abril, para la fiesta de

San Jorge, en Almodévar, adonde al año siguiente, ya abandonado el circo, el innominado narrador acude a encontrarse con él en la posada de Fierro. Lo que sucede es que no terminará de completarla, pues en Montañana decide dejar el servicio de don Dimas, pese a los ruegos de este, y el personaje queda pensativo, «embargada el alma por el amargor del que todavía no sabe lo que quiere y solo acuna inquietudes» (p. 358), palabras con las que concluye la novela y que están entre las pocas que nos dan alguna pauta de un personaje cuya mejor cualidad parece ser algo tan gracioso como la discreción.

Don Dimas, «que no cumpliría otra vez los sesenta», encarna el sentido común, la *somardería* del hombre que ha hollado muchas trochas y conoce a fondo el corazón humano. Personaje muy aragonés, incluso en la falta de soltura para mostrar los propios sentimientos, y sin embargo amante de las buenas formas: «usaba con altos y bajos de eso que llaman don de gentes y que, por lo que tengo visto y experimentado, no consiste en otra cosa que en poner buena cara aunque a uno le estén mentando a la madre». Sin llegar a ser avaro, posee un rasgo que se atribuye al montañés, aunque en ningún momento se nos especifique su lugar de nacimiento: el valor que concede al dinero. También es cultivado: lee la prensa, admira y copia las poesías de Pedro Ximénez de Urrea, sabe mucho de números y escribe versos con gran aparato de caligrafía inglesa y orlas de mucho primor, pero sobre todo es un hombre práctico y astuto, de modo que al final del libro se nos depara la sorpresa de que, en realidad, tiene hechos los estudios de medicina pero, para sus propósitos y dada la extracción popular de las gentes con las que trata, le sale más a cuenta hacerse pasar por curandero. Cordial en sus relaciones, «sabía mandar y hacerse obedecer con buenos modos y, a pesar del afecto y del buen humor que ponía en el trato, siempre quedaba entre amo y servidor como una última valla que nadie se atrevió

a saltar» (p. 11). Es capaz de amoscarse en cuanto no le gusta la actitud de quien le aborda y recoger velas cuando le conviene. Su sabiduría vital o «ley civil del que vive de andar por los caminos» viene, por demás, recogida en los siete mandamientos que, en el primer capítulo, dicta a su ayudante a la sombra de una morera: no extrañarse de nada; ser sufrido; estar enterado de todo y de nada; no fiarse ni de uno mismo; tener amigos hasta en los infiernos; paso de zorro, presa de mastín y vista todo lo justa para ver sin ver; y, por último, honrar los compromisos. Mandamientos complementados por tres consejos: escuchar con buen talante las chorradas ajenas; aprovechar las ocasiones, dejando algo para el que viniere, y huir de los ambiciosos.

El resto de los personajes —incluyendo al avisador, Gregorio Sotero, y al mozo de mulas, Restituto Azcón, que acompañan a los protagonistas— no pasan de comparsas, aunque don Magín de Papalardo y Carrascoso,⁴⁹ que reaparecerá con gran protagonismo en *El país de don Álvaro*, sea algo más que un tercero en discordia. De hecho, a partir de su aparición, cuando se incorpora al grupo en Rodellar en la página 143, el relato de sus sucesidos, sus propias intervenciones y las charlas con el narrador van tomando cada vez más presencia hasta llegar a competir con don Dimas. Es precisamente una discusión con este la que pone fin a su inclusión en el viaje, pero esto sucede en la página 335, con lo que la participación activa de don Magín ocupa más de la

49 En esta y alguna otra ocasión los nombres encierran recuerdos de personajes reales conocidos por el autor: don Magín era un amigo de su abuelo Nicolás Secorín, que fue administrador de un duque; Papalardo era el nombre del secretario del que fue nuncio apostólico en España, monseñor Dadaglio; Carrascoso era el apellido de una señora que solía dar la lata a un compañero de carrera, muy amigo del autor, llamado Juan Antonio Pérez-Urruti Maura, nieto del tantas veces presidente del Consejo de Ministros durante el reinado de Alfonso XIII, don Antonio Maura.

mitad del libro. Dicha controversia entre los dos personajes, que viene a versar sobre la aceptación o rechazo de lo mágico, es muy ilustrativa en cuanto que don Dimas apuesta por la racionalidad, entre otras cosas y como hombre práctico que es, para que sus dos crédulos servidores no se dejen arrastrar por fantasías. En cambio don Magín, como poeta, prefiere el misterio. La casi inmediata decisión del personaje-narrador de abandonar a don Dimas no deja de tener que ver con una implícita toma de postura por su parte.

De los personajes que aparecen por los caminos, el más destacado es, sin duda, el pícaro del mal humor, Secundino González Lobo, representante de todas las artimañas necesarias para sobrevivir en el nomadeo pero celoso mantenedor de esa desconfiada y desafiante dignidad que muchos viajeros extranjeros de los pasados siglos atribuían a los españoles humildes. Por otra parte, es el único que reaparece en varias ocasiones —hasta cuatro— y su personalidad revela ciertos matices. El resto aporta su historia o su pintoresca personalidad, pero quedan ahí constituidos en estampas aisladas.

Un humor biempensante pero ácido y con un fondo amargo, una especie de mirada distanciada sobre el género humano se cierne sobre *El país de García*. Desde la segunda página de la obra, don Dimas nos avisa: «El burro es el animal más serio de la creación y la seriedad es la dicha de los imbéciles». Las relaciones de amistad o cariño que entre ellos forjan los protagonistas se expresan de manera elíptica, contenida y hasta forzada, respondiendo al rasgo tan aragonés de huir de la excesiva sentimentalidad, como queda tan patente en la escena de la despedida entre don Dimas y el narrador.

El itinerario

El periplo de los viajeros privilegia claramente los somontanos de Huesca y Barbastro, pues hasta la página 217 de la

edición original, en una obra que cuenta con 301, no se entra en los valles pirenaicos, la zona por la que la provincia oscense es más conocida y celebrada. Además de la vinculación personal del autor, que tiene sus solares en Vicién y Angüés, con aquellos, parece notorio que su intención es divulgar una zona olvidada y desconocida, y lo cierto es que el paso por los Pirineos, que tienen tras de sí una literatura mucho más amplia,⁵⁰ resulta un poco apresurado y, a veces, los textos aparecen como embutidos por el compromiso de abarcar toda la provincia. Cuéntese también con que el editor decidió suprimir unas sesenta páginas de la versión original «para equilibrar el contenido». El autor, por su parte, dedicó mucho tiempo a la elaboración del libro⁵¹ y recorrió todos los lugares que cita, provisto de una mini-casete, donde grababa sus impresiones y preguntaba aquello que desconocía o le interesaba.

El *tempo* de la narración no tiene un ajuste cronológico demasiado preciso. En ocasiones se nos dice dónde los personajes comen o duermen y cuánto tiempo permanecen en determinado lugar, pero en otras no parece importante para el autor darnos una referencia concreta del paso del tiempo. El libro comienza, como se vio, con el conocimiento del narrador y el autor acontecido en Huesca, para la feria de San Andrés, el último día de noviembre. Aquel acepta la invitación de don Dimas y, el año entrante, se incorpora a su compañía para el inicio de su campaña el día de San Jorge en Almudévar, donde comen y hacen posada.

La siguiente referencia cronológica nos lleva a la comida en el monte de Pebrero, ya en el segundo capítulo, y es en Tabernas de Isuela donde pasan la primera noche de camino que se refiere en la narración. Desde allí se suceden

50 Cf. Acín Fanlo (2002), que contiene una bibliografía sobre este asunto.

51 Aunque la obra está fechada entre junio de 1960 y septiembre de 1965, el autor trabajó en ella hasta su fecha de aparición.

muchos lugares y episodios hasta que se nos da noticia de la siguiente noche, ya en el tercer capítulo, que nos lleva hasta Velilla de Cinca, a más de cien kilómetros de Tabernas, lo que implica que el autor ha soslayado más de una pernocta. La siguiente jornada, en la que pasan por Fraga, tendría también más kilómetros de los creíbles, alrededor de cincuenta, y los lleva a dormir a monte abierto en el trayecto de Zaidín a Altorción, ya cerca de este lugar.

En el capítulo cuarto la caravana llega a este último pueblo y, tras pasar por Tamarite y Binéfar, hace noche en San Esteban de Litera, es decir, una jornada que no llega a los treinta kilómetros pero en la que don Dimas hace sus visitas al aire libre y se efectúan, además, otras paradas. Todavía dentro del capítulo cuarto, y tras una travesía que no llega a los veinte kilómetros, los viajeros duermen en Fonz y, a la jornada siguiente, en la que pasan por Monzón, pernoctan en Selgua, distante veintitrés kilómetros de Fonz. El capítulo quinto comprende el trayecto de Selgua a Bierge. La primera noche la hacen en Peralta de Alcofea, a menos de veinte kilómetros de Selgua. El camino les lleva, pasando por diversos pueblos, a Barbastro, a casi cuarenta kilómetros, pero donde no se nos dice que pasen la noche. Todavía harán veintiún kilómetros hasta Alquézar y más de quince hasta Bierge, lugar en el que finalmente encuentran descanso.

El sexto capítulo contiene el recorrido de veinticuatro kilómetros de Bierge hasta Aguas, en cuya posada cenan y tratan de dormir, pero los acontecimientos les hacen emprender de nuevo el viaje en plena noche. Muy diversos pueblos y episodios transcurren hasta la llegada a Huesca, veintitrés kilómetros más allá de Aguas, momento que aproximadamente coincide con el punto medio de la narración.

En total, al llegar a Huesca los viajeros habrán recorrido alrededor de cuatrocientos kilómetros a lo largo del Somontano y la sierra de Guara. Y tan solo se nos ha dado noticia de diez noches. En la capital de la provincia, estan-

cia que ocupa todo el séptimo capítulo, se nos dice que la comitiva permanece durante siete días, hasta que el 21 de mayo abandona la ciudad. Si la salida inicial había sido para el 23 de abril, festividad de San Jorge, vemos que el autor ha efectuado un proceso de elipsis de casi veinte paradas nocturnas.

Tras dejar Huesca, la primera etapa lleva a don Dimas y sus sirvientes a Ayerbe, distante unos treinta kilómetros, donde se topan con el inevitable Secundino González Lobo. Es en este punto donde podemos observar alguna anacronía porque Secundino afirma haber conocido a don Sisinio Garcipollera, al que ahora sirve de rodrigón, cuando sus parientes habían terminado con su colección de grillos, mientras este había contado a los viajeros que ya hacía algún tiempo había sustituido la afición de los grillos por el afán de cenar a los enanos y Secundino solo hace unos días que se había encontrado con la *troupe* de don Dimas en dos funciones muy distintas. Sea como fuere, el trayecto continúa hasta Bailo, distante treinta y ocho kilómetros, donde pasan la noche del 22 de mayo. Este capítulo octavo termina con el encuentro con el hombre batería, seguidor del espiritista oscense Torres-Solanot en la pardina de Lobera, a escasa distancia de Bailo.

El noveno capítulo nos lleva, a través de Puente la Reina y Ansó, hasta el circo de Zuriza, itinerario que llega a los cincuenta kilómetros, distancia a todas luces excesiva para un día con paradas, pero de nuevo aquí el novelista vuelve a precisarnos la fecha en que hacen noche, que es la consecutiva a la anterior: la del 23 de mayo. Mientras don Dimas manda volver el carro a Puente la Reina, este, don Magín y el narrador duermen en un chozo pastoril del barranco de Petrafitá y continúan a pie, a través de la Selva de Oza, para llegar a Hecho y, posteriormente, hasta Santa Cruz de la Serós, donde les cobija una viuda, lo que constituye un trayecto, similar al anterior, de unos cincuenta kilómetros.

El capítulo décimo, tras describir el lugar de San Juan de la Peña, lleva a los caminantes hasta Jaca, a trece kilómetros de distancia. No se dice que hagan noche en la capital del Alto Aragón aunque habría que suponerlo. Después salen hacia Arañones, donde un encuentro les fuerza a marchar a Canfranc, distante veinte kilómetros de Jaca, para allí coger el tren y volver en él a dicha ciudad, donde espera el carro al que se había dado orden —no se dice por qué procedimiento— de que volviera desde Puente de la Reina. A partir de aquí, por Sabiñánigo, llegan a Biescas, a treinta kilómetros de Jaca, donde el austero bilbilitano Pompeyo Torrao les ofrece hospedaje gratuito. También se nos han narrado las bellezas del valle de Tena, de Biescas a Sallent, aunque no consta que los viajeros efectúen el camino.

El undécimo capítulo contempla el trayecto que hasta Aínsa recorre la comitiva, aunque nada se nos dice de sus circunstancias sino que el narrador se limita a contarnos las bellezas naturales y artísticas de un itinerario que, contando la excursión a Ordesa, totaliza ochenta y seis kilómetros. Se nos precisa que la noche que pasan en la capital del Sobrarbe es la del 11 de junio, por lo que han pasado diecinueve días desde la última fecha que se explicitó, la del 23 de mayo, en la que durmieron en el barranco de Petrafita. Tras ir a Bielsa y volver a Aínsa —sesenta y ocho kilómetros—, el grupo de viajeros emprende el camino hacia Campo, adonde llega el 19 de junio tras haber recorrido treinta y dos kilómetros. Ocho días, pues, entre la noche de Aínsa y la estancia en Campo, donde tampoco se nos habla de la pernocta, aunque nos encontramos ya en la parte en que el libro se precipita hacia su final y las peripecias de los viajeros van tomando cada vez menos protagonismo, en beneficio de la descripción de lo mucho que se recorre. Camino de la Ribagorza, el carro llega a Benasque, a treinta y cuatro kilómetros de Campo.

En el capítulo doce, que es el último, don Dimas y sus cofrades deshacen el camino hasta Castejón, al tiempo que

el patrono manda al mozo de mulas, Restituto Azcón hasta Graus con el carro y una caballería. Desde allí llegan a Roda de Isábena, que dista unos sesenta kilómetros de Benasque, alojándose en la posada durante dos noches. En Roda se produce el último encuentro con Secundino González Lobo.⁵² Emprenden desde allí el camino hacia Graus, a treinta kilómetros, para después recorrer, a través de Benabarre, Tolva y Viacamp, los cuarenta y cinco kilómetros que los separan de Montañana, lugar en donde descansan dos días. Allí se produce la separación del narrador y don Dimas y el final del libro. No se nos da la fecha, aunque el narrador es instado por su patrón para que aguante hasta la sanmiguelada. Dada la progresión de los acontecimientos, podemos suponer que se produce en torno a los días finales de junio. Es decir, poco más de dos meses desde la salida de Almuédvar en los que se han recorrido unos novecientos kilómetros, cuatrocientos en el primer tramo del viaje hasta Huesca y quinientos en el segundo, lo que resulta bastante creíble. Prácticamente se ha recorrido toda la provincia oscense con la excepción, si acaso, de la parte de la sierra de Guara en torno a Nocito, La Guarguera y el valle de Serrablo, entonces zonas con muy complicados accesos y que serían reivindicadas poco después de la escritura del libro por parte de asociaciones como Amigos de Serrablo y el interés por la antropología y etnología altoaragonesas que se desató en los últimos años de la dictadura franquista.

Estructura y estilo

El país de García consta de doce capítulos, que comprenden a su vez ochenta y siete apartados separados por espa-

52 En el índice de la edición original consta como el tercer encuentro, pero en realidad se trata del cuarto.

cios en blanco, aunque en el índice final se concentren algunos de ellos reduciéndose su número hasta setenta y uno. De estos ochenta y siete fragmentos, cuarenta y cinco tienen carácter narrativo y cuarenta y dos descriptivo, alternándose ambos con bastante equilibrio a lo largo de toda la obra.

La lengua, como suele suceder en los escritores que tienden a la concentración, privilegia el estilo nominal y los adjetivos, aun usados moderadamente, apuntan a la concreción y a la justeza. Es llamativa la abundancia del tiempo verbal pasado con pronombre enclítico, lo que proporciona a la prosa un toque entre culto y arcaizante. La riqueza toponímica implica un muy preciso trabajo de documentación.

En las partes narrativas el estilo es conceptuoso, rotundo y, a menudo, elíptico. El diálogo, que constituye la mayor porción de aquellas, abunda en frases populares y giros coloquiales que contrastan vigorosamente con la retórica, muchas veces de claras reminiscencias literarias, con que se expresan la mayoría de los interlocutores, sin que falten los tan naturales aragonesismos⁵³ y los aludidos arcaísmos. Lo popular y lo culto alcanzan así una fusión que muy a menudo resalta la trastienda de aquellos y proclama la ironía de que anda revestida toda la obra. Sea con un humor latente o explícito, los diálogos son siempre apropiados y sentenciosos.

La parte informativa destaca por la justeza y amenidad y no faltan tampoco las apostillas levemente humorísticas o irónicas del autor. Es, desde luego, una lengua que roza lo literario más que lo meramente descriptivo y, a menudo, se regodea en un lenguaje desprejuiciado: «reyes a quienes les faltó el canto de un duro para subir a los altares» (p. 64); «se las tuvo tiasas con el papa Martín IV» (p. 194); «el románico

53 En la anotación se señalan algunos de ellos pero, aunque sin excesos, están repartidos a lo largo de toda la obra: «¡Aguarda, pájaro!» (p. 49); «amontonar *borrufalla*» (p. 76); «*esbaró* don Dimas» (p. 84); «El mayor, que es un *borde*» (p. 251)...

daba las boqueadas» (p. 353)... Un regusto clásico en la prosa y una gran riqueza y precisión de vocabulario dominan el conjunto, lo que demuestra la gran cantidad de voces que han debido ser anotadas en una obra que no tiene pretensión de minorías ni va dirigida a lectores cultos.

Las fuentes

En la entrevista que en 1996 le hizo Antón Castro, el autor habla de su admiración por Cela —al que en una ocasión le llevó todos sus libros para que se los firmara—, Baroja, Valle-Inclán, Muñoz Seca, Jardiel Poncela y Wenceslao Fernández Flórez, a quien llegó a tratar personalmente. Su larga estancia en América le deparó sin duda un buen conocimiento de la literatura trasatlántica. Un curioso testimonio nos lo proporciona el que fue embajador en Venezuela, José Antonio Acebal:

Querido Dr. Uslar,

El pasado día 20 recibí una carta del ex-Embajador de España en Venezuela, José Vicente Torrente, en la cual me dice que una caja de libros de las que llevó de aquí se ha extraviado y me pide que le envíe *Oficio de Difuntos* y *Las Lanzas Coloradas*, cosa que estoy haciendo por la valija de hoy.

Creo que cumplo un deber de información, porque sé de su amistad con él al entrecomillar un párrafo que a Ud. le dedica y que dice lo siguiente:

«Para mí, Uslar Pietri es el mejor y más profundo escritor en lengua castellana de los últimos treinta años, con permiso de los señores de la Academia Sueca. La historia de la literatura de España y de Hispanoamérica, cuando se escriba dentro de unos años, le hará a Uslar Pietri la justicia que los que le conocemos le hacemos ya».⁵⁴

⁵⁴ Carta de José Antonio Acebal y Monfort a Arturo Uslar Pietri (Caracas, 30 de diciembre de 1982).

Sin embargo, es la influencia cervantina, sin duda, la que mejor se advierte en *El país de García*, no solo por la similitud del periplo, en el sentido de que es un itinerario que no parece prefijado sino más bien azaroso y albur de las circunstancias, sino por la estirpe de los coloquios entre los personajes y su carácter a menudo sentencioso, pero con la particularidad de que no se establecen conclusiones sino una suerte de perplejidad ante lo aleatorio del transcurso de la vida. Hay, asimismo, episodios que nos recuerdan claramente las peripecias del hidalgo, como el del hombre que aparece «sobre una roca que remedaba los lomos de una caballería gigante y tan en porreta como lo parió su madre», aunque luego resulte ser un seguidor del espiritista Torres-Solanot, o el encuentro con don Julio, el enamorado burlado. En el propio personaje de don Sisinio Garcipollera, experto en grillos y enanos, a quien sus parientes declaran loco para llevarse sus bienes, hay un evidente recuerdo del humano desvarío de Alonso Quijano. Y, en fin, los episodios en los que podríamos encontrar reminiscencias quijotescas serían hartamente numerosos. Incluso, como se vio, se da la coincidencia de algún desbarre cronológico en la estructura temporal del libro. *El Quijote* es obra que el autor confiesa haber leído veintisiete veces y es obvia la identificación de Torrente con muchas de las visiones cervantinas. Además de las ya mentadas aunque ocasionales concomitancias con la *Vida de Pedro Saputo*, también se aludió a la influencia gracianesca, que se advierte en el gusto por la precisión, la filosofía precavida, escéptica y sutil y el gusto por lo redondo de ciertas frases. Gracián es autor que al novelista le divierte en grado sumo y *El Crítico* se cuenta entre sus lecturas favoritas, así como los clásicos castellanos, cuya colección de Espasa Calpe confiesa tener entre sus libros de cabecera.

En cuanto a las fuentes informativas con las que el autor contó, pueden señalarse principalmente las obras de Antonio Ponz, Carlos Soler y Arqués, Lucien Briet, Luis

López Allué, Ricardo del Arco, Luis Mur, García Mercadal, José Pijoan, Antonio Durán Gudiol y la *Enciclopedia Espasa*.⁵⁵ Escribió también a bastantes secretarios de Ayuntamiento para cotejar informaciones. El autor recogía la información previamente y cuando visitaba los lugares la cotejaba con lo que veía, hallándose obligado, en bastantes ocasiones, a prescindir de esas notas previas que no coincidían con la realidad, por lo que parece evidente que algunos autores no siempre habían visitado aquello que describían. Sea como fuere, lo que cuenta es el resultado y el resultado es una amenísima novela viajera que nos da noticia del arte y la historia oscenses.

NUESTRA EDICIÓN

Esta es la segunda edición de *El país de García*, quinta de las novelas de José Vicente Torrente en cuanto a fecha de publicación. La edición anterior, número 364 de la prestigiosa y muy veterana colección «Áncora y Delfín» de la editorial Destino, fechada en abril de 1972, lleva varios años agotada; aunque, naturalmente, nuestro trabajo se basa en ella, se corrigen, previa consulta con el autor, las numerosas erratas, casi siempre tipográficas y ortográficas, que presenta y se moderniza la acentuación y el uso de mayúsculas. Se mantiene, sin embargo, la puntuación, exceptuando algunas erratas obvias, aunque en ciertos casos sea discutible. Las notas aclaratorias se refieren casi siempre a la parte narrativa, ya que sería farragoso e inconsecuente ampliar los numerosísimos datos histórico-artísticos que la obra proporciona en su parte informativa. Únicamente se hace alguna excepción cuando el personaje citado se sale de esos parámetros.

55 V. «Bibliografía».

En cuanto a las notas léxicas, he procurado una equidistancia entre el exceso y el defecto dado que, si el vocabulario no presenta apenas dificultades de comprensión para un lector medianamente culto, es esta una obra que se presta excelentemente para constituir un tan ameno como formativo libro de lectura para los alumnos de enseñanza secundaria. La explicación de los significados tiene en cuenta casi únicamente el contexto en el que aparecen, sin que en general se den más precisiones.

En el capítulo de los agradecimientos, la afortunada circunstancia de contar con la colaboración del autor, en plena lucidez, ha hecho que mi labor fuese mucho más sencilla. Es, pues, a él a quien debo expresar mi máximo reconocimiento. Otras personas que me han ayudado en asuntos concretos han sido Dánae Barral, María Teresa Cacho, Esteban Cortijo, Enrique Lasaosa, José Ramón Marcuello, Vicente Martínez Tejero y Miguel Pardeza. Y, por supuesto, Antonio Pérez Lasheras, codirector de la colección, que me instó repetidamente a preparar el volumen y después solventó con rapidez y eficacia los problemas que se plantearon. Agradecimiento naturalmente extensivo al equipo editorial de «Larumbe», de cuya solidez da fehacientes pruebas la excelencia de sus publicaciones.

EL PAÍS DE GARCÍA

José Vicente Torrente

José-Vicente Torrente



El país de García



Sobrecubierta de la primera edición (1972)

*A María de las Nieves y Vicente
A María del Pilar, Nicolás y José Antonio¹*

1 María de las Nieves, hermana mayor del novelista, que murió de cáncer a los pocos meses de casarse este. Vicente y María del Pilar, padre y madre. Nicolás y José Antonio son los dos hermanos menores del autor, el primero de ellos también fallecido.

Las noticias geográficas del Kitab Ar-Rawd Al-Mictar Fi Habar Al-Aktar, recogidas a finales del siglo xi, cuando los cristianos andaban a la greña con el infiel, dicen del incipiente reino de Aragón, en las montañas de Huesca: «Aragun (Aragón). Es el nombre del país de García, hijo de Sancho...».*

I. DE ALMUDÉVAR A LOS LLANOS DEL ALCORAZ

CUANDO ME DECIDÍ NO LO PENSÉ DOS VECES, porque las cosas que se rumian mucho acaban por torcerse a fuerza de encontrarles peros. En aquellos años poco podía ganar o perder. Justamente con trabajar y ser el jifero² de mis horas de ocio le sacaba el gusto a la vida. Y como además, a puro zascandilear, no tenía ni oficio ni beneficio y los escasos dineros que guardaba para cuando vinieran mal dadas amenazaban con dar fin, acordé buscarme nuevo amo y me vino a la memoria el conocimiento que tenía de don Dimas Bar-daxí.

Lo que hice antes de ir al encuentro de don Dimas y los motivos que me llevaron a colgar los hábitos a poco de ordenarme de menores, es negocio que queda para mí. La cuenta tampoco es importante y ni entran en ella cosas que pidan confesión con el Santo Padre ni los civiles andarían desasosegados buscándome por los caminos. En lo último que trabajé fue en un circo de bastante monta. Pero el circo aunque iba de la Ceca a la Meca y dejaba mucho tiempo para los deleites de ver, leer y escribir, que tanto pueden en mi persona, adolecía del inconveniente de echarme en cara mi poquedad. En aquella cofradía todos, menos los mozos, sabían hacer alguna gracia y a la larga acabé creyéndome

2 Matador.

una especie de inútil forragaitas.³ Por eso, después de dejar el circo, me oreé por los lugares que atraviesa la carretera que va de Lérida a Huesca —trecho que contando mal supone arriba de veintiuna leguas—,⁴ sin duda porque quería meter en el hondón de mi ánimo un poco de serenidad, a fin de no entrar con mal temple al servicio de don Dimas.

A don Dimas le había conocido un año antes, por las ferias de San Andrés, que caen en noviembre.⁵ Don Dimas solía recenar a eso de las dos de la mañana, en una casa de comidas que hay en Huesca cerca de la placeta⁶ de los Tocinos. Yo, como la bolsa no daba para más, me contentaba con un vaso palmero de clarete de Bospén y miraba engolosinado las judías estofadas que despachaba don Dimas.

Aquella noche mi atención estaba más fija que de costumbre y don Dimas se encaró con la sirvienta y ordenó:

—Que le pongan otro plato de lo mismo al amigo.

Yo no me hice rogar y tomé asiento en la mesa del convidador.

Hablamos un poco de todo y de nada pues, aunque don Dimas se manifestó de naturaleza cordial, yo tenía el reparo del hambrón que llena las tripas a cuenta de otro.

Al despedirnos me dijo en tono amistoso:

—No te apures por el convite. Cuando me conozcas más sabrás que ni soy hombre de cumplidos ni creo en la virtud de los hombres fríos. El burro —remató muy cumplidamente— es el animal más serio de la creación y la seriedad es la dicha de los imbéciles.

3 No aparece la palabra en los repertorios habituales. Al ser la actividad de forrar gaitas una dedicación absurda, constituye una suerte de pleonasmó del adjetivo *inútil*.

4 La más clásica de las medidas itinerarias de longitud, equivalente a unos cinco kilómetros y medio.

5 La festividad se celebra, concretamente, el último día del mes.

6 Los diminutivos *-eta* y *-ete* son propios de Aragón y, en especial, de la provincia de Huesca.

En gracia a estas palabras volvimos a repetir la función durante una semana y, cuando desmontamos el circo para irnos a Zaragoza, don Dimas me mostró su juego:

—Pienso que, teniendo buenas dotes, pierdes el tiempo en un trabajo de poca cosa.

—A lo mejor está en lo cierto —respondí por decir algo.

—Hijo —gruñó don Dimas—, hoy día tan mal lo pasa quien no tiene negocios como el que los tiene en demasía, pues el primero vive menguadamente y el que se ocupa en muchos no disfruta de la vida, y viene a ser como el perro del traperero, que va amarrado con una cuerda debajo del carro y ve pasar los árboles sin poderlos orinar. Además, quien no se especializa está perdido. Las manos sirven para poco sin ayuda de la cabeza.

—Y ¿qué quiere que haga? —insistí.

Don Dimas se estiró el nudo de la corbata y explicó:

—Hace tiempo que busco un joven de buenas entendederas para educarlo en mis oficios. Toma mis señas. Todos los años, mientras Dios no me llame a juicio, vengo a caer por esta taberna rondando la feria de noviembre. Aquí pongo fin a una excursión que comienzo en la villa de Almudévar el 23 de abril, festividad del glorioso san Jorge, patrón de Aragón y eventualmente de los ingleses. En Almudévar, que es la primera villa a la vera de la carretera que lleva a Zaragoza, pregunta por mí en la posada de Fierro.

Recogí el cacho de cartulina sobada que me entregaba y leí:

Dimas Bardaxí Saqués
Capador (por la Escuela de Toulouse)
Tratante en ganado
Maestro en hierbas
Aragón (España)

—Me hace mucha caridad —murmuré confuso.

—Verdad es —sentenció don Dimas— que un día resucitaremos y se sabrá todo lo que llevamos dentro, por eso quiero aclararte que lo que te propongo más tiene de conveniencia que de caridad y para que lo entiendas te lo explicaré.

Aclarose la voz y prosiguió:

—La vieja de un molino que había en el valle de Tena, cuando yo estaba en edad de ir a la escuela, daba a los pobres los pedazos de tocino fresco que antes había empleado para untarse las almorranas. A fuerza de dar tocino en vez de pan crió fama de caritativa. A lo mejor esto que hago tiene semejanza con el tocino de la vieja.

Quedé pensativo y repliqué:

—Sea lo que fuere, déjeme rumiarlo unos meses. Mi empleo de ahora no es una canonjía pero tampoco puedo despedirme de la noche a la mañana sin darle tiempo al tiempo.

—Hazlo como te plazca, que aunque yo cubra la plaza he visto tantos dones en ti que siempre te recibiré gustoso.

Sin más nos dijimos adiós y yo volví a mis trabajos menores y él a sus negocios, de los que a lo largo de este escrito daré razón.

Don Dimas Bardaxí era alto, de miembros proporcionados y facciones agradables. De natural abierto, tenía palabra de rey y memoria de elefante. Las raras veces que se la dieron con queso gruñía: «Lo bueno mío es que soy un rencoroso», y poco tiempo mediaba entre el engaño de que fuera objeto y la cumplida satisfacción que se tomaba con el tramposo.

Como aquellos contratistas de comienzos de siglo que vivían bien pero desconocían la cifra de su fortuna hasta que al retirarse echaban cuentas definitivas, don Dimas gozaba de buena posición pero las entradas y salidas menudeaban tanto que trabajo le doy a quien hubiera pretendido saber el fruto de las industrias de mi patrón.

Sabía mandar y hacerse obedecer con buenos modos y, a pesar del afecto y del buen humor que ponía en el trato, siempre quedaba entre amo y servidor como una última valla que nadie se atrevió a saltar. Sabía mucho de números y escribía muy a menudo en un cabreo,⁷ utilizando pluma de ganso y tinta china sacada de unas pastillas que diluía en agua. Hacía una letra muy acabada que llaman inglesa, señal de que en sus tiempos tuvo buenos maestros. Estaba enterado por los diarios de todo lo que pasaba en el país y, si donde nos hallábamos no los podía comprar, nunca faltaba un conocido, alcalde, maestro, secretario de Ayuntamiento, fondista o rico de lugar que le prestara los números atrasados.

Usaba con altos y bajos de eso que llaman don de gentes y que, por lo que tengo visto y experimentado, no consiste en otra cosa que en poner buena cara aunque a uno le estén mentando a la madre. Con los calores de la primavera don Dimas se volvía retozón como yegua primeriza y hasta le daba por escribir versos en un cuaderno cuyas hojas adornaba con orlas de mucho primor.

En ese cuadernillo apuntaba también las poesías que le agradaban y, entre ellas, trozos de Pedro Manuel Ximénez de Urrea,* segundón de don Lope, primer conde de Aranda, que anduvo a la greña con el conde de Ribagorza, don Alonso de Aragón, por cuestiones de tierras y de influencias, allá por el año 1510, poniendo no poca discordia en los hombres y en el reino.

Encontrándose en cierta ocasión don Dimas de humor poético me leyó muchos pedazos de poesías de don Pedro Manuel, llenos de galanura y de buenos decires, y me aseguró que encabezaba las oraciones de la noche y de la mañana con un trozo del de Urrea que dice así:

7 Aragonésismo. Libro usado en las iglesias.

Yo *rudillado* como cristiano
a ti Trino Dios, por la Santa Cruz
te ruego que me *oyas* en tu grande luz
a mí que me llamo muy grande gusano.*

Don Dimas jamás me confesó sus años, pero quienes le conocían bien aseguraban que no cumpliría otra vez los sesenta.

Llegué a Almudévar cuando pintan las buenas guindas, despeado⁸ por la caminata y con el mal de tripas que engendran las mezclas de aguas. Encontré la posada de Fierro y en ella a don Dimas, a quien saludé entre quejidos y explicaciones de lo que me ocurría. El patrón acudió a una arqueta de donde sacó un papelillo de polvos que deshizo en agua. Bebí la pócima y tan pronto me llegó el brebaje a lo hondo fue como si hubiera soplado un ángel.

—La verdad, nunca pensé que entendiera tanto de remedios.

Don Dimas respondió elocuente:

—Hijo, no creas que la leche se mama en cuezos. Yo tengo varios oficios y en todos ellos he de luchar con muchas malas querencias. Soy capador, cosa que no me perdonan los veterinarios, y sé lo mío de medicina y remedios con lo que sobre las espaldas llevo la enemiga de médicos y boticarios. Entiendo algo de tratos y si se terciá buscar una punta de vaca o unas cuantas ovejas que necesiten engorde en la montaña y el precio me conviene, entro en el juego de comprar y vender. Aúno voluntades y muchos matrimonios, con sus dotes, por añadidura, se deben a que hice de componedor hallándole novia al novio y novio a la novia. Por último, y esto solo cerca de los pasos que llevan a Francia,

8 Con los pies estropeados.

si me cuadra, hago de contrabandista, que es una suerte de engaño a Madrid que a veces me produce más satisfacción que ganancia.

Encarose conmigo y me preguntó:

—¿Te han hablado algo de mí?

—No señor —respondí— y además para mí las habladurías no cuentan. Con tratar a las personas me basta y me sobra para saber quién es de ley y quién de plomo.

—Haces muy bien en pensar así porque todo lo que de uno dicen son historias y la historia es un prado comunal adonde entra cualquier vecino a hacer hierba para conejos o a recoger ramas caídas para la lumbre y de paso, si le viene en gana, se baja los calzones y desocupa el vientre. Pero volvamos a lo mío: en todos mis oficios te he de instruir. Tú serás mi otro yo, es decir, los cinco sentidos del amo. Llevo otras dos personas a mi servicio. La una se llama Gregorio Sotero y la otra Restituto Azcón. La tarea principal de Gregorio Sotero es ir delante de mí avisando por dónde he de pasar o recogiendo los recados de la clientela. Restituto Azcón se encarga del carro y de las cuatro mulas...

—Muchas mulas son —interrumpí.

—Para andar por el llano con dos bastan. En los repechos de la montaña ya es otra cosa. Además hay caminos que el carro no puede hacer y tengo toda clase de avíos para ensillar las mulas mientras el carro espera donde me peta.

Dejó el sitio donde reposaba y paseó por la habitación.

—Parte de mi ciencia es tan verdad como que estamos en Almudévar. Otra parte la creo como se creen las cosas de fe. ¡Arreglados estaríamos si solo creyéramos lo que se ve! Queda una tercera parte que solo la creen los que me consultan y que viene a ser el adorno del pastel.

Como en lo que afecta a la salud del prójimo y de rechazo a la justicia no soy de los que miran a la ligera, me entró un sí es no es de preocupación y comenté:

—Una cosa es castrar puercos y otra recetar a los enfermos. La verdad, no quisiera hacer el viaje a la Audiencia entre dos civiles...

—Dices bien —me interrumpió don Dimas—; lo de castrar está al alcance de cualquier cantamañanas que tenga pulso, lanceta, aguja y guita para coser. Lo de conocer el arte de curar y de arreglar huesos ya es harina de otro costal. Ten por seguro que yo aprecio mi piel tanto como tú la tuya. Durante los muchos años que practico la guarda de la salud del prójimo y sus accidentes de ánimo no he dañado a ningún enfermo.

—Mucha ciencia es esa —murmuré receloso.

Don Dimas primero mirome impaciente y después revolvió en un arcón de donde sacó unos libros que puso encima de la mesa.

—En todo lo que se relaciona con la botica recito por los cinco libros del maestro Soubeiran* que hace más de un siglo sentó plaza de bueno en París. No te ocultaré, sin embargo, que la naturaleza me ha enseñado mucho y por más que Soubeiran diga una cosa, si el humor del individuo enfermo o el influjo de los aires del lugar me dicen otra, no me duelen prendas y altero la fórmula.

Puso en mis manos un grueso tomo encuadernado en piel de becerro y sin darme tiempo a hojearlo prosiguió:

—Para el diagnóstico, además del sentido común, mi estrella norte es el doctor Juan Sorapán de Rieros,* quien en 1616 escribió este libro que aquí ves.

Tomé el volumen que me tendía, asaz antiguo y amarillento y como el anterior con tapas de pergamino, y leí en alta voz:

—«Medicina española contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua, muy provechosa para todo género de estados, para filósofos y médicos, para teólogos y juristas, para el buen regimiento de la salud y más larga vida».

Debí de poner cara de idiota porque don Dimas se apresuró a explicar:

—Tampoco creas que Sorapán es el Evangelio. Sorapán me sirve para pensar, lo que bien considerado no es poco. Del estudio del cuerpo enfermo y de su habilidad para acomodarse a la medicación saco deducciones de esa clase que como vulgarmente se dice va a misa. Tales frutos del discutir y el obrar los apunto cuidadosamente en el cabreo, herencia que algún día, andando los años, y la gloriosa santa Quiteria haga que sean muchos, te dejaré. Mientras tanto, y como fruto de mis habilidades en otro arte, aquí tienes este cuadernillo que vale un potosí. Léelo en la soledad de tu cuarto y, si los dibujos que lo adornan precisan de alguna aclaración, aquí me tienes para hacer de dómine.

Antes de tenderme el cuadernillo leyó con voz campanuda la tapa que decía así:

—«Ciencia cisoria⁹ de Bardaxí y arte de capar animales para engorde y apaciguamiento de sus ánimos carnales, con muchas observaciones naturales que hacen a los distintos casos, así como los dibujos explicativos necesarios para llevar a buen fin la empresa».

Recogí el cuaderno y, como me lo guardara en el bolsillo un poco a la ligera, don Dimas torció el gesto y recomendó:

—Cuídalo, que es oro molido.

En estas pláticas pasó más tiempo del debido. Don Dimas consideró que había llegado el momento de darme vacaciones hasta la hora de yantar y así me lo dijo. Él se fue a sus cosas y yo a que me diese el sol y el aire de Almodévar.

Almodévar se alza frontera a la carretera que liga Huesca con Zaragoza, como a algo más de tres leguas de la primera población. El nombre le viene del árabe y alude a un

9 Ciencia de cirujano. Cisoría, latinismo que hace alusión a la actividad de cortar. Hay un evidente recuerdo de la obra culinaria del marqués Enrique de Villena, *Arte cisoría*.

tozal redondo que ampara amorosamente al casal y lo resguarda de los vientos fuertes y continuos que barren esta parte del reino de Aragón. Almudévar es una de las lindes de los llanos de la Violada, tierras de poblar duro, madras-tras del labrador de cereal hasta que pocos años atrás las domó el canal de Monegros,* haciendo mentira aquello de «cualquier tiempo ido fue mejor».

Los naturales de Almudévar, hasta que se refrescaron con las aguas del Gállego que les llegan del embalse de Tormos por la vía señalada, supieron en todas sus generaciones del amargo pan de la emigración, del pan que se busca fuera del paisaje familiar porque no lo hay en casa. Aguardar los ojos clavados en el cielo para ver llegar la lluvia y beber agua de balsa, por mucho que endurezca el temple, no mata el gusto de soñar con lugares menos extremosos.

La villa de Almudévar tiene por armas un escudo partido con los bastones gules¹⁰ de Aragón y un almud¹¹ de oro en sinople.¹² Los que husmean en las cosas pasadas discuten si Almudévar se alza donde estuvo la mansión romana de *Bostine*, en el itinerario *Osca-Cesaraugusta* de la *Via Lata* que ha dado el nombre de Violada a la región, y, aunque hay opiniones para todos los gustos, poco le debió faltar a la villa actual para medrar cabe los cimientos de *Bostine*. En la corona que domina la villa se ven restos de una fortaleza que a buen seguro se alzó sobre las ruinas de un castillo ibérico, que luego heredarían los legionarios defensores de la *Via Lata*.

Los moros perdieron Almudévar en 1118 a manos de Alfonso I y su tropa de montañeses. La *Crónica* pinatense dice que al otro día de la batalla del Alcoraz, que en 1096 puso la ciudad de Huesca en manos de Pedro I, los cristia-

10 En heráldica, color rojo.

11 Medida de áridos, generalmente en forma de pirámide truncada, muy común en Aragón.

12 En heráldica, color verde.

nos animados con la degollina quisieron continuar la fiesta y no pararon hasta Almudévar, donde entraron sin dejar títire con cabeza. La fantasía ha sido libre en todos los tiempos y es excusable que al buen monje autor de la *Crónica* se le desbocasen los caballos de la imaginación al escribir sobre la escabechina del Alcoraz. Así pienso que lo más cabal es quedarse con la fecha de 1118. En todo caso, la vida en Almudévar no debió ser nada fácil, como lo demuestra el que cincuenta y dos años más tarde, en 1170, Alfonso II en busca de almas benditas con las que poblar aquel secarral hubo de ordenar que el camino de la Violada —los hambrientos siglos se habían comido la te— pasara por Almudévar; que hombres, mujeres y niños siguieran ese camino en su andar hacia Zaragoza y que —como en el juego de Antón Perulero— el que no lo hiciera pagara prenda, que en este caso consistía en perder lo que el viandante llevara, amén de mil sueldos y del amor real, cosa esta última que en aquellos tiempos no pudo ser moco de pavo.

La gente de Almudévar es hospitalaria, desprendida e ingeniosa como cumple con aquellos que antes tuvieron poco e incierto y después, por gozar de casi todo y abundante, no han criado la avidez de los siempre ricos. Para la Virgen de la Corona, en el mes de septiembre, hacen fiestas sonadas y sacan unos danzantes que nada tienen que envidiar a los de Huesca, Graus o Sena.

En la iglesia parroquial hay dos retablos de talla, uno en el altar mayor y otro en el del Rosario; ambos del siglo xiv. En el altar mayor la Asunción de la hornacina y el Calvario que corona la obra destacan en un conjunto tan primoroso que parece de gubia¹³ de ángeles.

Dominando la llanura ayer ocre, maldita y seca, hoy abancalada, verde y recorrida por las rumorosas hebras del

13 Herramienta usada por carpinteros, escultores y otros artífices para labrar superficies curvas.

agua, está la ermita de Nuestra Señora de la Violada, en un lugar tentadero de los erales¹⁴ del viento, desmandados siempre a la querencia del llano.

Tras una buena comida que reparó las fuerzas perdidas en el vagar por Almudévar, don Dimas me presentó al avisador Gregorio Sotero y al mozo de mulas Restituto Azcón, de quienes ya di noticia. Para cerrar con broche de oro el conocimiento, don Dimas sentenció tajante refiriéndose a mí:

—Este manda tanto como yo.

Tras aquella simple ceremonia don Dimas me convidó a pasear por el camino que lleva hasta el canal de Monegros y ya en el puente, a la sombra de una morera, se explicó así:

—Esta noche te enseñaré dos arcas; en una llevo las hierbas y cuerpos simples que me sirven para recetar. En la otra van los cuerpos compuestos que más usualmente reclaman los enfermos.

Sacó una tagarnina¹⁵ de las que aquí llaman *mataquintos*, la encendió, le dio varias chupadas, y prosiguió:

—Yo no visito jamás en la posada donde me hospedo. Recuérдалo bien porque es parte muy importante de mi negocio: yo visito en casa distinta. Tampoco visito nunca a los naturales del pueblo donde me encuentro. Así, y porque te sirva de aviso número dos, si alguien de Almudévar precisa de mis servicios, tiene que ir hasta el pueblo inmediato o donde me cuadre bien. Esta norma es muy salutífera, hijo, y jamás la incumplo. Todo enfermo que no tiene ánimos para hacer un par de leguas o tres en busca de mi persona, está demasiado descompuesto y por lo tanto que lo componga otro... si puede —añadió socarrón.

14 Toros menores de dos años. La metáfora, *tentadero de los erales del viento*, alude a la fuerza del mismo en el lugar.

15 Cigarro puro de mala calidad.

Recordando la conversación de la mañana volví a la carga con mis aprensiones.

—¿Y nunca tuvo líos a cuenta de su ciencia?

—Una sola vez y por cuestión bien nimia. A una rica de una pardina cercana a Secorún le receté un cinturón de cobre y plomo para alivio del reuma. Se lo puso la doliente sin informar al marido, y este en ocasión de holgar hincose las chapas a la altura de la riñonera. Tomolo el herido muy a mal y mientras se apagaba el encono hube de andar con miramientos de no encontrarme al ofendido.

Un poco admirado y otro tanto curioso comenté:

—¡La de cosas que habrá visto, usted!

Don Dimas abrevó la mirada muy cumplidamente en el suave paisaje de un abril que mayeaba y sin volver el rostro hacia mi persona, como próximo y lejano, atento y ensimismado, estando a las que caen y a las que dejan de caer, sentenció:

—El hombre, hijo, es sembrador de sus obras y cosechero de sus aciertos y disparates. No estará de más que te adoctrine con unos mandamientos que si los sabes guardar se te volverán en bienes. Reunirlos me ha costado muchos años de llover y de escampar.

Interrumpió el discurso, echose el sombrero sobre la frente para tapar los ojos y prosiguió:

—El primero y principal mandamiento es no extrañarse de nada que tenga que ver con los hombres o con las cosas. El mundo baila al son de las músicas que le tocan y lo que más cumple a quienes viajamos es conocer el mayor repertorio posible y no poner caras raras cuando las piezas con que nos regalan resultan novedad para los oídos.

—No me extrañaré, descuide usted. También uno, humildemente, ha visto lo suyo.

—El segundo mandamiento es ser sufrido, aunque sin grave mengua de la honrilla. Hay que sufrir más del trato de los semejantes que de las inclemencias de los temporales. El

tercer mandamiento consiste en estar enterado de todo y de nada. Este precepto se refuerza con el cuarto: No fiarse ni de uno mismo.

—La verdad —apostillé a modo de meditación—, que ser desconfiado cuesta los mismos dineros que fiarse y suele dar mejores réditos.

—El quinto mandamiento está pensado para personas que sufren de malos o mudables humores y por lo que de ti tengo visto casi huelga. Sin embargo te lo diré para que no quede de deje de cuenta. El quinto reza que es menester tener amigos, ¡el glorioso san Miguel me asista!, hasta en los mismos infiernos.

—Razón que le sobra.

—El sexto mandamiento pienso para mí que podría fundirse con el tercero, pero para hacer más regular la relación sigo conservándolo en su sitio. Dice: Paso de zorro, presa de mastín y vista todo lo justa y medida para ver sin ver.

Carretera adelante, rumbo al sur, venía un buhonero, sentado al pescante de su tartana. El truchimán quitose la gorrilla negra muy ceremonioso y saludó.

—Con Dios queden, don Dimas y la compañía.

—Lo mismo le deseo —replicó don Dimas con su tanto de candongueo.¹⁶

Cuando el mercachifle no podía oírnos, don Dimas cogió el hilo de sus explicaciones.

—Ese que de boquilla nos ha saludado tan fino y con aspavientos de tan buen creyente es una de las peores piezas con que te puedes topar por estos montes de Dios. No tiene ni malas palabras ni buenas obras y su encuentro viene como hecho de encargo para que hagas el propósito de no caer en los vicios y pecados que condena el séptimo y último de los mandamientos: honrar los compromisos.

—A veces resulta más fácil desdecirse...

16 Burla.

—Todo lo fácil, como todo lo barato, tan pronto se ensaya vuélvese peliagudo y caro —me interrumpió don Dimas.

—Tal vez.

—Los siete mandamientos que te acabo de explicar forman lo que los picapleitos llamarían ley civil de andar por los caminos. Al lado de esta ley civil están los tres consejos que engordan la bolsa: tener buenos modos para escuchar las chorradas con que de gracia te regala el prójimo en el uso de ese don tan malgastado que es el habla; ordeñar las vacas, ovejas y cabras —de todo hay en el corral del Señor— que te brinde la vida, teniendo buen cuidado de dejar leche en la ubre para los que vienen detrás y escapar como alma perseguida por Satanás de los que solo acarician ambiciones, porque la gente de esa ralea son capaces de hacerse una bolsa con tu piel y luego dormir a sus anchas. Para que entiendas mejor lo de las vacas, ovejas y cabras te repetiré las palabras de don Calixto Aragüés, el mejor tratante de mulas que hubo desde la raya del Cinca hasta la del Aragón.

Don Dimas me miró, levantó la mano izquierda con el dedo índice apuntando a los cielos, y sentenció:

—«Si quieres que un asunto deje de serlo gánale hasta la última peseta».

Entre mandamientos, consejos y estipulaciones sobre mi soldada y obligaciones, a los que presté la atención de un discípulo aplicado, fue cayendo la tarde y con ella un fresquillo que convidaba al recogimiento. A buen paso volvimos a la posada donde despachamos un asado de cordero lechal, que aquí le dicen *ternasco*, y nos retiramos a descansar no sin antes ordenar don Dimas que todo estuviese preparado para salir de madrugada para el santuario de Loreto, entre Almodévar y Huesca, donde el avisador Gregorio Sotero había citado a una embarazada, a un joven que sufría de histerico, a un viejo que retenía las heces y a una mujer con el brazo en cabestrillo de la que no nos supieron decir el padecimiento.

La carretera de Almudévar a Huesca va paralela durante un buen trecho al barranco que llaman de las Fuentes. A mano derecha queda la sierra de la Galocha, de poca altura, pero de tan mal ver como el barranco de la izquierda. La tierra está erosionada y falta de árboles que en algún otro tiempo los cristianos debieron de cortar con tanto encarnizamiento como las cabezas de los moros. Se camina de espaldas a la verdura para darse de bruces con lo seco y árido. A cosa de una legua la carretera se encabrita para acabar de subir a las canteras de Almudévar, suerte de montecillos que marcan el límite de la hoya de Huesca.

Don Dimas, que iba de buen talante marcando el paso del carro, me ilustró sobre la pequeña historia de la comarca.

—A los de Almudévar les dicen *saputos*.

Puse cara de extrañeza y me aclaró:

—La ciencia de los motes, hijo, viene de muy antiguo. A los de Huesca les llaman *fatos*; a los de Vicién, un pueblo por el que si Dios quiere pasaremos esta tarde, les llaman *cucosos* porque durante muchos siglos bebieron agua de balsa; a los de Alberuela de la Liena, *cazoleros*; a los de Abiego, *cuculos*; a los de Bierge, *socarracristos*; a los de Huerta, *berceros*... y para qué alargar la cuenta.¹⁷

Coronadas las canteras de Almudévar aparece la hoya de Huesca y el terreno cambia; se hace más suave. Parece como si el aire fuera distinto. A diestra y siniestra del viajero los montes no están tan pelados y comienzan a verse los puntos oscuros de los carrascales.

17 Todavía es muy frecuente el apelativo *fatos*, por infatuados, aplicado a los naturales de la ciudad de Huesca. Rafael Andolz nos ilustra sobre varios de estos términos: parece que cuando en la iglesia parroquial no había incensario se utilizaba una cazuela, de ahí *cazoleros*; el hecho de pintar a un Cristo y tapanlo con mantas para secar la pintura depara el mote de *socarracristos*. Cf. Andolz (1977).

—Según historias viejas —me explicó don Dimas— desde estas canteras se arrojó Pedro Saputo, natural de Almodévar, y precursor de la aviación. Armado de dos cañizos a manera de alas se rompió la crisma y, en trance de entregar el alma a Dios, suspiró: «Olvidé la cola».

Me regocijé con la historia y manifesté que aunque no fuera verdad tenía su miga. Don Dimas, en vena de chismes locales continuó:

—Pues aún es más rara la historia de la justicia de Almodévar. En tiempos de Maricastaña el único herrero de Almodévar cometió un crimen que traía consigo pena de muerte. Sin embargo, a las fuerzas vivas se les planteó el problema de que, despachado el delincuente, la villa se quedaba sin tan precioso artesano. Anduvieron dándole vueltas al problema en el magín y descubrieron que faltaban herreros y abundaban los tejedores. En resumidas cuentas, sustituyeron al herrero por un tejedor y lo ahorcaron en lugar de aquel.

—Eso no puede ser verdad —protesté.

—Tampoco lo he dicho como verdad —repuso don Dimas— sino como cosa que traen y llevan las gentes por los siglos de los siglos.

Quedó unos momentos en silencio y añadió:

—Este dicho de la justicia de Almodévar podría aplicarse a muchas clases de justicia. Cuando tengas mis años ya lo verás.

Por el hilo de la justicia de Almodévar nos metimos en el ovillo de discutir de guerras y políticas. Don Dimas puso punto final con una frase lapidaria:

—¡Hijo, al lado de lo de Hiroshima, Gengis-Khan es un robanidos!

Como a dos leguas de Huesca, pasadas las lomas del castillo de Orús y las barrancadas que van hacia los castillos de San Juan alto y bajo, el paisaje que era antes de cereal se puebla de arbolado. A la derecha queda el ramal que lleva a Pebredo, monte muy bien poblado de carrascas que alter-

nan con cuarteles de pan llevar.¹⁸ A menos de una legua de Huesca, se abandona la rambla que enlaza con la plana del Alcoraz, para entrar en el camino de Cuarte, de cuyos comienzos sale el ramal que lleva a Loreto.

El santuario de Loreto se alza cercano a una alberca que abunda tanto en agua como en jisca,¹⁹ mimbreras y otra suerte de plantas traidoras. La plana de Loreto es terreno que se diferencia en poco al de los Siete Lugares, a saber: Alerre, Chimillas, Cuarte, Yéqueda, Banastás, Banariés y Huerrios. Siete pueblos dedicados a la misma suerte de agricultura, quién con más riesgo eventual, quién con menos, y que para honrar a la Virgen actúan de consuno. De estos Siete Lugares hay alguno como Cuarte, muy frontero santuario, que en tiempos de los romanos fue castro militar. Es fama que su nombre de Cuarte le viene de que allá acampó la cuarta legión de Sertorio, que anduvo muy vinculado a estas tierras en sus desavenencias con quienes le disputaban el poder de Roma. Sertorio debió de levantar un buen ejército a juzgar por los nombres de pueblos que vienen de la numeración de sus legiones, pues si Cuarte se llama así en recuerdo de la cuarta legión Tierz alude a la tercera, Quicena a la quinta, Siétamo a la séptima y Nueno a la novena. Sin duda alguna a Sertorio le andaba por la cabeza tener a la capital bien segura porque Cuarte, Tierz y Quicena están en plena hoya; Siétamo a poco de doblar el extremo este de la misma, rumbo al somontano; y Nueno, río Isuela arriba al amparo de la sierra de Gratal. De esta forma, todo aquel que en *Oscá* diera algún paso que no le gustara a Sertorio podía encontrarse de la noche a la mañana con el retén de los hombres armados dispuestos a pedir cuentas.

18 Porciones de terreno con cultivo de cereal.

19 Planta gramínea.

El santuario de Loreto lo encargó don Felipe II, monarca tan cumplidor y honesto como antipático, a un arquitecto que se llamaba Jerónimo Segura Bocanegra, el cual aprovechó los diseños del bien reputado Juan de Herrera. En lo del encargo Huesca no fue nada afortunada porque la obra se hizo tan en desagravio como la de El Escorial de Madrid. Es cosa bien sabida que El Escorial tuvo como origen la destrucción de un templo dedicado a san Lorenzo con ocasión de la batalla de San Quintín y siendo san Lorenzo hijo de Huesca y habiendo vivido en Loreto san Orencio y santa Paciencia, padres del santo de la parrilla, bien lógico parecía que El Escorial se alzara donde hoy se alza Loreto.

San Orencio, padre de san Lorenzo, tiene virtud especial para hacer llover, como lo puso de manifiesto cuando al regresar de visitar a otro hijo, obispo en tierras de francos, acabó con la sequía tan pronto como se lo pidió a Dios Nuestro Señor, y así lo hace constar el maestro Alpartil en una inscripción que dice en un latín que entienden hasta los menos leídos: «*Sanctus Orentius Pater pluviarum*».

Los Siete Lugares con banderas y cruces, pensando en el buen predicamento de las lluvias, van en mayo a Loreto, como vulgarmente se dice, a por atún y a ver al duque, puesto que la romería es excusa cumplida para pasar un buen día y despachar una sabrosa alifara.²⁰

En la iglesia hay muy poco que ver y como además la obra que ordenó el rey don Felipe, otorgándole como ayuda los bienes confiscados al justicia mayor de Aragón don Martín de Lanuza, no se vio terminada hasta 1777, es decir, casi doscientos años después, buena parte del proyecto quedó en agua de borrajas.

20 Comilona.

A regular distancia del santuario, en la linde de la alberca, cerca de la compuerta por donde se administran las aguas del riego, aguardaban los clientes. Don Dimas hizo bajar del carro un sillón frailuno y las arcas de las medicinas y comenzó sus visitas.

Yo me coloqué detrás del sillón, a la mano diestra, sobre una banqueta. Los que esperaban formaban grupo a docena y media de pasos, bien gobernados por el avisador Gregorio Sotero.

Don Dimas alzó la voz y como si estuviéramos en una habitación lanzó al aire la frase consagrada:

—Que pase el primero.

El primero era primera y por mejor decir moza gallarda estrenando su primera veintena de años. Tenía los ojos azules claros, color que se da mucho por estas tierras, y las partes visibles del cuerpo sombreadas de lunares y entre ellos varios grandes que suelen llamar *antojos*.²¹

Acompañaban a la chica un galán que luego resultó ser el marido y una pareja que se pronunciaron como los padres de la enferma:

—He traído a la Quiteria porque acaba de entrar en la tercera preñez y tiene cierta disposición a perder las criaturas.

—¿Cuánto tiempo lleváis casados?

—Tres años hará para San Miguel.

—¿Cuántas veces mal parió?

—Dos veces seguidas.

Don Dimas hizo avanzar a Quiteria, que con la cabeza agachada y los ojos fijos en la tierra parecía un ascua de rubores.

—Ven aquí, hija, que no te comeré.

Como la Quiteria no se acercaba tuvieron que empujarla los viejos. Don Dimas examinó la lengua de la enferma, le

21 Por la creencia popular de que provienen de antojos de la madre durante el embarazo.

volvió los párpados y le bajó el labio para mirarle la encía diciendo en alta voz:

—Pobreza de sangre. Falta de buenos humores. Exceso de trabajos.

Comenzó una discusión entre viejos y joven sobre la cuestión trabajos, que don Dimas cortó por lo sano.

—Aquí estamos para visitar y no para pederrear.

Dejó el sillón, abrió un arca, sacó el cabreo, leyó un buen rato y dijo:

—Que no ande con cáñamo ni con semilla de cáñamo porque es cuerpo de signo contrario a la vida; que no haga mahonesa ni ajoaceite, ni muela café, ni machaque perejil, ni ajo en el mortero porque con el movimiento de los brazos se retuercen los intestinos y sufre la criatura; que no cosa ni barra ni cierna el grano ni emplee la criba porque al retorcer el cuerpo en esas faenas se enrosca el cordón de la vida; que no salte ni baile, ni haga calceta, ni hile el copo porque son esfuerzos que agotan los buenos humores y hacen ir la bilis a donde no debiera y por último que se alimente a base de caldos de aves reforzados con yema de huevo y no pruebe otra carne que la roja asada a la brasa. ¡Otro! ¡Son diez duros!

Me hizo una seña con los ojos y yo alargué la derecha en demanda de los dineros.

A continuación vimos a un joven. Eleuterio Lapaúl de nombre, que sufría del histérico y a quien don Dimas recetó un novenario acuático consistente en baños de asiento sobre agua helada durante media hora, seguidos de otro tanto tiempo de agua tan caliente como pudiera soportar, a comenzar con el primer día de la luna creciente. Como complemento de la higiénica disposición le recomendó unos polvos fumigatorios a base de lijaduras de cuerno de ciervo y asa fétida.²²

—Cuando le dé el histérico y entre baño y baño —dijo muy serio don Dimas—, echan en la lumbre como una

22 Planta umbelífera que exhala un olor desagradable.

onza de estos polvos —y le tendió una bolsa donde cabrían muy bien sus cuatro libras de preparado—, y quiera o no quiera abocináis al paciente para que respire el humo. Nada hay que deje los nervios más en su sitio. Si por cualquier circunstancia le entrara algún desmayo, le dais a beber agua de laurel y agua de azahar en partes iguales y que descanse del fumigatorio hasta que se recupere, pero bien entendido que tan pronto como vuelva al siglo me lo abocináis de nuevo pues es muy importante que se penetre bien cada día de la esencia y fluidos que despiden los polvos.

El tercero doliente era un viejo que traían en una silla y que no paraba de exhalar quejidos todo el tiempo. Debía de ser cliente antiguo de don Dimas porque mi maestro lo saludó de esta guisa:

—¿Qué le trae esta vez, señor Macario?

El señor Macario venía tan crucificado por el mal que apenas pudo lanzar otro ay. Un hombre de edad madura que venía detrás de los que cargaban con la silla hizo las veces de intérprete del mal.

—Hace cinco días que no obra del vientre.

Don Dimas alzó la camisa del quejumbroso y le desabotonó dos o tres botones de la pretina. Sobre la parte de turgente y blanco vientre que quedó al aire, disparó el dedo índice que había apoyado sobre el pulgar, igual que los niños que juegan a canicas.

—Esto corre prisa.

Revolvió en el arcón y entregó dos paquetes a los cuidadores del viejo.

—Hay que atacar el mal por arriba y por abajo. Aquí tenéis una libra de ciruelas negras. Que se las tome inmediatamente y que se beba a continuación dos vasos de agua caliente. Luego de tomadas las ciruelas y el agua, diluís estas escamas de jabón blanco de aceite virgen de oliva en dos litros de agua hervida y atacáis por la salida obligándole a retener el líquido el tiempo que se emplea en recitar veinte

credos. Haced lo que sea menester a fin de que no expulse el enema jabonoso antes de lo ordenado. Y como el caso no admite espera, porque a juzgar por los síntomas la ocupación de materias le está carcomiendo la sangre, mi consejo es que sin guardar a llegar al pueblo comencéis el tratamiento en cualquier lugar retirado.

Por último vio a la mujer con el brazo en cabestrillo y sin pensarlo dos veces llamó a un lado a los que la acompañaban y les dijo delante de mí:

—Tiene el brazo mal partido por dos sitios. Si queréis que lo conserve haced que sin tardanza lo vea un buen médico. Mi habilidad y mi ciencia se basan en cuerpos que ayudan a la naturaleza, pero cuando la naturaleza está muy rota la curación tarda, necesita muchas visitas y mucha vigilancia y yo no tengo tiempo para quedarme de plantón cerca de la enferma.

Con estas buenas razones le largó el toro a otro y se dio por terminada la consulta. Ya de camino, deshaciendo los pasos que antes habíamos hecho, en parte por principios y en parte por no desmerecer ante mis ojos, aclaró:

—Una quebradura, si es limpia, la hago y la haré siempre. Varias y sucias, a poco que la naturaleza obre encojiendo, dejan el miembro más corto. Y eso que se lo cuelguen a los doctores...

A mí, aparte de estas razones, se me ocurrió que don Dimas tenía más conciencia de la que en un principio le atribuí. Quiero recordar que justamente al llegar a la carretera nos alcanzó, a galope tendido, caballero en una yegua pía,²³ uno de los que hacían de silleros del anciano que no desocupaba el vientre y nos informó:

—Se ha quedado más limpio que una patena. Ha echado hasta las primeras papillas. De resultas del trance está algo debilucho y quisiera comer. Pregunta el amo que si le podemos dar algo.

23 Caballería blanca con manchas de cualquier otro color.

Don Dimas, sonriente por el triunfo, hizo cabalgar en derredor una soberana mirada de satisfacción y condescendió:

—Dadle alimentos nobles a base de caldos y sustancias animales. No le deis simientes porque otra vez le taponaríais los conductos.

El mandado se rascó la cabeza perplejo y don Dimas con aire de perdonavidas aclaró:

—No le deis garbanzos, judías, lentejas, patatas y cosas por el estilo, dadle caldos de ave y carnes tiernas y que sea en buena hora.

Desde la desembocadura del camino de Cuarte, en la carretera que nos alejó de Almudévar, hasta coger el camino de Pebredo, hay que deshacer como cosa de un cuarto de hora de andar. El paisaje se cierra entre encina carrasca, árbol que si dedicara al tronco todo lo que emplea en ahijar se haría tan gordo y lucido como los reputados cedros del Líbano que alaban los Libros Sagrados. En Pebredo, el carrascal alterna con las aliagas, alguna que otra mata de esparto, el tomillo, el espliego, las ontinas y otras matas rastreras. Sin embargo, Pebredo ya no es lo que fue. Muchos árboles se han ido en leña para cocer el oloroso pan de cada día, en carbón de cocinar o en cisco de braseros, dejando sitio a extensos pañuelos de tierra cereal, donde si llueve se recogen muchos cahíces de grano. Hacia el nordeste, Pebredo linda con términos vecinos al campo del Alcoraz, lugar de la batalla del mismo nombre que ganó el rey Pedro en 1094, consumiendo así la entereza que les quedaba a los moros de Huesca, quienes, perdidas las ilusiones de alivio por parte de los taifas vecinos, decidieron abandonar la ciudad. Este don Pedro I, que tuvo la fortuna de rendir a Huesca, fue un rey cristiano de aquellos que todavía firmaban en árabe expresando: «Firmó Pedro, hijo de Sancho».

En los llanos del Alcoraz, don Fortún de Lizana, rico-hombre de Aragón, representó el papel de matamoros que en otras ocasiones tuvieron Santiago y san Jorge. A pesar de no llevarse nada bien con el rey, llegó cuando el fiel de la balanza todavía no se había inclinado de ninguno de los dos lados, acompañado de una mesnada armada de mazas embutidas de púas, y se dio tanto garbo a despenar muslines, que precipitó la fortuna del lado de los cristianos. La acción de don Fortún y sus maceros llenó de gozo a don Pedro, quien por el gusto de hacer historia en el apellido ordenó que desde 1094 en adelante los Lizanas se llamaran Maza de Lizana y que las porras de los montañeses figurasen en el escudo de armas de don Fortún y de sus descendientes.

II. DEL CARRASCAL DE PEBREDO A SARIÑENA

EN UN LUGAR DEL MONTE DE PEBREDO por donde se abre paso el barranco de Valdabra, más allá de los mojones que señalan la linde de las tierras de Vicién, encontramos un tapiz de hierba muy aparente, con su mancha de chopera y de zarzal, que convidaba a despachar el taco del mediodía.

Don Dimas mandó desenganchar las mulas sin preocuparse de otro inquilino que ya había tomado posesión del lugar. El hombre reposaba tumbado, la cabeza apoyada sobre una mochila tan rezumante de sebo que ningún cristiano hubiese podido averiguar el color original de la pieza. A pocos pasos de él, una mona se obstinaba en la tarea de roer un hueso de matagallego²⁴ que sujetaba con una mano, mientras con la otra agarraba una correa cuyo cabo se anudaba en un clavo de hierro hincado en tierra.

Al sentir nuestra presencia, el hombre hizo caer de un manotazo el sombrero de fieltro gris que defendía su rostro del sol, se incorporó y saludó ceremonioso.

—Santas y buenas nos dé Dios.

24 Albaricoque. En algunos lugares de Castilla se llamaba a estos frutos *matagallegos*, porque al parecer eran muy apreciados por los segadores de procedencia galaica, que, al no tenerlos en su tierra, frecuentemente comían más de lo aconsejable, lo que les proporcionaba indigestiones y otros trastornos. *Matagallego* es también una planta compuesta, así denominada porque solía molestar con sus espinas a los segadores, frecuentemente de origen galaico, pero el novelista lo utiliza en el sentido antedicho.

Tenía la cara picada de viruelas, los ojos azules, la barba regularmente poblada y unas extrañas orejas muy delgadas y rematadas en punta. Llevaba pantalones que en su día fueron de franela oliva y hoy parecían del color de ala de mosca; chaqueta azul marino con botones dorados de ancla y tan ajustada que más parecía cosida por un forrapelotas que por un sastre; calcetines amarillo canario con tomates por los que asomaba el zancajo sucio y un par de zapatos, en sus años mozos de charol, tan mal tratados, que por los agujeros de la punta enseñaba casi todos los dedos del pie. A la mona con nuestra presencia se le alteraron los nervios y se puso a dar botes y chillidos, enseñando los dientes.

—Quieta, *Leonor* —gruñó el hombre.

Como *Leonor* no se calmaba, el de la chaqueta azul interrumpió su descanso y descargó un soberbio sombrero sobre el hocico de la bestezuela. Sosegose extremosamente el animal, que ofrecía un cuadro patético sentado sobre las patas traseras y tapándose con las manillas negruzcas los dolidos morros.

—La pobre —explicó con dejo compasivo el de la chaqueta azul— padece tanto con el hambre que cuando huele comida se endemonia.

—¿Muerde? —preguntó receloso don Dimas.

El hombre no se dignó contestar a cuestión tan nimia y prosiguió:

—Si no estuviésemos en tierras tan de secano, de buena gana la soltaría y que se ganase solita la vida... Pero, dígame usted, ¿adónde va un bicho así?

Nos dejamos caer sobre el santo suelo y el avisador Gregorio Sotero vació las alforjas sobre la hierba. Primeramente salió una olla de tierra con cuatro palominos encebollados, luego un queso de los que se guardan en aceite, pan, vino, cerezas y un barro con chicharrones de cerdo conservados en manteca.

Creímos que la mona entraba en crisis. Con una nueva ración de sombreros, un puñadito de cerezas que dejó

don Dimas a la vera del animal y un cacho de pan que yo le di, pudimos hacernos con la *Leonor*. El hombre, pacificado el animalillo, frotose enérgicamente la mano derecha contra la pernera del pantalón y se la tendió a don Dimas anunciando enfáticamente:

—Mi gracia es Secundino González Lobo, empresario de espectáculos, para lo que ustedes quieran mandar.

Hechas las presentaciones, don Dimas puso en manos de Secundino una navaja cabrera y le habló de esta guisa:

—A lo que se ve todos somos caminantes y, puesto que Dios ha querido juntarnos en esta barrancada, espero que quedará usted hacer honor al yantar.

Secundino casi no le dejó terminar.

—Sí, señor, que lo haré y con mucho gusto.

Hasta que de los palominos quedó un montón de huesecillos, que la mona *Leonor* se comió como si fueran bizcochos, no mediaron más palabras. Luego, armado de un buen zoquete de pan en una mano y de un gran taco de queso en la otra, Secundino entre bocado a la diestra y mordisco a la siniestra se arrancó así:

—Aunque un servidor vista de lana no soy borrego y aquí donde me ve usted, tan derrotado, he sido el amo de los mejores espectáculos del mundo.

—Usted dirá —le animó don Dimas.

—¿Ha oído hablar del hombre que tocaba el cornetín con el trasero...? Y perdone lo sucio de la expresión.

Me adelanté, sorprendido, a don Dimas:

—¡Caramba, no!

Secundino me miró entre perdonavidas y magnánimo.

—Pues es una pena, porque usted así de pronto parecía hombre leído.

—A todo no puede llegar uno —confesé entristecido.

—Sí, señor —continuó Secundino—, yo fui quien lancé a las tablas a Feliciano Vargas, alias *Habilidades*, dotado de tan extraordinaria cualidad. Y no crea usted que mi espec-

táculo era grosero o inmoral. Yo siempre he estado al lado de la Iglesia y de la autoridad. Feliciano Vargas, bien instruido por mí, salía al escenario, se volvía de espaldas al respetable, desabotonaba una pequeña abertura honestamente colocada a la altura conveniente, se encajaba el cornetín y ejecutaba la Marsellesa.²⁵

—¿Se haría usted de oro?

—¡Qué val!, eso le indicará de qué manera es mi natural. Otro, en mi lugar, con aquel monstruo de la música viviría hoy de rentas. Yo soy muy distinto; lo pasaba bien y nada más. La mayor parte del dinero se la daba al artista.

Don Dimas, por echar su cuarto a espaldas, sentenció:

—Hizo usted mal. El que maneja aceite los dedos se unta. Yo siempre he tenido presente el consejo que daba un pelaire²⁶ de Barbastro al primero de sus hijos, y tenía quince, al abandonar la casa para ganarse el pan: «Hijo, haz dinero. Si puedes, hazlo honestamente, pero haz dinero».

Secundino interrumpió la operación de masticar y miró muy serio a don Dimas:

—¿Y mi arte, caballero? ¿Cree usted que no me sentía suficientemente pagado con ser el descubridor y el empresario de aquel portento?

Dijo esto último con su puntillo de irritación y yo le apacigué generoso:

—En eso lleva usted toda la razón.

—Tendría usted que haber visto el asombro de las gentes que contemplaban a aquel genio. En Grenoble, por la parte de Francia, terminaron las ferias que duran quince días y seguimos con la barraca plantada dando dos funcio-

25 El personaje parece recordar al marsellés Joseph Pujol, *el Pedómano* (1857-1945), que explotó esta especialidad intestinal en el *music-ball* y fue muy famoso en los años iniciales del siglo, llegando a cobrar veinte mil francos por actuación. Se retiró al estallar la primera guerra mundial. Cf. Nohain y Caradec (1970).

26 Cardador de paños.

nes matinales, cinco de tarde y tres de noche. Se dice pronto, ¿eh?

Le dio un buen tiento a la bota y continuó:

—En Italia, en un lugar que llaman Ventimiglia, un sueco que pateaba las Europas a la caza de novedades para los cir-cos alemanes, que no son humo de paja, pues los patrocinaba un rey que le dicen káiser, me ofreció el oro y el moro si le traspasaba a Feliciano Vargas.

—¿Y por qué no lo hizo? —le atajó don Dimas.

Secundino, como si le hubiera mentado algo inconfesable, miró airado a mi patrón y, mascando mucho las palabras, explicó:

—Porque yo, Secundino González Lobo, soy un patriota; un patriota pobre, pero patriota. Y preferí guardar a Vargas para los míos mejor que cederlo a gabachos, teutones y demás ralea. ¡Pues qué se ha creído usted!

Con ánimo de apaciguamiento le tendí la petaca.

—Como no me dé mixtos... De los aperos de fumador no traigo más que lo imprescindible.

Le encendí un cigarrillo, tan gordo que parecía cría y muy lucida de veguero. Tragó una gran bocanada de humo que lanzó por narices y boca y recuperó el hilo de la charla.

—Jamás he paseado un número como el de Vargas.

—¿Y qué fue de él? —preguntó don Dimas.

—Murió.

—¿Enfermó de algo? —pregunté por arrancar a Secundino del atasco de la tristeza.

—No, señor, que era gitano y esos no tienen más hora mala que la última. A Feliciano lo maté yo.

Dejó caer contrito la cabeza sobre el pecho y murmuró:

—Feliciano murió víctima de la educación recibida... Y bien que me pesa.

Una nubecilla de tristeza empañó el aire del soto.

—Feliciano Vargas llegó a mis manos como esos arbolillos tiernos que necesitan de espaldera para medrar. Yo le

pulí y de aquel diamante bruto saqué un brillante de más quilates que el del zar de las Rusias. En vez de dejarlo estancado en la Marsellesa, le animé para que aprendiera otras piezas y llegó a dominar un repertorio bastante apañado. Un día determiné que ensayase la jota aragonesa. Es una pieza endiablada. Tiene mucho nervio...

—Y usted que lo diga —interrumpió don Dimas.

—Feliciano Vargas, *el mago del cornetín*, como rezaba en los carteles a tres tintas que mandé hacer a la mejor imprenta de Huesca, murió a consecuencia de la jota. Esforzose tanto que se le reventaron las tripas. Acabó tan de repente que ni siquiera hubo tiempo de administrarle las últimas ayudas. No me duró en los brazos ni el tiempo de rezar un paternóster. Las cosas que pasan...

—Ya, ya —filosofó el avisador Gregorio Sotero.

—Con la muerte de Vargas se me vino encima una racha negra que me duró tanto como las fiebres de malta. Algo me pude rehacer con los niños gordos de Canarias, pero ya no fui el de otros tiempos.

El silencio que prestamos se interpretó como ignorancia.

—Bueno —aclaró Secundino—, ustedes ya sabrán que las Canarias son unas islas...

—Sí —sermoneó don Dimas—; lo sé. Uno, humildemente, sin haber tratado a tanto fenómeno, ha pasado por la escuela.

—¡Oiga, señor, que unos palominos encebollados no dan derecho a avasallar a un cristiano viejo!

Don Dimas recogió velas.

—Si en algo le ofendí, acepte mis excusas. Nunca tuve ánimo de faltarle.

—Si es así, pase. Pero tenga bien presente que está por nacer el fiel cristiano que ha de chotearse de Secundino González Lobo.

Hecha esta declaración de principios calmose tan impensadamente como se enojara y prosiguió:

—Los niños gordos tenían mérito, pero al lado de Vargas venían a ser como escoger entre ternera estofada o sopas de sebo. Me parece que la elección no es dudosa. Los niños gordos eran gemelos y, como les funcionaba mal no sé qué aliento vital, a los once añitos recién cumplidos pasaban de las diez arrobas de peso cada uno. Diez arrobas aragonesas de treinta y seis libras o doce kilos y medio...

—¿Ciento veinticinco kilos por niño? —me admiré.

—Ni uno más ni uno menos. Por estas —y juntando los dos índices en forma de cruz los besó repetidas veces.

—Daría gusto verlos —comentó don Dimas.

—Eso va en opiniones. A unos les daba gusto y a otros asco. Ya conoce usted a las gentes. Andan muchos morlacos sueltos por esos mundos de Dios y el espectáculo en sí, justo es decirlo, no tenía más enjundia que la presencia de aquellos dos tocinos humanos vestidos con unos pantaloncitos de percal de colorines que les tapaban las partes, tumbados sobre un colchón muy florido y todo aquello bajo un toldo de traza moruna.

—Me lo estoy imaginando —dije por hablar.

—Y luego... ¡No quiera usted pensar lo que aquellos dos elementos tragaban! Por si éramos pocos, los niños tenían padre, madre, hermanos normales en número de nueve y abuelos por los cuatro costados. Todo un regimiento que criaba buena sangre a cuenta de los niños gordos mientras a mí se me volvía negra por días. De propina, los pajoleros niños no gozaban de buena salud y muy a menudo suspendíamos el espectáculo. ¡Que si anginas; que si un mal aire al bazo; que si se les enfrió el sudor; que si el sarampión; que si el vientre suelto; que si se les han escocido las mollas! Total, que un día me harté y tomé las de Villadiego. En la feria de Barbastro los dejé tirados.

La mona *Leonor* nos embebía en miradas preñadas de hambre y compadecido le alargué otro cacho de pan y una

tajada de queso. Secundino, que no paraba de darle tientos a la bota, protestó:

—No la acostumbren mal que luego se me hace muy difícil sacar partido del bicho. En cuanto cría fuerzas, no hay quien la domine. *Leonor* no es de raza de títeres.

Luego, engarzado en el hilo de sus pensamientos, comenzó así:

—Lo malo de mi naturaleza es que soy muy artista y muy blando de corazón. Hasta hace poco aguantaba en la compañía al que en tiempos se llamó *el hombre bólico de Berbería*. Maldito el jugo que le sacaba, pero, ¿quién lo dejaba en la calle? Hubiese sido un cargo de conciencia.

Don Dimas, tumbado en el suelo boca arriba, la mirada perdida en el cielo, echó su tercio a espadas:

—¿Qué tenía de especial ese bólico?

—De cristianos es enseñar al que no sabe. *El hombre bólico de Berbería*, Crescencio Royo Vara, por verdadero nombre, durante muchos años me hizo ganar buenos dineros. El número de Crescencio era sin trampa ni cartón. *El hombre bólico* se metía dentro de un mortero de su invención. Un ayudante disparaba el artefacto y Crescencio, envuelto en humo de pólvora, atravesaba el aire como el milano cuando le madruga al pajarillo, y caía sobre una red. Un día...

—¿Falló el tiro? —interrumpí tímidamente.

—No, señor. No podía fallar. El asunto tiene más miga de lo que a ojo de buen cubero parece. El ayudante que disparaba el mortero estaba amancebado y por cierto con mujer de muy buen ver. El infeliz Crescencio se enamoró de la Filomena, que así se llamaba la mala hembra. La Filomena, sin duda tentada por los regalos de dinero y de especie que recibía del galán, se dejó querer y el amante enterado se cobró el desaire.

—Lo de siempre —dictaminó suficiente don Dimas.

Secundino González Lobo miró a mi patrón entre altanero y matasiete.

—En eso se equivoca, tan cierto como que hay Dios. No hubo ni tiros ni puñaladas. Si el cañón se disparaba con una medida de pólvora, pongamos por caso, el engañado le puso dos docenas y Crescencio Royo Vara, en vez de caer sobre la red, alargó un buen trecho su viaje por los aires y fue a dar con sus huesos sobre la techumbre del casino principal, que estaría como a cuatrocientas varas²⁷ largas del lugar de mi espectáculo.

La mona *Leonor*, ganada por las angustias de la digestión, despertó de un beatífico sopor con un chillido terrorífico.

—Ve lo que pasa —sentenció de mal talante Secundino—, la pobre no está acostumbrada a llenar la panza. Ya les dije antes que no la empapujaran.²⁸

Don Dimas, para apartarlo del tema de la mona, comentó:

—Habría que ver cómo quedaría el tal Crescencio después del viaje.

—Imagínese. Pero, como gasta más vidas que un gato, después de muchos médicos y boticas quedó en este mundo. Eso sí, renquea, es tuerto del derecho, tiene el brazo izquierdo seco, padece de la columna y sufre de incontinencia por aquello de que los riñones se le movieron del sitio.

—No siga usted que me va a dar algo —suplicó el avisor Gregorio Sotero.

—Como Crescencio quedó inútil en acto de servicio, yo, que en muchas cosas me he adelantado a las leyes, le dije: «¡Crescencio, trabajando para los dos te has baldado! Mientras yo tenga un trozo de pan, nunca te faltará un cacho».

—¿Y adónde fue a parar el Crescencio?

27 La vara aragonesa es medida de longitud equivalente a unos setenta y siete centímetros, aunque podía variar ligeramente según los lugares.

28 La llenaran de comida.

Secundino, con los ojos que escupían lumbre y perdidos los estribos, gritó:

—¿Y a usted qué le va ni qué le viene? ¿Sabe que pregunta más que un padre confesor? ¡Si todo lo fuéramos a contar aviados estábamos!

Don Dimas comenzando a perder la paciencia miró de reojo a Secundino. El avisador Gregorio Sotero, como respondiendo a aquella señal, se puso en pie e hincó los pulgares de entrambas manos en la faja. El hombre de la chaqueta azul y las anclas doradas, que debía tener muy poco de lila, decidió que no pasaba nada o que si pasaba no importaba y continuó hablando:

—Antes de que se les haga tarde les contaré lo del *hombre tigre*.

Quitose el fieltro, hurgose la pelambreira y sonrió filosóficamente.

—El *hombre tigre* parecía un espectáculo de poca tramoya, pero sin tener las alharacas de otros números, por aquello de buscarle las cosquillas al animal presumido que todos llevamos dentro, resultaba muy lucido. Además la entrada era barata: diez céntimos. Una perra gorda de aquellas de cobre. ¿Se acuerdan ustedes?

Con la mención de las perras gordas se nos vino a la imaginación la memoria de los pesetones²⁹ y de los duros de plata y todos nos sentimos dominados por una vagarosa nostalgia. Sin embargo, solo Secundino la sacó a relucir en la fuerza de un hondo suspiro.

—Cuando la barraca se llenaba, levantábamos el telón y aparecía un tablado dispuesto de la manera que ahora dan en llamar *ring*. En una esquina, dentro de una jaula de hierro, aparecía el *hombre tigre*, vestido con una suerte de taparrabo a rayas amarillas y negras, como la piel del ani-

29 Llamose así a las monedas de dos pesetas y, posteriormente, a las de dos pesetas con cincuenta céntimos.

mal del cual se hacía descender. Se incorporaba, lanzaba una especie de rugido y agarrado a los barrotes le daba a la jaula un tantarantán bastante apañado. Entonces yo, enfundado en un chaqué, entraba en escena y dirigiéndome a los asistentes anunciaba: «Este que aquí ven, señoras y señores, es el *hombre tigre* de Calcuta, criado por las fieras de la selva al perder en su tierna edad al padre y a la madre. El *hombre tigre* de Calcuta ha vuelto a la civilización gracias a los esfuerzos de la Sociedad de Beneficencia de Manchester. Yo invito a los más forzudos de la localidad a que se midan en singular combate con el *hombre tigre*, respetando las siguientes reglas: no valen mordiscos, puñetazos, arañazos ni tampoco patadas en las partes delicadas. El vencedor recibirá mil pesetas en premio a su destreza. Anímense los machos y hagan cola para subir al *ring*».

—¿Tan fuerte era ese tigre? —interesose Gregorio Sotero.

—Serafín Expósito, que así se llamaba aquella buena pieza, era capaz de sostener a pulso un talego de cahíz, que como ustedes sabrán hace cien kilos cabales.

—¿Y salía alguien a entendérselas con el forzudo? —preguntó don Dimas.

—La tentación de las mil pesetas era muy fuerte y siempre se animaba algún ciruelo, que duraba en pie el tiempo que yo tardaba en abrir la jaula. Antes de que entrara a formar parte de mi espectáculo, el *hombre tigre* de Calcuta se había ganado la vida en la lucha libre y usando de trucos, llaves y planchas, por mucha fuerza que tuviera el infeliz de turno, lo aviaba en un abrir y cerrar de ojos.

Secundino quedó ensimismado en el laberinto de sus tristes y alegres pensamientos y yo, no sin cierto temor por lo variopinto de las reacciones del hombre de la mona, me atreví a comentar:

—Un hombre de esas condiciones no puede durar muchos años. La edad es un peso que nos agacha.

—Ese no tuvo tiempo de agacharse —interrumpió Secundino—. Un 8 de diciembre me lo guindaron.

—Fecha muy señalada —comentó el avisador Gregorio Sotero.

—Y usted que lo diga. El día de la Purísima, fiesta de la Infantería, un jebo³⁰ nacido en Ochandiano, que prestaba servicios a la nación en el regimiento de Lérida, caliente por el vino de la patrona, subió al *ring*. Parece que lo estoy viendo. Serafín Expósito hizo una salida en plancha con los pies por delante pero el de Ochandiano resistió como si con él no fuera la cosa y, cuando el *hombre tigre* iba de caída, le largó tamaña trompada que Serafín dio de espaldas contra el tablado, con la nuca en tan mala posición que ya no se levantó más.

—¿Perdió el conocimiento?

—El conocimiento y el rosario de huesos que juntan la cabeza con los hombros.

—También es mala suerte —murmuré yo—. ¿Y qué hizo usted entonces?

—¡Qué quería que hiciese! Pagarle un entierro decente y tratar de contratar al de Ochandiano. Sin embargo, aquel desgraciado, que otro nombre no puedo darle, no quiso dejar las vacas que le esperaban en el caserío por una carrera artística a mi lado. Así somos los humanos.

—¡Bien arrepentido debe de estar!

—Y usted que lo diga.

Secundino estiró los brazos y, de paso, bostezó. Don Dimas ordenó la recogida porque era hora sobrada de seguir nuestro camino. Tras las despedidas quiso saber:

—¿Y ahora a qué se dedica?

—Según y como —respondió enigmático Secundino.

30 Burlonamente, aldeano vasco (Iribarren, 1952). Es palabra utilizada en el País Vasco, Navarra y el Pirineo aragonés con sentido aproximado de aldeano joven y fuerte.

—No lo entiendo —replicó don Dimas.

—Pues mejor para usted —contestó irritado el de la chaqueta azul—, que yo no le he preguntado ni de dónde viene ni adónde va y con qué se gana la vida.

Dulcificó el tono de su voz y añadió:

—Ya me perdonarán los prontos, pero cuando un hombre ha gozado de todo lo que he gozado yo y luego se ve como me veo no disfruta del humor natural que gastan quienes pasan por la vida como el sol por el cristal, sin romperlo ni mancharlo. Las Epístolas dicen que Dios quiere dador de rostro alegre y, como usted lo ha sido en lo tocante a la comida, reciba mis gracias más cumplidas. Hoy por ti, mañana por mí; algún día honrará usted mi mesa.

Dijo esto muy ceremonioso, mientras se aflojaba la cuerda de esparto con la que sostenía el pantalón. Luego se volvió de espaldas a don Dimas y se encaró conmigo.

—¿Le importaría mucho hacerme un favor?

—Me tiene a sus órdenes.

—¿Podría prestarme veinte duros? Es que ando flojo de recaudación.

—La verdad —dudé—, eso no es un favor.

Secundino puso cara de malos amigos.

—Repáre usted en un matiz —habló enfáticamente—. He dicho prestar. Prestar.

—¿Le harían apañó veinticinco pesetas?

—Si he de serle sincero, no. El tren pasa por Vicién* y yo quisiera cogerlo. Ando de capa caída buscando luces para un nuevo espectáculo. Seguramente el reposo a que convida el tren le haría mucho bien a mis pensamientos.

Saqué los veinte duros y se los entregué a Secundino despidiéndome mentalmente del billete para siempre. Secundino notó algo raro en mis ojos y enojado lo devolvió.

—¡Aquí lo tiene! Soy un caballero marcado por la mala suerte.

De nuevo le tendí las cien pesetas.

—Tómelas, que usted se lo dice todo.

El hombre agarró el billete, lo guardó dentro de un pañuelo cuyas puntas anudó varias veces y murmuró no muy convencido:

—Puesto que insiste, sea. Vale más que tengamos la fiesta en paz y que nos comportemos como palomas y no como cernícalos. Cualquier día —explicó vagamente—, tendré la honra de devolverle su dinero con creces.

No se molestó en preguntar adónde debía dirigirse para hacer la devolución. Rebuscó en el bolsillo del pantalón, sacó un carné de tapas de hule negro liado con una goma de cámara de automóvil, lo abrió y me tendió una tarjeta de cantos sobados. La cogí y leí en alta voz: «Secundino González Lobo. Empresario de espectáculos. Grandes atracciones internacionales. Novedades de circo y comediantes».

Desató la mona, se la puso en el hombro y dejó el lecho del barranco para perderse por su cuenta y riesgo, campo a través.

El barranco de Valdabra está cortado por dos caminos que de norte a sur llevan a Vicién. Son rutas más antiguas que Noé, llenas de polvo impalpable en verano y de hondas rodadas cuando llueve.

El paisaje tiene de todo y, salvo en los lugares cercanos al barranco, está dominado por los tonos ocre de una tierra fuerte en arcilla buena para trigos duros. Muy de tarde en tarde algunos almendros éticos³¹ y un mucho de viña alegran el paso. En Vicién hay poco que ver. Es lugar concurrido porque allí toman el tren los labradores de varios lugares, que no tienen la suerte de disfrutar dentro del término propio del adelanto de la máquina de vapor. Los trenes que

31 Desmedrados.

pasan por Vicién son como si dijéramos de segunda y hasta hace pocos años venían arrastrados por locomotoras con nombres ilustres —Magallanes, Martínez de la Rosa, Alvarado, Tirso de Molina, Jovellanos— que, aunque padecían de asma y en las cuestas arriba acababan por perder el resuello, dejaban mucho tiempo para que el hombre avisado disfrutara con el goce de matar las horas.

Por Vicién hace meandros la acequia del Flumen, ramal del canal de Monegros que dejamos en Almudévar. Las partes del monte a donde alcanzan las aguas se emperejilan con todos los tonos del verde y hasta muestran lindes de frutal, caña o mimbrera. Las partes secas sirven de telón siena que ilustra el fondo de las eras de verdura.

De Vicién a Tabernas hay como cosa de una legua. El camino vecinal, hasta que empalma con la carretera de Huesca a Grañén, se agobia entre tozales. Ya en la carretera, remontado el repecho de los montecillos, se ve Huesca en la lejanía, con el horizonte cerrado por las sierras de Guara, Gabardiella y Gratal, todas ellas bien coloreadas por la distancia de azul, morado, rojo y violeta. A la derecha de la ruta quedan Tabernas y Buñales; a la espalda está Sangarrén y, a la vera de Tabernas, Pompién, Pompenillo y Lascazas. La carretera que pasa por Tabernas de Isuela está jalónada de tierras muy lucidas que se adornan con mucho arbolado y abundantes frutales. Tabernas sabe cultivar la huerta con mucho primor. En esto le lleva años de ventaja a otros pueblos que todavía no salen del asombro que es el regalo del agua.

En el castillo de Pompién hay una iglesia románica de comienzos del siglo XIII que en sus buenos días contó con pinturas murales de la primera época del gótico, parejas a las de San Miguel de Foces y Barluenga —de las que en su momento se dará relación—, a base de líneas que dramatizan la representación prestándole un aire de ingenua verdad. Hoy las pinturas no se pueden ver en Pompién porque,

siendo la iglesia de los dueños de las huebras³² colindantes, decidieron ponerlas en lugar mucho más seguro.

En Tabernas de Isuela hicimos alto y, como no hay posada, don Dimas, hombre de buenas componendas, se las ingenió para encontrar cama y mesa gratis a cambio de caponar dos docenas de pollos de engorde, operación que nos ocupó mientras guisaban la cena.

Una vez en la soledad del cuarto acompañé a mi patrón en sus rezos, que duraron poco, pues sobre la poesía de don Pedro Ximénez de Urrea que en otro lugar dejé escrita rezó un paternóster y un avemaría a la gloriosa santa Quiteria.

—Justamente —aclaró— a media legua de aquí, en un alto que domina la carretera que va a Huesca, tiene una ermita la santa.

—¿Goza de algún predicamento especial?

—Goza de uno y muy importante para los que como nosotros se pasan la vida en el camino. Es abogada de la rabia. Dios nos libre de tan grande mal.

Dio golletazo a las prácticas piadosas con una jaculatoria de las que se quedan grabadas siempre en las arcas de la memoria. Rezaba así:

Con Dios me acuesto,
con Dios me levanto,
con la Virgen Santísima
y el Espíritu Santo.
Cuatro ángeles a los pies
y cuatro a la cabecera,
el señor san Jorge en medio
y sea lo que Dios quiera.

32 Tierras labrantías que no se siembran aunque se aren (*DRAE*). Barbechos.

A mí, la verdad sea dicha, me gustó mucho la oración y otro tanto la fe con que el señor Dimas la dijo.

Sin haber apuntado el nuevo día las mulas ya estaban enganchadas al carro, de forma que cuando las luces comenzaron a pintar alcanzamos un lugar de la carretera de Huesca a Grañén que llaman Las Suertes, a la vera de un alcor desde el que se adivina el pueblo de Sangarrén. Esto de llamar Las Suertes a un lugar que cría salitre, que todo lo mata menos el arroz, parece cosa de escarnio.

En Las Suertes nos esperaba el avisador Gregorio Sotero en compañía de cuatro gañanes, tres de los cuales sujetaban del ronzal a un caballo tordo que con ese raro sentido que tienen los animales venía oliendo a cuerno quemado, y no cesaba de cocear, patear, brincar e incordiar con sus avances y reculadas.

—¡Aguarda, pájaro! —se excitaba el mozo que hacía las veces de director—. ¡Te vas a quedar más suave que seda de palio! ¡Aguarda, pájaro!

Cuando don Dimas tuvo dispuestos sus trebejos, entre el avisador Sotero y los cuatro mozos dieron con la bestia en el santo suelo, la trabaron de manos, patas y morro y de propina le pusieron una tijereta en los ollares para que reducido el resuello anduviese con miramientos a la hora de removerse.

En menos que canta un gallo, don Dimas, usando de un tino y un pulso que nada tenían que envidiar al mejor cirujano, acabó con los sueños que el animal tuviera de llegar a semental. A todos, menos a don Dimas, curtido en el oficio, se nos hizo un nudo en el corazón de ver cómo aquel bruto, antes tan engallado y dominador, perdidos sus solemnes atributos, se levantaba del ruin suelo, resoplando dolores, hecho un puro temblor y con la cabeza gacha casi a ras de tierra.

Don Dimas se encogió de hombros, recetó una poción de vinagre y sal para ayuda de la carne herida y contó la historia del burro que iba camino del matadero y no se lamentaba por acabar en filetes, sino de que siendo animal entero y harto de padrear lo hicieran pasar por ternera mamona.

Los gañanes rieron a más y mejor y, vista para sentencia la despedida, nos volvimos a la carretera, no sin que antes don Dimas, a título gratuito, aconsejara a uno de los mozos, que tenía una perra perdiguera enferma de moquillo, que la purgase con sal de higuera rebajada y que le diese una tisana sudorífera a base de canela y miel.

—Se morirá como me llamo Dimas —comentó el maestro.

—¡Tan grave es el mal!

—¿Tú sabes lo que es el moquillo?

—No, señor.

—Pues yo tampoco y como yo todo hijo de vecino.

—Y entonces ¿por qué receta?

—Receto porque soy el cuidador de mi fama y en esta vida valen más muchos síes, aunque parte sean equivocados, que un solo no en la mitad de la cruz. Y receto asimismo, en este caso del moquillo, porque también la fe cura.

—Los perros no tienen fe —repliqué discutidor.

—¿Te lo han dicho ellos? —irritose don Dimas—. Todo animal sabe quién lo quiere y quién lo maltrata, quién le da el pan y quién le tira la piedra. Basta pues que los perros tengan esa sola clase de fe y ya salen ganando mucho.

Para llegar a Grañén desde Tabernas de Isuela es menester pasar por Sangarrén, Barbués, Torres de Barbués y Almuniente. A fuer de exacto, Barbués queda a la diestra del viajero, empalmando con la ruta por unas pocas varas de camino. Todos estos lugares tienen el paisaje en trance de constante mutación gracias al agua sangrada del canal del Flumen. Son pueblos que hasta hace pocos años vivían con los ojos cla-

vados en el cielo, espiondo a la nubecilla que hace la descubierta de la lluvia, y con el pensamiento metido en el tempero que permite tirar a las raicillas de las plantas en espera de más cumplidas humedades.

Con el regadío a las gentes del campo les entra la comezón de hacer cosas como si la vaciedad de seguro en que han vivido por los siglos de los siglos, al verse mudada en plenitud, diese energías para andar y desandar, edificar y derruir, comprar y vender todo lo que antes se les negó.

Cumplido gozo es ver el trajín que se traen los pueblos que se acercan a Grañén. El mismo Grañén con su ir y venir de labriegos, trujimanes, corredores, viajeros, obreros, peritos e ingenieros recuerda, en modesta escala, las fiebres que de tanto en tanto acometen a la humanidad. Grañén es algo así como la Meca del agua que deja correr la tantas veces traída y llevada acequia del Flumen.

La villa de Grañén cuenta con una buena iglesia levantada en el siglo XVI al amparo del castillo que defendía la comarca de las algaradas de moros y cristianos, que de todo hubo en la viña del Señor a lo largo de ocho siglos de reconquista. De la fortaleza apenas queda un torreón en pie, si bien mozo talludo y de buena planta.

En el altar mayor de la iglesia se conserva un retablo de época debido en su mayor parte al pincel de Pedro de Apon-te, artista gustoso de componer bien y de realzar la obra con tonalidades alejadas de la manía del colorín. En la obra pictórica también mojó un zaragozano llamado Cristóbal de Cardeñosa, pero limitándose a tres escenas de la Pasión de Nuestro Señor. Sin hacer de menos al de Cardeñosa la pintura de Pedro de Apon-te tiene mayor suavidad de líneas y mejor disposición de figuras.

Grañén es lugar donde se anudan rutas y caminos y pasa el ferrocarril. La carretera que lleva a Robres avanza en dirección sudoeste por una llanura que cuando deja de tener el aliento del agua o se ha recogido ya el trigo se vuelve campo

de desolación, para que lo acuchillen los cierzos y lo frían los soles. El camino atraviesa el barranco del Reguero, seco como la caridad del avariento, que va a parar en el río Flumen. Casi todos estos barrancos conocen el agua únicamente cuando caen chuzos de punta y para eso la entregan a sus tributarios bien coloreada por la arcilla que roban al suelo y entre la algarabía de cantos, piedras y cuantos estorbos les salen al paso y arrastran.

Como a media legua antes de llegar a Robres, se atraviesa el canal de Monegros, que viene desde La Sotonera y Almodévar, buscando cotas de las laderas de la sierra de Alcubierre, desde donde el agua baja por su peso a la llanada.

Buenas partes de la región están limpias de árboles, accidente que en el caso de la villa de Robres es más de notar porque tiene por blasón un roble verde sobre fondo de oro y al pie del árbol un lobo pardo con un cordero ensangrentado en la boca. Difíciles son de ver los robles en el Robres de hoy, y no digamos los lobos, pues aunque se trate de animal sufrido no aguanta la intemperie que la falta de arbolado trae pareja.

En Robres, don Dimas decretó vacación explicando que, como al día siguiente nos acercaríamos hasta Lanaja y el camino es por demás ingrato, nada mal venía reparar fuerzas. Además, don Dimas llevaba encargo de unos vecinos del valle de Ansó de tantear arriendos de pastos de verano para el lanar de un ganadero de Robres, y los tratos y negocios, en los lugares, se sabe cuándo comienzan pero nunca cuándo acaban.

Mientras don Dimas atendía al asunto de las hierbas, yo pasé de la cruz al envés de la villa sin toparme con nada de particular, hasta que, donde arranca el camino que atraviesa la sierra de Alcubierre buscando la querencia de Leciñena, Perdiguera y los montes de Villamayor, me encontré con un

hombrecillo giboso entregado a los afanes de su industria, en una era donde los muros del pajar acertaban a formar agradable carasol.

El enteco individuo, sentado sobre una vieja silla de anea y bien protegido por un mandil de cuero, andaba metido de hoz y coz en los trabajos de lañar una tinaja de barro. A un lado, colgando de una lanza como las que utilizan quienes se visten de soldado romano con ocasión de las procesiones de Semana Santa, un letrado de tablilla pintada rezaba así:

El español perfecto.
Soldador, estañador y paragüero.³³
Razón y explicaciones aquí.

A mí lo de *perfecto*, en un hombre de menguada talla y jorobeta, me llamó la atención y traté de liar la guita de la conversación:

—Oiga, buen hombre, ¿no le molestará si le hago una pregunta?

—Hágala, que de cristianos con educación es responder.

—¿Lo perfecto alude, por un casual, a la habilidad en el oficio?

El hombrecillo dejó lañas³⁴ y tinaja a un lado, se sacudió el polvo rojizo que sombreaba el mandilón de cuero y me ofreció la petaca repleta de picadura.

—Esa pregunta me la hacen muchas veces y no me importa repetir la historia. Aunque de buenas a primeras no lo aparente, soy hombre de bastantes letras y, si no fuera por ellas, haría muchos años que pudriría malvas.

—La verdad, sigo sin entenderle.

33 *Soldador, estañador y paragüero*: se trata del pregón con que usualmente estos artesanos proclamaban su presencia, al menos hasta los años cincuenta del pasado siglo.

34 Piezas de metal que se emplean para unir o sujetar.

—Tenga paciencia que aquí no es como en infantería. Aquí de todo se da cumplida razón. Mi nombre es Hipólito y de primer apellido Iglesias, para servir a Dios y a usted. El segundo apellido luego se lo diré porque viene a ser como el meollo de mi historia y si se lo digo ahora quedará destripada. Nací en malas condiciones y durante muchos años estuve como anublado. Mi padre era de la montaña, de un pueblo que le dicen Yesa, y mi madre, que en paz descanse, fue nacida en Alemania.

—Lejos fue a nacer.

—Sí, señor. A mi padre la guerra del catorce le cogió trabajando en Francia. Cayó prisionero de los alemanes y siguió dale que te pego con la misma ocupación pero en tierras de Alemania. Al terminar la guerra conoció a mi madre, llamada Disselotte, y se casaron. Las calamidades de aquellos tiempos tuvieron su influjo siendo yo de tierna edad y esto, unido a la muerte de mi madre y a que mi padre, una vez repatriado, volvió a contraer con mujer que no me miraba bien y me cuidaba peor, hizo que el natural de mi columna, de cuyo débil, fuese yendo a menos. ¿Qué le parece?

—Bastante triste.

—¡Veinte años de mi vida se me fueron sufriendo lo mío y más de una vez, san Benito de Palermo patrón de los negros me valga, estuve en un tris de darme el pasaporte para el más allá! Hasta que un día la afición a leer, nacida de la necesidad de no juntarme con tanta mala uva como va a los sitios públicos, me salvó.

Rebuscó en una alforja, sacó un librito sobado y lo puso en mis manos.

—Véalo; a este señor le debo la existencia.

En alta voz leí:

—*La España invertibrada*.

—Fíjese bien, señor. En este libro de un sabio por nombre don José Ortega, se explica paladinamente que a los españoles nos falta sangre de bárbaros, que es lo mismo que decir

sangre de alemanes.³⁵ El español perfecto ha de tener la sangre de la nación merada³⁶ con sangre alemana, que es la única que puede aumentarle la virtud y calidad. ¿Me explico bien?

—Sí, señor, que se explica.

—Cuando yo consideraba mi pobre estado físico y me comparaba con los demás, una voz lastimera me decía muy adentro: «Tú no eres como los otros». De la noche a la mañana la pesadilla convirtióse en mi orgullo. Razona que te razona descubrí que, aunque no doy la talla general y el espinazo me agobia, soy más español que nadie ya que por mis venas corre una parte de la sangre de los Iglesias y otra de los Haltmann. Mi gracia es Hipólito Iglesias Haltmann. Mal que le pese a muchos, *el español perfecto*, el español justo y medio.

Con Hipólito Iglesias Haltmann se me fueron las horas sin sentido. En la desangelada era quedó *el español perfecto* preparando el condumio de la noche. Al contraluz de la fogata la esmirriada³⁷ figura del giboso bailaba una danza grotesca. El que no se consuela es porque no quiere.

De Robres a Lanaja se pasa por Alcubierre. Hay menos de cuatro leguas de un camino donde quien le tema al sol no espere hallar demasiados refugios de la clase que brinda la vegetación. Son tierras, hasta Alcubierre, redimidas por el agua y de Alcubierre a Lanaja en espera de rescate: son los Monegros oscenses que al otro lado de la sierra de Alcubierre con alguna altura que llega a los 811 metros, salvadas las sierras de Lanaja y de Pallaruelo, continúan en la provincia de Zaragoza. Monegros viene de *montes negros*. Quien les

35 Es patente la alusión irónica a la tan conocida obra de Ortega y Gasset que desató tantas polémicas.

36 Mezclada.

37 Consumida, escuálida.

puso el nombre pensaba en la apretada vegetación de aquella deliciosa época en la que un pájaro podía ir desde cualquiera de los pasos que en los Pirineos llevan a Francia hasta la punta de Algeciras, al otro lado de las Españas, sin necesidad de batir las alas y no porque usara de esa forma de vuelo que tienen los cernícalos cuando mismamente se paran en el aire aprovechando a más y mejor las mangas de viento, sino saltando de rama en rama con la cortedad de que usan los gorrones en los parques públicos a la hora de ponerse el sol. En los Monegros zaragozanos todavía hay muestras de árboles pero en los oscenses muy pocas, por no decir ninguna, y siempre en las alturas de la sierra, como si huyendo del hacha del hombre se hubieran refugiado en terrenos más difíciles de vencer.

El vértice más alto de la sierra se llama San Caprasio y está frontero al barranco de las Tuertas, que con el del mismo nombre del pico van a morir en la balsa del Plano, lugar a corto trecho de Lanaja, donde se almacenan las aguas que cuando llueve tienen a bien rendir aquellos. La balsa del Plano es grande y aparente en la época de las vacas gordas y se reduce cuando el sol aprieta, como cumple a todo depósito que depende de la incertidumbre. De cualquier forma, resulta entre triste y raro ver esta especie de lago, que es la balsa, plantado allí en virtud de un hondo y de las barranqueras que le dan el agua, sin el principio y fin que tienen las corrientes que van a dar a la mar. Es un agua con nacimiento pero sin muerte normal.

En Lanaja hay una iglesia parroquial con lujo de dos naves encabezadas por sus correspondientes ábsides poligonales, cuyo altar mayor pintó el denominado maestro de Lanaja. Conocido es que, cuando no se sabe quién tiró la piedra porque escondió la mano, se habla del aldeano. Lo mismo pasa en pintura con el maestro de Lanaja. Fue un delicado artista que trabajó entre el primer tercio y la primera mitad del siglo xv, a la manera del gótico, y por llamarlo de alguna forma los que entienden de arte le dicen maestro

de Lanaja. Hoy, el que quiera contemplar las tablas que el tiempo y los hombres no se tragaron debe seguir viaje hasta Zaragoza, en cuyo museo se encuentran.

La cartuja de Las Fuentes se alza entre Lanaja y Pallaruelo de Monegros, teniendo como espaldera una altura que llaman Cantera del Tejar, madre del barranco de Las Negras.

La cartuja de Las Fuentes es fundación de los condes de Sástago, don Blasco de Alagón y doña Beatriz de Luna, en la primera decena del siglo xvi, aunque el edificio, como ocurre con todas las cosas que se comienzan con muchos humos y pocos cuartos, no se terminó hasta el xviii. La cartuja está en muy mal estado de conservación en lo que a iglesia y convento se refiere. La historia más reciente de la cartuja recuerda los caudales de esas familias sin herederos donde los sobrinos entran a saco, y así, con el coro, pieza muy finamente labrada, cargó Sariñena; Lanaja se llevó el Cristo; Huesca arrambló con no pocos lienzos, y excusamos seguir la relación.

Entre las cosas que no pudieron desaparecer se cuenta una colección de frescos pintados por fray Manuel Bayeu —cuñado de don Francisco de Goya—, quien vistió el hábito de san Bruno y desempeñó oficios de lego en Las Fuentes y más tarde en Valldemosa, en tierras de Mallorca. De este mismo Manuel Bayeu son los lienzos donde se historia la vida de san Bruno que conserva el museo de Huesca, y entre ellos uno en el que aparece armado de paleta y de pinceles.

En la iglesia se puede contemplar una Virgen del siglo xv con un Niño Jesús sentado en la rodilla derecha. La falta del sentido de las proporciones de que adoleció el artista al manejar el mazo y la gubia puede perdonarse en gracia a la antigüedad de la imagen.

Al menguado amparo de una tapia ruinosa que separa los jardines y claustros cartujanos del inhóspito mundo natural, encontramos a una tropilla de zíngaros enredados en descomunal marimorena entre sí y con un hombre malamente vestido que se doblaba sobre una muleta.

Don Dimas acababa de recetar una cataplasma madurativa a una vieja que sufría de golondrinos³⁸ y recogíamos los bártulos para reanudar la marcha, cuando el hombre de la muleta se acercó muy respetuoso y dijo:

—Excúseme que no me quite la gorra, pero tengo el brazo izquierdo seco y si levanto el derecho pierdo el sostén y doy en el suelo. Excúseme, le repito, ¿por casualidad vienen ustedes de camino?

—Así parece —respondió de mal talante don Dimas.

El hombre, que era tuerto del derecho, miró con la cabeza ladeada y explicó:

—Nada voy a pedir ni a dar. Tampoco pregunto por afán de saber. Los que usted ve aquí formábamos una compañía de comediantes bajo la dirección de un patrón por nombre Secundino González Lobo. Un hombre engañador que nos ha traído por todos estos lugares, mal comidos, mal bebidos y peor viajados, y por añadidura se ha escapado dejándonos en la estacada y llevándose al artista principal, una mona amaestrada que responde al nombre de *Leonor*. ¿No se habrán topado con parecido personaje?

Don Dimas y yo nos miramos con aire de cómplices.

—Usted es *el hombre bólido de Berbería* —afirmé.

—Así me llamé en tiempos —respondió nostálgico el lisiado— y de resultas de llamarme así he venido a parar en lo que soy.

—A Secundino González Lobo le dejamos en el monte de Pebredo haciendo vereda para coger el tren en Vicién y llevaba la mona *Leonor* consigo.

38 Bultos de origen glandular que aparecen en los sobacos.

—Dios le pague la caridad de la información, que la noticia basta para que los civiles nos atiendan.

Sin más enderezamos el camino. Ni la tropilla pidió limosna como anunciara *el hombre bólico* ni nosotros la dimos, que los que andan en continuo viaje también tienen sus leyes. Don Dimas, muy serio, comentó:

—A Secundino González Lobo, como le dejen hablar, no lo ahorcan. ¡Vaya que no!

En Pallaruelo de Monegros, la carretera que llega desde Lanaja, a poco trecho de un alcor bautizado Virgen Vieja, empalma con la ruta que viene de Sariñena buscando el paso de los Monegros por Castejón de Monegros, desde donde se derrama en dos vías, la una regular y la otra mediana, que llevan a Bujaraloz, en Zaragoza, por Valfarta o por La Almolda.

En Pallaruelo de Monegros hay una iglesia parroquial que ideó y construyó el maestro Arnaldo Vidal, doblada la primera mitad del siglo XIII. El retablo mayor es pieza maestra debida a Martín Soria, quien dio remate a los trabajos quince años antes del 1500. El maestro Soria, en vez de andarse por las ramas buscando efectos de fondo y de luz que hicieran real la pintura, se dio a dramatizarla invocando el sentimiento humano del que contempla los personajes, que por así decirlo amontona en las tablas. Este retablo se compuso de veinticuatro tablas. Parte de ellas salieron de Pallaruelo para quedar en el museo episcopal de Huesca.

En Castejón de Monegros también hay una buena iglesia del siglo XIV y dos tablas del retablo que ornó el altar mayor pintado a finales del XV. El curioso que lo solicita, en casa de Buil de Castejón goza con la contemplación de un retablillo de esmaltes de Daroca, trabajados en el siglo XV, que dentro de la disposición piramidal que adopta se subdivide para explicar en doce pasos la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

De Pallaruelo de Monegros a Sariñena hay como tres horas de buen andar. Todos los barrancos que se cruzan y algunos más que no se ven van a dar al Flumen, que se junta con el Alcanadre como a una legua de Albalatillo.

Sariñena está entre varias suertes de agua: una laguna al noroeste y el río Alcanadre que atraviesa la vega de la villa, de norte a sur, para formar, pasadas las tierras de Albalatillo y recrecido con las éticas aguas del Flumen, un ángulo de noventa grados con el que evita las sierras y serretas que dividen los Monegros oscenses y zaragozanos, derramándose en dirección a Sena y Chalamera para juntarse al poderosísimo Cinca al sureste de Ballobar.

Sariñena es villa de tan antigua fundación que quienes andan en cosas de historia aseguran que ya la mencionaba Tolomeo con el nombre de Succosa. Don Alfonso el Batallador pasó no pocos trabajos para quitársela a los moros, quienes se sentían seguros tras unas fortificaciones que no han llegado a nuestros días.

En Sariñena, descontada la iglesia parroquial del siglo xvii, que fue parte de un convento de frailes de san Francisco, y algunas buenas casas que en tiempos idos mandaron hacer las familias hidalgas e infanzonas, con aparato de galerías, puertas coronadas de arcos en semicírculo bien dovelados y su perifollo de balconadas de manos de forja herreril, domina lo moderno, o lo viejo, cosa esta última que nada tiene que ver con lo antiguo. Sariñena tiene una ermita de una sola nave, dedicada a Santiago, que se fecha en el siglo xiii.

III. DE SARIÑENA A ALTORRICÓN

EN SARIÑENA NOS DETUVIMOS el tiempo justo para comprar bastimentos,³⁹ de los que siempre andan necesitados quienes viven más tiempo en caminos que en lugar de población y no pueden fiar de improvisaciones. En Sariñena un gitano vivales, de nombre Generoso Heredia, alias *Morros de Uva*, pretendió visitarse de gorra. Sin haber sido convocado por el avisador Gregorio Sotero, abordó a don Dimas, abriose la pechera de la camisa y, sin previa salutación ni Cristo que lo fundó, dijo así:

—¿Qué le parece?

Don Dimas de malos modos respondió:

—Que te conviene lavarte.

Generoso se hizo el loco y explicó:

—Me refiero al sarpuellido, que lo otro bien conozco con qué se quita. Y por si de guía le sirve diré que, entre los muchos consejos que me han dado para acabar con el mal, recuerdo los de casarme, purgarme con jalapa,⁴⁰ alistarme en el Tercio, traficar en las ferias para andar mucho, sangrarme al corte y con sanguijuelas,⁴¹ tomar zarzaparrilla,⁴² beber

39 Provisiones.

40 De Xalapa, ciudad de México. Planta de origen americano cuya raíz se usa en medicina.

41 *Sangrar al corte o con sanguijuelas*: utilizando la lanceta o bien este anélido tan usado en la medicina de los pasados siglos.

42 Cocimiento de la raíz de este arbusto liliáceo.

agua en ayunas, picar de sol a sol, masticar tabaco, seguir régimen de clara de huevo batida al punto de nieve y untarme las pupas con basura de palomas.

—¿Has probado a recubrirte la parte malsana con pez derretida? —preguntó don Dimas.

—No, señor, y esa es medicina que en mi opinión más convendría para pellejos de vino o aceite.

—Haz, pues, como te plazca —cortó por lo sano don Dimas—, que voy de paso y no tengo tiempo de cabrahegar.⁴³ Si algo se te terciá, acércate a la plana del monasterio de Sigena, en un pradillo a orillas del Alcanadre, donde pienso ejercer esta tarde y mañana al romper el día.

—No me vaga de ir tan lejos —batiose en retirada el gitano.

—Pues úntate de pez, que no lo he dicho por bromear ni por escurrir el bulto. La medicina es dolorosa, pero te hará mudar la piel como lo hacen otros animales en primavera.

Generoso Heredia se despidió meditabundo y nosotros enderezamos el paso tras el carro en dirección a Villanueva de Sigena.

Entre Sariñena y Villanueva de Sigena no hay más que dos excusas para el alto: a saber, Sena y el monasterio de Sigena. La carretera deja la querencia de la vía del tren en las afueras de Sariñena y atraviesa el río Alcanadre, el barranco de Malfarás, el de los Arnales y el del Carnerario con sus dos hijuelos llamados de Cajal y Calera Cajal, todos ellos con muerte en el río. La ruta discurre por el lado de un triángulo cuyos dos ángulos son el Alcanadre y tan solo en

⁴³ Colgar higos silvestres en las ramas de las higueras, con lo cual se cree que, por mejor fecundación, los frutos de estas serán más sazonados y dulces (*DRAE*). Es decir, perder el tiempo inútilmente.

los extremos de Sariñena y de Sena contempla algo de verdor y pierde la visión de las tierras arcillosas.

A Sena llegó el bandido *Cucaracha*,* misterioso personaje, mixto de Robin Hood y de señorito ribereño, que el pasado siglo vendimió las bolsas de los ricos y apioló a más de un desmemoriado ignorante del lugar donde guardaba las onzas de oro.⁴⁴ *Cucaracha* se hospedó en Sena con toda su partida, haciéndose pasar por carlista. Uno de los de la compañía, que simulaba ser el capellán y que tenía buena labia, predicó y confesó. Cuando más confiados estaban los de Sena, *Cucaracha* y su tropilla armaron el consabido descalzaperros, con lo que los ricos y medianos de Sena quedaron como el famoso gallo de Morón.⁴⁵ *

En Sena hay una lucida casa consistorial de las que el pueblo llama «aragonés antiguo», hecha sobre soportales y con su buen remate de galería de ladrillo. Toda la campiña que domina Sena es lugar que poblaron los ilergetes, de cuyo paso no quedan más que tuestos rotos y algún que otro raro metal, bien soterrados, para delicia de quienes, piqueta en mano, se toman el trabajo de sacarlos a la luz. A una legua muy escasa de Sena está Villanueva de Sigena y como a mitad del camino entre ambos lugares sale en ángulo recto, buscando el sur, el caminillo que lleva al monasterio de Sigena, que desde su fundación en 1183 por doña Sancha, esposa que fue de Alfonso II de Aragón, fue encomendado a las madres de la orden de san Juan.

A la fundación, por obra y gracia de Dios, además de la reina, contribuyó uno de los toros que pastoreaba un gañán de la época. Día tras día, el pastor observó que una de las

44 Moneda de este metal, con peso de una onza aproximadamente, que se acuñó desde el tiempo de Felipe III hasta Fernando VII y valía 320 reales, o sea, ochenta pesetas (*DRAE*).

45 *Quedarse como el gallo de Morón, sin plumas y cacareando*. Es decir, desplumados. V. «Notas complementarias».

bestias que guardaba, sin temor al agua, nadaba hasta una isla plantada en la laguna. Hizo lo propio el gañán y quedó como herido de rayo al descubrir al toro fiero y silvestre, como todos los animales enteros, convertidos en una malva, la testuz humillada y arrodillado de manos reverenciando una imagen de la Virgen, de conocida tradición pero de ignorado paradero a causa de las idas y venidas, entradas y salidas, tomas y dejadas de cristianos y moros en la pugna de la Reconquista.

Avisó el gañán a los de Villanueva de Sigena, que acudieron como un solo hombre, cargaron con la imagen y con mucha solemnidad la entronizaron en la iglesia del poblado. Pero cuál no sería la sorpresa de los creyentes cuando al abrir la iglesia al culto con el nuevo día descubrieron que la imagen había desaparecido. Volvieron a la isilla y repitieron la operación, sin olvidar poner guardias que custodiasen la efigie de Nuestra Señora. De nada sirvió la vela puesto que la imagen desapareció de la iglesia y volvió a aparecer en el islote. La tradición dice que hasta cuatro veces los vecinos de Sena, Villanueva de Sigena y un tercer lugar llamado Urgellet fueron testigos del singular acaecimiento. Como las noticias corren, pronto supieron del suceso los monarcas de Aragón, doña Sancha de Castilla y don Alfonso II el Casto, quienes desde Huesca se trasladaron con lucido cortejo al lugar de los descubrimientos y desapariciones. Doña Sancha y don Alfonso, reyes a quienes les faltó el canto de un duro para subir a los altares, decidieron conmemorar aquellos hechos y fundaron, en los terrenos donde antes pastaba la vacada, el real monasterio de Nuestra Señora de Sigena. Con tanto interés se acometieron las obras que cuatro años más tarde de la primera decisión pudieron entrar las religiosas a tomar posesión de buena parte del cenobio. Los maestros que dibujaron los planos tuvieron buen cuidado de que las distintas partes del monasterio se ordenasen con miras al claustro, colocando las piezas destinadas a la vida en priva-

do y en común de las profesas bien relacionadas con dicho cerrado y con la iglesia.

Muchas ricahembras de Aragón abandonaron parcialmente los goces del mundo para vivir en Sigena. Esta parcialidad, de la que hicieron liberal uso, motivó el que las madres anduviesen a la greña con los sesudos varones que en el Concilio de Trento decretaron la clausura de las monjas, ya que las buenas señoras se habían mal acostumbrado a recorrer sus feudos, visitar sus parientes y recibir las amigas y conocidas en el monasterio, alternando las prácticas piadosas con la vida mundana según las reglas del conocido juego de una de cal y otra de arena.

Todo el convento, peor tratado por la barbarie e incuria de los hombres que por el paso de los años, es un verdadero joyel donde los que gustan de la arquitectura románica tienen mucho y bueno que ver. El templo guarda la planta de la cruz latina y a él se entra por una portada románica formada por trece arcos abocinados superpuestos y un resalte final que pudiera equivaler al decimocuarto. Lindando con este pórtico, a la derecha, bajo un medio punto sobre el cual crece un muro de la iglesia rematado de una espadaña, se cobija un arca funeraria en noble piedra, donde agotose el cuerpo que en vida albergaba el alma esforzada de don Rodrigo de Lizana, muerto por su rey Pedro II y por el derecho de Aragón en la batalla de Muret, defendiendo a los herejes albigenes, hecho de armas este que, siendo reprobable desde un punto de vista, se justifica desde otro porque aquellos heréticos eran súbditos del rey de Aragón. A su vez, al sepulcro de don Rodrigo de Lizana le hace guardia una bien maciza torre que también se adosa a la iglesia, guarnecida de saeteras, recuerdo de los tiempos de la fundación monacal en que tan bueno como rogar a Dios era con el mazo dar, defendiendo las marcas cristianas ganadas a la tierra mora.

En la plaza que da acceso a la iglesia, es fama que encontraron descanso los cuerpos de la flor y nata de los

ricohombres de Aragón que, como don Rodrigo de Lizana, descendiente de aquel buen don Férriz, el de las mazas de la batalla del Alcoraz, hallaron la muerte en Muret. Si las crónicas no mienten, además del rey don Pedro y de don Rodrigo de Lizana, fenecieron a arma blanca don Miguel de Rada, don Guillén de Pueyo, don Blasco de Alagón, don Miguel de Luesía, don Ladrón, don Gómez de Luna, don Aznar Pardo y don Pedro Pardo.

La batalla de Muret, como todas las guerras de cristianos, fue por demás cruel y cerrilmente enconada, y así lo muestran las famosas palabras de aquel varón, abad del Císter, a quien Dios todo misericordioso haya perdonado, que se llamó Arnaldo de Amalrich, quien resolvió el peliagudo problema de triar⁴⁶ entre los prisioneros los católicos, apostólicos y romanos de los herejes, con la fórmula de «matarlos todos y que Nuestro Señor en los cielos escoja los suyos».

Lo más importante de Sigena eran hasta hace pocos años las pinturas murales todas concebidas durante la baja Edad Media y entre ellas las de la sala capitular, también llamada sala Pintada, para colmo artesonada por maestros mudéjares y galos. Perdido el artesonado, parte de las pinturas se han podido arrancar para restaurarlas y conservarlas en lugar donde no se acaben de esfumar. No se sabe quién las pintó y, lo mismo que en el caso del maestro de Lanaja, los que entienden de estas cosas le llaman con el largo título de maestro de la sala capitular de Sigena. Este maestro le cogió tanto gusto a la tarea de llenar lienzos de pared que, entre escenas bíblicas y del Nuevo Testamento, santos y patriarcas, no dejó lugar alguno de la sala sin muestra de un arte donde el hieratismo de los bizantinos se mera⁴⁷ con la tierna poesía de los escolares romanos y se ensalza con una fantasía medieval solo comparable a la de los maestros escultores que tallaban la piedra.

⁴⁶ Escoger, separar.

⁴⁷ Se mezcla.

En el templo estuvieron los panteones reales con los restos de doña Sancha y de sus hijos don Pedro I, doña Dulce y doña Leonor. Otros muchos enterramientos de personas principales hubo en distintas capillas, como por ejemplo las prioras que salieron de los Ximénez Cornel, condes de Barcelos, pero de lo que fue y se aventó vale más no hablar.

El ábside central de la iglesia también se adornó con lujo de pinturas y estas, por suerte, continúan donde tuvo a bien ponerlas el artista. No son tan buenas como las de la sala capitular y acusan ya muestras de ir buscando los caminos de lo que andando el tiempo se llamará gótico.

No merece la pena recordar las piezas que de Sigena han salido para Lérida, Barcelona, Huesca y Zaragoza. Tampoco tiene cuenta recordar que hace años, con ocasión de curiosear los restos reales, la espada de Alfonso II salió camino de Madrid.

Con el nuevo día don Dimas comenzó su consulta. El primer cliente fue un mozo barbián⁴⁸ que debía de ser viejo conocido de mi patrón porque, antes de entrar en materia médica, durante un buen rato le dieron toques a casi todo lo divino y lo humano, salpicando la conversación con muchos nombres de personas que yo oí por primera vez. A don Dimas se le hizo conciencia de la hora y preguntó:

—¿Y esta vez qué tripa se te ha roto?

El mozo, que resultó llamarse Sabiniano Fuentes, alias *el Iluminado*, respondió:

—Que tengo la «puerta del Carmen» tan dañada por las pupas como el original de Zaragoza por el plomo del francés.

A mí, al oír tan extraña confesión, me dejó de una pieza, pero pronto salí de dudas porque Sabiniano Fuentes sin más explicaciones quitose la camisa de lienzo casero y pude

48 Desenvuelto, pícaro.

contemplar la más completa colección de tatuajes de que cabe dar razón.

Apenas entregó don Dimas al Sabiniano un tarro con dos onzas⁴⁹ de «unto de los ángeles», a base de miel, grasa de caballo y zumo de limón, me alejé un trecho con el de los tatuajes y el avisador Gregorio Sotero y di rienda suelta a mi curiosidad.

—Óigame, buen hombre, ¿eso lo hace por el gusto de adornarse?

—En parte sí y en parte no. Todos tenemos nuestra industria en este mundo de Dios. Yo soy de oficio tatuador y lo que usted ha visto forma parte del muestrario de mi arte. Por cinco pesetas enseño el cuerpo, que es como un museo en las carnes, y por un precio ajustado le grabo el nombre al cliente o una alegoría pequeña. Los paisajes y figuras los cobro según el trabajo que llevan y lo que cunde el tiempo.

Sin replicar saqué cinco pesetas y se las entregué. Sabiniano Fuentes, alias *el Iluminado*, se desnudó hasta quedar con solo las botas y un pequeño taparrabos. Se volvió de espaldas y explicó:

—En el cuerpo tengo grabada la historia de la guerra que ganamos a Napoleón y sus gabachos. Como usted podrá apreciar comienza en las pantorrillas y termina en el pecho. Los pasajes están numerados y se engarzan en espiral para que el más lerdo los pueda seguir sin pérdida. Aquellas partes a donde yo alcanzo son obra de mi mano, las restantes se deben a un maestro portugués que ya dejó de penar y que en trance de muerte me regaló los originales para que los use a discreción y me sirvan de luces.

Los tatuajes del Iluminado se iniciaban con los retratos de Napoleón, Pepe Botella, Carlos IV, María Luisa, el Príncipe de la Paz y Fernando VII, estos dos últimos en los muslos; luego,

⁴⁹ Peso que consta de 16 adarmes y equivale a 287 decigramos (DRAE).

componían una primera apoteosis en el vientre, bien aprovechado para una carga de Bailén, presidida por el ombligo de Sabiniano, que hacía las veces de sol, y culminaban con la defensa de la puerta del Carmen, sobre el pecho. A la altura de la tetilla derecha, dentro de una orla de laurel, aparecía Palafox y en la izquierda, en un marco aún más trabajado con flores y guirnaldas, «la vera efigie del general don Pedro Villacampa, natural de Laguarda, provincia de Huesca», según rezaba el pie en buena redondilla. Parte del pelo que la madre naturaleza había donado a Sabiniano Fuentes estaba convenientemente afeitado en unos lugares y abandonado a su normal crecimiento en otros para formar, con ayuda de las líneas del dibujo, el morrión del ilustre general aragonés.

Terminada la exhibición, Sabiniano Fuentes se vistió en un periquete, comentando de paso que como ocurre con las barraganas⁵⁰ entre las incomodidades del oficio contaba lo de quitarse y ponerse la ropa de continuo, cosa que en tiempos crudos costaba más de un constipado.

El avisador Gregorio Sotero, ganado para el arte del tatuador, discutió el precio de un letrado muy emperejilado de adornos que sostenían del pico dos palomas y recordaba los que estampan los alfareros en los juegos de jofaina y jarro que encargan los mozos casamenteros. Ajustado el precio en dieciocho pesetas, Sabiniano Fuentes, armado de aguja y tinta china, comenzó a tatuar el pecho de Gregorio Sotero. De acuerdo con los deseos del mozo en el letrado se leía: «Soy de Gregorio Sotero Caparroso».

El Iluminado, con cierto aire de sorna, cuando hubo terminado, preguntó:

—¿Es que tienes miedo de que te lo quiten?

Gregorio Sotero, que con el trajín de avisar se había hecho algo novelero, respondió:

50 Prostitutas.

—No, señor, que el pecho es difícil que se lo hurten a uno, pero en estos tiempos de guerras y plagas bueno es que sepan quién soy yo, si por un casual me privo o caigo en manos de foráneos que no entiendan mi habla.

Por terciar en la conversación comenté:

—Si no entienden tu habla menos entenderán tu escritura.

Gregorio Sotero quedose pensativo:

—Verdad es. Oiga, don Sabiniano, ¿sabe usted de lenguas?

El de los tatuajes sin ningún empacho respondió:

—Lo que se dice saber, saber... no. Pero tengo un catálogo que da luces. Te cobraré a dos pesetas por letrado y no les pondré adornos.

Discutieron un buen rato sobre la cuestión de los adornos y por fin arreglaron el nuevo trabajo en veinte pesetas con derecho a palomos pero sin tantas florituras como en el castellano. Cuando Sabiniano Fuentes, alias *el Iluminado*, ayudado de un cuadernillo de tapas de hule que de vez en cuando consultaba, terminó la tarea, desde el pecho hasta el arranque de las partes de Gregorio Sotero, podía leerse:

«Soy de Gregorio Sotero Caparroso».

«Suis Grégoire Sotero Caparroso».

«The Gregor Sotero Caparroso».

«Sono Grigorio Sotero Caparroso».

«Ego sum Gregorius Sotero Caparroso».

Orgullosa de su desempeño, el hombre de los tatuajes me preguntó:

—¿Qué le parece? ¿Verdad que no está nada mal? Y usted, ¿no se decide?

—No, señor, muchas gracias. Yo no soy partidario.

—Pues hace usted mal. El tatuaje es asunto de personas muy elevadas. El rey de Dinamarca tiene los brazos y el pecho tatuados por los mejores maestros internacionales. Y

la marquesa viuda de Londonderry se hizo tatuar las armas de la familia en la nalga derecha.*

Don Dimas había terminado su visita y asistido al marcado de Gregorio Sotero. Aunque sumamos la cuenta galana que de los idiomas hacía Sabiniano Fuentes, no dijimos esta boca es mía, que ley de caminantes es ganar y dejar ganar la vida. Solo al tiempo de despedirnos don Dimas comentó con sorna:

—Muchos idiomas sabes, Sabiniano.

El Iluminado, que no tenía nada de mastuerzo, replicó sin perder comba:

—Los justos para comer caliente tres veces al día.

Y, sin más, partió por el camino que habíamos traído de ida. Nosotros enderezamos los pasos en dirección a Villanueva de Sigena.

Un viento harto frío para la estación hacía de las suyas y don Dimas sentenció pensando en las vides:

—«San Marcos, marquete, vendimiador sin horquete».⁵¹

En el calendario quedaba ya atrás san Marcos, pero no por ello el aire dejaba de hacer de las suyas.

Desde el monasterio de Sigena a Villanueva de Sigena no habrá ni media legua, por una carretera cuyo eje discurre paralelo con el curso del Alcanadre. Villanueva de Sigena es famosa porque en ella nació Miguel Serveto o Servet, persona de mucha inquietud que escribió de cosas tan diversas como la Santísima Trinidad, la circulación de la sangre y la naturaleza de los jarabes. Don Miguel Servet, hijo del notario Antón Serveto y de doña Catalina Conesa, tuvo un her-

51 San Marcos se celebra el 25 de abril. Numerosos refranes, como este, hacen alusión a la variabilidad del tiempo en estas fechas. San Marcos, pues, puede adelantarse a los vendimiadores con sus horquetes y, arruinándola, llevarse él la uva.

mano, el infanzón mosén Juan Serveto de Revés, que fue rector de la iglesia de Poleñino. Servet gozó y padeció a causa de un alma volandera que sacándole de las estrecheces de Villanueva de Sigena le llevó a pasear por todos los lugares de Francia, Alemania, Italia y Suiza, donde se enseñaban letras y ciencias, hasta que Calvino con traidores engaños se la separó del cuerpo, convertido en somarro,⁵² poniendo nota de fuego en las femeninas verduras que se encaran con el lago Lemán. La madre y el hermano clérigo, sin duda para dejar bien sentado que no pensaban como don Miguel, hicieron donación a la iglesia parroquial de Villanueva de Sigena de un retablo donde la letra escrita cantaba los nombres y apellidos de los pagadores.

Al dejar Villanueva de Sigena queda a la derecha en dirección a Chalamera el barranco que llaman del Clamor de la Virgen. Que nadie piense en gritos tremendos porque, en Aragón, clamor es el cauce que abren las aguas violentas cayendo de golpe para compensar en minutos lo que no llovió en meses. La carretera se acerca aún más al Alcanadre, el cual, hasta que corta al norte de Ontiñena la ruta que desde Barbastro baja hacia Caspe, forma cinco bien cumplidos meandros.

Chalamera álzase como a cuatro leguas de Villanueva de Sigena, entre el poderoso río Cinca y el bien sangrado Alcanadre. Antes de llegar al lugar está la ermita de la Virgen de Chalamera. Las piedras del templo se labraron a comienzos del siglo XIII para albergue de una virgen sedente de la misma época, cuyas estilizadas líneas son un primor.

También llama la atención un sarcófago sobre cuyos planos el artífice medieval se dio buena maña para sacar con la boca acerada del cincel una bien trabada maraña de flores y florituras.

52 Carne fresca asada en las brasas.

Chalamera fue lugar de castillo como cumple a las poblaciones cercanas a un río importante, en este caso el Cinca, que los cristianos del legendario reino de Sobrarbe, con su villa y corte en la pirenaica Aínsa, usaban de camino natural para penetrar en tierra de moros. Los refinados musulmanes tuvieron que abandonar los tramos del río más cercanos a la montaña en manos de los rústicos cristianos, que si no entendían de delicadezas y filosofías conocían a conciencia el arte de abrir cabezas y trataron de conservar la tierra del llano sembrando castillos en alcores, cabezos y colinas, desde Chalamera y Ballobar, donde el Alcanadre se sume en el Cinca, hasta Mequinenza, donde el Ebro recibe al Segre, engrosado unas leguas antes, cerca de Granja de Escarpe, por la caudal vena del Cinca.

De Ballobar a Velilla de Cinca hay legua y media. A la derecha del viajero quedan los cerros entre amarillentos y rojizos que moldean la linde del Alcanadre primero y del Cinca después. A la derecha del viajero el desierto; a la izquierda la huerta respunteada de olivo y vid y enhebrada de higueras, para dicha de hombres y papafigos.⁵³ La última legua de la ruta se precipita en recta al encuentro de Velilla de Cinca y deja atrás nombres de pesadilla, como el barranco de Valsalada, barranco de Fachiceras, cerros de Valdragas y estrechos del Congost.

Hicimos noche en una posada de mesa común, de Velilla de Cinca, donde nos trataron a cuerpo de rey. Además de don Dimas y su compañía, se sentaba a la mesa un hombre de muchas letras y distinción que dijo llamarse don Julio y que viajaba, en parte, por conocer bellezas que en el socorrido género de las guías pasan poco menos que desaperci-

53 Humorísticamente, comedores de higos.

bidas al estar muy a trasmano de las rutas ordinarias y, en parte, para curarse de mal de amores.

Don Julio, terminada la cena, sacó una guitarra y habló de esta guisa:

—Les voy a contar la dolora que discurrí cuando por mi mala suerte me enamoré de una moza a quien, en vísperas de casorio, sorprendí abrazada a un vinatero manchego.

Templó la guitarra y nos cantó lo siguiente:

Duele más la bofetada
con la cara descubierta
que con la cara tapada.

Todos los allí presentes reconocimos que la copla era muy propia para la sazón del triste descubrimiento, y, animado, don Julio siguió:

—Pues ahora oirán ustedes la que se me ocurrió cuando, arrepentida del trance, volvió a mí la Purita, que así se llamaba la grandísima zorra, y le di el no:

No es orgullo ni es encono,
es que quiero perdonarte,
por eso no te perdono.

A Gregorio Sotero y a alguno más tuvimos que explicarle el misterio que encerraba el juego de palabras de don Julio y solo así comprendieron la belleza del pensamiento oculto.

Ya en plan de coplas, don Julio mandó sacar un azumbre⁵⁴ de Cariñena y decidió cantarnos el versillo que dedicó a la tartana que por mala suerte despeñó, junto con una yegua montañesa, al regresar de un festejo:

⁵⁴ Medida de capacidad para líquidos, compuesta de 4 cuartillos y equivalente a 2 litros y 16 mililitros (*DRAE*).

Tengo un alma caprichosa,
que a mí las cosas me sirven
y yo no sirvo a las cosas.

Tampoco Gregorio Sotero entendió la copla y de nuevo tuvimos que aclarársela. Sin duda para que no pensáramos que tenía dura la mollera o debido al calorcillo despertado por el vino, o porque el espíritu regional se le sublevó lo suyo, o por todo a la vez, el Sotero pidió la guitarra y se empeñó en cantar una jota. Atacó con mucho ímpetu y llegado el momento soltó este cañonazo:

El puente tiene cuatro ojos,
yo tengo tres solamente,
dos los tengo *pa* mirarte,
con el otro hago del vientre.

Don Dimas, que en punto a buena crianza era muy mirado, se sulfuró y ordenó a Gregorio Sotero que se fuera a la cama. Sotero se calentó y dijo que a él fuera del servicio no le mandaba ni su padre. El mozo de mulas, Restituto Azcón, muy fiel a don Dimas y, bien acostumbrado a tratar con toda clase de ganado, a una seña del patrón agarró al Sotero por el fondillo del pantalón y el cuello de la chaqueta y lo sacó del comedor. A poco calmose el ruido de las protestas, amenazas y palabradas del avisador y regresó Restituto a la reunión.

—Lo dejé a buen recaudo en el cuartillo del desván y eché la tranca. Le he sacudido dos meneos para que se privara. Gregorio tuvo siempre mal vino.

Seguimos bebiendo en paz y santa compañía, metidos en conversaciones que nada tenían que ver con los versos, cantos y confesiones de don Julio hasta que al de la guitarra le dio tristeza y nos contó que si no fuera por el amor propio, que lo tenía más zurrado que abarca de pastor, todavía fuera capaz de arrimarse a la Purita con ánimo casamentero.

Don Dimas por seguirle la corriente sentenció:

—Dice usted bien, pues ya el glorioso san Francisco de Asís dejó escrito que «olvidando se encuentra y perdonando se es perdonado».

Don Julio, como el que chaza⁵⁵ en el juego de frontón, cortó a don Dimas muy sulfurado:

—¡Magras con tomate! Barrer con lo pasado no es como amontonar borrufalla.⁵⁶ Una cosa es lo que pienso y deseo y otra lo que debo hacer.

Don Dimas batiéndose en retirada preguntó:

—¿Y por qué no contrae con mujer de buenas prendas?

Don Julio, la mirada turbia por el Cariñena, desfogó su pasión en un grito.

—*¡Sancta Simplicitas!* ¡Usted lo arregla todo con mucha facilidad! ¿Cree usted que no hay más que soplar y hacer porrones?

El posadero, que para nada había terciado en el diálogo, al tiempo que con una bayeta húmeda empapaba el vino caído sobre el hule, comentó irónico:

—Yo, señores, no sé mucho de letras, aunque sí las suficientes para seguir soltero, y envidia les tengo a esos salvajes, turcos y moros que tienen muchas mujeres, que es como no tener ninguna... ¡Vamos!..., digo yo.

—Le sobra razón —apostilló don Julio—. Ahora bien, yo cambiaría el orden de su pesar y preguntaría: ¿Cómo explicar que la mujer que puede hacer felices a muchos hombres se obstine en hacer desgraciado a uno solo?

A don Dimas le perdió su buen juicio porque tan pronto como escuchó la proposición de don Julio respondió con sorna:

—Oiga, amigo, si piensa así, ¿por qué le enfada lo del manchego? Se me hace a mí que doña Purita no hizo otra

55 *Chazar*: detener la pelota antes de que llegue a la raya.

56 *Aragonesismo*. Hojarasca, fruslería, conjunto de cosas sin valor.

cosa que adelantarse con las obras a lo que usted acaba de predicar con palabras.

El silencio del comedor se llenó con el zumbido de la última hornada de moscas pegadas a las tiras que para atraparlas colgaban del techo. Restituto Azcón se levantó y, sin perder de vista a don Julio, arrimose a don Dimas. Yo, por si acaso, corrí la silla acercándola a la de mi patrón. Don Julio apoyó los brazos sobre la mesa y apretó los puños con tanta fuerza que los nudillos blanqueaban. El posadero se pasó la bayeta de mano un sinfín de veces y se metió a redentor.

—Nadie ha querido ofender a nadie. No se dejen arrebatar por la mala querencia y hagan treguas de cristianos.

—¡Métase la lengua donde le quepa! —gritó don Julio.

El posadero, que tenía ideas de montañés, es decir, tan fijas como duro es el granito de Guara, insistió:

—Dense la mano, beban en paz un último vaso y a dormir tocan.

—¡Le digo que no se meta en camisa de once varas! —exaltose don Julio.

Uniendo la acción a la palabra, quiso levantarse y cayó sobre la silla como un muñeco de tabladillo al que se le aflojan los hilos.

Don Dimas salió de la habitación y volvió a poco con un frasco.

—¿Lo aliviamos del vino? —encarose con el posadero.

—Allá usted. Ya vio cómo es de picajón.⁵⁷

Don Dimas aplicó la boca del frasco bajo la nariz de don Julio, quien poco a poco fue reviviendo hasta ganar fuerzas para abandonar el comedor en unión de Restituto Azcón, muy satisfecho de su papel de Cireneo. Transcurrió como su buen cuarto de hora, que casi íntegramente consumió el posadero alcahueteando a más y mejor contra los señoritos sin consideración para el prójimo pobre. Regresó Restituto

57 Picajoso, que se da fácilmente por ofendido.

con don Julio, que chorreaba agua de la cabeza a los pies pero tan mejorado que parecía otro. Don Julio tendió la diestra a don Dimas y gruñó:

—Muchas gracias. Su medicina me ha probado de perlas, como ahora verá.

Y sin mediar más explicaciones le sacudió al posadero una trompada tan resonante y aparatosa que al pronto los testigos temimos que al recipiendario se le hubieran juntado las orejas. El posadero cayó al suelo gimiendo incoherencias y babeando espumilla de sangre. La tropilla de la cocina, que, a través del ventanuco que servía para el trajín del servicio, estaba atenta a lo que en el comedor ocurría, hizo acto de presencia entre un mar de gritos, aspavientos e insultos. A don Julio lo pusieron de patas en la calle. Don Dimas hubo de ejercer su industria, confeccionar una pilma⁵⁸ a base de hierbas para la hinchazón y acabar de extraer una muela medio tumbada de resultas del golpe. Cuando calmado el jaleo pudimos retirarnos a nuestra habitación y don Dimas recitó sus oraciones y el versillo del de Urrea nombrándose gusano, comentó:

—Que te sirva de lección, hijo. He vivido los años suficientes para saber que todos los días se rompen cuerdas y siempre por el lugar donde están peor trenzadas. En buena ley la guantada que se llevó el posadero la tenía honestamente ganada yo, pero mi sogá está tejida con pelo de cabra y es demasiado gorda, mientras que la del infeliz que cobró era un vulgar lizo de los que se emplean para tejer las mantas baratas.

De la calle subió el gordo batir de cascos de caballería contra la tierra blanda y la elemental voz de mando del gañán que guiaba a la bestia. En la habitación frontera, alguien que soñaba en alta voz palabras sin ilación mudó su ansiedad por el aparatoso roncar.

58 Aragonésismo. Apósito, emplasto.

La ruta de Velilla de Cinca a Fraga es deleitosa para la vista, con tal de que el viajero se fije sobre todo en la orilla izquierda del Cinca, donde las huertas se multiplican hasta perderse en la lejanía y forman un tapiz que entreteje todos los tonos de verde que cabe imaginar.

Fraga queda entre dos venas de agua: la ya mentada del río Cinca y otra algo más lejana, el canal de Aragón y Cataluña, que arrancando aguas abajo del pantano de Barasona, en el pueblo de Olvena, cerca de donde se junta el Ésera con el Cinca, corre por tierras de La Litera y entra en las de Lérida para buscar las planas de Fraga y confundir sus aguas con el Segre.

Fraga es la *Gallica Flavia* de los escritos del geógrafo Tolomeo. Sin embargo, las tierras de Fraga han conocido las venturas y desventuras del género humano muchos siglos antes de que Tolomeo pensara en localizar nombres y pueblos idos. Como ocurre con todos los lugares de riqueza, sobre los terrones de Fraga anduvieron siempre a la gresca los que tenían y los que aspiraban a tener fiando al esfuerzo denodado la ganancia que una vez obtenida les hará blancos propicios para los nuevos duros de turno. La morisma logró aferrarse a Fraga a pesar de que casi toda la tierra de Huesca era ya cristiana. En 1133 Alfonso I el Batallador intentó conquistar la ciudad con la ayuda de improvisados marinos que hicieron el aprendizaje de las lides navales, deslizándose por el Ebro en barcazas hasta ocupar Mequinenza y algún otro castillo más de los que defendían el Segre y el Cinca. De esta forma Fraga quedó aislada por el sur a la par que con un ejército de tierra, compuesto por montañeses y galos, Alfonso I se acercaba aguas abajo del Cinca hasta cercar la población. Ya frente a los muros y con la codicia de evitar que entrasen en liza los refuerzos musulmanes enviados desde Lérida y Valencia, el propio rey picó en un cebo contra cuya maldad advierten las más elementales artes de la guerra, y colocose en el amargo trance de tener a los sitia-

dos a la espalda, el río caudaloso y de difícil paso a la izquierda y los refuerzos dándole la cara, de forma que cuando trabose la batalla salieron los de Fraga, y cogidas las mesnadas del Batallador en un callejón sin salida, no tuvieron otra opción que rendir el último suspiro o salvar la piel atravesando un río nada fácil de pasar.

A Alfonso I se le quitaron las ganas de entrar en Fraga, hazaña que se apuntó en el haber dieciséis años más tarde el conde Ramón Berenguer IV.

Fraga está dominada por una altura que hoy se llama la Concepció, donde se deshacen al sol de los siglos las pocas ruinas que quedan del castillo llamado de Alminarilla. Fraga invita al vagabundeo a quienes gusten de una ciudad que en su parte vieja casi sigue como la dejaron los árabes, judíos, galos y cristianos del terruño. Calles retorcidas y estrechas, de trazado enigmático, que suben y bajan, se acercan a la terraza que a muy buena altura se asoma al río, buscan de nuevo el casco de la población y sorprenden por su enmarañado de dónde vienen y a dónde van. En este laberinto, para ensoñación de los tiempos idos se alzan la Casa de Junqueras, de piedra y ladrillo, y todo bien presidido por una puerta del Renacimiento; el palacio del Gobernador, de dos plantas y galería, bien labrado de piedra sillar, y las casas de Monfort, de Foradada y de los Escolapios.

La iglesia parroquial, terminada cuando moría el siglo XII, es de estilo románico. Los capiteles de la portada reproducen pasajes alusivos al glorioso arcángel san Miguel. La torre tiene tres cuerpos, dos de tamaño parejo correspondientes al románico y al gótico y un tercero más reducido que en vez de ser cuadrado tiene ocho lados.

En el frontal del altar mayor hay un curiosísimo relieve del siglo XVI donde el artista dio suelta al galimatías de su imaginación, haciendo figurar dos momias, un templo y un árbol. Hasta la fecha nadie sabe lo que quiere decir y cabe suponer que no lo supiera ni el mismo que lo inventó.

Fraga, y esa es la tristeza y la alegría de la sociedad de consumo en que vivimos, es famosa por sus higos. Las higueras de la huerta dan un espléndido fruto que se seca sobre cañizos y se exporta a todo el mundo en cajas a las que se les hace bien la cara, o sea, la capa superior que a la vista queda para animar al contemplador. Esto no quiere decir que el cuerpo sea malo, pero sí que no le llega a la talla de la cara. Fraga, en la marca con Cataluña, es uno de los pueblos más catalanizados de la provincia, y habla un dialecto que entienden quienes mamaron las palabras con la leche materna.

De Fraga a Zaidín hay como dos leguas y media de alegre camino bien enmarcado en reconfortador paisaje. Por el estrecho del Cinca baja siempre una cinta de frescor, a cuyo aliento se junta el respirar de la huerta con fuelle muy distinto del que se desprende del secano. La vista del viajero se apacienta en verdes, reposa en el nutricio ejército de frutales e higueras, y se esponja ante la noble guerrilla del olivo y la vid que sustenta la tierra menos paridora y fresca. Entre Fraga y Zaidín no hay más que tres alturas, siempre a la derecha del caminante, que recitadas por orden son Zafrañales, Monreal y Abejares. Ninguna de ellas mejora la talla de los 300 metros y parecen no tener otro objeto que quebrar la tersa línea de las vegas del bajo Cinca. El camino corta los barrancos de Valpodrido, Monreal, Val de Torro y el cumplido arroyo de la Clamor, en el cual vierte si queda algún sobrante el canal de Zaidín, que en tierras de La Litera se alimenta del canal de Aragón y Cataluña. El término está bien entrecruzado de canales, canalillos, arroyos y acequias donde el agua canta la húmeda nana que arrulla a la fertilidad.

A Zaidín el nombre le viene de los moros, que lo llamaron Zaida. Es pueblo de grandes abundancias, donde quien obediente a la maldición bíblica quiere zurrarle la badana a la tierra se gana la vida sin los temores y desasosiegos del que tiene pan para hoy y no sabe cómo llenar la andorga el

día de mañana por causa de las inclemencias del tiempo y de la naturaleza. En Zaidín hay una ruta que se separa del abundoso Cinca, en busca de las tierras de La Litera y de su villa principal, Tamarite de Litera, por Altorricón. También es vía fácil de seguir y agradable a los sentidos.

Como la jornada fue larga, una vez que el camino que seguíamos cortó primero al que baja de Binéfar a Lérida por Almacellas, y poco después al ferrocarril de Zaragoza a Barcelona, hicimos alto en pleno monte, imitando a otros viajeros que habían tenido la misma ocurrencia.

Don Dimas se bajó del carro y muy ceremoniosamente se encaró con un hombre de mediana edad al que acompañaban una mujer madura y dos mozas de muy buen ver. A poca distancia descansaba un carromato como los que usan para vivienda los gitanos y comediantes. Junto a él una tartana de aspecto estrafalario, cargada con un artefacto que yendo para caldera se quedaba en alambique o viceversa. Don Dimas hizo las presentaciones y supe que el dueño y señor de aquella junta se llamaba Cirilo Cucalón, de profesión destilador de plantas silvestres y refinador de aceites esenciales.

—Cuando se tercia —rió don Dimas—, don Cirilo, aquí presente, no le hace ascos a la industria del cazalla y, con esos cachivaches que allí ves, es capaz de fabricar un mata-gusanos⁵⁹ que no lo mejoran los frailes.

—¡Don Dimas, que las carga el diablo; que nos pueden oír y me va a buscar un disgusto con el fisco!

Tomamos asiento cerca de un fuego al que se arrimaban dos olorosos pucheros y don Cirilo ordenó de muy malos modos a una de las mozas:

⁵⁹ Popularmente, aguardiente. Recuérdese la locución *matar el gusanillo*.

—Genoveva, saca la damajuana de vidrio verde. La que está debajo de las tablas de mi litera.

Trasteó la Genoveva dentro del carromato y volvió con lo pedido. Escanció don Cirilo en tres jarrillos de cobre harto abollados y se esponjó orgulloso:

—Sórbanlo a buches de pájaro y recubran a la vez la boca del cacharro con las palmas de la mano para que les entre la fragancia hasta el hondón de la nariz.

Hicimos como lo pedía y a fuer de bebedor he de declarar que pocas veces he probado un licor tan fuerte y suave a la vez.

Don Dimas alabó la mercancía y don Cirilo explicó:

—Es fruto de seis destilaciones y las holandas que entran en su composición me las juego contra las más finas del reino. Hace treinta años que vengo ajustando la fórmula hasta conseguir el punto de que goza hoy. Lo llamo «leche de pantera», porque a la segunda copa presta al hombre más medroso y envarado la bravura y ligereza de músculos de ese animal salvaje. Fluidifica la hiel, suaviza las heces, purifica la sangre, aligera el orín y al cambiar el estado del cuerpo alegra el alma. Si tuviera dineros para salir de esta perra vida de las esencias y establecerme en un lugar fijo, lo fabricaría a lo grande y me haría millonario en un abrir y cerrar de ojos.

Terminada la loa a la «leche de pantera», don Cirilo nos invitó a que juntásemos las viandas y cenáramos en común, cosa que hicimos muy gustosos, pues nosotros, faltos de mujeres que se entendieran con la lumbre, todo lo traíamos frío. Mientras hubo algo que mascar no se dijeron otras frases que las que atañen a la cortesía y servicio de los comensales. Don Cirilo, a guisa de postre, nos obsequió con un nuevo jarrillo de «leche de pantera», suplicó a don Dimas que despidiese al avisador Gregorio Sotero y al mozo de mulas Restituto Azcón y, encarándose con la mujer y las mozas, les ordenó de mal talante:

—Vosotras a la cama, que ningún quehacer tenéis aquí.

Cuando quedamos el trío, don Cirilo carraspeó indeciso y con cierto recelo comenzó así:

—Óigame, don Dimas. Quisiera preguntarle algo que quizás sepa por su ciencia, pero como se trata de asunto delicado me ha de prometer que no se enfadará conmigo.

Don Dimas de buen gusto respondió:

—Siga adelante el preguntador, que si la «leche de pantera» responde a los predicamentos que le atribuye el fabricante no tendré fuerzas para enojarme.

Don Cirilo miró al rescoldo, dejó consumirse una buena pausa y entró en materia:

—¿Es verdad que una doncella averiada tiene remedio?

Don Dimas, un tanto mosca, contraatacó:

—¿Lo dice usted con ánimo de hurgar en mi saber o porque le anda buscando tres pies al gato y no se le alcanza la forma de proponerme una marranada?

Don Cirilo intentó justificarse, pero don Dimas se lo impidió y alzando mucho el gallo continuó:

—Porque, si es lo primero, capaz soy de hablarle de *Restitutio Virginitatis* toda una noche, pero si se trata de practicar ni por todas las «leches de pantera» me rebajaría a un oficio que para mí tengo de alcahuetas. ¡Así que a clarearse, amigo don Cirilo!

—Avasalla usted de una manera que no hay cristiano que se entienda. Ni quise ofenderle preguntando ni es mi intención ponerle en las manos nada que remediar. Busco luces. ¿Lo sabe o no lo sabe?

—¡Lo sé y no me da la gana de decirlo! —esbaró⁶⁰ don Dimas en la cuesta abajo de la indignación.

Don Cirilo suspiró:

—No tendré más tu tía que cantar la gallina.⁶¹

60 Desbarró, habló sin tino (aragonesismo).

61 Decir la verdad.

Para animarse le dio un largo tiento a la garrafilla de «leche de pantera» y, cuando don Dimas acercó el cacharrillo de cobre en muda demanda de otro trago, el destilador pasó la manga sobre la boca de la damajuana y gruñó:

—Beba a chorro limpio, como yo, que esta noche echamos la casa por la ventana.

Así lo hicimos y, cuando don Cirilo juzgó que el licor había acentuado la buena disposición que da el beber a quienes saben hacerlo, se arrancó así:

—¿Se acuerda de aquel refrán que dice «Vengan hijas aunque sean zorras»? Pues... hijas tengo. A la Genoveva, que es la mayor, se le calentaron los cascos con un mozo de Lupiñén que estuvo a mi servicio y cuando los sorprendí era muy tarde. Y menos mal que no hubo consecuencias.

—¿Por qué no los casó?

—Ya lo intenté a las bravas, pero el de Lupiñén, que conoce la raya de Francia, levantó el campo un día y no se ha vuelto a saber de él ni pluma ni hueso.

Escupió y afirmó solemne:

—¡Anda, que el día que me lo encuentre los carniceros van a tener otro San Bartolomé!⁶²

Don Dimas movió pesaroso la cabeza y explicó:

—En este pajolero mundo hay muchos hombres que parecen catedrales y ni siquiera son ermitas.

—Ya conoce usted la razón de la pregunta que le hacía. Quiero saber si la Genoveva tiene arreglo. No le pido que la arregle usted. Enténdame.

Durante unos minutos el hueco que dejó la conversación lo llenaron los ruidos del campo. Por fin don Dimas se arrancó a hablar:

62 Alusión al martirio de san Bartolomé, que fue despellejado y cuya festividad se celebra el 24 de agosto, fecha de la llamada *Noche de San Bartolomé* que tuvo lugar en 1572 y en la que el rey francés Carlos IX, respaldado por el rey de España y el papado, ordenó al duque de Guisa una gran matanza de calvinistas.

—¿Y para qué tanto interés en ese arreglo?

—Esa es ya otra canción. El arte de destilar hierbas pasa de padres a hijos. Podría decirle cuántas son las familias que se dedican a ello. La Genoveva está en edad de contraer y justamente ha de hacerlo con alguien del oficio. Al comenzar la temporada le envié recado a la corredora que hace las bodas y para el día de San Cosme,⁶³ en muriendo septiembre, cuando nos juntemos todos en la feria de las esencias, prometió tener apalabrado a un mozo para que las familias capitulemos si en el tira y daca de la dote llegamos a buen puerto.

—Don Cirilo, que usted se ahoga en un vaso de agua. Súbale la dote a la señalada y ya verá como no le ponen reparos.

A don Cirilo se le engoló la voz al responder:

—Ni paso por la vergüenza de decir que subo un pico de onzas porque la Genoveva está catada, la muy marrana, ni ha nacido quien me saque los colores al rostro diciéndome que le di gato por liebre.

En llegando a este punto me atreví a terciar y comenté:

—Tan engaño es callar el accidente de la chica como arreglarla y hacerla pasar por riguroso estreno.

Don Dimas, dándose una gran palmada en el muslo derecho, asintió:

—Mejor no hubiera hablado un libro. Si de trampas se trata tan mala es la una como la otra, don Cirilo; sobre esto del remiendo hay un tanto de fantasía y otro tanto de engañosabobos. Siendo yo de edad de veinte años oí hablar de un gitano de Bospén, por nombre Juan de Dios Recocho, alias *Virguerías*, cuyo oficio ordinario era coser atalajes para caballerías y que en horas extraordinarias apañaba doncellas con el sirgo y la aguja. Parece ser que aquel sastre de bestias

63 La fiesta de los santos Cosme y Damián, muy venerados en la zona en que se desarrolla la acción, se celebra el 26 de septiembre.

tenía mucha habilidad para dar puntos. El Virguerías acabó mal. Un día se fue de la lengua estando borracho y dio nombres. Ya sabe usted cómo son en los lugares. La voz corrió como la pólvora y llegó a oídos de quienes no debieran haberlo sabido. Total, que el Virguerías amaneció muerto en un pajar cosido a navajazos y alguno de los que intervinieron en la hazaña hasta se dio el gusto de comentar que aquellas rajaz no había remendón que las apañara.

«Como curiosidad, quien me enseñó el arte de curar me habló de varias pócimas cerradoras, como la yerba de Belcebú, el cocimiento de tanino de zumaque,⁶⁴ el bálsamo de mirra, la loción de cebolla albarranilla⁶⁵ y el elixir de pétalos de rosa en vinagre nuevo. Si he de decirle verdad no creo que nada de esto sirva. Yo, en su lugar, me dejaría de historias y le buscaría marido a la Genoveva en tierras de Francia. Allí, no se repara en avería de más o menos. La hembra vale por lo que se ve y por la dote que trae. La Genoveva tiene muy buena planta y a usted no le ahorcan por un cahíz⁶⁶ de duros. Siga mi consejo y vea en Francia, cerca de Carcasona, a una casamentera que aunque se hace llamar *madame* Beaufort nada tiene de *madame* ni Cristo que lo fundó, pues su verdadero nombre es Domitila Casaus, hija de un pelaire de Quicena, en la hoya de Huesca.

Don Cirilo quedó pensativo un buen rato. Bebió de la garrafa, se atragantó con la emoción y tras escupir y toser la «leche de pantera» habló entusiasmado:

—¿No le importaría darme las señas exactas de esa *madame*?

Don Dimas fue a por el cabreo y en un cacho de papel de barba garrapateó lo pedido.

64 Arbusto cuyo jugo es muy rico en tanino.

65 Planta liliácea de uso medicinal cuyo bulbo es semejante al de la cebolla común.

66 Medida de capacidad de gran tamaño.

—Cuando la vea le dice que va de mi parte. Aunque cobra razonablemente, como me está muy obligada le mejorará el trato.

Don Cirilo guardose las señas y con la euforia de la preocupación acabada hizo viajar tanto la garrafa del suelo a la boca que acabó con una borrachera fenomenal. Cuando lo llevábamos a dormir afirmó muy serio:

—¿Yerba de Belcebú? Un pastor vio al demonio que escapaba por el pezón de una cabra.

—Extraño lugar para salir —comentó don Dimas.

Aquella noche entre pitos y flautas nos sorprendió la aurora con un par de horas de sueño.

IV. DE ALTORRICÓN A SELGUA

EL CAMINO HASTA ALTORRICÓN es de los que no andan fácil y esponjan el ánimo del viajero con el verde de una huerta que parece no tener fin. En toda esta zona la tierra, bien alimentada de agua por los canales y acequias, que se la quitan al río Cinca, es madre amantísima en vez de madrastra destemplada.

De Altorricón a Tamarite, capital de los llanos de La Litera, habrá legua y media. De este trecho, algo así como una legua es la continuación de esa campiña tan buena paridora de frutos de que antes hicimos mención. Luego la cosa cambia y en cruzando el canal de Aragón y Cataluña, que por el suroeste envuelve a Tamarite, el paisaje se enmarca con abundancia de almendros, árbol que por lo sufrido dice muy bien la clase de tierra que le sustenta; árbol que no es agradable de ver salvo en primavera, cuando florece, y que tampoco se presta demasiado al sesteo porque no hace buena sombra.

Tamarite de Litera es villa de mucha y cargadísima historia. En sus armas, entre dos escudillos coronados con los dos bastones de Aragón, campea un taray o tamarisco, arbusto que en esta tierra llaman *tamariz*.

Tamarite, sin ir más lejos, tiene eco en la historia del Cid, quien anduvo por estos lugares al frente de sus huestes ganándose el pan a punta de lanza, aunque en esta ocasión dicho pan se lo arrebatará a los suyos, a los cristianos caballeros del rey Sancho Ramírez de Aragón. En este juego de sorpresas, consistente en quítate tú para que me ponga yo y ahora vuel-

vo yo porque me quitaste tú, que ayuda mucho a comprender lo dilatada que se hizo la Reconquista, Tamarite cambió un par de veces de mano, hasta que a comienzos del siglo XII Alfonso I la tomó, repartió las casas y las tierras entre las gentes que le ayudaron y la posesión de los moros pasó a ser recuerdo. Andando el tiempo los de Tamarite se distinguieron siempre por su gran fidelidad a la corona y en todos los pleitos del rey con los ricohombres de Aragón estuvieron de parte de la realeza, con lo que fueron ganando privilegios y bendiciones. El Ceremonioso Pedro IV, que si por algo llamó la atención fue por entrar a saco en toda clase de franquicias, no solo confirmó las de Tamarite sino que declaró infanzones a todos sus vecinos y dispuso que la villa fuera ciudad. Una treintena de años después de conceder tantos honores, el mismo rey que andaba a la greña con los castellanos recrecidos por la caballería del Príncipe Negro, Eduardo de Gales, tan pronto como los de Calatayud le hicieron saber que en Ariza asomaban las mesnadas contrarias, se las ingenió para trabar amistad con el mercenario galés y para pactar treguas, de cuyas resultas salió el trueque del señorío de Albarracín y su campo fortificado, que cedió doña María de Portugal, por la ciudad de Tamarite y la villa vecina de San Esteban de Litera.

Para completar la relación de hechos célebres o curiosos, conviene señalar que en Tamarite nació Juan de Trastámara, el cual, casado con doña Leonor, infanta de Aragón, reinó más tarde en Castilla; que en 1414 se convirtieron todos los judíos de Tamarite, no sabemos si por las buenas o por las bravas, aunque lo sospechamos, y que la ciudad es cuna de san Vicente de Paúl.

En los tiempos de la Católica Majestad de Felipe IV, Tamarite pagó las consecuencias de la rebelión de los catalanes y fue saqueada e incendiada un par de veces, sin duda alguna para perfeccionar con la segunda vuelta las destrucciones de que fuera objeto en la primera. En tamaño aquelarre desaparecieron las diecisiete casas infanzonas con que

contaba Tamarite, las más de ellas alineadas en una calle, la de los Caballeros, cuyo solo nombre ya dice mucho.

De antiguo, los historiadores, viajeros y hombres de letras han encontrado en Tamarite de Litera un notable parecido con Jerusalén, tanto por la disposición del poblado como por los nombres y vegetación que cierran el paisaje.

Lo más principal que para el curioso encierra Tamarite es la iglesia parroquial, donde se entremezclan diversos estilos: el románico, el gótico, el renacimiento y el barroco. Así, de las dos entradas, la principal es románica y la segunda barroca. El cimborrio pertenece al gótico y sigue la traza de ocho nervios que reposan sobre unas ménsulas y se reúnen en un rosetón central.

La planta de la iglesia se distribuye en tres naves. De todo lo que esta fábrica llegó a encerrar vale más no hablar para evitar remordimientos de conciencia a los hombres. El viajero, con ver estructuras y algún que otro capitel labrado, es decir, elementos que siempre resultan de difícil ruina, se puede dar por satisfecho.

Tamarite tiene otra iglesia, la de San Miguel, concebida por un alarife del siglo XI o XII pero tan ampliada, hecha y rehecha por las chapuzas de siglos posteriores que no la conocería quien la ideó. En San Miguel pueden verse tres tallas góticas en madera y algún que otro retazo de orlas sepulcrales.

De Tamarite a Binéfar hay dos leguas y media. La carretera cruza primero el canal de Aragón y Cataluña y después el canal secundario de la Mola, el barranco Rígal, el canal secundario de Torradilla y el arroyo de Faleyas. Hasta no topar con el canal de Aragón y Cataluña, el paisaje tiene ese aire de Tierra Santa que indujo a un hermano del rey de Portugal, religioso profeso de la Orden Tercera, el padre Andrés, a fundar en Tamarite un convento de descalzos nada más ni nada menos que por dicha similitud. Luego la bendición del agua, y más y mejor a medida que el viajero se acerca a Binéfar, hace de la llanada la orgía vegetal de la buena huerta.

Como a media legua de Binéfar, en una vaguada de la rama oeste del arroyo de Faleyas, el avisador Gregorio Sotero había reunido a la clientela de don Dimas, que en esta ocasión se reducía a dos personas. La primera era una mujer joven, de presencia humilde, a la que en trance de criar se le había retirado la leche de resultas de un susto. Mi maestro recetó un cocimiento de hierbas y, por sí o por si no, le aclaró:

—Si con esto, mucha tranquilidad y manjares fuertes la leche no vuelve, es que el mal no tiene remedio. ¿Cómo haces ahora para criar al hijo?

—Me lo cría de favor una vecina, pero le da de mamar solo cuando el suyo está bien harto.

—Razones le sobran para ello. Si en una semana de tratamiento no te ha vuelto la leche, como criar de prestado no es buen desempeño, ni tienes posibles para mercar los servicios de un ama, encomiéndate a santa Águeda, promételes un ovillo de candela a los santos Inocentes y dale al recién nacido leche de la que venden en las boticas.

Don Dimas no quiso cobrar esta visita y antes de que se acercara el siguiente me explicó:

—Esto de las hierbas como en el caso del burro flautista a veces resulta, y en lo tocante a la gratuidad allí veo a uno que pagará por los dos.

Hizo una seña al avisador y Gregorio Sotero se acercó con un hombre de edad madura, cuya cabeza iba cubierta por una boina negra. Don Dimas le saludó muy ceremonioso.

—¿Y ese hombro, don Cosme?

Don Cosme, que hablaba con el ceceo de esos a quienes llaman *zopaz*, respondió:

—Mano de santo, don Dimas. Las friegas que usted me recetó, mano de santo. Lo que se dice mano de santo.

—¿Y qué le trae por aquí?

Quitose la boina don Cosme e inclinando la cabeza explicó:

—Poca cosa. Se me está cayendo el pelo.

Don Dimas me guiñó el ojo y habló de esta guisa:

—La verdad, don Cosme, hace más de treinta años que nos conocemos y no soy un charlatán de los que venden crecepele. Cuando el pelo se cae sólo Dios nuestro Señor hace que vuelva a salir. Eso sí, podemos detener su caída. Abra usted la boca.

Don Cosme gruñó:

—Otra vez venimos a lo de siempre. Cuando me dolía el hombro me ordenó abrir la boca; cuando me visitó porque estaba baldado de reuma también tuve que abrir la boca...

—Y todas las veces le aconsejé —cortó don Dimas— que se sacara dientes y muelas, que en la sanidad de los dientes y las muelas está el secreto de la mayor parte de los males que padecemos.

El cuerpo es un reducto cerrado y solo por sus orificios naturales, que son los cinco nobles y los dos innobles, nos entran los enemigos que destruyen la salud. A usted no es menester que le entren. Los tiene ya dentro. Le voy a apuntar una fórmula de maceración de corteza de quina⁶⁷ y abrotano macho⁶⁸ en espíritu de vino, para que se friccionen la cabeza dos veces al día. Después de una tanda de quince sesiones dobles se lava usted la cabeza con jabón de olor, se la aclara bien con agua, se la unta con aceite de oliva nuevo, descansa unos días y vuelta a empezar. Pero, entendámonos bien, con esto lo más que le puede ocurrir es que deje de caérsele el pelo o que lo pierda más de tarde en tarde. Si quiere que se le curen todas las taras que le van saliendo

67 Corteza del quino, árbol americano muy empleado en medicina.

68 Planta herbácea cuya infusión se emplea desde antiguo para fortalecer el cabello.

recuerde mi receta original: sáquese muelas y dientes y cómprese una dentadura postiza.

En un papel apuntó don Dimas la proporción de abrótano, alcohol y quina de la fórmula; se lo tendió a don Cosme y aclaró:

—Son doscientas pesetas.

—¡Don Dimas!

—¡Don Cosme!

—¿No le parece que en los honorarios se le ha ido un poco la puntería?

Don Dimas volviéndose a mí aclaró:

—Hijo, he aquí una enseñanza en carne mortal. Los que tienen más dinero aprietan mejor que nadie los cordones de la bolsa. O me da los cuarenta duros o se larga con viento fresco y me haré cuenta de que he visitado a un pobre de solemnidad.

Don Cosme tiró de cartera y ceceando una sarta de explicaciones, rogatorias y disculpas entregó lo pedido.

Como despedida, don Dimas aclaró:

—Las enfermedades de lujo tienen tarifa de lujo. En todos los años que vengo ejerciendo mi profesión es usted el primero que me pide un crecepelo y el pelo, amigo mío, es un lujo. El pelo no es una llaga o una coliquera. Se va y se viene sin dolor y quien se preocupa del pelo pocas ocupaciones y cosas en que cavilar tiene, de forma que conforme pienso que es la dolencia así son los honorarios.

Recogimos los bártulos y ya de anochecido hicimos el poco camino que nos quedaba hasta San Esteban de Litera, donde una viuda que ganaba su vida admitiendo huéspedes nos dio acomodo.

De San Esteban de Litera a Peralta de la Sal, hay tres leguas escasas. El camino discurre como buenamente puede a través de las recortaduras del terreno y deja a la izquierda

las alturas de Valfontanas, casi al tiempo de cruzar el barranco de la Veri. Algo más adelante, pasados los cerros de la Mora, que andan lindando con los 800 metros de talla, la ruta atraviesa oblicuamente el barranco de La Paúl y luego, ante las barbas de Peralta de la Sal, el de Ballorga, que más arriba del lugar de Calasanz se nutre con lo que quiere traerle el barranco de San Juan y el de Masés.

Peralta de la Sal es famosa porque en ella nació, en 1556, san José de Calasanz, hijo de don Pedro Calasanz, baile⁶⁹ del lugar, y fiel servidor de la Real Casa de Castro. En este paisaje nada femenino sintió san José la llamada del Señor Dios de los Ejércitos, que andando el tiempo hubo de llevarle a la fundación de las Escuelas Pías adelantándose en mucho a los cánones de los dómines de la época. Más de una vez, cuando bregaba en Roma con su primera escuela, en el rumoroso barrio de Santa Dorotea del Transtíber, José de Calasanz, nacido en una tierra dura e indómita, se acordó con nostalgia de los olivares, viñedos, huertecillas, carrascales y tierras de pan llevar de su niñez.

El nombre de Peralta viene del latín *petra alta*. Quienes alzaron el pueblo lo hicieron a la sombra de una roca, la *petra alta* que lo bautizaría. Lo de la Sal se explica porque en el término nacen tres veneros de agua salina que se evapora en amplias terrazas convirtiéndose en el condimento madre de todo guiso.

Al atravesar Peralta de la Sal, don Dimas se persignó y dijo muy devotamente:

—Dios nos dé, hijo, tan larga vida como a san José de Calasanz, que llegó a alcanzar la edad de noventa y dos años.

—Amén —respondí con devota fe.

De Peralta de la Sal a Azanuy hay como dos leguas de una ruta que faldea los alcores que le salen al paso y luego

69 Antiguamente, en la Corona de Aragón, juez ordinario en ciertos pueblos de señorío (*DRAE*).

corta las dos ramas del barranco de Azanuy, que por el oeste y el este envuelve al pueblo del mismo nombre, cerca del empalme con el camino que desde Olvena baja por Estada, Estadilla y Fonz hasta San Esteban de Litera. De Azanuy a Fonz el andar se hace más llevadero, aunque el paisaje vegetal y mineral sigue siendo de la misma calidad y clase.

Fonz es villa que reposa sobre osarios de ilergetes y romanos, que es tanto como decir que tiene solera. Fonz, como otros lugares de las partes bajas del condado de Ribagorza, tuvo un papel muy importante cuando los montañeses de Aragón, hartos de ganarse la vida en las estrechuras de unos valles que no dan trigo ni aceite ni vino, decidieron hacerse propietarios de las tierras bajas que ocupaban los moros. Cerca de Fonz están las ruinas de la fortaleza de Castelblanco, desde donde partió el conde de Barcelona para ocupar la villa, por aquel entonces bien murada.

Fonz es también lugar de abundantes y corredoras aguas y del sitio por donde manan toma el nombre la villa, que en tiempos romanos se llamó Fons. Cuenta con una parroquia que, aunque reconstruida por pecadoras manos, todavía conserva parte de la galanura de las buenas obras del siglo xvi, sobre todo en el arco de triunfo que emboca la portada y ennoblece la bella fábrica renacentista de la fachada. Para esta parroquia labró el escultor Juan Miguel de Orliens, natural de Huesca, un retablo de madera, de muy buena factura, que, *Deo gratias*, ha llegado hasta nuestros días. No le cupo tanta suerte a otro pintado, dedicado a santa Ana, y del que solo diremos que nació a la contemplación humana en el siglo xv. Pero así son los hechos de los hombres, que barren con todo lo habido y por haber a cuenta de sus guerras y paces, caprichos y mudanzas, reformas y arreglos.

La casa consistorial de Fonz es también edificio de mérito, alzado cuando finaba el siglo xvi. Antaño fue palacio de los obispos de Lérida, pastores y señores de este pedazo del reino, y a fe de buen cristiano que aquellos ilustres prela-

dos sabían por dónde se andaban en lo tocante a acomodo personal.

Del siglo xvi es también el casal de los Gómez de Alba, por no citar más que lo muy señero entre las varias casas solariegas. El casal de los Gómez de Alba impone por la severidad de las líneas, muy en concordancia con un pequeño torreón que adosado a un ángulo del edificio da al conjunto sabor medieval. Sin embargo, no se sabe por qué, quien contempla la torre desde el poyo redondo que sirve de base a una cruz de término en la vecina placilla, más piensa en discreto oreo de dueñas y doncellas aburridas que en construcción de ofensa y defensa.

Fonz ha podido guardar un regusto del viejo condado de Ribagorza desmelenándose por ensancharse en las tierras de la plana por donde el agua pierde el bullicio montañés para discurrir con pereza. Pasar el arco de la Forza es revivir la época de graves varones barbudos, capitanes de las tropillas almogávares que tanto quehacer dieron al grito de Aragón y «Desperta, ferro».

Hijo de Fonz fue don Francisco Codera y Zaidín, clave de la escuela de arabistas españoles que en nuestros días ha llegado tan lejos. Codera, nacido en 1836, enseñó a Ribera, este a Asín y Asín a García Gómez.* Los cuatro nombres resumen un siglo de estudios árabes con talla y alcance internacionales, cuya raíz hay que ir a buscar en los afanes e inquietudes de aquel don Francisco, el de los dos apellidos de progenie musulmana.

Las horas del que camina tienen su justa medida. Hay unas que son propicias a seguir andando y hay otras que resultan demasiado cortas para cubrir la siguiente etapa y demasiado largas para convertirlas en espera. En Fonz nos cogió una de las últimas y, después de vagar pueblo arriba y pueblo abajo, don Dimas y yo dimos con nuestros huesos

en la fuente de la villa, que como todos los lugares públicos está muy concurrida y es barata de gozar. Durante un buen rato, sentados sobre la piedra, contemplamos el trajín de las mozas del cántaro, las más de las veces viéndolas sin verlas, presos entrambos de los impalpables diablillos de un ensimismamiento que rompió la llegada de una singular pareja a la que don Dimas acogió con el alborozo del triste que vislumbra alivio.

—Buenas tardes le dé Dios. Acérquense, Jaceto y su guía, que hay sitio de sobra para todos.

Frente a mí tenía a un hombre más largo que un día sin pan, derecho como un huso, la cabeza apuntando al cielo, el brazo izquierdo amparando una guitarra colgada del hombro en bandolera y la mano diestra cogida a una correílla de cuyo extremo tiraba un mozalbete que no pasaría de la docena de años. El zagal, de muy gallarda estampa, murmuró algo al hombre y este habló así:

—Cuánto de bueno por aquí, don Dimas. Hace más de cinco años que no sé de usted. Que santa Lucía bendita le ampare y que el príncipe celestial Tobías le guíe por buenas sendas.

Antes de sentarnos don Dimas hizo las presentaciones:

—Jaceto Buil, ciego de nación,⁷⁰ y el lazarillo Miguelín. Jaceto es persona que tiene para su oficio la misma buena disposición que yo tengo para el mío.

El ciego, los huecos de los ojos perdidos en la lejanía, preguntó a Miguelín:

—¿Quién es la compañía de don Dimas?

Don Dimas sin dejar terciar a Miguelín respondió:

—Al revés de lo que acontece en su caso, este es mi ciego y yo soy su lazarillo en las ciencias y artes que domino.

—¿Cómo es, Miguelín? —preguntó el ciego sin hacer caso a don Dimas.

70 De nacimiento.

Miguelín contemplome descarado y juzgó sin ningún miramiento para mi presencia:

—Parece un señorito, padre, pero no lleva ropas de señorito.

—Y ¿qué más? —insistió el viejo.

—Pues, un señorito que... va de camino.

—Quia —denegó el viejo enérgicamente—, los señoritos no van de camino.

—¿Se acuerda, padre, de cómo le pinté a aquel señor que escribía para los papeles y que nos topamos en Graus?... Pues de la misma hornada pero más joven y fino.

El ciego dirigiéndose a mí excusose:

—Perdone y no le parezca malcrianza lo que pregunto. Yo solo veo por los ojos de Miguelín y por lo que mis dedos pueden tocar. Como no es cosa de que lo palpe...

Don Dimas para romper lo embarazoso del momento preguntó:

—¿Qué tal le ruedan los negocios?

—No me puedo quejar. He tenido que hacer muchas mudanzas para acomodarme al aire de los tiempos, pero como lo que no se va en lágrimas se pierde en suspiros puedo decir que estoy donde estaba y que saco para vivir y para guardar. He de pensar en mi Miguelín y en que un día las piernas dirán que no quieren llevarme.

—¿Le sigue escribiendo los romances don Valeriano?

—Ca, no, señor. A don Valeriano le entraron ínfulas de prebendado y acabamos mal. Todo se lo hubiera perdonado pues el negocio es el negocio, pero entre los años que no pasan en balde, el mucho vino y la flojera de meollo don Valeriano acabó por tener la musa más sobada que ubre de vaca. Ya le dije que los tiempos han cambiado. A la gente de hoy solo le gustan los crímenes, las marranadas y los pecados incestuosos. Últimamente don Valeriano exigió que se imprimiera su nombre en las hojillas que vendo y que, además, le pusiera al pie el *copirrait*, esa palabreja que ponen

los herejes y extranjeros. Todo esto como si dijéramos para acabarla de jeringar.

—No lo entiendo —extrañose don Dimas.

—Ahora lo verá.

El lazarillo Miguel abrió una cartera de badana, sacó un cartapacio de los que se atan con cintas y de él una hojilla naranja que entregó a don Dimas.

—¿Cuál le has dado, hijo? —preguntó el ciego.

—*Amor nefando; pureza intacta* —informó Miguelín.

—Sí, es el último romance que le compré. Veinte duros pagué.

Al pie de aquel romancillo pudimos leer:

Copyright, Valeriano Menac, cabo supérstite⁷¹ de las campañas coloniales. Pedidos al autor.

—Ya pueden ver —gruñó el ciego— adónde nos llevan las costumbres foráneas. El meollo de ese romance que tienen en las manos es ni más ni menos que las asechanzas que un padrastro tiende a su hijastra y cómo esta se salvaguarda con la ayuda de un conocido, contramaestre de la Armada, el cual la saca del país y luego se casa con ella. ¡Y que encima tenga uno que poner buena cara al cantar cochinas de tamaño jaez!

—Fuerte me parece la cosa, amigo Jaceto.

—Pues, para que vea cómo pintan las uvas, este romance se vendió más que el pan. La competencia, sabedora del autor, comenzó a pedirle versos y don Valeriano, metido en la jugada de las barbaridades, encontró cómo dejarse ir cuesta abajo. A mí, que soy de la escuela de los romancillos de santos y algún que otro crimen sonado, cantar guarradas y pecados no me sabe bien, pero como las modas son las modas y de paso hay que ocupar el

71 Superviviente.

vientre tres veces al día me resigné con la nueva musa. Y así hubieran seguido los negocios hasta que me enteré de que don Valeriano vendía a otros del gremio los mismos romances que a mí.

—Eso no está ni medio bien.

—Para terminar con el cuento, perdiéndome varios mercados y ferias, me planté en casa de don Valeriano. Tuvimos nuestras explicaciones y el grandísimo ladrón me dijo que si pretendía ser el único gozador de su musa tenía que pagar los romances a mil duros, que eran sobre poco más o menos los que había sacado vendiendo *Amor nefando* y algunos otros títulos que no me sacó a relucir a todo hijo de vecino que quiso comprarlos para los mismos fines que yo.

—Usted le respondería que verdes las han segado.⁷²

—Como para mi desgracia soy ciego no entiendo de colores pero sí de palabras. Excúseme la relación de la respuesta pero el tal por cual de don Valeriano oyó lo suyo.

El ciego pidió la bota, desenroscó el bocal y bebió a morro. Con un pañizuelo marrón restregó la parte chupada y nos ofreció un trago. A Jaceto las comisuras de los labios se le tiñeron de morado pero no se molestó en asearlas.

—¿Se acuerda usted, don Dimas, de aquellos piadosos romances santeros de antes de la guerra? Aquel empiece de la oración de santa Bárbara, patrona de los que andan con pólvoras y dinamitas y escudo contra el rayo y la centella, que decía así:

Santa Bárbara bendita,
que en el cielo estás escrita
con papel y agua bendita,
pues soy de carne mortal
líbrame de todo mal.

72 Expresión muy usada en Aragón que se utiliza para oponerse o negar rotundamente.

Don Dimas bajó la cabeza meditabundo y respondió:

—¡Vaya que si me acuerdo! Aquellos romancillos iban de boca en boca. Siendo yo mozalbete, siempre que me dolían las muelas, mi abuela, que Dios haya, me recitaba los gozos de santa Apolonia...

—No siga —interrumpió el ciego—. Esos se los recito yo. Cogió la guitarra y tras rascar unos compases se arrancó así:

Pues asegura el favor
quien fija en vuestra piedad
por vuestro dolor templar
de las muelas el dolor.
Vuestro pregón la fama
de sanar muelas y dientes
ha esparcido entre las gentes
y todo el orbe lo aclama,
pues porque cobre mayor
crédito con la verdad
por vuestro dolor templar
de las muelas el dolor.

Terminado el cántico, concedió unos minutos al silencio hasta que prendido en la añoranza preguntó:

—¿Se pueden comparar las guarradas de hoy a esa parte del romance de san Antonio que dice:

Un insecto venenoso,
que sapo suelen llamar,
a san Antonio de Padua
le dieron para cenar,
y el santo bendito
va y le echa la bendición
y aquel insecto maldito
en anguila se trocó?

Calló y a poco ordenó bruscamente:

—Dame la bota, Miguelín, que los recuerdos hay que ahogarlos en Cariñena.

Bebió un buen rato y de nuevo ofreció a los presentes. Cumplido el rito de la ronda comentó:

—Lo que les he cantado es solo una parte de la oración al glorioso san Antonio, abogado de las cosas y causas perdidas, remedio de toda clase de entuertos, pestes, fiebres, males de caballerías, juicios contrarios, escribanos prevaricadores y salvaguardia de muchos y grandes males. La oración completa cobra unos vuelos que más parecen de ángeles con arpa que de ciego con guitarra.

—Sí, de esa me acuerdo bastante bien —admitió don Dimas—. Era una buena oración.

—Hoy está muy de moda el romance del criminal que mató a su mujer, a la suegra y a un hijo de tierna edad. Oigan y juzguen el comienzo:

Que la verdad y la justicia
a la que pintan vendada
le den resuello a mi boca
para recitar la hazaña
de un matasiete de Ricla⁷³
que, armado de una guadaña,
sacó el mondongo a la suegra
e hizo muchas cosas malas
que luego les contaré
si Dios me asiste con labia.

El ciego interrumpió su cantata para trasegar una nueva porción de vino y, animado, sin alterar el tono de falsete ni la murga del acompañamiento, prosiguió así:

Se llamaba el asesino
Perico Ruiz de la Aldama
y no fue a servir al rey

73 Pueblo de la provincia de Zaragoza, en la ribera del Jalón.

porque era corto de talla.
Desde pequeño mostró
tener mucha mala baba,
pues de edad de pocos meses
al ama que lo criaba
le arreó tan gran mordisco
en el pecho que mamaba,
que le seccionó un pedazo
grande como pera de agua.

—Renuncio a seguir porque tengo un alma muy delicada para estas cosas y cada vez que pienso en lo bajo que ha caído la profesión me entristezco tanto que solo se me alivia el pesar cobrando doble.

—No es mal remedio. Tenga usted bien presente que en la ruin tierra antes viene el hambre que la cereza y para tener la última no conviene nadar contracorriente.

Excusaré la relación de todo lo que se habló cabe la fuente de Fonz aquel atardecer, entre tristón y alegre, sobre romances, romancillos, gozos y oraciones. Con tanta plática se nos echó la noche encima, y don Dimas invitó al ciego Jaceto y al lazarillo Miguelín a que compartieran con nosotros un asado de cabrito que nos aguardaba en la posada del pueblo. Nos acostamos pasadas las dos de la mañana sin que sintiéramos el paso del tiempo, pues Jaceto, bien inspirado por el yantar, nos recitó todo su repertorio. Don Dimas le regaló cinco duros, con lo que el ciego completó la jornada y nos despidió impetrando la bendición de una legión de santos y santas de la corte celestial.

De Fonz a Monzón hay como tres leguas de un camino que se hace fácil y agradable andado su primer tercio, una vez que se deja a la espalda el canal de Aragón y Cataluña, cuya orilla oeste rubrica la vega que, ceñida a su vez por la orilla izquierda del Cinca, comprende los lugares de Cofita,

Ariéstolas, a la vera de la ruta, y Almunia de San Juan, lugar ya más alejado siempre a la querencia del canal antes citado.

Monzón, la ciudad que tiene nombre de viento fructificador y periódico, disputa sus reales a los huertos en la orilla izquierda del río Cinca. La parte vieja dispone el case-río en forma de alfanje moruno al pie de un cerro de piedra blanda y arcilla coronado de un castillo, muchas de cuyas partes han sabido aguantar hasta nuestros días.

Monzón es ciudad cargada de historia pero, a la vez, ciudad de esas que, sin echar las siete llaves que recomendaba Joaquín Costa para la sepultura del Cid, ha entrado en los nuevos tiempos y cuenta con complejos industriales muy florecientes. Esta es la suerte de las villas y lugares que se alzan a la vera de un río caudaloso.

En Monzón, ¿y dónde no?, estuvieron muy a gusto los creyentes hasta que el rey Sancho Ramírez en unión de su hijo el infante don Pedro, más tarde Pedro I, los echó en el verano de 1089. No fue esta la primera vez que un campeón cristiano pisó la tierra de aquella ciudad murada. Siete años antes estuvo el Cid en Monzón, si bien por aquello de los tratos que concertara con el reyezuelo moro de Zaragoza.

Desde 1089 hasta 1130 la vida de Monzón a pesar de la abundancia de las aguas no debió de ser muy próspera, por cuanto Alfonso I el Batallador tuvo que poblarla, trabajo este que como el de las veintinueve batallas que ganó en vida no se comprende si se piensa que al morir de heridas de guerra hizo testamento dejando a los templarios, hospitalarios y caballeros del Santo Sepulcro el reino con tantas fatigas y sangre engrandecido. Sin duda alguna los aragoneses debieron de valorar bastante más que el rey la larga lista de refriegas que a su lado libraron, por cuanto reunidos en Borja decretaron que el real testamento era papel mojado y le dieron el trono a don Ramiro, hermano del causahabiente, antiguo monje de San Ponce de Tomeras, quien entró a reinar como segundo de los de su nombre, más la añadidura de *el Monje*.

De lo que Monzón no se libró a cuenta del famoso testamento fue de pasar a poder de los templarios, y tan bien la sujetaron estos que cuando se extinguió la orden a principios del siglo xiv, por el expeditivo procedimiento de la excomunión y la sarracina general, el rey Jaime II tuvo que ir a batir el castillo con máquinas de sitio. Los caballeros del Temple, que sabían bien lo que se jugaban en el envite, guerraron a la desesperada y pocos quedaron para contar el amargo trance cuando el castillo rindióse. En Monzón, gracias a la liberalidad del Batallador, el obispo oscense Esteban, alma gemela de aquel arzobispo gallego que se llamó Gelmírez, alcanzó la cima de su poderío eclesiástico uniendo Zaragoza a las diócesis de Jaca y Huesca, esta última engrandecida con la de Barbastro. Si a los hechos nos remitimos, el obispo Esteban fue hombre de notables agallas y tan capaz a la hora de repartir mandobles como en el más sutil de los negocios políticos o de la administración eclesiástica. El padre Huesca no escatima las flores al ocuparse de tan singular pastor de almas y le llama sagaz, altanero, ambicioso, artificioso, porfiado y valiente, lo que no está mal como ronda de adjetivos. En la toma de Zaragoza el andante obispo bregó como el que más entre los ricohombres y caballeros que acompañaron al Batallador y, puesto en el camino de la avaricia que para las cosas de los demás siempre mostró, le importó un ardite⁷⁴ despojar por la violencia de la diócesis de Barbastro al glorioso san Ramón.

A Monzón se le llama la ciudad de las Cortes. Reuniéronse estas en la iglesia de Santa María, en distintas ocasiones, desde el siglo xiv al xvi, tanto porque aragoneses, catalanes y valencianos tenían conciencia de que se juntaban en territorio neutral, como por la estratégica situación de la ciudad, que anudaba los caminos que se dirigían a las diversas partes del reino. Los cuatro brazos de aquel singular parlamen-

74 Antigua moneda de escaso valor.

to, donde cada hombre valía por un hombre y todos ellos juntos más que el rey, fueron dando cuna a aquel bien pensado y maduro fuero de libertades cuyo final rubricó con sangre la cabeza del justicia de Aragón, don Juan de Lanuza.

Monzón es también la ciudad de la crianza de Jaime I el Conquistador. Allí le salieron alas a un aguilucho tan impaciente por reinar que, sin esperar a su mayor edad, ciñose las armas y, rodeado de un séquito de caballeros corto en número pero largo en fidelidad, tuvo la entereza de ánimo necesaria para conservar un trono que se bamboleaba a fuerza de maquinaciones y ardidés de tirios y troyanos. Este don Jaime fue monarca muy peculiar. En su crónica nos da cuenta y razón de los hechos que motivaron su venida a este mundo pecador. El rey su padre no mostraba ninguna inclinación hacia la reina y desperdiciaba el tiempo corriendo tras las faldas de menor alcurnia, sin duda porque los apetitos no conocen de rangos. La real debilidad ponía pesar en los ánimos de los súbditos y sobre todo en la del ricohombre don Guillermo de Alcalá, quien haciéndose vocero de la preocupación general convenció a su majestad de la necesidad de cumplir como bueno. Si nos atenemos al testimonio de don Jaime, la real pareja se reunió una noche, pero con tal arte, maña o casualidad que fue suficiente —y aquí dejamos que escriba don Jaime— para «que nos fuésemos engendrado». Si así ocurrieron las cosas el señor de Alcalá tuvo muy justas razones para asegurar aquello de «más vale llegar a tiempo que rondar un año».

El cronista Ramón Muntaner ilustra los hechos con colores más vivos. Según Muntaner, el rey vivía encelado a causa de una dama de Montpellier, de esa clase que suele compararse al tan traído y llevado perro del hortelano, que ni deja comer ni come. Los ricohombres del reino, sabiendo de qué pie cojeaba el rey, delegaron en persona dispuesta a desempeñar el nada digno oficio de echacuervos.⁷⁵ El voluntario alcahuete.

75 Mediador en asuntos de sexo. Alcahuete.

te enteró a don Pedro de que la dama en cuestión se mostraba presta a la rendición, siempre y cuando el comercio quedase cubierto por el más tupido de los velos, y a tales efectos exigía entrar de tapadillo en palacio, que el monarca aguardase en la real cámara y que dicho aposento estuviese sumido en negra oscuridad. Don Pedro accedió encalabrinado y como vulgarmente se dice le dieron el cambiazio, pues quien entró en la cámara real no fue la dama de los amores sino la reina. Coincidiendo con el amanecer todos los que habían participado en la intriga se dirigieron en procesión a la habitación real exteriorizando su alegría con bastante más bulla de la que conviene al descanso de cualquier clase de mortal, rey o villano. Despertó don Pedro sobresaltado por la jarana cortesana y descubrió que la dama con quien había pasado tan venturosa noche era la reina, hecho este que de ser tal y como Muntaner lo cuenta reforzaría una vez más el viejo dicho de que «de ilusiones vive el hombre». En cualquier caso la crónica de Muntaner demuestra que en todo lugar y tiempo, como vulgarmente se dice, cuecen habas, pues con menos elementos de los que don Ramón recoge en su crónica se montan en pleno siglo xx revistas picantes.

Los restos mortales de don Jaime reposan en el panteón real del monasterio de Poblet. En 1835 Poblet fue saqueado, abiertos sus sepulcros y utilizadas las momias en una triste y fúnebre parodia de danza. Pacificados los espíritus, gentes misericordiosas se emplearon en la tarea de devolver a las tumbas los restos. Don Jaime fue quien menos trabajo dio. El gigantesco esqueleto del Conquistador destacaba tanto en aquel macabro revoltillo de miserias que la identificación no tuvo dudas. Sin palabras, como cumple a la muda crónica de la muerte, supo decir por segunda vez a los hombres quién era.

En Monzón, aparte del castillo, pieza ciclópea que resume estilos de todas las épocas, es digna de verse la iglesia de San Francisco, hoy convertida en hospital. Excusamos

decir que la conversión significa siempre un gran número de mudanzas y así de la primitiva fábrica quedan restos góticos y románicos en la fachada. Lo propio cabe señalar de la iglesia de Santa María del Romeral a la que ya se aludió como foro de las Cortes del reino. Esta iglesia padeció en el siglo xvii una de esas bien intencionadas pero ignorantes restauraciones, de la que salió sin portada y sin su claustro románico, que nada tenía que envidiar al muy famoso de San Pedro el Viejo de Huesca. Los amantes del arte entienden mejor que nadie, ante tamaños desaguisados, aquello de que el infierno está empedrado de buenas intenciones.

En Monzón nos detuvimos el tiempo necesario para que don Dimas evacuase unos negocios de tipo personal que nada tenían que ver con su particular industria y sin más nos pusimos en ruta. A una legua de Monzón y media de Selgua, en la vecindad del ferrocarril que lleva a Barbastro por Castejón del Puente, acertamos a toparnos con el inefable Secundino González Lobo, empresario de espectáculos. El tal Secundino nos vio, sin duda alguna, antes de que nosotros reparásemos en él y, por aquello de que quien da primero da dos veces, se apresuró a separarse de una tropilla de gentes que con él viajaban y se acercó saludando muy afectuosamente:

—Santas y buenas nos dé Dios a todos los caminantes.

Correspondimos a la salutación y Secundino, con las prisas y aspavientos del que toma chocolate hirviendo, habló de esta guisa:

—No crean que he olvidado los veinte duros que el señor, aquí presente, me prestó en el monte de Pebredo. De eso ya hablaremos en su momento y les daré cumplidas explicaciones. Ahora lo importante es que sepan que ya no soy Secundino González Lobo. Ahora —rió sin demasiadas ganas— me llamo Pedrín Carnero y, con ayuda de esa compañía que me aguarda ahí, voy camino de la fama.

Don Dimas con su mucho de sarcasmo preguntole:

—¿Supongo que en la nómina del espectáculo figurará también la mona *Leonor*?

—No, señor —respondió haciéndose el Lorenzo—,⁷⁶ que la pobre murió. Feneció de pulmonía. Créame que su agonía es uno de los recuerdos más tristes que pesan sobre mi ánimo.

—No dudo —replicó don Dimas— que la escena debió ser tan dolorosa que movió a compasión a los civiles.

El ahora Pedrín Carnero, sin pestañear, explicó:

—Los civiles no saben nada de ello. Y no porque a mí me caigan antipáticos, sino porque yo no les resulto simpático. ¡Vaya usted a saber las razones!

—Y ahora, ¿a qué se dedica? —pregunté yo.

Rebuscó en el bolsillo de la chaqueta y sacó un prospecto muy mal impreso en el que se leía:

Gran Espectáculo de Comedias civiles
y religiosas explicadas

Empresario y director: Pedrín Carnero.

Repertorio civil:

Bandolero y millonario. (Dolor y drama en la Sierra Morena del cante grande).

La hija del almirante. (Elegía a la madre).

El moderno Montecristo. (Comedia atrevida al gusto francés).

Bambú. (Teatro de última hora. Un reverendo servita⁷⁷ muere en la cazuela caníbal víctima de los ideales europeos).

El caso del sacamantecas. (Comedia policial de alta detectivesca).

⁷⁶ *Hacerse el Lorenzo*: querer pasar por tonto o despistado, disimular.

⁷⁷ Fraile de la orden tercera, fundada por san Felipe Benicio.

Repertorio religioso:

Santa Orosia y el moro. (Pasillo que narra el triunfo de una doncella cristiana y la desesperación de un hijo de Alá).

San Cosme y san Damián debajo de una peña están. (Varios pasos con la vida y milagros de los celestiales médicos).

Nota importante: Pedro Carnero, deseoso de que sus comedias, pasos y pasillos sean seguidos por el respetable público sin dar lugar a pérdidas, antes de la representación explicará en qué consiste la comedia y presentará sucesivamente a todos los personajes que intervengan en ella.

En los entreactos, Vital Escartín, también conocido por el *hombre del desierto*, se comerá a la vista del respetable los más raros artículos, tales como tachuelas, vidrios, trozos de cecina de zorra y de marica,⁷⁸ un ratón silvestre y un gorrion vivo, sin que estos alimentos le causen incomodo por tratarse del único humano que, al igual que los camellos, posee siete estómagos.

Intenté guardarme el prospecto pero don Secundino o Pedrín Carnero, como ahora se hacía llamar, me arrebató el papel de las manos diciendo:

—Excúseme usted que le pida la devolución pero cuestan mucho dinero y, como vulgarmente se dice, los tenemos contados.

A continuación carraspeó y prosiguió de esta guisa:

—No se crean que echo en saco roto lo de los veinte duros y como prueba de buena voluntad ahora mismo le daré en prenda un duro. Excúseme usted lo menguado de la vuelta pero, aunque las cosas empiezan a rodarme bien, no acabo de enderezarlas del todo. Pongamos que esto del duro es como un símbolo que dice a las claras que no me distraigo en el cumplimiento del deber.

Embebidos en esta conversación llegamos a la altura de la tropilla de comediantes y Pedrín Carnero nos presentó a media docena de personas entre hombres y mujeres, dejando para el final una séptima hembra de singular altura y volumen a quien dio el nombre de Gerda.

Tras los saludos de rigor, Pedrín Carnero ordenó a sus comediantes que se reunieran con él en Selgua, pues era su intención viajar en nuestra compañía y nosotros andábamos más aprisa que el carromato cargado con los avíos de aquella pandilla. Cuando entre nosotros y los comediantes hubo mediado un trecho regular, Pedrín Carnero habló así:

—Con el duro que le he dado hago un sacrificio y grande, pues ha de saber que todo lo que hoy llevamos en el cuerpo son unas tortillas de puntas de zarza. No se lo digo para que lo devuelva, pues en mis tiempos recibí buena instrucción y siempre me acuerdo de aquel verso que decía:

Pequeña cosa soy y nada valgo,
mas siendo yo mi dueño
soy dueño de algo.

—Si lo quiere —le ofrecí el duro—, aquí lo tiene y ya arreglaremos cuentas en otra ocasión.

—No, señor, que no lo decía con esas miras, pero como aquí don Dimas me ha mentado a la mona *Leonor* y de paso a los civiles por nada del mundo quisiera que usted se llevase una mala impresión de mi persona. En lo tocante a la mona *Leonor* solo le diré que todos los pájaros comen trigo y, sin embargo, la culpa se la llevan los gorriones.

Don Dimas contempló iracundo a Pedrín Carnero y yo, por quitarle hierro a la situación, pregunté:

—Ese Vital Escartín del que usted se sirve para amenizar los entreactos, ¿se come de veras lo que anuncia en los programas o se vale de algún truco?

—No solamente se lo come sino que le alimenta. De todos los que formamos la compañía es el único que jamás pasa hambre, pues si la recaudación ha sido floja siempre se las ingenia para buscar manjares que ningún estómago de cristiano sería capaz de despachar. Vital Escartín practica un lema que dice: «Desgraciado del animal que entra en la boca de otro animal».

Don Dimas por liarse en la conversación preguntó:

—La Gerda que usted nos ha presentado no ha dicho ni palabra y parece venida del mundo de los gigantes.

—En cuanto a lo segundo verdad es que no parece tejida con las mismas carnes que los demás mortales y en cuanto a lo primero le aclararé que no sabe decir nada en español.

—¿Y qué gracia se le supone en una compañía de comedias a persona que no habla la lengua del país?

Pedrín Carnero, mirando con aire misterioso a derecha e izquierda, respondió así:

—La Gerda me servirá para montar un número que ha de hacerme de oro tan pronto como llegemos a tierras de Francia. En este lado de la frontera, las severas miras de la autoridad y la falta de educación cívica se oponen al espectáculo y bien que lo siento.

Se lo explicaré en pocas palabras, pero me han de prometer solemnemente no hacer uso de lo que les cuente pues sería mi ruina.

Nos obligamos a lo pedido y Pedrín Carnero continuó así:

—Con las comedias pienso reunir algún dinero y cuando lo tenga juntado mandaré hacer una barraca de feria a la que titularé «El Secreto Inconfesable. Espectáculo solo para hombres». A la puerta de la barraca un charlatán pregonará las excelencias de la función encendiendo la curiosidad de los oyentes a base de no soltar prenda sobre lo que se cuece dentro. A quienes compren un billete para el espectáculo los reuniré en el interior de la barraca, que estará dividida en dos cuerpos. Del primer cuerpo, que para mejor comprensión lla-

maré almacén de visitantes, saldrán cinco hombres que pasarán al segundo cuerpo de la barraca o sede del espectáculo.

—Empiezo a comprender aquello que usted decía de la autoridad, de la educación cívica y de la necesidad de comenzar en Francia... O mucho me equivoco o su Gerda ha de ser el recela⁷⁹ de la bestia que llevamos dentro —irritose don Dimas.

—Verdad es —sentenció a su vez Pedrín Carnero— que vale más caer en gracia que ser gracioso; sin embargo, por lo que hasta ahora tengo visto y no disfruto con usted de ninguno de esos dos créditos. Déjeme pues terminar y le demostraré su yerro. Tan pronto como los cinco primeros espectadores se hallen en el segundo cuerpo de la barraca, un equipo de forzudos los aprisionará por las buenas o por las bravas, en cepos de esa clase que sujetan cabeza y manos. A continuación saldrá la Gerda, que como ustedes han visto es una mujer que vale por tres, se levantará las faldas y les frotará el trasero en la cara a cada uno de los presos. Sin más contemplaciones serán liberados, se les hará salir por una puertecilla lateral y se iniciará la tanda de los cinco siguientes. Tengo por seguro que todos aquellos a quienes la Gerda haya tratado de la guisa señalada guardarán el secreto y se convertirán en los más ardientes propagandistas de mi espectáculo, con el deseo de que a otros les ocurra lo mismo y de reír juntos la suerte.

Don Dimas, acordándose de Feliciano Vargas, el gitano de Calatayud, comentó irónico:

—Paréceme, don Secundino, que a usted la fortuna le tienta con ese lugar común sobre el cual nos sentamos.

El aludido pasó por alto la observación e insistió soñador:

—O yo conozco mal a los hombres o los engañados harán corro a la puerta de la barraca animando a las posi-

⁷⁹ El caballo recelador es el destinado a incitar a las yeguas (*DRAE*). Vale, pues, por cebo erótico.

bles víctimas, sin confesar el secreto de lo que en el espectáculo ocurre, para que la chanza sea de muchos. Lo triste es tener que expatriarse para poner tan buen asunto en marcha.

Don Dimas, sin duda pensando en lo irregular de su particular comercio comentó:

—Quizás con un poco de ingenio y otro tanto de cubrir las apariencias el espectáculo pudiera celebrarse a este lado de la frontera. Si la Gerda llevase puestas unas bragas enterizas con puntilla o unas calzonas ceñidas...

—¡Quia, no, señor! —atajó enérgico Pedrín Carnero—. ¡No y no! Con motivo de las fiestas de un lugar, que no citaré, hicimos una prueba clandestina alquilando una cuadra y haciendo pasar a los clientes de uno en uno. Tan pronto como el primero que tuvimos en el cepo sintió las nalgas de la Gerda en los hocicos le largó tal mordisco que solo a fuerza de palos, patadas y cubos de agua soltó la presa. ¿Ha visto usted un agarre de cochino por una rehala⁸⁰ de alanos?, pues así sobre poco más o menos fue el suceso. A la Gerda hubo que hacerla salir de la cuadra por una puerta excusada y darle once puntos. Poco faltó para que yo dejara de penar en este piojoso mundo, molido por los golpes, las puñadas y los estacazos con que me obsequiaron los compadres del primer y único cliente. ¡Le digo a usted, don Dimas, que no hay educación cívica! Si de cosa de autoridades se tratara trucos sé de sobra para darles esquinazo; pero no hay civilidad. Aquí la carne es la carne y la Gerda anda muy sobrada de ella para no dejar surco. En Francia los pucheros los hacen de distinto barro y bien que me pesa la diferencia, pues por cada peseta que saque con la Gerda en tierra de gabachos de este lado de la frontera sacaría ciento.

—No yerra —apostilló don Dimas.

80 Jauría.

—De todo el repertorio de comedias que lleva —tercié yo—, la que se llama *Bambú* me pica la curiosidad y no sé por qué.

—Esa la damos pocas veces. La escribió un doctrino que iba para notario y se quedó en medio poeta, medio abogado de secano. Es comedia para gentes de entendederas teatrales y no ha gozado de mucho éxito a pesar de que yo la he podado y le he metido tantas morcillas de mi cosecha que, si me las hicieran buenas, comeríamos un año y aún nos quedarían piezas para vender. Se la explicaré en cuatro palabras. La comedia se encamina a demostrar que, con tantas independencias y ayudas de dinero, las grandes naciones del universo están juntando los cuartos que los caníbales necesitan para comprar la olla. A este nudo se llega a través de las gracias y desgracias de un reverendo padre servita que se va a las misiones lleno de prédicas de buena voluntad para finir como plato fuerte de sus educandos, que lo devoran en una jornada muy alborozados por llenar la panza, a la vez que cantan unas letrillas muy intencionadas y propias que yo discurrí. Por lo dicho reparará usted que con solo la substancia que el reverendo deja en la olla mal se puede alimentar toda una comedia de gran público. Si fuera obra traducida del francés o de cualquier otra lengua bárbara no faltarían camuesos⁸¹ que la alabaran, pero es producto nacional y ya sabe usted lo que pasa.

A la altura de Selgua, Pedrín Carnero, de muy buenos modales, preguntó:

—¿No le sabría mal que le hiciera un ruego?

—No, señor.

—¿De veras?

Sin más eché mano al bolsillo, saqué un billete de cien pesetas y muy doblado, para que don Dimas no se apercibiera, lo entregué a Pedrín Carnero, al tiempo que explicaba.

81 Figurado y familiar, hombres necios e ignorantes (*DRAE*).

—Ahí tiene su duro, así me seguirá debiendo los veinte que le presté en Pebredo. Prefiero cobrar de una vez.

Pedrín Carnero al tacto reconoció el monto y, con voz veladamente agradecedora, murmuró:

—Pocos señores como usted van quedando y ahora sí que no meto viruta. Tome usted. Hágame la merced de guardarlo como recuerdo.

Me entregó el prospecto del espectáculo que una legua antes había reclamado. Luego rebuscó en una billetera destrizada por el uso y completó la donación con dos cartoncillos en los que se leía:

Espectáculos Pedrín Carnero. Pase de favor para Excelentísimas Autoridades, Clerecía y Fuerzas Vivas del lugar.

En una casita de adobes rojos, una moza asomada al balcón curioseaba nuestra llegada mientras su mano hábil desfolionaba⁸² un plantel de clavellinas. Lo hacía amorosamente, con suave tacto, como si mimase los hijuelos antes de separarlos del tallo madre.

Aquella noche, en compañía del avisador Gregorio Sotero, fui al corral donde Pedrín Carnero daba su espectáculo. Se representaba *La hija del almirante*. Pedrín Carnero, embutido en un frac cuyas negruras había tornado en color de ala de mosca un muy dilatado uso, tomó la palabra para la explicación preliminar:

—Excelentísimas autoridades, respetables señoras y señores, tenemos el gusto de presentarles el elenco de mi compañía en la comedia dramática *La hija del almirante*. El meollo del asunto es un almirante de la armada del reino de Inglaterra que se hace a la mar para combatir a los chinos.

»Está casado con mujer ligera de cascos y de viciosas inclinaciones. Tanto se propasa con los hombres la señora

82 Deshojaba.

almiranta, que concibe y pare un hijo. Nacido el fruto de sus pecados amorosos, se recibe la noticia del fin de la guerra y del regreso final del almirante. La mala hembra recapacita y quiere tirarse por la ventana, pero una hija mayor de edad, de veinte años, le dice: "Madre, no te mates, yo cargaré con el mochuelo y diré a padre que el hijo es mío". Así se hace y el almirante al regresar y enterarse de aquellas nuevas echa a la hija de casa, llamándole esas cuatro letras que no se deben nombrar entre personas cultas. La hija desahuciada pasa por muchos malos tragos para salir adelante con su medio hermano. Un día la madre enferma y en el lecho de muerte le dice al almirante, convertido en virrey del Cipay por su gran triunfo, la verdad de todo. Así la comedia termina con la apoteosis de la hija, el perdón del padre y la vuelta triunfal al palacio de toda la familia.

»Este galán que aquí veis, vestido con los nobles arreos militares, hará el papel del almirante. Esta bella doncella...

Abandoné el corral en busca del lecho, dejando al avisador Gregorio Sotero sumido en el beatífico disfrute de aquella fiesta literaria. Don Dimas, metido en la cama y repasando el cabreo, me esperaba.

Al tiempo de desnudarme comentó:

—Ese Secundino González Lobo o Pedrín Carnero, como prefieras llamarlo, será cristiano viejo pero sus trazas y hechos son de rey taifa.

—Tal vez sí, tal vez no —respondí por decir algo.

V. DE SELGUA A BIERGE

DE SELGUA A BERBEGAL discurren como dos leguas de un camino facilón que se enreda al cruzar el barranco de la Clamor, el cual vierte aguas, cuando los cielos repican a grande, en el río Cinca a la altura de Pomar, no lejos del lugar donde se consumó el fratricidio de Fernán Sánchez, infeliz bastardo del conquistador don Jaime y de doña Blanca de Antillón. Las manos de guata⁸³ con que la muerte abre sus puertas fueron esta vez los caudales del río, donde el infante tuvo ansiosa muerte de ahogado. Pasada la Clamor, la ruta deja a la izquierda el pueblo de Ilche y venciendo lomas y tesos llega hasta Berbegal, villa que por asentarse en un alcor de buena talla brinda a quien mira al norte el telón de fondo de los Pirineos, el «riu d'aigües bullentes d'escumes de granit»,⁸⁴ de mosén Jacinto Verdaguer.

Para no quebrar la regla que cumplen todos los poblados de paso y altura, la historia de Berbegal es tan antigua como las disputas de los hombres que al amor del cerro vivieron las vigiliás que dan los lugares de tránsito. Solo guardan los que algo tienen que alzar. A Berbegal la guardaron los ilergetes, los romanos, los bárbaros y los árabes.

83 Algodón fino.

84 «río de aguas hirvientes de espumas de granito», verso n.º 289 del famoso poema *Canigó. Llegendes pirenayca del temps de la Reconquista*. V. Verdaguer (1886).

En 1088 el rey don Sancho echó a los sarracenos y los de Berbegal le cogieron tanto gusto a los dimes y diretes de la política cristiana que durante más de medio siglo no dejaron de tomar parte en todos los sucesos sonados de Aragón.

En Berbegal hay una colegiata dedicada a santa María la Blanca, bellísimo ejemplar del románico del XIII al que cabría aplicar el tema *Fluctuat nec mergitur*, pues ni las parciales mudanzas que el cuerpo del edificio sufrió en el siglo XVI, ni la translación del tímpano que ornaba la portada, ni los desafueros del incendio de 1936 que consumió buena parte del tesoro que encerraban las piedras talladas, pudieron acabar con una sinfonía constructiva que maravilla por la gallarda limpieza de líneas. *Deo gratias*, el frontal de la colegiata, entre románico y gótico, se salvó de la hoguera y está en el Museo Diocesano de Lérida, para dar fe del vigor de los maestros oscenses del 1200.

De Berbegal a Peralta de Alcofea hay una tirada que raya en la legua y media. La tierra es sobria, serena, sin grandes contrastes. Las cotas, para no desmerecer del todo, no se atreven con los 500 metros e incluso el barranco de la Huerta, que busca hacia el suroeste el río Alcanadre, discurre sin alborotos geológicos.

En Peralta de Alcofea la iglesia parroquial se adorna con una portada de seis arquivoltas soberanamente trabajadas. El paso del tiempo la ha maltratado mucho, pero no lo suficiente para que el viajero de hoy quede sin dar fe del brío y la galanura que supo infundir a la piedra el maestro que la labró. El misterio de la Epifanía, más resguardado por su situación de soles, aguas y cierzos, y la serie de figuras que en la disposición arquitectónica siguen al tímpano, han escapado a la caries de los años para recreo de los que aman el buen hacer.

En Peralta de Alcofea nos llovió agua de mayo si Dios tenía qué, y como las desdichas raramente vienen sin rastra

no hubo forma de encontrar otro acomodo que un cobertizo malamente retejado y un pajar frontero. Don Dimas despachó al avisador en busca de algo que cocinar y mandó al mozo de mulas Restituto Azcón, que con una escoba de tamujo⁸⁵ limpiara de pajaza⁸⁶ y porquerías un calvero donde el techado no hacía aguas. Restituto, de natural muy curioso, hizo cumplidamente lo pedido y con mantas y lonillas preparó un corro.

La humedad y su poco de frío nos traía algo desazonados y don Dimas, siempre previsor, revolió en el arcón del carro hasta dar con un frasco del que bebió sin pestañear. Luego me ofreció un trago:

—Esto te templará.

Bebí descuidado y fue como si de golpe me hubiera entrado en la garganta el aliento del infierno. Los ojos me lagrimearon y me quedé sin voz. Ante mi pasmo don Dimas explicó:

—Es licor de guindillas. Tiene toda la entereza del alcohol añadida a la del picante. No conozco nada mejor para prevenir el pasmo. Toma y dale otro tiento.

Sin demasiada buena voluntad hice lo pedido. A poco me entró un hormiguillo de calor por todo el cuerpo y rompí a sudar, visto lo cual don Dimas sentenció:

—Eso es señal de que te comenzaba un resfrío y hemos llegado a tiempo. Envuélvete en una manta y descansa porque el sudor abre los agujeros de la piel y hay que cuidar tales ojales a fin de que no se metan de matute los miasmas que anidan en los aires.

—¿Sabe qué le digo? —protesté no muy convencido—, pues que el licor me ha caído en ayunas y además de qui-

85 Mata de la familia de las euforbiáceas, de doce a trece decímetros de altura, con ramas mimbreñas, espinosas, puntiagudas y muy abundantes (*DRAE*).

86 Desecho que los caballos dejan de la paja larga que comen (*DRAE*).

tarme el frío y abrasarme las entrañas se me está subiendo a la cabeza.

—De ley es que así suceda —sentenció don Dimas—. Dale un respiro al tiempo y quedarás como nuevo. Es una fórmula que no falla nunca. Me la dio un señorón dueño de más tierras y títulos que el sultán de los turcos. ¿Tú has oído hablar de eso que llaman la reforma agraria?

—Sí, señor, que hoy es cosa muy de moda.

—Pues este señorón, cuyo nombre no diré por respeto a su memoria, hizo en vida la reforma agraria y de paso dejó muy bien pobladas las fincas que parceló.

—No lo entiendo.

—Pues que hizo la reforma agraria por vía de bragueta, como si dijéramos.

—Sigo sin entenderlo.

—No te impacientes, que todo te lo explicaré por sus pasos contados.

Dejó que su mirada se perdiera, nostálgica, ensimismada, y luego suspiró:

—Lo estoy viendo todavía. Alto, membrudo, la barba muy bien poblada y en todo el continente personal una solemnidad de obispo o de abad de campanillas que le venía, como él aseguraba, de que los suyos habían sido amos y comido bien y caliente por los siglos de los siglos. Era amigo de mañanear, de las señoritas gordas y de los pajaritos fritos. Le gustaba tirar a las perdices y cuando me honró con su amistad tenía un perro de ojeo y cobrador tan inteligente y de raza tan fina que respondía al nombre de *Martini Seco*.

—Por las razones que da usted —comenté con cierto dejo de ironía—, parece como si hubieran sido compinches.

Don Dimas no quiso reparar en la intención y prosiguió:

—Fue hombre de ancho corazón y generosa pretina. Vivía en un castillo muy bien conservado que señoreaba toda la comarca y dedicaba sus ocios a las hijas de buen ver de los labrantines de la vecindad.

—No le encuentro la gracia a ser barragana de señorito feudal.

Don Dimas me contempló de arriba abajo, despreciativo, y replicó:

—Todas las que pasaron a mayores con aquel caballero, lo hicieron porque les dio la real y omnipotente gana. ¿Estamos? Allí no se avasallaba a nadie.

—Si es así, bueno. Perdona la interrupción y siga adelante.

Recobrada la paz de ánimo don Dimas continuó:

—A cada aventura le asignaba una contraseña y así cuando quería holgarse con la Marieta, pongamos por caso, mandaba izar en la torre del homenaje del castillo la bandera de la Marieta. Si en aquellos momentos prefería a la Cipriana, eran izadas las armas de la Cipriana y así sucesivamente. Y esto se hacía tan a las claras que cuando la chica interesada tardaba en enterarse de que su enseña ondeaba en la torre siempre había un alma caritativa que acudía a darle el recado: «¡Chica, Jesusina, que te llama el señor!».

—Esas bromas traerían consecuencias.

—A esto iba. Cuando una de las mozas concebía, se le asignaba una pensión y llegado el parto se apuntaba la fecha y si el fruto era varón o mujer. He visto esos apuntamientos y te puedo decir cómo eran. El último que tuve ante los ojos decía: «Serapia; un varón, el tanto de tantos de mil novecientos tantos. Queda a prueba».

—¿A prueba?

—A prueba. Eso he dicho. Quedar a prueba significaba que dos veces al año, con ocasión del santo y del cumpleaños del señor, eran recibidas en audiencia las madres que tenían criaturas de tierna edad. El señor las examinaba y decretaba: «Es de mi casa».

—¿En qué se fundaba para decidir?

—En el parecido físico.

—¿Y si no se parecían?

—¿Has visto criatura alguna tan distinta del padre que no saque ni una señal particular?

—La verdad, yo no entiendo mucho de niños —me batí en retirada.

—Una vez pronunciado el «es de mi casa» mandaba llamar al notario y hacía donación a la madre de las cahizadas de huerta o de secano necesarias para una vida abundante. Y fíjate bien, barbián, las así favorecidas tenían cola de galanes aspirantes a casorio.

—Siempre hay un zurcido para un roto. Las tragaderas de este mundo, por lo grandes, no son fáciles de explicar. El final lo estoy viendo. Ese señor de quien usted habla se debió de dar tan buena maña para practicar la virtud del reparto con las mozas consentidoras, que al morir se halló que lo había dividido todo en vida.

—Tú lo has dicho —coreó alegre don Dimas— y, mira por dónde, de lo que en otras partes es un mal aquel señor hizo un bien.

Como el mozo Restituto Azcón avisaba para la cena y nos aguardaba una cazuela de menudillos que olían a gloria no quise meterme en más honduras a propósito de tan famoso repoblador y reformista. Tampoco el relente del húmedo atardecer convidaba a buenos humores.

De Peralta de Alcofea a Pertusa hay dos leguas. El camino se acerca al río Alcanadre después de dejar el pueblo de Torres de Alcanadre, para que el viandante alivie la vista con la cambiante cinta del verdor.

Pertusa, aún más a la vera del río que Torres de Alcanadre, es villa de población antiquísima. Los romanos hicieron de Pertusa fin de etapa de los legionarios, en la vía que enlazaba Huesca con Lérida. Con árabes y cristianos Pertusa tuvo la importancia de los lugares fortificados a orilla de un camino principal. La villa conserva una colegiata puesta bajo la advo-

cación de la Madre de Dios. Lo de conserva es un decir porque son tantas las mutaciones sufridas por la iglesia dos siglos atrás, que solo por deducción, habida cuenta de que la cripta del presbiterio con sus capiteles floreados es del siglo XII, se puede calcular la fecha de la obra. Del claustro construido a últimos del siglo XIII apenas quedan las muestras suficientes para adivinar su trazo. Llama la atención muy de veras la torre de la colegiata, que es de las llamadas exentas, o sea, que se alza aislada o descubierta por todas partes. La torre de la colegiata de Pertusa, sin duda para marcar aún más la suerte de independencia de que goza, fue construida en el siglo XVI; se atribuye a Juan de Herrera y tiene forma de hexágono cuyas esquinas rematan en columnas dóricas, jónicas o corintias según se trate del primero, segundo o tercer cuerpo del campanil. La buena apariencia del conjunto se completa con frisos, medallones, relieves y adornos de muy distinta entidad.

A la salida de Pertusa don Dimas, que no mostraba buen talante, me dijo sin venir a cuento:

—La fama de los hombres se hace por el sonido.

—¿Por el sonido?

—Sí, hijo, por lo que suenan.

—Pues tiene usted razón.

Comprendí que mi patrón no estaba de humor como para pedirle la pulga⁸⁷ * y preferí no indagar.

Parada en el camino, una moza con un cántaro parecía arrancada de una metopa griega. Del lado del río alguien se arrancó con una jota:

87 *Pedir la pulga*: solicitar algo que está de más, pedir explicaciones. Alusión a la canción-cuplé *La pulga*, frecuentemente exigida por el público de los salones de varietés a las artistas, porque su interpretación, con un gran componente picaresco, se hacía en ropa de cama y profusión de gestos, mientras la artista buscaba el insecto por sus recovecos más íntimos.

En la procesión de Tierz
los últimos van atrás,
los primeros van delante
y los de en medio en mitad.

Don Dimas puso cara del que tiene la hiel revuelta y apostilló:

Justa la cuenta:
veinticinco nodrizas,
cincuenta tetas,
y si son de marrana
doscientos cincuenta.

Luego se retiró al carro pretextando la necesidad de descansar.

Desde Pertusa al empalme con la carretera de Huesca a Lérida por Barbastro, hay sobre tres horas y media de andar tanto si se sigue la ruta que pasa por Antillón y Bespén como la que deja al este Laperdiguera y Laluenga y al oeste el ramal que lleva a Barbuñales. A medida que el camino progresa, el terreno se quiebra y se reviste de ese aire saltarín que tiene todo el somontano de Huesca: labores de olivo y vid arrancadas a cuetos,⁸⁸ cotarras⁸⁹ y pezones⁹⁰ que visten su poco de carrascal y pañizuelos⁹¹ de cereal.

La iglesia de Laluenga se toca con un ábside en forma de herradura. Algún estudioso sospecha que se trata de una construcción visigótica de las que tan escasos restos quedan en todo el país. Para salir de dudas sería menester echar abajo los yesos y argamasas que los siglos fueron añadiendo

88 Altozanos.

89 Laderas.

90 Pequeñas elevaciones de terreno.

91 Pequeños cuadros de cultivo.

a la noble piedra tallada por los bárbaros y esto en los tiempos prácticos que disfrutamos es poco viable.

A la altura de Peraltilla se da de lado el camino local que hemos seguido para tomar la carretera que va a Barbastro. El paisaje tiene la dureza bravía de lo montoso, calidad que refuerza el escenario que queda a la mano izquierda del viajero, con el telón de fondo de la sierra de Sevil.

Como una legua antes de llegar a Barbastro, sobre un tozal dominador, está el monasterio de Nuestra Señora de El Pueyo. El templo se alzó con arreglo a los cánones del gótico del siglo xiv, si bien tres siglos más tarde, en el xvii, sufrió los aditamentos que andando los años hemos convenido en llamar funcionales.

En El Pueyo hay una preciosa imagen sedente de la Santísima Virgen con el niño Jesús en el regazo, tallada según gustos románicos de finales del xii o comienzos del xiii. El artista supo dar al rostro de la Virgen de El Pueyo un aire de amable hieratismo. Frescos de Bayeu y vidrieras muy bien entonadas completan el decoro del camarín⁹² donde los frailes de san Benito cuidan del culto de la Señora.

El Pueyo es lugar de romería desde el siglo xi, en que según la leyenda apareció la Madre de Dios a un pastorcillo de nombre Balandrán entregándole una imagen a cuyo culto consagrose el favorecido, dejando el cuidado de las bestias por la vida áspera del ermitaño. Balandrán, además de nombre que entronca con los orígenes de El Pueyo, es título de isla muy famosa, de isla de fábula a la que fueron las ensoñaciones de todos los imaginadores de ideales que en el mundo han sido. Justamente El Pueyo, alcor de san Balandrán, es a ratos nave de pedregosa proa contra la que se estrellan las singladuras de los siglos.

⁹² Aragonésismo, por *camarín*: capilla pequeña colocada algo detrás de un altar y en la cual se venera una imagen (*DRAE*).

A la antiquísima, muy noble, muy leal e insigne ciudad de Barbastro la parte por gala en dos el río Vero, sobre cuyas espaldas cabalgan cuatro puentes. Barbastro es ciudad peleadora edificada en bien escogido lugar. El llano que señorea, al pie de las tierras altas, está en la linde de la vía de penetración formada por el Cinca, que a cosa de una legua recibe las aguas del mencionado Vero. A nadie extrañe que tan excelente situación haya traído a lo largo de los tiempos su rosario de duelos y quebrantos. Siglo y medio antes de que naciese Nuestro Señor, los de Barbastro decidieron sublevarse contra Roma. El partido de los colonialistas —como se diría hoy— tomó muy a mal que los barbitanios quisieran disfrutar del poder por su cuenta y enviaron al cónsul Porcio Catón, quien como fin de fiesta le pegó fuego a la ciudad.

Poco después del asesinato de Julio César, Barbastro volvió a sentir veleidades frente a Roma, hasta que los legionarios de Sexto Pompeyo, en reñida emulación con los colegas de la centuria anterior, no dejaron más que las piedras en desorden.

El turno de visigodos y después el de árabes y cristianos, a base de nombres como Jatib, Bernardo del Carpio, los reyes Sancho Ramírez y Pedro I, le trajeron a Barbastro la acostumbrada huella de ruinas y muertes, que en fin de cuentas los hombres cuando se pelean por algo son animales de la misma lechigada. Pasado el trago de la Reconquista, Barbastro tuvo tres siglos de respiro hasta que volvió a conocer la prueba de fuego, esta vez a cargo del condestable francés Bertrán Duguesclin. Solo en la torre de la catedral se tostaron, sin vocación de mártir, alrededor de trescientos infelices. La relación de sacos, incendios o ambas cosas a la vez la completan los cambios de manos sufridos durante la guerra de Sucesión, la ocupación por los franceses en 1809, la liberación por Mina en 1812 y las algaradas carlistas y liberales más adelante.

Barbastro tiene por armas la cabeza de un hombre barbado sobre un campo de sinople, orlada por cinco peque-

ños escudos que lucen bastones gules en campo de oro. Sesudos hombres de letras afirman que es una solemne majadería lo que espíritus enredadores han sostenido sobre la relación entre las bien cumplidas barbas que adornan la cabeza humana del escudo y el nombre de Barbastro.

Ramiro II el Monje, fraile que hubo de dejar el monasterio de San Ponce de Tomeras para hacerse cargo del reino aragonés, dio en Barbastro paz a los escrúpulos que le mortificaban la conciencia y le torcían la vocación, armando la gran jugada diplomática que aparejó la unión de Aragón y Cataluña: el matrimonio del conde de Barcelona Ramón Berenguer IV con doña Petronila. Entregado el reino y la hija aún niña al catalán en 1137, el famoso rey monje pudo volver a disfrutar del retiro eclesiástico conforme a sus gustos por las cosas de Dios, si bien solo llegado el duro trance de morir tomó otra vez el hábito benedictino que colgara al abandonar Tomeras.

Lo que Barbastro tiene de más meritorio es la catedral, que de buenas a primeras trae al ánimo del contemplador el recuerdo de la Seo de Zaragoza. Edificada entre 1500 y 1533, goza de ese estilo especial de las obras de transición que ameran⁹³ el mosto de las nuevas disposiciones con el vino viejo, en este caso muy buenas reminiscencias góticas. La fábrica se compone de tres naves encabezadas por ábsides en forma de polígono. Ayudan al mantenimiento de las bóvedas seis pilares de fina traza que como palmeras minerales se nervan muy curiosamente en lo alto, ofreciendo la geométrica disposición de unos florones que visten la crudeza de líneas de la piedra.

El retablo del altar mayor es obra muy principal aunque no se deba toda a una sola mano. Consta de una base en alabastro y una parte superior de madera. La base o predela⁹⁴ se

93 Mezclan.

94 Parte inferior o basamento de un retablo.

debe a los mágicos cinceles de Damián Forment y a las no menos portentosas habilidades de Juan de Liceyre. En los dos cuerpos superiores labraron la madera el oscense Juan Miguel de Urliens, el zaragozano Pedro de Armendía y Martínez de Calatayud. La obra de estos tres tallistas no desmerece nada al contrastar con el alabastro hecho vida de Forment y Liceyre. Sobre los resaltes, frisos y frontones que techan la hornacina de la Madre de Dios Asunta, en la calle central, aparece sostenida por dos ángeles la orla de madera que encuadra los vidrios del ojo eucarístico, detalle que raras veces falta en los buenos altares de Aragón.

Los muros laterales del recinto catedralicio albergan seis capillas. Quien no guste de los excesos del barroco, con su atormentada línea y su revoltillo de curvas, resaltes, morteretes, escopleaduras,⁹⁵ angelotes, flores, frutos y demás ganga ornamental, que pase de largo, que no malgaste su tiempo. Aquellos, sin embargo, que en este arte tan amigo de vestir las cosas encuentran distracción del espíritu, que a Dios gracias en el ancho mundo hay goces para todos, no olviden pararse ante las embocaduras, ni dejen de reparar en los techos de las capillas laterales. Un extraordinario y fantástico mundo de adornos, una selva virgen de yeserías se engarza en idas y venidas, vueltas y revueltas para servir de peana a los santos, de calle a las divisiones, de orla a las medallas, de adorno en fin al puro adorno.

Las tablas que explican la vida de san Victorián de Asán, procedentes del monasterio de San Victorián de Sobrarbe y pintadas el xiv, xv y xvi, documentan muy holgadamente la posibilidad de casar estilos distintos, puesto que a pesar de venir enmarcadas con elementos barrocos posteriores forman un todo armónico. Lo mejor del retablo es la escena central, donde sobre trono de gran riqueza aparece un san Victorián, hombre de edad madura, revestido de gran capa

95 Cortes o agujeros hechos con escoplo (*DRAE*).

pluvial, tocado de mitra, empuñando el báculo como si fuera un gigante lapicero, asistido por los santos Gaudioso y Nazario y de un fondo de ángeles muy aparentes para el caso.

El coro, que en la distribución primitiva se colocó en la nave central pensando en la comodidad de los señores canónigos y en la parte principal que los prebendados desempeñaban en el rezo de los oficios, está hoy desplazado y la sillería de roble que tallaron Jorge Commón y Juan Jubero en el último tercio del siglo xvi, se la reparten el presbiterio y una de las capillas secundarias.

La relación de cosas dignas de verse se cierra con la sacristía, que también tiene obra de madera muy buena del ya mentado Jubero, amén de cinco bustos que representan respectivamente a los santos Valero, Ramón, Victorián, Pedro y Gaudioso y algunas piezas y ornamentos del culto, de rica y noble ejecución.

El palacio episcopal, vecino al templo, modelo notable de arquitectura regional; la casa consistorial, del siglo xv, concebida por el árabe Farag de Galí, que tanto predicamento disfrutó cerca del rey Fernando el Católico, y la mansión que impropriamente llaman de los Argensolas, son los tres edificios punteros de la ciudad. En el palacio del obispo hay dos tapices flamencos, una mitra románica, una virgen de la misma factura, si bien apuntando ya al gótico, tablas con escenas religiosas y una arqueta de madera del cuatrocientos, entre otros tesoros menos dignos de especial relato.

Nacidos en Barbastro son los hermanos Argensola —Lupercio Leonardo y Bartolomé Leonardo—, a quienes don Miguel de Cervantes, sin duda dolido por las promesas que le hicieron e incumplieron cuando hacia 1610 el conde de Lemos se los llevara con pingües oficios para que le ayudaran en la gobernación del virreinato de Nápoles, menciona en su *Viaje al Parnaso* como los Lupercios y se niega a transmitirles el recado que para los dos famosos aragoneses le diera el dios Mercurio invitándolos a la conquista del Parnaso.

Los Argensola fueron hombres ricos que, añadiendo muchos bienes a los que les dejó su padre, fiel servidor del emperador Maximiliano, pudieron consagrar los ocios que les quedaron, tras bien servir a personas muy importantes del reino, a la poesía, las humanidades y la crónica histórica. Cuando Lupercio estaba en trance de morir hizo una confesión general por escrito en la que declaró que jamás había engañado a persona alguna ni siquiera con mentira leve, declaración que desconcierta si se piensa en el resquemor de Cervantes. Aunque los Argensola tuvieron casal en Barbastro, hicieron más aprecio de la torre que cerca del padre Ebro, en Monzalbarba, a la vista de Zaragoza, llamose *de las Palomas*. Allí, en un paisaje vegetal más suave y femenino de líneas que el del somontano barbastrense, se repuso Lupercio de aquella extraña gafedad⁹⁶ de pies, manos y lengua que durante años le hizo las horas amargas.

Hijo de Barbastro fue también el general Ricardos, uno de los factores de la rota⁹⁷ francesa durante la guerra del Rosellón, rara contienda en donde a pesar de las batallas ganadas se perdieron las tierras que hablan catalán al otro lado de los Pirineos. Los muros de la casa que hoy se llama de los Argensola fueron andando el tiempo albergue de Ricardos.

De Barbastro a Pozán de Vero habrá dos leguas mal contadas. La ruta sigue fielmente el valle del río Vero y tiene como horizonte la sierra de Sevil. Río y camino se orientan primero hacia el nordeste para luego apuntar rabiosamente al norte. La tierra de cereal alterna con la vid, el olivo y alguna que otra huerta. El árnica curadora, el suave tomillo

⁹⁶ Contracción patológica de los miembros que implica dificultad de movimientos.

⁹⁷ Derrota.

y la defendida aulaga hacen compañía al roble, la encina y el boj.

Entre Pozán de Vero y Huerta de Vero, que están separados justamente por una legua, nos topamos con un hombre que frisaría en la cuarentena, alto de estatura, la nariz larga y aguileña, los ojos garzos y el pelo entre rubio y moreno. Vestía una chaqueta a cuadros muy vistosos y pantalones bombachos y calzaba unos botos que pedían a gritos la grasa de caballo. Estaba aquel varón de Dios parado al borde del camino, más tieso que santo de palo, mirando fijamente una mata de chaparro. Tenía a los pies una mochila a la que le sobraba todo el sebo que le faltaba al calzado. Don Dimas al verlo de perfil, a distancia y al resol se volvió a mí y murmuró el dicho popular:

Nariz larga
y poco culo,
vasco seguro.

Cuando llegamos a la altura del de la ropa a cuadros, don Dimas se volvió para desear la paz del Señor, pero en vez del reposado saludo de quienes andan de camino gritó con puntos de verdadera alegría en la voz:

—¡Que me aspen vivo si no es don Amelito de Ligüerre!

El así saludado, usando de muy malos modos, soltó una barbaridad que no es de cristianos traer a cuento y la aderezó de esta guisa:

—¡Me ha matado usted, don Dimas!

—¿Y eso? —molestose mi patrón.

—Hace días que ando detrás de un buen ejemplar de mosca verde y, cuando el glorioso san Ramón quiere que tope con la pieza más bonita que he visto en mi vida, viene usted y me la espanta. ¡Qué díptero, don Dimas, qué díptero, y viene usted y... a freír gárgaras!...

Mostró don Dimas un talante tan compungido por la falta reprochada que el mentado don Amelito apiadose y sonrió, galán.

—No nos apuremos que más se perdió en Cuba. Siempre que llueve escampa y no hace ni ocho días que en la freza⁹⁸ que dejaba un lechuzo jugueton hallé una pareja de moscas verdes que poco tienen que envidiar a la que espantó usted. Mire.

Echó la mano a la mochila y sacó una caja de madera de las que suelen contener los cigarros que llaman farias, la abrió y sobre una plantilla de corcho pegada a la tapa del fondo apareció una surtidísima colección de moscas de todos los calibres y colores imaginables, ensartadas en sus correspondientes alfileres y con sus etiquetas al pie. Debió de ver en mis ojos gran admiración porque preguntó a don Dimas quién era yo y hechas las presentaciones dirigióse a mí:

—¿Qué le parecen mis animalejos? ¡Son guapos de veras!

—Sí, señor, que lo son —dije torciendo el gesto.

—Veinte años he dedicado a estudiar las moscas desde toda clase de ángulos: histórico, higiénico, social, natural...

—Y, esa obra, ¿cómo anda? —interrumpió don Dimas con ánimo de coba.

—Está casi terminada. Ahora me preocupa hallar editor y título.

—Ya dirá usted cosas al cabo de tanto tiempo de darle a esta matraca —insistió perruno don Dimas.

—Muchas, muchas —animose don Amelito—, y bien sabe usted que yo no soy de los que venden juncia.⁹⁹ Cuando yo echo el tiempo a moscas se puede asegurar que cum-

98 Excremento.

99 *Vender juncia*: echar bravatas.

plo como los de ley. ¿A que no sabe usted cómo *atechizan*¹⁰⁰ las moscas?

—¿Qué es eso de *atechizar*? —quise saber yo.

Don Amelito me dedicó una tierna mirada compasiva que me envolvió como el lecherón¹⁰¹ de lanilla a los críos recién nacidos.

—Si al acto de tomar tierra un avión se llama aterrizar, al acto de que una mosca tome techo creo yo que se le debe llamar *atechizar*... ¿O tiene usted algún reparo que oponer?

—Yo —salté rápido y sumiso—, no, señor, y si me permite una opinión le diré que encuentro lo del *atechizaje* muy propio.

—Las moscas —ufanose don Amelito— *atechizan* a base de esa figura que los aviadores acrobáticos llaman medio *tonneau*.¹⁰² Para ir del techo al aire lo hacen en caída de hoja, es decir despegando el morro, que diría un aeronauta, y continuando con lo que le sigue. Verá usted cómo.

Alzó don Amelito los brazos como los niños cuando juegan a ser aviones y tomando carrerilla simuló un ladeo que quería ser el medio *tonneau*.

—La caída de hoja ya se la puede figurar. Como es obvio no la hago porque me puedo dar una soberana guarra¹⁰³ y no tengo el cuerpo para esa clase de trotes.

Silbó y rompiendo maleza salió a la cuneta un burro de buena alzada, ensillado, sobre el que cargó el morral.

—Si les parece y puesto que yo viajo a mi aire y a lo que me salta seguiré un rato con ustedes.

Enderezamos la marcha y don Amelito continuó así:

100 Neologismo, propuesto por don Amelito y formado por la combinación de los vocablos *aterrizar* y *techo*, para designar la acción de las moscas que se posan en el techo.

101 Mantilla en la que se envuelve a los niños de pocos días.

102 En francés, tonel.

103 Golpe.

—La mosca es bicho inteligente y social que prefiere la compañía del hombre a la de los animales que no hablan; los buenos alimentos a la pura mierda; el sol apacible a la chicharrera¹⁰⁴ de agosto y así sucesivamente —remató sin meterse en honduras.

—¡Hombre, don Amelito! —comentó don Dimas—; eso que dice lo admito por venir de usted, pero se me antoja que en parte es algo así como sostener que un dedo hace mano.

—No discutiremos —sentenció don Amelito—. Cuando mi obra se publique ya le reservaré un ejemplar. A la vista de mi doctrina decidirá usted sobre la parvedad de la suya. ¿Por qué cree que pican las moscas avisando la tormenta?

Don Dimas encogiose de hombros.

—Porque las tormentas tienen por adelantado una sobrecarga de fluido que flota en los aires. Las moscas con su ir y venir, que, eso sí, nerviosas son como yeguas altas, se llenan de fluido tormentoso y al posarse sobre el paciente lo descargan. Fíjese bien en el matiz: descargan fluido. Jamás pican; descargan. Por eso según son los fluidos del aire así es el comportamiento del animalillo. Las corrientes templadas lo serenan; la humedad lo retrae; el frío lo sosiega en exceso y el sol abundante le excita las ansias de vivir. ¿Qué le parece? Y conste que no he hecho más que comenzar a hablar de moscas.

Durante cosa de una legua don Amelito de Ligüerre vareó el árbol de su manía tanto y tan cumplidamente que fuera menester el detalle de un buen escribano para recordar todos los discursos, teorías, experiencias y apuntes con que fuimos obsequiados, hasta que, cansado de conversación y cuando esta llevaba un buen rato que no pasaba de ser monólogo, despidióse declarando que aquel lugar, cerca de Alquézar, quizás fuese buen terreno para encontrar más moscas verdes.

104 Calor asfixiante.

Cuando nos quedamos solos pregunté a don Dimas si don Amelito estaba guillado de peligro o era pacífico.

—¿Guillado? —excitose mi patrón—. ¡No, por cierto! Feliz don Amelito, que puede dedicarse a lo que le gusta y divierte sin personas que le manden ni horario que le encienda la sangre. ¡Feliz don Amelito, que a diferencia de lo que hoy ocurre en el mundo nunca tiene prisas y es muy dueño de acostarse y de levantarse cuando le cumple! Porque has de saber, hijo, que el tiempo que se gana no se lo devuelven a uno llegada la hora de morir. A nadie lo detienen llegado el trance para decirle: «Espere usted, todavía no le toca; que usted ahorró tantos días a fuerza de prisas». Cuando a uno le llega, le llegó y bien sé yo...

—Oiga —interrumpí muy serio—, y a ese don Amelito sobre cuya vida me está leyendo una pastoral, ¿quién le da de comer? ¿No serán las moscas, digo yo?

Don Dimas me midió con una mirada de soberano desprecio. Se le podía notar que contrariaba el pronto de largarme alguna fresca y después de tragar abundante saliva explicó:

—Don Amelito es rico de pueblo pobre, circunstancia que le triplica los dineros que pueda tener y que le permite ese ocio ilustrado de holgar buscando moscas.

Comprendí que pisaba mal terreno y di la callada por respuesta. Don Dimas, animado por mi silencio, prosiguió:

—Conocí a un tipo en la raya de Canfranc que se pasó la vida dándole vueltas a un papel que pensaba dirigir al Gobierno pidiendo la «Declaración de derechos del perro perdiguero». Poseía gran cultura y ganó muchas onzas ejerciendo de abogado.

Estuve a punto de responder que la tal declaración a fuerza de ser pensada y repensada debió de quedar muy redonda y de mucho efecto, pero me mordí las ganas.

—Tiene usted razón, hay gustos para todo.

Y con ese «Viva Cartagena» me enfrasqué en mi mundo de intimidades.

La villa de Alquézar está colgada de una loma que al engancharse en la serranía de Sevil hace de murallón del valle del Vero. En tiempos de los romanos Alquézar llamose *Castro Vigetum* y fue lugar de paso fortificado. Con los árabes y con los cristianos Alquézar convirtiose en posición clave para tenérselas tiesas con los de las tierras altas o hacer la pascua a los de las tierras bajas, juegos ambos que cambiaban de ordenador según que la plaza estuviese en poder de moros o de cristianos. Por fin, entre los años 1065 y 1069, que en esto los historiadores no andan muy concordados, el rey don Sancho Ramírez, no contento con las obras militares que quedaron en pie tras el bataneo del asalto cristiano, perfeccionó las fortificaciones y las convirtió en punto neurálgico del dominio de Sobrarbe.

Alquézar, en el fragor de la serranía, al abrigo de los poderosos muros del castillo, bien celada por esa luz de las alturas que van camino de hacerse gallardas montañas, es hoy un noble regalo para quien gusta de soñar con los tiempos idos. Cuando en la plaza mayor de la villa el viajero se encara con la rústica armonía de los soportales, creyérase transportado al esforzado mundo de la Edad Media.

Al castillo, tres de cuyos lados limitan con el abismo, solo se puede llegar por un costado en rampa, enlace con la villa que los ingenieros militares del XI y del XII tuvieron buen cuidado de defender con dobles muros guarnecidos de torres. De la primitiva iglesia construida entre 1099 y 1120 no queda otra cosa que el pórtico incorporado a la obra del claustro, en el que pueden verse asimismo partes del siglo XIII y remiendos y parches del XIV. Mientras estos dos últimos siglos fueron harto parcos en la decoración claustral, las partes labradas en los siglos XI y XII, que forman la cara norte, merecen detenido examen. Los artistas que se encararon con la piedra supieron darle una vida

vigorosa en la que no se sabe qué admirar más, si la seguridad de una traza primitiva que define con pocos rasgos o la fantasía que puede alcanzarse con tan elementales modos de hacer.

La nueva iglesia se levantó entre 1525 y 1532 por Juan Segura, el mismo arquitecto que intervino en la catedral de Barbastro, y tiene nave única con lujo de nervaduras en la bóveda.

El altar mayor, de los maestros Pedro de Lasaosa, Juan Moreto y Miguel de Peñaranda, es una soberana pieza barroca de la primera mitad del siglo xvi que deja atónitos a los contempladores. De las mismas manos salió la sillería del coro.

En una de las cuatro capillas laterales cuelga un Cristo del siglo xiii —el Santo Cristo de Lecina—, de impresionante factura. Tiene la gótica imagen un tamaño que se acerca mucho al natural, lo que ya es un mérito en piezas de esta época: la faz hierática; los costillares muy salientes; los brazos formando un ángulo muy marcado con los antebrazos, bien tendidos, y los pies clavados en el madero por separado.

La sacristía y sala capitular guardan copia de obras de arte y entre ellas dos cálices góticos, varias piezas de orfebrería, tablas y lienzos de buena factura, retablos del siglo xv, un báculo del siglo xii, labrado en marfil, un ritual y restos de códices medievales. Los amigos de escudriñar músicas rancias tienen en Alquézar un filón abundante y de ley que va desde el siglo xvi al xviii.

En Alquézar, don Dimas, por expreso deseo de la dueña, una señorita criada en Barcelona, le arrancó el ruin¹⁰⁵ a un gato persa, operación que el animalito no tomó nada bien si se tiene en cuenta las muestras que a traición dejó en la mano

105 Extremo de la cola del gato. Es creencia popular que, al arrancarla con violencia, el animal crece.

diestra de la patrona, donde labró varios surcos de hondos arañosos que coronó con un mordisco en lo alto de la molla.

La dueña de la fiera resistiose tanto del desacato que propuso:

—Estoy por caparlo, pues si de jovencito muestra tan malas inclinaciones para conmigo imagínese usted de lo que será capaz cuando alcance el vigor de la edad y llegue la luna de enero.

—Por mí no hay inconveniente —explicó don Dimas—. Estos animalejos cumplen aquello del dicho: «El gato de Mari-Ramos halaga con la cola y araña con las manos». Si usted quiere en un voleo se lo dejo apañado.

—¿Sufriría mucho?

—Nunca he estado en la piel de un gato pero presumo que despojarle a uno de los atributos varoniles a través de una raja en el bajo vientre y a lo vivo no debe de ser plato de gusto.

Meditó preocupada la dueña y entre rubores declaró:

—Pobrecito. No seré yo quien le prive de lo que por ley de vida le pueda corresponder. Mejor será que me cure la mano y santas pascuas.

Así lo hizo don Dimas a pesar de ser número fuera de programa y que contradecía su norma de no visitar en el mismo lugar del paciente, pero pocas reglas hay que resistan el buen ver, la gracia y los modos de la juventud.

De Alquézar a Adahuesca hay cosa de una legua. El camino en el regazo de la sierra de Sevil no baja nunca de los 600 metros y tiene que pegarse a las contadas facilidades que da el terreno. Sevil con sus 1400 metros ya es una altura puntera. Quienes se divierten contándole los años a la madre tierra tienen en Sevil buen entretenimiento. Partes de la serranía, en el lugar conocido por campo del Mesón, están sembradas de lo que los naturales llaman *dineretes* de Sevil

y los paleontólogos nombran *numulites* o testigos eocénicos de la época terciaria, que han llegado a nosotros fosilizados.

La primera media legua de la ruta transcurre en dirección oeste muy marcada hasta casi dar con las casas de Radique-ro, lugar de aceite y vino, donde aflora una caliza excelente. El resto del camino enderézase hacia el sur y en las cercanías de Adahuesca se hace de suave andar.

Adahuesca adorna su paisaje con el clásico verde de la encina y el olivar. En Adahuesca nacieron las santas Nunilo y Alodia. Nunilo, Nunila, Nunilón, Nunilona, Nunita y Nuviliona, que de todas esas formas se llama la primera, y Alodia eran hijas de un sarraceno que casó con cristiana, la cual murió con la sangre bien quemada por los padecimientos morales que le proporcionaba un marido fanático. Las huérfanas perseveraron en la fe de Cristo Nuestro Señor. El padre, en parte por intransigencia y en parte por quitarles la herencia de la madre, denunciolas primero al juez árabe de Alquézar, por nombre Calaf, y luego al de Huesca, llamado Zumahil, quien no tuvo reparos en cargar sobre su conciencia la orden de decapitar a las dos tiernas doncellas.

Sobre el lugar donde la tradición asegura que se alzó el hogar de las mártires, yérguese hoy una iglesia de sillería bien exornada de dominadora torre. Los años han madurado la piedra, inexorables, calmosos, justos y medidos hasta fatigarla dándole a tramos la suavidad de un terciopelo mineral o la caries donde el viento remeda el son de las caracolas.

En los aledaños de Adahuesca está el santuario de Nuestra Señora de Treviño, fábrica románica que se alegra todos los años con el bullicio de los romeros y la sanidad de ánimo que da el buen comer y beber. Treviño es encrucijada famosa donde se dan cita desde siglos atrás muchos lugares de la comarca que honran a la Madre de Dios.

Pasado Adahuesca, la ruta, muy bella para quien la recorre sin prisa, se orienta hacia el noroeste hasta que en la vecindad de Alberuela de la Liena cruza el río Isuela y,

dejando a un lado lo fácil del valle, remonta una y otra loma hasta que se topa con las casas de Bierge, apuradas dos leguas de más subir que bajar. Cerca de Bierge hay una ermita consagrada a san Fructuoso cuyos murales, pintados cuando fenecía el siglo XIII, están en el museo de la catedral de Huesca y en los Estados Unidos de América.

De Bierge sale orientada con rigor hacia el norte la ruta que lleva a Las Almunias y a Rodellar. Almunia es palabra que viene del árabe y significa granja.

El camino sube sin descanso dejando al oeste el río Isuela y al este el Alcanadre, curso este último de aguas claras y abundantes donde salta la trucha tras la mosca huidiza y se escurre la anguila zorrastrona.¹⁰⁶ Las tres leguas y media que separan Bierge de Rodellar son un recreo para los sentidos. Las serranías violáceas del fondo se animan y mudan de color jugando a aparecer y esconderse como escolares traviosos a la hora del recreo. El terreno se encrespa, buscando alturas; la flora tiene la gallardía que concede la mayor finura de los aires y aguas, y el arbolado cobra importancia como si se percatara del papel que desempeña en un teatro donde son figuras de compañía las masas de rocas y la tierra mineral.

Pasado el puerto de la sierra de Rufas y Las Almunias, la carretera deja la querencia del Isuela para acercarse al Alcanadre y a su afluente, el Mascún.

El barranco de Mascún es una de las piezas geológicas que apasionaron al francés Luciano Briet,* gran conocedor del Alto Aragón y escritor que hizo por las montañas oscenses tanto como el más ilustre de los hijos del país. El Mascún más que correr salta en venas, hilos y espumas de aguas batiendo los gorriones¹⁰⁷ en una profunda sima rematada por un circo. El dramático retorcimiento de la piedra y la tierra en gargantas, hondones, laberintos y agujas hace creer que

106 Pícaro.

107 Guijarros.

ese caos tenía vida poco antes y puede volver a tenerla; que las rocas han sido sorprendidas por la petrificación a medio camino, cuando se dirigían al lugar señalado en el plan geológico que deben cumplir; que se trata de una penosa y sobrecogedora provisionalidad.

En Rodellar, don Dimas ajustó las cuentas de una punta de ovejas compradas a medias con un amigo ganadero para recríó y tanteó una opción sobre las hierbas de un monte. Como el de las hierbas quería volverse atrás del precio primitivo y salía pidiendo por los cerros de Úbeda, don Dimas tuvo que echarle a la discusión las trompetas del Juicio Final. Llegados a un acuerdo, el de las hierbas, que a juzgar por las súplicas parecía hablar por boca de fraile, le dijo a mi patrón:

—Por cierto, ¿se acuerda usted de don Magín Papalardo y Carrascosa, aquel señorito que se pasa el tiempo escribiendo?

—Sí que me acuerdo —respondió receloso mi patrón—. Pero, ¿qué tiene que ver don Magín con el trato de las hierbas? ¿O se ha metido también a ganadero?

—No, señor; es que le prometí que al atardecer lo bajaría con la tartana a Bierge y pienso que si usted se hiciera cargo del galán podría excusarme el viaje.

Don Dimas accedió a lo pedido y a poco estuvo con nosotros un joven en la flor de la edad, alto, la tez tomada por los elementos, la expresión franca y el pelo de ese color amarillento que tienen los trigos cuando se aborraján.¹⁰⁸

Desandando el camino de Rodellar a Bierge hicimos gran gasto de charla sobre temas livianos hasta que don Dimas terció:

108 *Aborrajarse*: secarse antes de tiempo las mieses y no llegar a granar por completo (*DRAE*).

—Y usted, don Magín, y perdóneme si me meto donde no me llaman, ¿cuándo asienta la cabeza?

Rió el joven de buena gana y respondió al estilo montañés, repreguntando a su vez:

—¿Y por qué, caro don Dimas, las ranas no tienen pelo, si viviendo en aguas frías unas buenas greñas les vendrían muy bien?

El avisador Gregorio Sotero y el mozo de mulas Restituto Azcón soltaron el trapo tan estrepitosamente que don Dimas se amoscó. Don Magín, comprendiendo que la cosa llevaba las de torcerse, explicó componedor:

—No me tome las respuestas a mal. Ya no sé si ando derecho o torcido pues tengo la voluntad como una giralda que se orienta según y como le sopla el viento. Soy medio oscense y medio perulero.¹⁰⁹ Hace unos años quise hacer lo que usted llamaba antes asentar la cabeza y tuve veleidades de estudiar para funcionario, pero hablando con unos y otros llegué al convencimiento de que hoy en día los empleos públicos son para trabajar y no para ganar dineros como ocurría antes. Total que eché cuentas y los números que saqué me dieron a entender que, sin disfrutar de las rentas necesarias para vivir como un misionero protestante, reúno lo necesario para darle gusto a mi santísima voluntad, y aquí estoy siguiendo los mandatos de la misma.

Veníamos todos andando tras el carro y, mediadas las revueltas del puerto de la sierra de Rufas, hicimos un pequeño alto para darle un tiento a la bota y un descanso al resuello. Don Magín, la vista vagarosa por cuetos, montes y cotarras,¹¹⁰ siguió:

—Pronto oirán hablar de mí. Estoy escribiendo una obra mayor y varias menores. Siento cómo me bullen las ideas en la cabeza, como si esta fuera un barril lleno de cerveza y

109 Oriundo del Perú.

110 Laderas de un barranco.

aquellas el giste¹¹¹ blanquecino que se escapa al verter el saciador líquido.

Sacó un cuaderno de tapas de hule negro y prosiguió:

—La obra mayor se titulará *Poema par de los Pirineos*.

—¿Y por qué par?

—Porque se compone de dos partes y dos es número par. La primera la dedico a la flora y la segunda a la fauna. Precisamente en Rodellar he coleccionado los adjetivos que se refieren a lo más señalado de la fauna...

Abrió el cuadernillo, buscó una página repleta de escritura a lápiz y comenzó a leer:

—La saltadora ardilla, la sanguinaria comadreja, el voraz ratón, el nemoroso topo, el defendido erizo, la suave nutria, la recelosa liebre, el temeroso conejo, el montaraz gato, la codiciada marta, la perseguida zorra, el carnicero lobo, el laminero oso, el tembloroso ciervo, el veloz gamo, el airoso corzo, la vigilante gamuza, la barbuda cabra, la majestuosa águila, la viajera golondrina, la adornada abubilla, el cantador cuclillo, la andariega perdiz...

—Oiga —corté la relación—, eso de andariega para la perdiz no me parece propio.

—Sepa usted que la perdiz es gallinácea que anda a peón y corre mucho más tiempo que vuela.

—Sí, señor —terció don Dimas—, tiene usted toda la razón.

—Prosigo —dijo satisfecho don Magín—: la sabrosa codorniz...

—Eso va en gustos —volví a interrumpir con sarracenas intenciones—. A mí me gusta más la perdiz. Sabe más a montuno.

—Como el que escribe soy yo..., allá usted, y cojo otra vez el hilo: el vagabundo gorrión, la elegante urraca, el des-

111 Espuma de la cerveza.

tractor grajo, el canoro ruiseñor, el silbador mirlo, la lucida oropéndola, el minúsculo reyezuelo, el engañoso tordo...

—Ahí sí que no le sigo —ataqué yo—. No veo en qué se funda para que el tordo sea engañoso.

Envolviome don Magín en insolente mirada y explicó con retintín perdonavidas:

—Me parece que usted de literatura y refranes anda flojo. Digo que el tordo es pájaro engañoso porque harto sabido resulta aquello que se aplica a ciertas personas que adolecen de la condición del mentado; a saber, «la cabeza pequeña y el culo gordo...», y perdóneme por lo grosero de una expresión que me hubiera ahorrado si usted no fuera tan duro de mollera.

Don Dimas holgose muy mucho con las palabras de don Magín y otro tanto hicieron Gregorio Sotero y Restituto Azcón. Don Magín siguió con la retahíla de animales y sus adjetivos.

—El enlutado estornino, la huidiza torcaz, el reservado mochuelo, el solemne búho, el voraz buitres, el coloreado jilguero, el humilde pardillo, la elegante grulla, el solitario jabalí, el virguero¹¹² urogallo...

—¡Alto el carro! —exclamé ya en son de guerra—. No me puedo imaginar a qué viene eso de virguero refiriéndose al gallo de los bosques.

Don Magín, despreciando argumentar conmigo, dirigióse a mi patrón y le preguntó:

—Dígame usted, don Dimas, y a su justo juicio me remito: ¿ha visto usted alguna vez animal más virguero que el urogallo?

—Las cosas, como son y el chocolate, espeso —sentenció don Dimas—. El urogallo es un animal virguero si los hay, y no se discuta más.

112 *Virguero* (adjetivo jergal): de gran calidad o mérito.

—Con la abrasadora cantárida¹¹³ cierro la relación de la fauna adjetivada. Si la inspiración me socorre pronto arremeteré contra la flora, que esa sí que es hueso de taba. Verán ustedes.

Guardó el cuadernillo, sacó en su lugar un mazo de cuartillas cosidas con liza y, encarándose conmigo, habló:

—Usted, el de los peros, dígame algún adjetivo que cuadre con estos árboles: pino, abeto, haya, roble, encina, fresno, abedul, chopo, álamo, sauce, tilo, retama, boj, castaño, nogal, avellano silvestre, peruetano¹¹⁴... y corto la relación para pasar a la de las plantas. ¿Qué propiedad destacaría usted en la campanilla, el musgo, el liquen, el acónito, la valeriana, la genciana, la tormentilla, la sensitiva, la clemátide, la salvia, el árnica, el tomillo o el brezo, para no aburrirle a usted con una lista que no se la salta un prelado?

Me encogí de hombros y don Dimas intervino, conciliador.

—Difícil es la tarea, pero si logra atinar como en los pájaros y las bestias la obra llegará a ser sonada.

Don Magín suavizose bastante.

—Una vez que haya adjetivado todo, solo es cuestión de buscar consonantes y de encontrar un argumento. Salvado lo duro de los árboles y las plantas, lo que me queda es coser y cantar.

—¿Y las obras menores? —quise saber yo.

—Se trata de breves narraciones o entremeses que entretienen mi hambre de gloria mientras llega el plato fuerte de ver terminado el *Poema par*. Justamente esta mañana se me ha ocurrido uno que cuando ande mejor de tiempo pasaré al papel. Lo título *Loco por el cuero*.

—Usted dirá —animó, curioso, don Dimas.

113 Coleóptero cuyos élitros se utilizaban como afrodisíaco. De ahí, el adjetivo *abrasadora*.

114 Peral silvestre de fruto amargo.

—Es la historia de un tuerto dominado por la pasión del *football*, que tenía un ojo de cristal para diario y otro con el escudo del Zaragoza F. C. que solo se ponía los días de fiesta.

El avisador Gregorio Sotero hizo el ademán con que se responde a quien exagera pero don Dimas, que por las muestras había cobrado extraño afecto a don Magín, salió por los fueros del mozo y explicó:

—No hay que extrañarse. Siendo yo de edad de quintar conocí a un tratante de mulas natural de León, por nombre Austregesilo Sahagún, que se hacía llamar *Pepe* porque decía que era un nombre más comercial. A don Austregesilo o don Pepe, como ustedes lo quieran nombrar, le faltaba una pierna y para subsanar la cojera tenía treinta y una patas de palo. Cada día del mes se ponía una diferente. Las tenía en toda suerte de maderas y estilos: isabelinas, francesas, barrocas, inglesas, en caoba, en ébano, en palo santo, en madera de teca... Había que ver las piezas que sacaba los domingos. Aún recuerdo los primores de una dorada a fuego y tallada por un maestro que hacía santos y altares para las iglesias. De la contera arrancaba una especie de columna toda engalanada con pámpanos de vid, flores y racimos de uva pintados en su color natural que remataba con cuatro angelitos a quienes no faltaba otra cosa que hablar. Cuando don Pepe viajaba, llevaba una galera de cuatro ruedas que se llenaba con las treinta y una patas de palo, cada una en su estuche acolchado con terciopelo.

—Oiga, don Dimas —suplicó don Magín—, ¿le importa a usted que me apropie de esa curiosidad? Es mejor que inventada.

—Por mí —asintió generoso don Dimas— ya está hecho el regalo. Suya es y que le aproveche.

—Esta misma noche la pasaré al papel. Hay días en que se tienen tantas ideas como serpollos¹¹⁵ los árboles en pri-

115 Brotes, renuevos.

mavera; otros uno se las ve y se las desea para hacer la o con un canuto. Muchas gracias, don Dimas. Y ahora si no les importa voy a meditar un poco las variantes y aderezos que de mi cosecha han de pasar al cuerpo principal de la historia de don Austregesilo o don Pepe Sahagún.

Sacó don Magín una flauta del bolsillo interior de la americana, se adelantó un trecho a la collera de mulas y comenzó a tocar una piececilla sentimental y rara que repitió una y otra vez hasta que las luces de Bierge nos dieron la señal de que, por ese día, alcanzábamos ya el seguro, el buen yantar y el descanso.

VI. DE BIERGE A HUESCA

DE BIERGE A MORRANO hay legua y media escasa. La ruta busca primeramente la forma de cruzar el río Alcanadre y apenas lo logra ha de desandar un trecho en la otra orilla para aprovechar la querencia del cauce y faldear los montes que cierran el paso. El paisaje es a la vez rústico y solemne, elemental y compuesto como el espino blanco cuando en mayo tapa las heridoras púas con candorosas florecillas. Al pueblo de Morrano, varado en un espolón de la sierra de Guara, lleva el fino viento de los altos la acalorada protesta del Alcanadre sometido al espantoso trajín de golpear una y otra vez las peñas hasta abrirse paso en cortadas profundas donde nunca cesa la ronca ira de las aguas. En los limpios cauces cercanos a Morrano saltan tras el engaño de la mosca unas truchas de rosadas carnes, cuya estirpe sin duda viene del mejor de los salmones.

De Morrano a Yaso —media legua larga—, el camino busca cuantas ocasiones son buenas para abrirse un paso razonable hasta que, ganada la vecindad de Bastarás —otra media legua más allá de Yaso— y siempre resollando entre montes, cruza el barranco que dicen Rebullón, encaja en las breves navas que brinda el río Formiga y corta al barranco de Santa Cilia, cauces todos que nutren la vena del Alcanadre.

Entre Morrano y Yaso el medio perulero don Magín Papalardo y Carrascoso, que en Bierge había decidido

madrugar y seguir en nuestra compañía, se encaró con don Dimas y le espetó mientras se desperezaba lánguido:

—A mí me gustan las mozas que en Perú llamamos entradoras.

—¿Y eso qué es?

—Las mozas valientes —aclaró don Magín.

—¡Ah, vamos! —gruñó don Dimas.

—Sí —perdióse nostálgico don Magín—; cuanto más entradoras, mejor, porque, ¿sabe usted?, yo soy de natural muy tímido aunque no lo parezca.

Como a media hora de Bastarás, quienes toman el gusto a curiosear las tripas de la madre tierra tienen en las cavernas de Chaves y de Solencio dos piezas cumplidas. A la caverna de Chaves, que en el país llaman también «la cueva de los encantados», se entra por una boca de generosa anchura que pasa de las sesenta y cuatro varas¹¹⁶ aragonesas y en el punto más alto alcanza las diez varas. La caverna de Chaves, después de apuntar un buen trecho hacia el norte y el noroeste, se parte en dos ramas, una de las cuales caprichosamente se revuelve hacia el este.

La caverna de Solencio en cuanto a longitud y altura tiene menos entidad que Chaves y la entrada por lo raquítica es de las que obligan al curioso a hacer de conejo. Sin embargo, en Solencio, con un poco de suerte, se puede contemplar el atemorizador espectáculo de una fuente que mana y deja de manar como por arte de birlibirloque y con acompañamiento de ruidos tales que parecen venir de las acreditadas calderas de Pedro Botero. En Solencio el agua llega y se va de parecida guisa entre credenciales de ronquidos, silbos y sordo retumbar, pues la geología ha forjado un sifón que se carga y descarga en ocasión de lluvias.

116 Algo más de 49 metros.

Entre Bastarás y Panzano la cuenta del camino queda en una legua medida con generosa chorrada. Panzano tiene a sus espaldas lo más silvestre de la sierra de Guara y el curso del Formiga, que a poco trecho del lugar comienza a aprender el corredor oficio de río. En Panzano hay una iglesia románica del siglo XII que merece la pena de una visita, aun contando con el dolor que en los ánimos tiernos produce contemplar esa clase de heridas del tiempo que no acertaron a hallar al samaritano restañador.

Separado de Panzano por algo más que una legua está Aguas, donde hicimos noche. Un conocido de don Dimas nos albergó y fue aquello de llegar y besar el santo pues pasamos sin más a la cocina, donde, arrimados a una mesa bien guarnecida de vino y menudencias de boca, aguardaban dos personas, la una exageradamente alta y la otra por demás pequeña, que tan pronto conocieron a don Magín lo saludaron con grandes muestras de aprecio.

El alto, dentón y arqueado de piernas resultó llamarse Lesmes Bienzobas Pelegrín. El pequeño, de nombre Sabiniano Pertusín Goyo, usaba un descomunal mostacho de cerdas rojas como las barbas del maíz, tenía los ojos azules y se empinaba sobre unos zapatones de suela exageradamente gruesa.

Ni don Lesmes ni don Sabiniano dieron señal de sentirse refrenados por nuestra presencia y, tan pronto como nos acomodamos en la mesa, el segundo explicó:

—Cuando ustedes llegaron le decía al amigo Lesmes que a mí de joven me llamaban *Pertusín media ración*, por los pocos dones de naturaleza que me dio Dios.

Don Lesmes quiso dorarle la píldora.

—Hombre, don Sabiniano, no es que usted sea un gigante, pero puede pasar...

—No me venga con gaitas —interrumpió el pequeñajo—. Yo me libré del servicio por corto de talla. Y no me pesa,

porque entonces teníamos monarquía y a mí la querencia me llevaba al republicanismo cantonal.

Don Lesmes nos miró alarmado.

—Don Sabiniano, que nos pueden oír y luego las carga el diablo. Modérese, que no tengo ganas de andar en solfas.

—A mí —se sulfuró don Sabiniano— me toma usted como soy o se va a vearar sémola al Canfranc.¹¹⁷ Ningún hijo de vecino me coarta la libertad de expresión.

Hubo un silencio pacificador que se llenó con el coro de sorbetones que los comensales dedicaron a unas bien aliñadas sopas de ajo. En la vecina estancia dos zagaes comenzaron a zurrarse la badana usando de una aplicación digna de la mejor causa. Un tercero hizo acto de presencia en la habitación y, dirigiéndose al posadero, anunció:

—Felipín y Camilo se están calentando, padre.

—Déjelos que se sacudan —intervino don Lesmes—. Así se hacen los buenos patriotas. Cuando yo estudiaba ingeniería pecuaria eran muy comunes estos lances. Desde muy pequeños nos educábamos en la forzada tradición del casarse. Hoy la gente se pega poco. Todo se queda dentro y así ocurre lo que ocurre.

—Y usted que lo diga —asintió don Sabiniano—. Por eso se han carcomido los imperios mundiales. Nadie quiso ir a romperles la jeta a los chinos o a los morenos, pongo por ejemplo.

—Habla usted que lo borda —alabó don Magín.

—De casta le viene al galgo. En tiempos de Berenguer¹¹⁸ casi salí concejal. En los pueblos ya se sabe: todo se vuelve

117 *Irse a vearar sémola al Canfranc*: expresión coloquial que vale por *irse a freír espárragos* y otras similares. Viene motivada por lo absurdo de la acción de vearar la sémola. Popularmente se conoce como *el Canfranc* al ferrocarril que, saliendo desde Zaragoza, termina su recorrido en esa estación pirenaica.

118 Se refiere al último gobierno de la monarquía alfonsina, que, entre fines de enero de 1930 y mediados de febrero de 1931, presidió el general Dámaso Berenguer.

envidias y una coalición de carcas me tiró a degüello. Por aquellos días yo era filósofo.

—¡Caray!...

—Sí, señor. Como se lo cuento. Acababa de perfeccionar la teoría del hombre pequeño. Los largos, y perdóneme la manera de señalar, son antieconómicos. Solo sirven para gastar más tela y en los países deficitarios de algodón son la ruina del erario. Por algo los rusos andaban detrás de conseguir el tipo uniforme: entre un metro cuarenta y un metro cincuenta. Yo reuní en un folleto unos estudios documentados que hicieron su efecto. Napoleón, Nelson, Alejandro el Magno, Beethoven, Tiziano, Mozart, Rafael, Calvino, Descartes, Pascal y muchos más que tengo cuidadosamente registrados en un papel, que por cierto no llevo a mano, eran pequeños. El mandamás de los carcas no me lo perdonó nunca. ¡Claro, medía un metro ochenta y cinco!

Una mujer pasó apresurada camino del vecino cuarto, portadora de una jofaina con agua y un paquete de algodón.

—El pequeño —dolióse el posadero— le ha abierto la cabeza al mayor.

—¿Ve usted? —recalcó ufano don Sabiniano—; el pequeño. Ha sido el pequeño.

—¿Armas arrojadas? —preguntó amargado don Lesmes con ganas de echarle vino al agua.

—No, señor, que ha sido con la badila bien manejada.

Entre estos y parecidos despropósitos discurrió una velada y con ella se liquidó un cabrito asado con su adorno de patatas, a cuyo buen paso ayudaron tres azumbres de clarete de Lanaja.

Don Dimas, satisfecho el estómago, no se sentía cómodo en aquella reunión y, conociéndose el genio, antes de dar con los huevos en la ceniza,¹¹⁹ retiróse a descansar. Lo pro-

119 *Echar los huevos en la ceniza*: locución que vale por *echar a perder alguna cosa*.

pio hice en unión de don Magín y bien acomodados, cada uno en un camastro lo bastante mullido para dar suave trato al cuerpo, suspiró hondamente y comentó:

—Menuda vida se dan esos pájaros.

—Pues usted tampoco se la da mala —sermoneé yo.

—No compare. Ni buscadas con candil hallará en todo el reino personas más despreocupadas que don Lesmes, don Sabiniano y un tercero, cuyo nombre no me viene a la memoria, que es hijo natural reconocido de un secretario de ayuntamiento y una asistenta de Larache que en vida respondía al mote de *Cubrecorsé* por lo íntimamente que abrigaba. Los tres...

—No siga —interrumpió don Dimas—. Usted se refiere al horticultor don Acacio Canuto, por mal nombre *Arbolicos*.

—Sí, señor —asintió humilde don Magín—, y puesto que ya saben quién es excusaré el padrón e iré al grano. Don Lesmes, don Sabiniano y don Acacio, que debe de estar moribundo pues de no ser así no acierto a comprender su ausencia, una vez al mes salen juntos de correría por esos pueblos de Dios, atentos solo a comer bien, a beber en consonancia con lo comido y a descansar para que el bolo alimenticio siga su curso. Todos ellos tienen buenas carreras. Don Lesmes es veterinario; don Sabiniano, comadrón y practicante, y don Acacio, maestro nacional. Sin embargo ninguno ejerce en lo suyo. Don Lesmes, el veterinario, tiene un negocio de relojería; don Sabiniano, el comadrón, está especializado en la trata de cerdos, y don Acacio vive de la horticultura.

—Muy propio de la nación —sentenció don Dimas.

De la cocina nos llegaron ruidos, berridos y gritos tan fuertes que don Dimas de mal talante ordenó a Gregorio Sotero que fuese a averiguar lo que ocurría.

—Pregunta si es que están sonando las llamadas al valle de Josafat.

Como Gregorio Sotero tardase en regresar y los ruidos se convirtieran en algarabía tumultuosa don Dimas, preocupa-

do, ordenó a Restituto Azcón que averiguase los motivos de la tardanza de Gregorio Sotero y la razón de tan descomunal jarana. Regresó este último, no sin tardar lo suyo, y mostrando un vaso bien colmado anunció eufórico:

—¡Santa Orosia bendita! ¿Pero qué hacen ustedes encamados? ¡Están repartiendo *champagne* como si fuera rancho! Ha venido un tal don Acacio con una tartana llena de licores.

Y sin más explicaciones ni atender las órdenes que don Dimas le daba Restituto Azcón desapareció por donde había venido.

—Si queremos tener la fiesta en paz —aconsejó muy serio don Magín Papalardo—, más nos valdrá renunciar a la cama y seguir viaje porque las bacanales de esos tres se sabe cuándo comienzan pero no cómo terminan.

—Razón que le sobra —aseguró don Dimas, y sin más explicaciones comenzó a recoger sus cosas.

Seguimos el ejemplo del patrón y, mientras trajinábamos, don Magín fue completando el cuadro de los personajes que en la cocina de la posada sumaban y seguían holgándose sin ningún género de límites y consideraciones.

—Don Sabiniano tiene el gusto de la pólvora; como haya bronca gorda alguno se llevará un susto y si no que se lo digan a Felicito Bistué.

—¿Y qué es lo que hay que decir a ese señor? —pregunté yo.

—Don Felicito era el dueño de la farmacia donde solía comprar las medicinas don Sabiniano. Parece que estoy viendo a don Felicito. Era miope, se parecía por la filatelia y amaba lo francés con tantas ganas como don Sabiniano lo alemán. Con don Felicito la familia de los Bistué se ponía en la cuarta generación de boticarios. Excuso explicar el mérito que tenía la colección de frascos, tarros y redomas, todos ellos con sus letreros latinos metidos dentro de orlas muy floreadas, heredados de los abuelos boticarios. Aquel des-

pliegue de loza, barro, cristal y opalina formaba el frente de botica más tradicional y completo que uno puede imaginarse, hasta que un día...

—¿No podría usted abreviar? —suplicó don Dimas—. Nos tiene a todos con el alma colgando de un hilo.

—Perdóneme, don Dimas, pero yo las cosas o las cuento a mi aire o no las cuento. Veamos por dónde iba. ¡Sí, claro!... Don Sabiniano y don Felicito no se llevaban muy bien y cuando los alemanes y los franceses comenzaron a sacudirse las costuras las relaciones de los dos personajes a cuenta de las discusiones en la tertulia del círculo mercantil y agrícola se agriaron lo suyo. Un día don Sabiniano no halló junto al específico que había comprado en la farmacia la correspondiente literatura y pretendió que le devolvieran el importe de la compra. Discutieron, salieron a relucir los trapos sucios y don Felicito, exaltado, le dijo a don Sabiniano: «¡Usted a callar o le doy un sopapo y lo pongo de rodillas de cara al rincón! ¡Los niños hablan cuando orinan las gallinas!».

Don Sabiniano no respondió a la injuria. Regresó a su casa, cogió un trabuco naranjero, lo cargó hasta la boca, ciñose un cuerno de pólvora, se echó al hombro una cacerina¹²⁰ de piel de cabra, atiborrada de cachos de galápago,¹²¹ postas, tachuelas y clavos, y se presentó ante el boticario.

—¿No lo mataría? —interrumpió, cautivo en la narración, don Dimas mientras bregaba para atinar con las perneras de los calzones.

—No, señor. No lo mató pero le dio un disgusto tal que valió por la muerte. Desde aquel día el boticario no ha vuelto a levantar cabeza.

Don Felicito, tan pronto vio llegar a don Sabiniano bien armado y con la determinación del poseso retratada en el semblante, se dejó caer ante el mostrador con los brazos en

120 Bolsa para llevar la munición.

121 Piezas pequeñas de plomo.

cruz y comenzó a gritar, patético: «¡Don Sabiniano, que se pierde! ¡Don Sabiniano, por los clavos de Cristo, que luego se arrepentirá y será tarde para los dos!».

Don Sabiniano, muy digno, alzó el arma y, mientras don Felicito se cubría el semblante y en alta voz sin respeto humano alguno se encomendaba al Redentor, descargó un soberbio trabucazo sobre los frascos y tarros que decoraban el frente. El recuerdo farmacéutico de cuatro generaciones cayó deshecho entre astillas de estantería y pegotes de la cal de la pared. Don Sabiniano declaró entre sombrío y jactancioso: «Que le sirva de lección. Los hombres se miden por sus obras y no por su estatura. Cuarenta y ocho frascos y tres estanterías. ¡A ver quién mejora el tiro! Y digo más. Si el sargento de la benemérita tiene noticia oficial de lo ocurrido, pues noticia particular se la daré yo esta misma tarde cuando juguemos la partida de tresillo, una vez cumplido con la justicia vendré a practicar con las tripas de un boticario».

En la calle comenzó a sonar una murga tan desafinada que don Dimas exclamó compungido.

—¡Madre del Verbo Encarnado! ¡Más que tocar parece que capan notas! Esto ya no hay quien lo sufra.

Asomose don Magín al balcón y volvió diciendo:

—Son una combina de aire y cuerda que se hacen llamar *Ruipérez y su ritmo*. Sacan la tripa de mal año soplando y rascando en las fiestas de los lugares. Seguro que se los ha traído don Acacio. A don Acacio le gusta divertirse a lo grande.

El guirigay de la posada parecía ya la antesala del infierno y don Dimas se las vio y se las deseó para reducir a la obediencia al mozo de mulas Restituto Azcón y al avisador Gregorio Sotero, quienes habiendo pillado la zorra¹²² se negaban a emprender el camino. Entre don Magín y yo

122 *Pillar la zorra*: emborracharse. En Huesca *zorro* es el sinónimo más frecuente de *borracho*.

aviamos a las caballerías e hicimos el enganche. Mientras tanto Restituto Azcón caía fulminado por la mezcla de bebidas como toro herido por la maza del matarife. A Gregorio Sotero fue más difícil reducirlo. Era de naturaleza fantasiosa y argumentaba que ningún cristiano podía privarle de su ratito de esparcimiento y que mal tenían que venir las cosas para que aquellos señores tan bien organizados y tan generosos no tuvieran en camino un carro cargado de alegres mozas para remate de la fiesta. Cuando a Gregorio Sotero le entraba el rijo tornábase de la condición del más testarudo de los animales. Para complicar más las cosas el posadero quiso intervenir en favor de Gregorio Sotero y a grandes voces comenzó a sermonear:

—¡Tú eres libre! ¡Mándalos a escarbar cebollinos! ¡Yo en tu lugar no me iba! ¡Ese patrón tuyo, por las trazas, debe de ser de los que creen que los pájaros maman!

Don Magín sulfurose y, envarándose con el posadero, le gritó:

—¡A usted nadie le ha dado plaza de metesillas!¹²³ ¡Porque somos libres nos vamos ahora mismo y nos llevamos al criado!

Vio el posadero tanta determinación en don Magín que prefirió abandonar el pleito. Gregorio Sotero entre hipos solicitó de don Dimas:

—Ajústeme la cuenta que me quedo en Aguas.

El patrón mordiose la lengua y respondió:

—De acuerdo. Ven al carro para recoger tus cosas.

Antes de bajar al zaguán, Gregorio Sotero echose al coleto un largo trago que fue su puntilla porque apenas anduvo unos pasos derrumbóse por tierra como funda sin relleno. Entre don Magín y yo lo cargamos y tras dejarlo en el seguro de la galera iniciamos la marcha por el camino que lleva a Labata. Eran ya las tres de la madrugada dadas y para nues-

123 Entrometido.

tra suerte había luna llena. Una luna redonda de mayo que alumbraba lo justo para andar cómodo. Don Dimas, sintiéndose filósofo, habló pesimista:

—Todos los hombres están hechos del mismo barro...

—Eso no se lo discuto —atajó sentencioso don Magín—, pero no es lo mismo que de manos del artífice que nos da forma salga un jarrón floreado o un bacín.

Don Dimas envolvió con miradas de mudo reproche el lugar del carro donde gemían las formas confusas del avisador Gregorio Sotero y del mozo de mulas Restituto Azcón, prendidos en las ahogadoras ansias que trae el excesivo beber, y puso el mingo a las meditaciones con esta soberana flor:

—El no saber dar una negativa a tiempo es causa de serios embarazos en ambos sexos.

—Está usted sembrado —admirose don Magín.

—No son palabras mías —aclaró sincero don Dimas—. Son palabras de rey; de un buen rey.¹²⁴

Y ya no dijo más. Don Magín sacó la flauta y alegrose el paso con los mejores desafinos de su cosecha.

A legua y media pasada de Aguas, por un camino que primero apunta al norte y luego al noroeste y discurre entre el río Calcón y el barranco Cumbrados, cuyos nacimientos deja bastante atrás, se llega al santuario de San Cosme y San Damián, que raya sobre poco más o menos en los 900 metros de altura. San Cosme y San Damián, como dice la coplilla que recitan niños y mayores, «debajo una peña están». Lo que ya no resulta exacto es que uno coma queso y el otro coma pan, según termina la coplilla en cuestión. San Cosme y san Damián están debajo de una peña inmensa; en rigor se refugian dentro de una gran cueva muy cerca

124 La frase en cuestión se atribuye a Alfonso XIII.

de la cual nace una clara vena de agua que los fieles han bautizado con el poético nombre de *Fuente Gloriosa*. La peña de San Cosme y san Damián, los celestiales médicos que vieron la luz en Arabia y ganaron un puesto en el canon de la santa misa, está horadada en el corazón de la serranía y vigilada por las cotas más empinadas, alguna de las cuales pasa de los 2000 metros.

De Aguas a la villa de Angüés, bordeada por la gran arteria que es la carretera nacional 240, hay cosa de tres leguas de andar llevadero, pues la vía abunda en la que-
rrencia de ceder altura. Entre Aguas y la villa de Angüés quedan Labata a la izquierda del que camina, Sieso a la derecha, Casbas a la izquierda y Junzano a la misma mano, si bien más apartado del camino que los anteriores. Labata, Sieso, Casbas y Junzano son pueblos de más vino y aceite que trigo. *Sieso* llaman los anatómicos a la parte inferior del recto y por *sieso* tienen los andaluces la falta de gracia.

Casbas es nombre que recuerda la *kasbah*, alcazaba o fortificación de los árabes. En Casbas, en un monasterio fundado hacia 1172 por la condesa Áurea de Pallars, las monjas del Císter no han dejado de rezar en los últimos ochocientos años. El monasterio fue casa de Dios y plaza fuerte dispuesta a resistir las algaradas moras. Los años, que no se van de vacío, lleváronse las murallas y recebaron con ladrillo las caries abiertas en la piedra curada que la intemperie coloreó de miel.

La iglesia, alzada en el siglo XII, tiene la impronta que a sus edificaciones dio el orden del Císter, poco aficionada a adornos y zarandajas, y consta de una nave central concebida con generosidad pensando en los fieles y en el culto, el crucero correspondiente y para rematar la cabecera un trío de ábsides. Dentro de la iglesia hay una buena sillería de coro, obra de comienzos del XVI debida a la imaginación del zaragozano Juan Bierto. De buena factura son asimismo el altar

mayor, la predela¹²⁵ del siglo xv que un espíritu bien intencionado pero poco conocedor de los estilos añadió en su día a un altar barroco consagrado a la Virgen de la Gloria y el claustro, que por ser de clausura está fuera de contemplación. La portada del templo la forman once arcos que se abocinan y ensamblan con molduras de simple trazo en las archivoltas.

Angüés es villa cargada de historia que perteneció al señorío de los Lizana, familia cuyos orígenes se pierden en la niebla de los tiempos medievales y cuyo poder y fuerza dejaron de obrar por falta de hombres a la hora de cambiar los señoríos por baronías y condados. Los varones de esta casa antes de desaparecer figuraron en sucesos tan nombrados como la batalla del Alcoraz, que dio Huesca a los cristianos, los pleitos del rey monje Ramiro y el sereno afianzamiento de Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona y rey de Aragón. Ni siquiera se olvidaron los Lizana de prestar una cabeza para el mejor ornato de la tan traída y llevada campana de Huesca.

En Angüés hay una plaza, la mayor, que tiene fuerza y empaque. De un lado la limita la iglesia, en la que llama la atención un bien plantado campanil rematado por un mirador con torretas en los ángulos. Frente a la iglesia ocupa la otra esquina del rectángulo un edificio también en noble piedra que hizo las veces de cárcel y lugar de reunión consistorial. Toda una cara de la plaza se la lleva el solar de los Sanz,¹²⁶ inmensa casona blasonada cuyos sillares se llagan con pegotes de ladrillo que dicen bien a las claras lo que va de ayer a hoy, y por fin frente a casa de Sanz el cerco ciérrase con un lienzo de casas de labranza.

125 Parte inferior o basamento de un retablo.

126 Se trata de la casa de donde procedía el padre del novelista.

En Velillas, que está a una legua de Angüés, don Dimas decidió hacer alto al amor de unos viejísimos olivos lindantes con un atochar.¹²⁷ No quiso el patrón entrar en el pueblo, escarmentado por el recuerdo de lo que tuvo que bregar en Aguas para no quedarse sin servicio, y así nos contentamos con las provisiones que para el caso se guardaban en la galera, más algo de conserva que generosamente aportó a la república don Magín Papalardo. El mozo de mulas Restituto Azcón, como más simple de mollera, andaba confuso y avergonzado por los excesos de la noche de marras, pero Gregorio Sotero, el avisador, que se las daba de leído y escrito, mostraba esa clase de finchazón¹²⁸ de los don nadies rebajados que es de más difícil contentamiento. La suerte vino muy certera en ayuda de don Dimas porque, habiéndose retirado Gregorio Sotero bien dentro del atochar después de anunciar con mucha prosopeya y otro tanto de desenfado que iba a descargar el vientre, oímos el alarido del animal que libra contra natura. Corrimos creyendo que íbamos a hallar al mozo preso en cepo lobero y supimos que le había picado en lo alto de la nalga diestra una cáncana¹²⁹ de tripa peluda. Retorcíase Gregorio en el suelo con su tanto de dolor y su mucho de la aprensión que ataca a quienes andan a vueltas entre médicos, y fue preciso darle un enérgico cordial pues estaba a punto de privarse. Luego don Dimas ordenó:

—Ponte toda la ropa que tengas y que traigan el guitarri-
llo medicinal. Durante cinco horas don Dimas obligó a Gregorio Sotero a rasguear una pequeña guitarra cuyas cuerdas eran todas bordones. Convertido en una pelota de ropa, el músico a la fuerza rascaba las tripas del instrumento de tortura, que cobraba en sudores los roncós sonés que brindaba.

127 Lugar poblado de esparto.

128 Arcaico. Hinchazón.

129 Aragonésismo. Tarántula.

—Dale más fuerte —repetía don Dimas mientras la mirada se le iluminaba con cierto regusto—. Has de echar agua por cada poro, pues en esa corriente se anegará el veneno de la araña.*

Tengo para mí, y lo propio pensó don Magín, que don Dimas extremó con Gregorio Sotero el tratamiento, si es que así puede llamarse aquel suplicio, para gozarse en la obediencia del servidor y reducirlo al imperio del amo. De resultados de aquella singular cura el avisador Gregorio Sotero quedó algo debilitado de cuerpo pero ganó en firmeza de espíritu y olvidó los pujos de rebelión que pudieran quedarle tras el suceso de Aguas. Gregorio miró otra vez a don Dimas como el perro agradecido al amo que le ha librado del peligro cierto de morir. Otrosí, todo hay que decirlo, el avisador resintiose en los dedos del largo período de rasquiña, hasta el punto de que las yemas le quedaron batidas poco menos que a punto de clara.

A media legua de Velillas, a la derecha del que marcha en dirección a Huesca por la carretera nacional 240, sale un camino que lleva a Liesa y muere en Ibieca, a poco más de una hora de andar ligero desde la desviación.

Liesa custodia una buena colección de pinturas del románico en su momento de transición al goticismo, debidas a los pinceles de un maestro que los entendidos llaman de Liesa, es decir, con el nombre del lugar, sin duda porque no saben cómo decirle. Este maestro de Liesa, discípulo de otro anterior igualmente desconocido a efectos de justa y medida identificación llamado maestro de Barluenga, decoró hacia comienzos del xiv con mucho primor los muros de la ermita consagrada a santa María del Monte.

Para desgracia de los amantes del arte, la furia de los años y de los hombres dejó el presbiterio de la iglesia limpio de decoración pero quedan los murales del lado del

evangelio, que describen muy a lo vivo el martirio de san Vicente, a quien los paganos despellejaron, azotaron e hicieron sufrir los dolorosos rigores del potro; y los del lado de la epístola, que registran los padecimientos —cárcel, golpes y fuego— de santa Catalina. La técnica del maestro de Liesa a pesar de su simplicidad consigue una gran fuerza descriptiva. Los trazos, medidos pero enérgicos, prenden al visitante en la mágica barbarie de una ordalía¹³⁰ tan somera como justamente explicada. Son pinturas al alcance de las almas sencillas del xiv cuya contemplación impresiona a las harto más complicadas de seis siglos después.

El ayuntamiento de Liesa cuenta con un frontal del xiii cuyo motivo es también el martirio de san Vicente y la iglesia parroquial se enriquece con una buena imagen de la Virgen Nuestra Señora, en actitud sedente, con el Niño Dios sobre el regazo, perteneciente asimismo al siglo xiii.

A poca distancia de Ibieca se doran al sol las fabulosas piedras de San Miguel de Foces, juntadas en 1259 por orden de don Ximeno de Foces para honra de Dios y guarda de los restos mortales del fundador y de su hijo, don Antón de Foces, muerto en 1302.

En San Miguel de Foces, a los frutos tardíos del románico aragonés se juntan, usando de maravillosa armonía, los avances del primer período del gótico, para lograr una sinfonía en piedra donde ninguno de los elementos reunidos desdice. Sin embargo, con ser la fábrica tan buena, le ganan en excelencia las pinturas murales que cubren los lienzos donde se cobijan cuatro tumbas: la de don Ximeno, la de don Atón y otras dos más, el nombre de cuyos ocupantes se ha perdido en las tinieblas de los tiempos pasados.

Las pinturas de San Miguel de Foces no tienen autor conocido. Se emparejan en esto con las de Liesa y Barluenga, si bien el maestro de Foces ilustró los muros usando de

130 Martirio, suplicio.

una variedad en lo tocante al tema religioso de que no disfrutó el de Liesa.

El pueblo de Siétamo se despereza sobre una loma de cara al Guatizalema, río de escasos caudales que allí se abren paso entre huertecillos, sernas,¹³¹ vides, olivos y carrascas. A la espalda queda la serranía de Guara, tintada según aliente el sol o el viento, y en el frente y a los costados el mar de cuetos del somontano.

Cosido a diente de perro sobre la orilla del montículo que da albergue al lugar, alzose hasta hace seis lustros el castillo de los Abarca de Bolea. Allí se abrieron a las luces de este mundo los ojos del inteligentísimo, feo, irascible, maniático, tozudo y europeo don Pedro Pablo, conde de Aranda, muy nombrado ministro de Carlos III. Consolémonos pensando que las venerables piedras no se han perdido para el arte de la construcción. Se ha cumplido una vez más aquel principio de la ciencia en cuya virtud la materia ni se crea ni se destruye: simplemente se transforma.

Más allá de Siétamo, a la prudente distancia que exige el ejercicio de una profesión para la que no existen facultad o escuela reconocidas, colegio de ejercitantes ni pagos de contribución a la hacienda, el avisador Gregorio Sotero había dado cita a los clientes de don Dimas. Asistía yo, como era mi obligación, al patrón, flanqueado por don Magín, cuando vimos llegar a dos hombres portadores de una silla de manos, seguidos del correspondiente relevo. Don Magín, asombrado, dirigióse a don Dimas:

—Por los clavos de Cristo, repare en esa antigualla que se nos viene encima y dígame si estoy soñando.

—No, señor. No sueña usted y si de consuelo le sirve puedo decirle que la curiosidad me tiene igualmente prendido.

131 Porciones de tierra que se siembran.

Llegaron los de la silla de manos hasta nosotros y con las prisas por soltar la carga, pues venían echando los bofes, le propinaron un soberbio tantarantán al mueble, que fue seguido de uno de los más desaforados surtidos de palabrotas y maldiciones que cabe oír.

—Que me apsen si esa boca de infierno no pertenece a don Mahoma Navarro —gritó don Dimas—. Tenga la merced de usar algo más de continencia al hablar y discúlpeme mientras termino.

Alzose la cortina que ocultaba al viajero y, sentado entre almohadas, apareció un hombre de tez morena, cabello endrino, nariz grande y aguileña, bizco del ojo derecho y la boca llena de mellas, que usando de un vozarrón nada común por lo grueso replicó:

—Por las barbas del profeta que, entre la enfermedad, el viaje hasta dar con usted y la costalada que acabo de recibir de estos zorronglones,¹³² me tienen tan empequeñecidos los ánimos que ya no sé ni cómo me llamo.

Rió don Dimas, sin dejar de hurgar en la boca de un galán a quien sujetaban al sillón de las extracciones los brazos nada amables de Restituto Azcón, y respondió:

—Por aquello de las presentaciones le ruego que me indique cómo se llama usted ahora. En tiempos se llamaba usted Focas Navarro, después se hizo llamar Sideral Navarro y luego por muchos años su gracia¹³³ fue Mahoma Navarro, aunque nada me...

El floreo que tan sabroso principio traía fue interrumpido por un extremoso alarido del paciente. El pico de los alicates que el patrón manejaba apareció sujetando un molar recién extraído.

132 Dícese de quienes murmuran ante las cosas que les mandan y las hacen de mala gana.

133 *Su gracia* equivale a *su nombre*. Hoy día se ha convertido en un arcaísmo.

—Antes son mis dientes que mis parientes —comentó don Magín un sí es no es complacido.

—Enjuágate esta noche con sal y vinagre. Si mañana te doliera o comprendieras que la herida criaba materia, que te vea un médico sin perder tiempo.

Encarose luego con el de la silla de manos y preguntó en son de chunga:

—¿A qué se debe que un descendiente de moros emplee los modos de viajar de los cristianos ricos?

—Don Dimas, déjese de cizañar que el horno no está para bollos. Desde las molas de la nalga hasta las corvas me ha salido un serpigo¹³⁴ que se me corre como el fuego en agosto sobre el borrajo.¹³⁵ Ni siquiera puedo valerme para andar, de tanto que me consume el escozor. Y gracias he de dar a que en la última partida de trastos que compré entró esta silla de manos, que de otra forma me hubieran tenido que traer en brazos, como a un mamón.

Acercose don Dimas, examinó las carnes enfermas y preguntó:

—¿Qué se pone?

—Un preparado a base de manteca de cerdo.

—Lo primero y principal —decretó don Dimas— es que tome usted un baño de asiento y en gracia a su estado vamos a comenzar con la cura sin más esperar.

Mientras los galanes de don Mahoma ayudados por Restituto Azcón sacaban de la galera una especie de balde con fondo de bacinilla, que se mantenía en pie mediante un artilugio de hierro, y un acetre¹³⁶ de latón que lleno de

134 Úlcera alargada que se va extendiendo por un extremo mientras cicatriza por el otro.

135 Hojarasca, principalmente de los pinos. Se aplica también a la hierba seca.

136 Caldero pequeño con que se saca agua de las tinajas o pozos (*DRAE*).

agua arrimaron a un buen fuego, el enfermo explicó, receloso:

—Don Dimas, considere que hace la friolera de treinta años que no he tomado un baño, y menos aún de asiento, pues los de esta clase pueden afectar a partes muy delicadas.

—Pierda usted cuidado, don Mahoma, que yo sé por dónde me ando y entiendo mi oficio tan bien como usted el suyo.

—Eso no se lo discuto, pero piense usted que así como mis yerros solo afectan a la bolsa los suyos tocan al cuerpo y, mientras yo puedo enmendar la plana y sacarle a un pardillo los duros de más que pague en mi comercio de antigüedades, usted no es capaz de hacer florecer lo marchito o de cambiar en bueno lo que tornose malo. Yo casi estoy por preferir cualquier cosa al baño.

Encarose don Dimas con don Mahoma y poniendo en sus palabras gran determinación respondió:

—Me parece que usted es de la misma naturaleza que los ilustrados hijos de Berdolé,¹³⁷ que enseñaban a su padre a hacer hijos. Estoy por darle una patada al caldero y dar por terminado el tratamiento.

No quiso don Mahoma seguir adelante por aquella trocha y cadó el pico sin que el talante mostrase el pacificador aire del convencimiento. Mientras tanto el agua estuvo bien hervida y el balde preparado.

—¿Qué? ¿Se decide? —preguntó a espeta perros¹³⁸ don Dimas.

Don Mahoma, el rostro con el blancor de quien herido por las ansias de la espadaña acaba de perder lo mejor de la sangre, comenzó a bajarse los calzones. El pelele¹³⁹ al aire,

137 El dicho popular reza: *Los hijos de Berdolé, que enseñaban a su padre a joder.*

138 *A espeta perros*: Rápidamente.

139 Calzoncillo largo de una pieza.

dejando escapar a la altura de las posaderas el pico de la camisa, don Mahoma componía tan triste figura que movía a compasión.

Don Magín, siempre ocurrente, filósofo:

—No hay grande hombre en calzoncillos. Por muy lejos que llegue nunca tendré criados que me vistan.

Echó don Dimas un puñado de polvos azules que sacó del famoso arcón de la galera y obligó a don Mahoma a que se sentara en el balde. Hízolo el paciente cerrando mucho los ojos y tensando las mandíbulas, que marcaban nudos de músculos en el cuello y bajo la densa sombra gris de la barba. El propio don Dimas con una almohadilla de estropajo tocaba suavemente la piel del enfermo. Suspiró satisfecho don Mahoma y confesó:

—Parece cosa de brujas. Se me ha ido la comezón que me devoraba. Me siento como haca de bulero¹⁴⁰ frente a un cahíz¹⁴¹ de grano.

Completó don Dimas la cura con un aceite balsámico y explicó:

—A la noche toma usted otro baño de asiento y se unge con el óleo de esta botellita. Cúrese a diario al levantarse y al acostarse hasta que el serpigo desaparezca. En menos de una semana podrá usted saltar y correr como un crío. Si le quedaran llagas profundas con inclinación a florecer, utilice esta otra bolsita donde le pongo media onza de polvos arsenicales del hermano Cosme. Para usar los polvos ha de formar una pasta con saliva y goma arábiga a partes iguales.

Don Mahoma sintió que se le despertaban las aprensiones y preguntó:

—¿Dice que estos polvos los he de mezclar con mi salivilla?

140 Jaca del vendedor de bulas. Tradicionalmente, se consideraba a estos animales como hambrientos, por la miseria y mezquindad de sus propietarios.

141 Medida de capacidad.

—Digo y digo bien. Saliva y goma arábica.

De nuevo don Mahoma puso la cara del que recibe la carta de Urías¹⁴² y es sabedor de la engañosa traición de que se trata. Don Magín, con cierto tono de irritación, dignose explicar:

—No sé con qué gentes se habrá jugado usted los cuartos en el rodar de la vida; quizás si lo supiera pudiera hacerme cargo de su desconfianza. De todas formas daré por sentado que usted merece la gracia de una aclaración y la va a tener aunque le produzca más extrañeza que lo de la saliva. Los polvos arsenicales del hermano Cosme tienen la siguiente fórmula: una parte de arsénico, cinco de bermellón¹⁴³ y dos de cenizas de suelas viejas de zapatos. ¿Qué le parece lo de las cenizas de suelas viejas?

—¡Hombre, como parecerme, parecerme...!

Nunca supimos lo que don Mahoma pensaba pues dejó para el silencio lo que debía completar la oración, pero en cambio aquel día celebramos al amor de una pradera zurcida de margaritas un almuerzo descomunal del que fue pagano el enfermo. Los bajos de la silla de manos resultaron ser un depósito tan bien preñado de vituallas que pudo alumbrar una cazuela de caracoles, una tripa de lomo gruesa como muñeca de adolescente y de largor rayana en la media vara, un pernil de puerco bien enlucido con pimentón, una ristra de morcillas de las llamadas de verano, un pastel de liebre, unas empanadillas de huevo duro, menudillos y mollejas de gallina, un mazo de arenques ahumados, un queso montañés, un pellejo de tinto, una botella de aguardiente anisado y una lata de carne de membrillo. Mientras

142 Alude al pasaje bíblico en que el rey David envía una misiva a este general para destinarlo a una batalla de muerte segura y poder así acceder libremente a su mujer. *Recibir la carta de Urías* es, pues, un presagio fatal.

143 Polvo de cinabrio.

despachábamos lo que podíamos de aquel extenso surtido de municiones de boca, don Mahoma explicó:

—Don Dimas y yo nos conocemos casi desde edad de robar nidos, pero ustedes son como si dijéramos nuevos en la plaza y no quisiera que se llevaran mala opinión de mi persona.

Entretenidos en mascar, nos limitamos a gesticular amistosamente y don Mahoma prosiguió:

—Verdad es que como les ha dicho don Dimas en tiempos me llamé *Focas*, pero tan pronto descubrí que descendía del famoso alarife Mahoma Navarro me cambié la gracia.

Tomé nota mental de que según la puntual relación de don Dimas escamoteaba lo de Sideral, pero como nombrarlo pudiera significar un zurrido¹⁴⁴ de conciencia opté por preguntar muy serio:

—¿Y cómo le vino esa inspiración?

—Es fácil de comprender. Yo le debo al comercio de antigüedades los pocos cuartos que he apañado. Hace muchos años que ando por pueblos y villas a la caza de lo que sale y aquí un cuadro, allí una talla o un arcón, más lejos un armario de esos que llaman normando, reúno una partida de género y a Barcelona con ella. Hace una quinceña de años las antigüedades comenzaron a escasear y por las cuatro basuras que salían dieron en pedir el oro y el moro, de forma que resultaba difícil conseguir las diferencias entre el toma y el daca que son la razón del comercio. Andaba yo cavilando sobre lo mal que se ponían las cosas cuando cayó en mis manos un lote de libros a propósito de apellidos, genealogías y linajes. Me puse a hojearlo y fue como visto y no visto.

—¿Se le apareció alguien? —preguntó embobado Restituto Azcón.

144 Sonido bronco.

—No me lo tome tan al pie de la letra. Lo que quería decir es que de pronto me vino la inspiración de sacarle tajada a los libracos.

Con evidentes ganas de echarle el gato a las barbas, don Magín Papalardo habló:

—Aun dando todo eso por bueno sigo sin ver la relación que tiene con el cambio de nombre.

Imperturbable, don Mahoma explicó:

—Mahoma Navarro es la marca que me sirve para pregonar la mercancía. Cuando el frío arrecia y los viajes se convierten en un infierno, me quedo en casita al amor de la lumbre, saco a relucir las guías telefónicas de las tres provincias aragonesas y las cuatro catalanas, elijo un tomo, lo abro por la letra que me cuadra y a todos los García, los Horcajo o los Flores, pongo por caso, allí registrados les envío una carta ofreciéndoles, y cito al pie de la letra, «un memorial sobre el solar de sus mayores y dibujo a todo color, en pergamino, de las armas y blasones de su ilustre linaje».

—¿Y pican muchos? —admirose don Magín.

—No doy abasto —explicó don Mahoma—. Si en vez de empeñarme en seguir las reglas que impone la artesanía decidiera trabajar como el que hace cazuelas, me forraba de oro.

—Hasta aquí he seguido —atacó belicoso don Magín—; pero de aquí no paso. ¿Qué tienen que ver las personas a quienes usted ofrece un amable embuste con los nombres ilustres tomados de los libros genealógicos? Me parece, don Mahoma, que usted saca partido de la monomanía de grandeza de los humanos y si no tuviera las obligaciones del estómago agradecido quizás me atreviera a decirle que su oficio es de zorrastrón.¹⁴⁵

—No es menester que se ande por las ramas —respondió entre galante e irritado don Mahoma—. Si ese es su gusto, llámeme como se le antoje. No olvidaré que es mi huésped y

145 Pícaro.

Mahoma Navarro goza de luces suficientes para dar a un huésped el tratamiento a que tiene derecho. Otro pelo le luciera si me faltara en lugar que no fuera mi mesa, porque habrá de saber que a la sinrazón añade usted la ignorancia, y perdóneme por la forma de señalar. Todos los hombres...

—Son hermanos —cortó incisivo don Magín—. Eso es más viejo que andar a pie. Todos los hombres son hermanos, pero échele un galgo al lazo que nos une.

—Un galgo no echaré, pero sí sabuesos que rastrearán la pieza que por lo visto a usted, a pesar de sus muchas luces, se le escapa. Piense, don Magín, que usted vive en este siglo porque tuvo padre y madre y estos a su vez también tuvieron cada uno su padre y su madre.

—Cabal.

—Pues eche cuentas y verá que usted tiene en este siglo, además de su padre y su madre, cuatro ascendientes, es decir, sus abuelos paternos y maternos.

—Por ahora vale —asintió intrigado don Magín.

—Si va usted al siglo xix los cuatro ascendientes del siglo en que vivimos se convierten, a base de contar tres generaciones por siglo, en ocho, en dieciséis y en treinta y dos.

—De acuerdo.

—Continúe usted descendiendo y en el siglo xviii sus ascendientes serán sesenta y cuatro, ciento veintiocho y doscientos cincuenta y seis.

Don Magín sumaba mentalmente y ponía cara de pocos amigos.

—Bajemos al siglo xvii y sus ascendientes ahí son quinientos doce, mil veinticuatro y dos mil cuarenta y ocho. Le insisto en que es muy fácil. Se van contando tres generaciones por siglo y cada una de estas generaciones es fruto de duplicar la anterior. Mire usted, para que lo entienda bien se lo escribiré.

Tomó don Mahoma un lápiz y un pliego de papel de barba y escribió con una preciosa letra redondilla el siguiente título:

CUENTA CABAL DE CÓMO TODOS
DESCENDEMOS DE TODOS

Debajo del título estableció don Mahoma el cuadro que en todo detalle copió:

<i>Siglos</i>	<i>Ascendientes</i>		
XX	2	4	
XIX	8	16	32
XVIII	64	128	256
XVII	512	1 024	2 048
XVI	4 096	8 192	16 384
XV	32 768	65 536	131 072
XIV	262 144	524 288	1 048 576

Escupió don Mahoma Navarro, aclarose después la garganta con un buen trago de licor y sentenció:

—Le excuso de la obligación de sumar los ascendientes que salen hasta el siglo I. Imagínese solamente la collera de personas y las variedades de sangres que se juntan para que nosotros estemos aquí en esta praderilla al sol y sombra de mayo, disfrutando de una buena digestión. Y no lo digo para faltar a nadie pero cualquier hijo de vecino por fuerza tiene que venir de grandes señores y de grandes sinvergüenzas, de letrados y destripaterrones, de santos y pecadores, de listos y de saltaprados, de hombres de palabra y de cantamañanas...

—En una cuenta tan larga —filosofó don Dimas—, fuerza es que haya rameritas y honradas.

—Y ahora voy a lo mío —exaltose don Mahoma—. ¿Tengo o no tengo razón cuando lustro apellidos, explico linajes, desempolvo casas solariegas y blasono ilusiones? Y le advierto a usted —encarose con don Magín— que vengo pensando en ampliar el negocio y comprar las guías telefónicas de Navarra, Vascongadas y el reino de Valencia.

—¿Y por qué no se compra el anuario telefónico que comprende las cincuenta y dos provincias y acaba de una

vez? En la vida hay que tener ambiciones —aconsejó con sorna don Magín.

Incorporose don Mahoma Navarro y, sin hacer caso alguno del comentario, despidiose de todos, subió a la silla de manos y sentenció:

—Guste o no guste yo desplumo al ganso sin que el animalo chille ni dé muestras de dolor. Vendo ilusiones de nobleza y hago que las gentes se crezcan y afirmen a cuenta de cuatro historias más o menos arregladas y un dibujillo en color. Esto solo lo pueden entender los que sienten la poesía. ¡Hasta más ver, don Dimas y la compañía!

Con la marcha de don Mahoma quedó en la reunión como un silencio de tristeza que don Dimas rompió:

—Este don Mahoma viene de familia de orates. En la pila bautismal, como antes dije, le pusieron por nombre el santo del día, que lo fue san Focas. Focas Navarro era cuando se casó con la hija de un peón caminero que se llamaba Segunda Sarvisé, con la que tuvo tres hijos. Estuvo en Francia, se hizo libertario y se cambió el nombre de Focas por el de Sideral, a su mujer la rebautizó Sirena y a los hijos Universo, Igualitario y Armonioso. En una catástrofe perdió a todos los suyos y para remediar la tristeza que le consumía el ánimo se echó a los caminos, donde dio muchos traspies hasta que se dedicó a las antigüedades y a la compraventa de piedras armeras con buena fortuna.

El perulero don Magín Papalardo sin poder remediar la pasión de ánimo que le consumía estalló:

—Ese don Mahoma es un robaperas, un moharracho¹⁴⁶...

—No es nada de lo que usted dice —interrumpió don Dimas—. Para que acabe de saber de qué pie cojea don Mahoma, le diré que cuando en sus correrías por villas y lugares le pedían mucho dinero por un cuadro mejoraba con tiento la postura y cuando se convencía de que el negocio no se

haría nunca solía exclamar: «Ahora cantaré la gallina. Hacen bien en no vender. Este cuadro es de firma. Si no es un Muriello le faltará el canto de un duro».

—¿Y qué buscaba con eso? —pregunté yo.

—Volver locos a los dueños y de paso impedir que quien viniera detrás en busca de género se pudiera llevar el lienzo, pues los propietarios o se negaban a tratar o pedían los cuernos de la luna en penosa discusión con el mercante, que trataba de imponer la verdad y la razón sin conseguirlo.

Cuando volvimos a la carretera, el exceso de comida y la mucha conversación gastada nos cerraron en un corral de mudez que ya no rompimos hasta que en el horizonte se dibujaron las almenas de Montearagón y los arcillosos y pelados altos que sirven de frontera a la hoya de Huesca.

A una legua de Siétamo, en el borde superior de los alcores que otean el cerro de Montearagón, y a la mano diestra del que viaja hacia Huesca por la carretera nacional 240, sale un camino orientado hacia el norte, que a una hora de la desviación, en el lugar conocido por Sasa del Abadiado, se parte en dos ramales: uno que va a Barluenga y muere en San Julián de Banzo, el pueblo de los abundantes y limpios manantiales, y el segundo que lleva a Castilsabás y Santa Eulalia la Mayor.

En el camposanto de Barluenga se alza una ermita consagrada a san Miguel. Es obra del XIII remozada el XVII en lo que toca a la portada y ni el maestro primitivo ni el restaurador de la entrada se devanaron mucho los sesos buscando originales soluciones y fórmulas arquitectónicas. A modo de graciosa compensación el decorador de la ermita, un desconocido a quien los entendidos llaman maestro de Barluenga, dejó en muros, techos y particiones señaladas muestras de la pintura románica del siglo XIII, cuando las formas y las maneras de hacer abocaban ya al goticismo.

El arcángel san Miguel de antiguo fue honrado con particular culto en el Alto Aragón, donde jamás se le regateó el puesto principal que ocupa en la jerarquía de los cielos. En los muros de Barluenga el pintor adobó lo que del príncipe de los ángeles se conoce con pasajes de hechos milagrosos apoyados en piadosas tradiciones, como la historia del guerrero cuya flecha se revuelve hincándosele en la frente. Los acompañantes del arquero y entre ellos un rústico siervo de los de capellina, olvidando lo feo que es emplear los dedos para señalar, dan fe del prodigio con los índices y hasta un buey o vaca, que si es macho o hembra solo lo sabe el maestro pintor, contempla el suceso poniendo cara de atento examinando. A renglón seguido, la curación del imprudente arquero tiene su séquito de frailes, prelados, un barbado caballero y algunos otros más, bien rasurados, bajo la piadosa anuencia de un san Miguel alado. En otro lugar el glorioso arcángel que divide el lienzo con una representación de Cristo Nuestro Señor de sobria ingenuidad alancea la cabeza principal de un dragón satánico que encubre su maldad bajo la inocente apariencia de un chucho de poca casta.

De San Martín de la Val de Onsera, que la piedad elevó al amparo de una cueva antes de que comenzara el siglo XII, no queda otra cosa que ruinas y la belleza del nombre. Toda la riqueza acumulada por el monasterio, que entre sus favorecedores contó con reyes como el arbitrario y cascarrabias Pedro IV, por otro nombre *el Ceremonioso*, salió de San Martín para que quienes se entretienen en seguirle la pista a lo que no se sabe si desaparece o se pierde se sirvan echarle el correspondiente galgo del dicho.

Volviendo a la carretera nacional 240, desde el punto donde empalma el camino que lleva a Barluenga, hasta Huesca, hay una legua muy generosamente medida. La carretera primero da las correspondientes revueltas para descender a la hoya por un lugar que llaman Estrecho

Quinto, cruza el río Flumen en un punto donde las atormentadas masas de arcilla y piedra sirven de telón de fondo al riente espectáculo de la huerta y a las arboledas y deja a la diestra del que camina el lugar de Quicena y a la siniestra el de Tierz. Cerca de Quicena sale el camino que lleva al castillo de Montearagón, cuyas ruinas colgadas de un cerro dan testimonio del imponente conjunto que fue la abadía-fortaleza.

Cuando Sancho Ramírez soñaba con la conquista de Huesca se levantó Montearagón, en 1085. Aquellos reyes pobretones de la reconquista, que acariciaban la ilusión de dejar la angustiadora, fría y difícil montaña por las tierras de pan llevar del llano, a fuerza de sobar una y otra vez las ambiciones y de recibir solemnes palos a cuenta de las mismas, hacíanse cautos y tesoneros. Sancho Ramírez, antes de descolgarse sobre la hoya de Huesca, jalonó los lugares estratégicos con una línea de fortificaciones a la que perteneció Montearagón y en la que no fueron perlas menores Alquézar, del que ya se escribió en otro lugar, y Loarre, del que en su momento se dirá lo suyo. En estas fortificaciones reunió el astuto y combatidor rey las provisiones, armas, hombres, bestias y máquinas de guerra necesarias para sacar de sus cáscaras a los caracoles moros. Tomada Huesca, Montearagón, donde quedó instalada una comunidad de canónigos regulares de la orden de san Agustín, fue ganando en riqueza y poderío, hasta hacer posible con la liquidación de sus rentas andando los años el robustecimiento de dos obispados: el de Jaca y el de Barbastro. Abades de Montearagón fueron muchos hijos de reyes, unos legítimos y otros naturales, que de todo hubo en la viña del Señor, y en Montearagón tuvo sepulcro, además de Sancho Ramírez, cuyos huesos fueron a parar más adelante a San Juan de la Peña, Alfonso I el Batallador, que con los siglos terminó descansando en San Pedro el Viejo de Huesca.

La desamortización y un incendio dejaron Montearagón en el estado en que hoy se halla. El alabastrino retablo, primorosa obra de Gil de Morlanes, pasó a la catedral de Huesca y quedaron las ruinas abandonadas al sol y al cierzo para pregonar con su mole de caries lo que la obra de Sancho Ramírez fue. Desde muy lejos se divisan las torres y lienzos de muralla aún en pie y a todos pasma el enorme esfuerzo para juntar tantos materiales en la obra con la que coronaron toda la meseta de un espléndido cerro.

VII. LA HEROICA, LEAL E INVICTA CIUDAD DE HUESCA

LEGAMOS A HUESCA entre gallos y medianoche y tuvimos cobijo en una especie de fonda con cuadra y corrales para las bestias, que a espaldas del fisco y del municipio en lo tocante a contribuciones y permisos regía con orden y acierto, cerca de la plaza de Santa Clara, el medio gitano Nivardo Jiménez Somarreta, también conocido como *Pocas Magras* en razón a las escasas carnes con que le dotó Natura. Pocas Magras empleaba el tiempo que no consumía su negocio en la primorosa industria del azafate.¹⁴⁷ Los canastillos que salían de sus diestras manos eran con tapadera y sin ella, de fondo sencillo o de doble fondo según el destino. Trabajaba Nivardo Jiménez Somarreta por cuenta de un asentador que hacía lo grueso de su negocio colocando fruta temprana a los gabachos. Era una gloria ver a Pocas Magras sentado en un taburetillo de anea, a los costados el mimbre para trenzar, mover los dedos con justeza, como si acariciase las varillas al hacer con ellas el encaje vegetal de la obra. Solían concurrir al patio de la fonda un mozo de cordel llamado Olimpo Peleato, quien en sus ratos de ocio tocaba la armónica de oído, y un pasteleiro, Amancio Chulla, calagurritano, especialista en guirlache, al cual daba un punto glorioso, y ex educando de banda de la del Real Cuerpo de Alabarderos, para el que no tenían

147 Canasto.

secretos la ocarina y el sacabuche.¹⁴⁸ Tan pronto se juntaba la pareja, sacaba a relucir su flauta don Magín Papalardo y formábase una orquestina muy apañada que ayudaba a rematar las horas de la semana que don Dimas decidió dedicar al descanso en la ciudad. A veces, Nivardo Jiménez Somarreta encocorábase con el trabajo, dejaba el trenzado a un lado y mandaba a una de sus hijas a por un tambor que guardaba en los altos de la casa, con el que ponía su pespunte de redobles a las piezas que los otros ejecutaban, sin traicionar ni una sola vez lo que a la buena música atañe al entrar y salir acompasadamente y sin ahogar los sonos de los vecinos. Particularmente don Magín apreciaba mucho las buenas disposiciones de que hacía gala Pocas Magras para el tambor y aseguraba que el bien medido soniquete le ayudaba a dominar la inspiración literaria tanto o más que la flauta.

Huesca viene de *Oscá*: *Oscá* viene de *Olsca* y *Olsca* de *Bolsca*. Los sabios que andan encelados buscando los orígenes de los nombres dicen que es muy difícil saber de dónde sale *bol* y que *sca* ha llegado a nuestros días desde el fabuloso mundo de iberos y ligures.

La heroica, leal e invicta ciudad de Huesca gozó desde muy antiguo de la prestancia o excelencia que tiene ser cabeza regidora del cuerpo territorial. Bajo las reglas de Roma, según se viajara a León desde la otra vertiente de los Pirineos o a Astorga desde Tarragona, Huesca fue novena mansión o decimoctava mansión, que es una suerte muy de la época para señalar las etapas del caminante y la necesidad que todo hijo de Dios siente de reposar a cubierto, terminada la jornada.

¹⁴⁸ Instrumento músico de metal, a modo de trompeta, que se alarga y acorta recogiendo en sí mismo para que haga la diferencia de voces que pide la música (*DRAE*).

En Huesca halló seguridad Quinto Sertorio, cuando por señalado amigo del demócrata Mario hubo de poner tierra y mar que le separasen del sanguinario y aristocrático Sila. Quinto Sertorio, además de cautivar la voluntad de los oscenses para la romana democracia, fue una especie de san Huberto* gentil pues mostrábase a los pasmados iberos en compañía de una cierva blanca, áulico¹⁴⁹ consejero con el que simulaba discutir las decisiones de gobierno. Los diez años que Quinto Sertorio se sostuvo en Celtiberia, hasta que el puñal del proscrito Perpena rajó en beneficio de Roma la hura¹⁵⁰ que le había salido a la República con el general de la albina cierva, dieron de sí lo suficiente para fundar en Huesca la Sertoriana, primera universidad de la nación.

Con los romanos, Huesca fue la mayor ceca del país. De las labras oscenses ha pasado a nuestros días el équite, que dio gracia a las monedas de aluminio que sustituyeron a la calderilla clásica.

Huesca, mencionada por Plutarco y con no pocos elogios, pasó por los trescientos años de tinieblas que consigo trajeron los bárbaros sin que hoy se pueda hacer mención ni siquiera de las perradas que entre sí solían gastarse los godos.

Con los árabes Huesca vuelve a sonar como ciudad grande, bien acicalada, mejor defendida y dotada de toda suerte de artificios y comodidades. Huesca se llama entonces *Waska*, está cercada de dos filas de murallas, tiene dos termas donde los amantes de las abluciones pueden utilizar las aguas limpias del río Isuela y, como señala un ilustrado historiador de la época que debió de amar entrañablemente la fruta, descuella particularmente por la calidad de sus peras y sus acerolas.¹⁵¹ ¡El caso es descollar por algo!

149 Palaciego.

150 Grano maligno.

151 Fruto del acerolo o níspero. En Aragón, también es frecuente la forma *acerollas*.

Reducidos los infelices cristianos a llevar la montuna vida del sarrío, en lo más incómodo de los riscos, y a tener los dientes largos a fuerza de suspirar por el regalo de que hacían ostentación los moros de Huesca, criaron tanta saña que no son de extrañar los ánimos puestos en la empresa de hacerse con la capital. Embebido en tal suerte de pasión, Sancho Ramírez primero obligó a los gobernadores de Huesca a que le pagaran las consabidas parias, después se aseguró la posesión del somontano poniendo castillos en los lugares dominadores y, por fin, como en el cuento del fraile que primero pide pan, después agua, más tarde asiento y luego rincón donde clavar un clavo, decidió echar de su casa a los árabes para quedarse con ella. Aunque Sancho Ramírez no vio su sueño convertido en realidad, pues Dios lo llamó a juicio no se sabe si después de ser herido en el sobaco por una saeta o de resultas de una vulgar y civil enfermedad, su hijo Pedro, primero de la serie aragonesa, tras la victoria del Alcoraz, entró en Huesca el año de 1096 en el mes de noviembre, cuando la tierra de la hoya se polvorea con el frío azúcar de las heladas.

Al belicoso Pedro I, el señor Dios de los ejércitos no le concedió la gracia singular de una vida larga. Los treinta o treinta y cinco años que vivió los consumió en guerras, campamentos, privaciones y caminatas, y sobre todo este acíbar aún hubo de gustar la hiel de la muerte de sus hijos. Tuvo Pedro I una completa educación árabe, lo que equivale a decir que estaba preparado para vivir como un señorito, y sin embargo supo olvidar los refinamientos y acomodarse a la sufrida existencia del guerrero cristiano. El hermano de Pedro, Alfonso el Batallador, recogió la herencia de ambiciones y conquistó Zaragoza, ciudad cuyo gran peso comenzaría a hacerse sentir en el fiel de un reino hasta entonces limitado a la montaña, al somontano oscense y a algunas parcelas de tierra llana. Muerto Alfonso a consecuencia de las heridas recibidas en Fraga, la ciudad de Huesca gana una

celebridad que resuena hasta en los más apartados rincones de la península a cuenta de las cabezas de las potestades del reino de Aragón. El rey cogulla¹⁵² Ramiro el Monje, hermano de Pedro y Alfonso, según una tradición que en los tiempos modernos han ilustrado los pinceles de Casado del Alisal y la pluma de Cánovas del Castillo, decidió poner orden en los negocios públicos mediante el expediente de hacer pasar a mejor vida a los grandes, militares y eclesiásticos.

Ramiro había sido monje en el monasterio de San Ponce de Tomeras, en tierras de Francia, y a San Ponce de Tomeras envió un emisario en demanda de consejo iluminador. Cuando el fraile metido a monarca por obra de las desgracias familiares entró en posesión del reino, Navarra se separaba de Aragón para marchar por su cuenta y riesgo, Castilla reverdecía los viejos sueños de hacer para sí la reconquista del valle del Ebro, los moros animados por los almorávides sacaban fuerzas de flaqueza y nobles y eclesiásticos altoaragoneses arrimaban más que nunca el ascua a la sardina de su particular conveniencia. En todo este galimatías, comenzando por la rebelión de los notables, supo poner orden don Ramiro, salvo en la escisión navarra, que tenía visos de irremediable.

El abad de Tomeras, muy en consonancia con ese genio francés que tan alto pondría andando los siglos un señor llamado Descartes, en vez de dar buenas palabras ofreció al emisario motivos para discurrir.

—El abad —explicó el sorprendido correo a su soberano— invitome al jardín y armado de un dalle igualó las plantas en los bancales.

Tomó buena nota don Ramiro; llamó a concilio a lo más granado del reino y uno a uno hizo pasar a los ensoberbecidos rebeldes a cierta estancia del alcázar donde el verdugo sin más miramientos encargábase de la decapitación. Y

152 Hábito del monje.

esta fue la famosa campana que fundida en Huesca a golpe de mandoble ha dejado oír desde entonces su tañido avisador, singular, bárbara y radical medicina, curadora de rabias por el celtibérico sistema de la muerte del can.

Después de Ramiro y de su hija Petronila, casada en la tierna niñez con el conde de Barcelona y luego madre de Alfonso II, primer vástago de la dinastía catalana, Huesca pudo mantener pero ya no acrecentar el primor logrado como cabeza de un reino pequeño y peleador. Más fácil es ganar que conservar. Zaragoza, en lugar de paso para todas las Españas y a la vera del padre Ebro, río varón si los hay; Barcelona, la de los buenos modos y las mejores artes de comercio; Valencia, preñada de abundancias vegetales, y tantas otras ciudades y villas más, agrupadas en la empresa común de Aragón, entraban en la cuenta general. Huesca aún conservó un tiempo para luego ceder y seguir los sucesos de la nación como leal provincia, como parte del todo, reflejando en su seno los trastornos, contiendas, gozos, males, desdichas y venturas del país.

En la plaza de Doña Sancha de la ciudad de Huesca, don Magín Papalardo Carrascoso sintiose comunicativo y me explicó:

—Esto de escribir es lo más a propósito para cachifollar¹⁵³ a un hombre.

—Usted dirá.

—Esto de escribir yo pienso que es como preparar esa salsa de punto tan delicado que llaman polvoraduke. Se arma uno de mazuelo¹⁵⁴ y morterete,¹⁵⁵ de clavo, jengibre, canela y azúcar, y harto de majar en vez de polvoradu-

153 Confundir.

154 Mano de almirez.

155 Mortero pequeño.

que¹⁵⁶ saca piedralipsis¹⁵⁷ capaz de mudar de barrio al más pintado.

—¡Caray!

—Sí, señor. No exagero ni el canto de un serafín. Y luego viene el desprecio del lector, que a los de la pluma nos llaga de tal forma que no existe vulneraria¹⁵⁸ capaz de hacerse con nuestras heridas.

Para corresponder a tan floridas confidencias recurrí al repleto saco de los proverbios:

—Siempre que llueve escampa.

—Verdad es, aunque a mí me sirva de consuelo liviano.

Quedó don Magín en silencio mientras recorría con la vista a un hombre cachigordo¹⁵⁹ vestido de blusa negra, uniforme que de lejos señala al tratante en ganado, y tan pronto dejó de curiosear arrancose:

—Últimamente se me ha metido en la cabeza que el mejor camino para triunfar es ampararse bajo nombre extranjero y escribir de las cosas de fuera.

—No se me alcanza adónde quiere ir.

—Pues es fácil. Supongamos que usted tiene vena de escritor, es natural de Solán de Cabras, provincia de Cuenca, y se llama Pedro Enganchapollos. Con ese nombre y ese apellido el honesto celtíbero que sabe de letras y quiere leer, que son dos cosas muy distintas, se le vuelve de espaldas y así escriba usted la *Divina Comedia* le importa menos que la suerte que puedan correr los calmuco.¹⁶⁰ Ahora bien, tome usted a Pedro Enganchapollos, tradúzcalo al inglés y sírvase firmar Peter Hitchcock; ¿quién le tose? Como Pedro

156 Salsa compuesta de los condimentos citados: clavo, jengibre, azúcar y canela.

157 Vitriolo azul; sulfato de cobre.

158 Remedio.

159 Rechoncho.

160 Naturales de un pueblo habitante de Mongolia.

Enganchapollos es usted una aljofifa¹⁶¹ literaria, como Peter Hitchcock ya puede aspirar a la inmortalidad y si en vez de cultivar el tema vernáculo busca usted la inspiración en lo foráneo... ¡para qué seguir!

—Quizás tenga razón —le animé.

Enardeciose con mi asentimiento.

—Sí, señor, que la tengo, y además como de joven hice las Américas se me acaba de ocurrir que las cosas que allí vi y aprendí me han de servir de maravilla algún día para pasar por la estrecha gatera de la fama sin dejarme muchos pelos en el viaje. ¿Goza de humor para escucharme?

—Pocas veces lo gasté mejor.

—Pues, mire por donde, le voy a obsequiar con las primicias de un argumento en el que toma parte principal un moreno. Lo pienso titular *La vida de Toby Sparrowhead*.

—¿Cómo ha dicho?

—*La vida de Toby Sparrowhead*. Ya veo que el titulillo le ha llamado la atención. Si le hubiera dicho *La vida de Tobías cabeza de gorrión* habría sido lo mismo que ir de vendimia y llevar uvas de postre. La curiosidad de que acaba usted de hacer gala refuerza mi creencia en el encantamiento que lo extranjero produce en este país, porque *Tobías cabeza de gorrión* y *Toby Sparrowhead* es lo mismo solo que en distintas lenguas.

Interrumpió don Magín el discurso, levantó la pierna diestra, apoyó el pie sobre un zurullo¹⁶² que defendía la esquina contra las falsas maniobras de los carreteros, atose los cordones de una bota con doble lazada y reanudó el habla:

—El negro Toby Sparrowhead, de profesión estibador, queda tuerto del derecho a consecuencia de un verdascazo

¹⁶¹ En el contexto, y figuradamente, birria. Propiamente, bayeta para fregar el suelo.

¹⁶² Mojón de piedra.

que con una vara de caoba le propina en la Grande Rue de Puerto Príncipe, República de Haití, por si usted no lo sabe, un policía, durante los choques que siguen a la proclamación de una huelga general... ¿Qué le parece como entrada? ¿Pongo al lector en vilo o no?

—Sí, señor, que lo pone. La cosa pinta muy bien y si quisiera añadir...

—Déjese de gaitas y a lo que estamos —me cortó—. El relato a medida que se desarrolla gana en bondad. Lo difícil es el empuje. Estábamos en que se queda tuerto. Como Toby Sparrowhead es hombre modosito se compra un parche y se tapa lo feo del hueco. Un parche de charol con cuatro guías de cordoncillo negro de seda; dos que le rodean la frente y se enganchan en la oreja siniestra y otras dos que siguen sobre la sien y mueren en la oreja derecha.

»Una noche, Toby Sparrowhead solazábase a los acordes de un merengue, danza en cuya ejecución nada envidia a los propios dioses, cuando tiene la suerte de que sus habilidades llamen la atención de un judío, de los que van mundo adelante descubriendo nuevas atracciones para divertimento de la aburrida humanidad. El judío contrata a Toby por lo justo para comer, vestir de trapillo y beber una copa los domingos.

—Muy medida va la cosa.

—Siendo yo el que marca la pauta, está claro que puedo apretar y aflojar según me cuadre y, en el caso del contrato de Toby Sparrowhead, lo que me conviene es que baile en la cuerda floja de la estrechez. Pero volvamos a la narración.

»Toby, harto de trabajar para otros, decide independizarse y entra de telonero en un espectáculo que anda corto de números. Toby, por alargar la serie de sus habilidades, un día sale al escenario, canta eso de “una linda guachindan-

163 Zalamera. Alude a un verso de una popular habanera, *La Paloma*, de Sebastián Iradier.

ga¹⁶³ que allí dejé” y se arma la de Dios es Cristo. Resulta que Sparrowhead canta como los ángeles y de ser el último mono pasa a ocupar un lugar de cuenta con un salario sustancioso.

»A fuerza de darse vida ruin ahorra unos dineros y regresa a Puerto Príncipe, donde contrata lo más granado de un grupo folclórico a cuyos componentes les promete la comida y la gloria europea. Llega con su tropilla a París sin un ochavo...

—Me lo explico —interrumpí—, ¿usted sabe lo que cuestan los viajes hoy en día?

Don Magín, sin reparar en mi observación, continuó embebido en el relato:

—La compañía se le subleva y, hoy por ti, mañana por mí, Toby queda abandonado a sus propias fuerzas. No se arredra y de nuevo recurre al cante para sobrevivir hasta que una americana histérica, millonaria, amiga del jollín¹⁶⁴ y siete veces divorciada, prueba los servicios del tuerto y convencida de la bondad de los mismos lo hace su amante... Aquí viene lo delicado de la trama.

—¿Lo más delicado?

—Sí, señor, porque es menester buscar un equilibrio entre los excesos del pendonazo que es la americana y los encontrados sentimientos de mi Toby, que nada tiene de chulo.

—Oiga usted, pues de buenas a primeras lo parece.

—Allí anida la dificultad. La parte de los amores de Toby y la mala pécora he de acertar a tratarla poniendo de manifiesto el sufrimiento moral que para un negro digno y emprendedor representa el lecho de una blanca de dudosos y maduros encantos. Repare usted en que la americana lo paga todo. Le forma a Toby una compañía; le consigue contratos en los mejores teatros del mundo y se encarga de que

la prensa airee un día sí y otro no las victorias artísticas, reales y simuladas del elenco.

—Permítame subrayar que cuando uno desempeña el poco ejemplar oficio de chulo es difícil mudar la naturaleza de los hechos para vestirlos de guisa diferente.

—Ya le señalé que ahí está la dificultad, y el lucimiento si consigo vencerla.

Puse cara de babeiaca y pregunté:

—¿Y del final qué?

—Lo he previsto —exultose don Magín—. Las relaciones amorosas de Toby y la americana comienzan a enfriarse cuando el negro decide abandonar el parche de hule negro que tanto carácter le da y encarga un ojo de cristal a la más acreditada fábrica de Bohemia. La americana no se acostumbra a la nueva cara de Toby. Además el ojo molesta lo suyo y Sparrowhead a mala uva hace que se le caiga de la órbita cuando más enfervorizada está la gringa con los transportes amorosos. ¡Imagínese la situación!

—¿Y eso es todo?

—No, señor, que aún falta el elemento dramático. La gringa abandona a Toby asqueada tras suplicarle una y otra vez que vuelva al parche, pero el negro, todo un carácter, confirma su voluntad de no dar marcha atrás en el camino de la dignidad. La despedida es muy emotiva. Sparrowhead promete no cejar en su trabajo hasta devolver el último dólar de los empeñados en el mecenazgo artístico; luego, herido por la solemne emoción se desploma sobre una cama turca, ocasión que aprovecha su perro predilecto para propinarle un cariñoso y letal lengüetazo. Toby se limpia los morros maquinalmente ignorando que acaba de ser herido de muerte.

Hice ademán del que va a preguntar algo, pero don Magín cortó solemne:

—No me interrumpa. He dicho herido de muerte y no retiro ni una tilde. Toby muere a los pocos meses de quistes

hidatídicos contagiados por el chucho de marras, cuando más cabía esperar de su arte.

—¿Por qué no de moquillo? —me aventuré a preguntar.

—Porque el moquillo no sé si es enfermedad humana y aunque lo fuera no suena bien. Quiero que en *La vida de Toby Sparrowhead* los críticos encuentren algo así como el suave discurrir del agua por un cauce que lleva al mar. No sé si me explico. Y, claro, morir de moquillo resulta demasiado artificioso. Piense que mi obra se cerrará con un epílogo antirracista. Estando Toby de cuerpo presente alguien comenta que entre los contratos que no podrán cumplirse cuenta uno muy importante en Miami y un crítico teatral de los que más contribuyeron con su pluma a la gloria del negro sentencia: «Mejor. En Miami hay lugares prohibidos a los negros y a los perros. Toby es un alma sensible y hubiera muerto abochornado». ¿Qué le parece?

Yendo y viniendo por la plaza de Doña Sancha, atento a los sueños literarios de don Magín Papalardo Carrascoso, el tiempo se iba sin apenas rozarnos con el aviso de su paso. De pronto me acordé del catálogo de la flora y la fauna del Pirineo y de la singular lid emprendida por don Magín para encontrar adjetivos a las plantas y animales y comprendí que cuando uno vaga en lo que le divierte está en la senda de la felicidad.

A la plaza de Doña Sancha también le llaman de Santa Clara porque uno de sus lados lo cierra el convento de clarisas fundado en el primer tercio del siglo XIII por doña Constanza de Sicilia, hija de Manfredo de Sicilia y de Beatriz de Saboya. Doña Constanza fue la esposa de don Pedro III, el más grande rey de la Corona de Aragón, quien sin reparar en anatemas se las tuvo tiesas con el papa Martín IV, con Carlos de Anjou, al que caballerescamente desafió en Burdeos a pesar de que el francés, temeroso de lo que le iba en el envite, no

asomó la gaita, y con Carlos de Valois y sus doscientos mil cruzados, que bien calientes hubieron de regresar a Francia llevándose con ellos el cadáver del jefe. Doña Constanza trajo la dote más regia de su tiempo: cincuenta mil onzas de oro más un cumplido lote de pedrería preciosa. Doña Constanza, además de rica, discreta y hermosa, tuvo la suerte nada común de que tres hijos y dos hijas reinaran. Una de las últimas, Isabel de Portugal, alcanzó la gloria de los altares. Justamente en el matrimonio con la siciliana hay que buscar el origen de la expansión marítima aragonesa, del berrinche papal y del no menor disgusto francés, pues don Pedro acabó por poner los ojos en Sicilia y, a poco que los isleños, hartos de los desafueros franceses, celebraran las famosas vísperas, modelo de carnicería organizada, los ejércitos del aragonés entraron en Palermo iniciando así la vinculación italiana a la Corona de Aragón.

El convento de Santa Clara ha sufrido los embates del tiempo, el abandono de la desamortización y una serie de restauraciones pensadas teniendo como norte la suerte de estreñimiento que se llama utilidad y así arquitectónicamente tiene poco que ofrecer. Los retablos de la iglesia son barrocos y no del mejor gusto. El altar mayor cuenta con un lienzo estimable que representa el tránsito de la Virgen Santísima. En la clausura se guarda una imagen sedente de Nuestra Señora tallada en el siglo XIII. La mano izquierda de la Virgen rodea al Niño, mientras la diestra, despegada, intenta un tímido ademán de presentación. El artista ha sabido dar a las facciones cierta dulce expresión rara en las tallas de la época. El sitial de la imagen es de cobre esmaltado que resalta dibujos de figura y línea.

De la plaza de Doña Sancha sale un camino que entre verdor de huertos y arboledas lleva al santuario de Salas, en los alrededores del río Isuela, a un cuarto de hora de perezoso andar. El santuario de la Virgen de Salas contó entre los más renombrados de Aragón y Castilla. Alfonso X el

Sabido dedicó a la Virgen de Salas y a sus milagros diecisiete cantigas.

La tradición piadosa asegura que al incendiarse la iglesia del lugar llamado Salas Altas, sito como a unas ocho leguas del santuario, la imagen de la Virgen surgió de entre las llamas y vino a quedar junto a la de la Virgen de la Huerta, donde hoy se venera. Desde tiempo inmemorial rindióse culto a Nuestra Señora en estos parajes, por cuanto la reina doña Sancha, a finales del siglo xii, acometió la obra de reedificar una iglesia románica de tres naves, soberbia construcción de la que solamente queda hoy la fachada occidental, donde se abre una puerta generosamente abocinada, bien ornada de arquivoltas de sobria pero firme labra. Corona el lienzo un rosetón de tan amplias proporciones que constituye un alarde de técnica constructiva mantener el todo en equilibrio a pesar del amplio vacío circular. Maravilla imaginar el efecto cambiante de luces coloreadas en el interior del templo por los días en que el rosetón albergó en su seno la vidriera para que fuera pensado.

En pleno siglo xvi la devoción a la Virgen de Salas promovió la erección de una nueva iglesia con hospedería para peregrinos. La obra, acometida por el obispo Juan de Aragón y de Navarra, la finalizó Martín de Gurrea, cuya afición por lo mudéjar ha dejado trazas que han llegado hasta nuestros días. Finalmente, en 1730 el obispo Padilla erigió la iglesia actual, de una sola nave.

En el altar mayor se venera la imagen de la Virgen de Salas, magnífico ejemplar de escultura románica del siglo xii. La Virgen y el Niño tienen el rictus característico de un modo de hacer que no ha sabido desprenderse del hieratismo. La suave expresión de la Virgen sedente de la iglesia de Santa Clara contrasta con la de Salas. En el tiempo transcurrido entre la talla de una y otra imagen, las manos que manejan cinceles y gubia han acertado ya a ablandar los rasgos del

rostro, si bien el artífice de Salas, aunque más primitivo, domina mejor el movimiento del ropaje.

Salas logró acumular tantas riquezas que Pedro IV en situación apurada hubo de recurrir a la incautación del tesoro, si bien más tarde, arrepentido, compensó el mal trato donando un retablo de plata que se conserva en la catedral de Huesca.

De la plaza de Doña Sancha y cerca de donde arranca el camino que lleva a Salas, parte la calle de San Lorenzo, vía de hortelanos, labradores, ganaderos y tratantes, albergue de comercios sin alharacas y de tabernas recoletas. La calle de San Lorenzo se empina buscando el Coso Bajo, vía muy principal, y poco antes de encontrarla pasa ante la real y parroquial basílica de San Lorenzo, que alza su gran mole sobre el lugar donde la tradición asegura que tuvieron morada san Orencio y santa Paciencia, padres del santo de la parrilla.

La festividad de san Lorenzo, hijo de Huesca y patrón de la ciudad, cae el 10 de agosto, cuando ya se sabe cómo ha pintado la cosecha. Si el año ha sido de parvas generosas, la provincia se vuelca en la capital, encalabrada con los giros de los danzantes y el sonoro batir de sus palos y espadas. Los días de las fiestas se come pollo a la chilindrón y melocotón con vino y se canta:

San Lorenzo bendito,
en qué buen tiempo has venido,
que todos tenemos grano
y dinero en el bolsillo.

La basílica actual se inició hacia 1608 gracias a la generosidad de los condes de Torreseca, dos de cuyos primates, Faustino Cortés y el obispo de Jaca, Tomás Cortés, aparecen retratados en habitación adyacente a la sacristía, por mano de Jusepe Martínez, el mejor pintor aragonés del xvii si nos

atenemos al juicio de Velázquez, cuando acompañando a la majestad de Felipe IV pasó por Zaragoza. De la basílica primitiva no queda más que la memoria. Se sabe que hubo una iglesia románica, sustituida hacia 1339 por una obra gótica que albergó la cofradía del santo, fundada hacia 1283. El único resto de la fábrica románica es un atrio de cúpula sostenida por arcadas en cuya base se albergan una serie de pedestales que, ornamentados con los signos del zodiaco, sirvieron para sostener una colección de figuras que no han llegado a nuestros tiempos.

En el templo, espacioso, de tres naves y crucero, llama la atención el gran altar que el escultor de Barbastro Sebastián de Ruesta ejecutó hacia 1689. Quizás resulte excesiva la orgía de tallas, resaltes, pámpanos, vides y otros ornamentos tomados de la naturaleza con los que Ruesta adornó las enormes columnas salomónicas y otras partes de la obra, pero si se tiene en cuenta que dentro de la monumentalidad el de Barbastro logró conservar un buen sentido de la proporción general cabe la indulgencia para con el abuso en lo menudo. La obra de madera sirve de encuadre a dos lienzos principales pintados por Bartolomé Vicente, artista que en 1678, cuando concibió dichas obras, gozaba de gran predicamento. El uno representaba a san Lorenzo achicharrándose en la parrilla, martirio en cuyo horroroso trance hizo gala de los atributos que siempre han honrado al celtíbero, pues tras asegurar que ya estaba bien asado de un lado solicitó que los sayones se sirvieran darle la vuelta. Hay una jota ingenua, del año de la polca, que dice de esta manera:

El glorioso san Lorenzo
a los romanos les dijo:
que me den pronto la vuelta,
que tengo el trasero frío.

El segundo lienzo representa la ascensión de la Santísima Virgen a los cielos y es de colorido más suave.

En todas las épocas cuecen las duras habas de la modernización, que desecha como vejestorios lo que son antigüedades y coloca figuras relamidas o escayolas de serie, tapan-do bellos fondos cuya inspiración costó sudor y sangre artísticos al maestro que los creó. Aunque el retablo de Rues-ta no sea de desdeñar, sin duda los entendidos preferirían otro hoy desaparecido que para el mismo altar mayor encar-gó Fernando el Católico a su pintor predilecto, Pedro de Aponte. En Huesca solo han quedado partes de la tabla en la que un papa, un cardenal y un obispo contemplan el cadáver achicharrado del diácono, y otras dos tablas íntegras donde Aponte pintó al santo cargado de cadenas y en humil-de acatamiento ante su padre, a quien le lava los pies. Las restantes tablas del retablo de Aponte, soberbio pintor, salie-ron de Huesca para engrosar colecciones particulares.

La sacristía de la basílica constituye pieza concebida y creada de una vez, lo que permitió ornamentar el recinto tomando bien en cuenta las proporciones y huecos de este y los servicios que había de prestar. Además de las dos pin-turas de los Torresecas que cuelgan en la antesacristía y a las que antes nos hemos referido, en la sacristía propiamente dicha se pueden contemplar catorce lienzos más de Jusepe Martínez, todos de preciosa hechura y color. Quien tuvo, retuvo, y así en San Lorenzo hay una buena colección de objetos litúrgicos: cálices, copones, cruces, salvillas,¹⁶⁵ lava-manos, etc., del xvi, xvii y xviii.

La real y parroquial basílica de San Lorenzo, como ya diji-mos, queda frontera del Coso Bajo, calle de mucho tronío, en los lindes de lo que fue ciudad antigua. El Coso Bajo muere en la plaza de Santo Domingo frente a un paisaje que ya quiere ser más rural que urbano y a los pies de la parroquia de Santo Domingo y San Martín. El templo actual se levantó en 1695

165 Banderas con una o varias encajaduras, donde se aseguran las copas, tazas o jícaras que se sirven en ellas (*DRAE*).

sobre el lugar que ocupara un convento dominicano fundado en 1254 por don Alfonso, el mayor de los hijos de don Jaime I el Conquistador, y es obra del arquitecto de la orden dominicana Antonio Falcón, oriundo del reino de Valencia. Don Alfonso ni gozó de larga vida ni tampoco disfrutó mucho durante el tiempo que el Señor se sirvió guardarlo en este mundo. Era el hijo del primer matrimonio del mujeriego Jaime I con doña Leonor de Castilla, a quien el rey, que había contraído nupcias a la tierna edad de trece años, repudió invocando motivos de parentesco. Casó Jaime en segundas nupcias con doña Violante de Hungría, quien le dio tres hijos y tres hijas y se aplicó sañudamente a mejorar a los de su sangre en perjuicio del hijastro Alfonso hasta que con acciones solapadas consiguió el provecho de los propios y la malquerencia del rey para con el mayor. Alfonso amó muy de veras su fundación dominicana y dejó dicho que en caso de morir quería que su cuerpo recibiese sepultura en Santo Domingo. No se cumplieron sus deseos y el desgraciado infante reposó primero en Veruela y más tarde en Valencia. Tampoco sabemos cómo fue el templo erigido por don Alfonso, pues Pedro IV, el monarca ceremonioso y dado a la literatura, donde descolló escribiendo tan buen castellano como catalán, temeroso de que el convento por la proximidad a las murallas cayera en manos de las tropas del rey castellano Pedro el Cruel, con quien andaba a la greña, mandó demolerlo, y aunque lo reconstruyó en 1382, lo nuevo no debió de ser como lo antiguo, puesto que menos de trescientos años más tarde, en 1687, fue de nuevo derribado para levantar el actual.

El exterior de Santo Domingo es barroco y no tiene nada de notable, amén de que el ladrillo empleado en la construcción, falto de materiales nobles que le sirvan de realce, se presta a pocas fantasías. En el interior, también barroco, se encuentran abundantes muestras de la exaltación y retorcimiento de este atormentado arte, aplicados a la ornamentación de los altares.

Santo Domingo merece detenida visita porque guarda una serie de tallas en madera policromada debidas al lego dominicano Pedro Nolivos, nacido en el Bearne hacia la mitad del xvii y muerto en Huesca en 1713. Nolivos tiene poco que envidiar a los grandes de la imaginería española y su talla del Cristo del Coro o Cristo del Perdón raya en lo insuperable. El Cristo del Perdón plasma el drama del hijo de Dios, cuando están a punto de quedar atrás los horribles sufrimientos de la Pasión y el Señor va a expirar. Hay en la expresión de Dios crucificado como una suerte de equilibrio entre la servidumbre del dolor que ya va de vencida y la grandeza de morir por los hombres. No es un Cristo atormentado, angustioso, agónico, retorcido en el escorzo y la mueca del padecimiento, ni tampoco un muñeco hierático y amanerado que a pesar de las llagas y la sangre da testimonio pálido del drama de la redención. Es la grandeza del sacrificio y del amor resumidos en rasgos de digna belleza. Es un Cristo al que debiera ponerse un gran letrado preguntando aquello tan genialmente verdadero de «Muerte, ¿dónde está tu victoria?».

Obras de Nolivos son también un retablo grande con la imagen de santo Domingo, el retablo mayor, en su mayor parte consagrado a los santos de la orden dominicana, el retablo de santo Tomás y tres más dedicados a la Crucifixión, a santa Rosa de Lima y a Nuestra Señora de los Dolores. Para el coro, en que justamente figuraba el Cristo hoy llamado del Perdón, talló Nolivos una sillería de muy buena traza con copia de ornamentación, que no llegó a terminar. En el retablo mayor hay un lienzo representando la ascensión de la Virgen a los cielos, pintado por Vicente Berdusán en 1672, y en el retablo de san Martín otro que firma Basilio Cagier en el que aparece el santo a caballo. La cúpula y las paredes del presbiterio de la iglesia se embellecen con pinturas de buena factura que costeó Vincencio Juan de Lastanosa.

De la iglesia de Santo Domingo sale el atardecer del Viernes Santo la mejor procesión de Aragón y una de las más

singulares de España, pues más que desfile conmemorativo constituye una especie de auto sacramental cuyo esplendor se debe a la participación masiva del pueblo. En la procesión entran una serie de pasos, compuestos de figuras talladas en madera y policromadas que representan los principales momentos de la Pasión. El transporte de tan pesadas composiciones constituye ya un problema que resuelven cuadrillas de hombres de buena voluntad, que bajo las andas se doblan agobiados por el esfuerzo que han de hacer para ganar las breves distancias de metros que median entre alto y alto. Cofrades, penitentes, profetas, sibilas, apóstoles, soldados romanos de caballería, soldados romanos a pie armados de lanza, de espada o de destrál,¹⁶⁶ Moisés, Salomón, Sansón, David, Abraham e Isaac con la leña a cuestras, hebreos y hebreas portadores de palmas y ramas de olivo en recuerdo de quienes aclamaron a Cristo el día de su entrada en Jerusalén, la Verónica, las tres Marías, samaritanas con el cántaro o la jarra a cuestras, doncellas arpistas y citaristas...; todo un mundo salido del Antiguo y Nuevo Testamento, fervorosamente encarnado por centenares de hombres y mujeres de todas las edades, que al colorido de la vestimenta unen a veces inocentes detalles fuera del lugar y del tiempo en que vivió el personaje representado.

Hay pasos aureolados por la leyenda, como aquel llamado por el vulgo *de la Muerte*, formado por un ángel y un esqueleto y que el voto popular ha relegado al depósito alegando que, en la casa ante la cual se detenía durante el acto procesional, la parca elegía una víctima. Otros, como los que talló el escultor de Graus Felipe Coscolla, impresionan por la excelencia de la composición y el vigor y propiedad que el artista supo dar a las figuras. El viajero curioso puede contemplar la mayoría de los pasos de la Semana Santa oscense en una gran nave que se alza al costado de la iglesia de Santo Domingo.

166 Hacha pequeña que se maneja con una mano.

Al comenzar la ronda de la Misericordia y antes de que nuestros pasos nos llevaran a la embocadura de Montearagón, don Dimas ensanchó la cara en una placentera sonrisa.

—Si no lo tiene a mal —habló receloso don Magín—, haga la merced de explicarnos su regocijo.

—Eso iba a hacer cuando con sus prisas me quitó la palabra. Me estaba acordando de una historia que me contó un tal Nivardo Minglana, a quien decían *Ballueca*¹⁶⁷ por tener la cabeza tan hueca como dicha planta de fruto. Cuando la oí andaría yo por los doce o los catorce y haría otros tantos años desde que el ferrocarril ligaba diversos puntos de la provincia con la capital y con el resto del reino.

Unos niños, alegre y confianzudamente, reñían el singular y desinteresado campeonato en el que se ventila quién orina más lejos. Don Dimas contempló la operación, premiado con una peseta al vencedor y movió la cabeza entre divertido y envidioso de las portentosas facultades de los chavales. Don Magín, impaciente, quejose:

—¡Don Dimas, que nos ha dejado con la miel en los labios!...

—Nivardo Minglana solía contar que los mozos devotos de un lugar de esta provincia que acababa de estrenar ferrocarril costearon el paso de la Cena para una cofradía. El artista de Huesca, un ebanista con pujos de escultor que se encargó de la obra, llevó mal las cuentas del tiempo y se le echaron encima las fechas sin que, a pesar de robar al sueño cuantas horas pudo, fuera capaz de entregar el trabajo.

Interrumpió don Dimas el relato para encender un cigarro de los que llaman *mataquintos*, dióle varias chupadas y prosiguió:

167 *Ballueca* es uno de los nombres que recibe la planta habitualmente denominada *avena loca*.

—El lunes de Pasión de aquel año las fuerzas vivas del pueblo, preocupadas, decidieron enviar a Huesca una nutrida comisión de mozos con el encargo de regresar con el paso para la procesión del jueves aunque en el empeño dejaran la piel el escultor y los mandados.

Presentose la comisión en Huesca e instaló sus reales en el taller del artista asegurándole que de allí no se movía ni una mosca hasta ver el paso terminado. El pobre artista hizo de tripas corazón y, entre su buena voluntad y la ayuda de los mozos que generosamente pusieron las manos en la masa cuidando de no cometer ningún desafuero, el paso quedó terminado a las nueve de la mañana del Jueves Santo.

—Total que les cogió el toro —gruñó don Magín Pappardo.

—No, señor. No les cogió si nos atenemos a la versión de Ballueca. Entre los miembros de la comisión figuraba un mozo inteligente para quien el progreso representaba algo y, cuando más cundía la desolación y se discutían las excusas que darían a los del pueblo, nuestro mozo brindó la solución: echar pajas a fin de que la suerte señalara la pareja que volvería al pueblo conduciendo las mulas y el carro traído para el transporte del paso. Los restantes y el paso harían el viaje de vuelta en ferrocarril. Justamente, el avisado mozo sabía de un tren que salía aquella misma mañana a las diez y cuarto y rendía viaje en el lugar de la procesión al filo de las dos, de forma que todavía les quedaban alrededor de cinco horas para que esta tuviera lugar.

—¡Lo que son los inventos! —coreó don Magín.

—Los mozos eran una veintena porque en aquel tiempo las comisiones se componían de voluntarios que se lo costeaban todo y por tanto formaban parte quienes querían y podían. Animados por las perspectivas del éxito y como no era cosa de perder un tiempo precioso yendo a buscar mulas y carro, cargaron el paso a hombros y echando los bofes por calles y costaneras, sin más descansos que los justos para

darle un tiento a la reanimadora bota, se presentaron en la estación, donde sus esperanzas cayeron otra vez por tierra.

—¿Se había ido el tren? —preguntó don Magín al tiempo que golpeaba la palma siniestra con el puño diestro.

—No, señor, que faltaba todavía cerca de una hora para la salida. El tren era de viajeros y solo llevaba un furgón de cola de forma que no había posibilidad de transportar el paso pues la representación de una cena a tamaño natural es voluminosa de suyo.

—Pues estamos en las mismas —arguyó don Magín.

—No, señor, y haga el favor de no interrumpirme —mosqueose don Dimas.

—La historia es tan curiosa —sentenció pacificador—, que no me extrañan las glosas de don Magín. Siga usted adelante en buena hora y sepa disculpar la impaciencia.

—Discutió el mozo avisado con el jefe de la estación sobre lo oportuno de añadir un vagón, pero el mandamás sintiose dificultativo, se agarró a las gaitas del reglamento sobre la composición del tren y no hubo forma de torcerle la voluntad. Sin embargo, nuestro mozo no se desanimó y encarándose con la cuadrilla ordenó: «Desmontad el paso». Titubearon los mandados pero nuevamente, con ese imperio de quienes saben por dónde andan, gritó: «¡He dicho que desmontéis el paso!». Hiciéronlo como lo pedía y, terminada la faena, tiró de la bolsa, desanudola, sacó un cartucho de aquellos duros de plata que entonces circulaban y decidió: «Somos dieciocho de carne y hueso más los doce apóstoles y Jesucristo; en total treinta y uno». Contó con los dedos de la mano para comprobar la certeza del cálculo y prosiguió: «Tú, toma estos dineros; saca tres billetes de primera y veintiocho de tercera. El presidente de la comisión por presidente y yo por haber tenido la idea viajaremos en primera con Nuestro Señor sentado en medio y vosotros os acomodáis de la misma guisa en tercera con los apóstoles. La peana, que la facturen en el furgón de cola».

Así viajó el paso de la Santa Cena y llegó a tiempo para la procesión.¹⁶⁸

La ronda de la Misericordia, encarada al norte, es calle bien ventilada que a la altura de la plaza de San Vicente busca el empalme con la ronda de Montearagón. En la plaza de San Vicente se remansa una honda calma que invita al descanso. Los raros ruidos ciudadanos que hasta allí se abren paso se ciernen a través de un tamiz invisible. En la plaza de San Vicente se alza el colegio universitario del mismo nombre, fundado en el último tercio del siglo xvi para competir con el imperial de Santiago, del que en su momento se hablará. Justicias, generales, obispos, diplomáticos, escribanos, fiscales, jurisperitos, oidores, hombres de letras e historiadores, formáronse en las aulas de San Vicente y salieron de la recoleta plazuela para pregonar por el ancho mundo del reino la pasión aragonesa por el buen y justo quehacer.

En San Vicente hay una portada barroca de gran calidad y el edificio, a pesar de las alteraciones sufridas en la distribución interna, todavía conserva cierto empaque ambicioso trasunto de su primitivo destino.

A tiro de honda de la plaza de San Vicente, frontera a la residencia provincial de huérfanos, que también llaman *La Misericordia*, y muy cerca del río Isuela, que en ese lugar se atraviesa por una pasarela de hierro, se alza Santa María in Foris, así bautizada por quedar fuera de lo que en tiempos medievales era recinto amurallado.

Santa María in Foris pertenece al siglo xii o al menos de esa época datan los restos más antiguos que han llegado a nuestros días: un ábside románico y una torre cuyo archi-

168 Esta historia popular se cuenta comúnmente como acontecida en Barbastro.

tecto apuntaba ya hacia el gótico según se echa de ver en las arcadas.

El templo es de cuando el gótico, tras haber dado de sí todo lo que llevaba dentro, mostraba señales inequívocas de encaminarse hacia la decadencia. No obstante, en Santa María in Foris, el alarife se dio buena maña para alzar una sola nave que produce gran sensación de equilibrio. En Santa María in Foris, que fue convento de monjas bernardas y luego de frailes agustinos, se guardan unos cuantos lienzos entre los que destacan tres del xvii sobre motivos jesuíticos. Como los agustinos ocuparon la iglesia de los jesuitas cuando en 1773 se disolvió la orden de Jesús, quizás al regresar de nuevo a Santa María in Foris trajeran consigo dichos lienzos. Santa María in Foris es hoy una dependencia más de La Misericordia. Los varios edificios se rodean de una cintura de huertas y jardines y un paisaje cuyo plinto son las añosas arboledas que marcan el paso del río, los tozales ocre de Las Mártires y las masas violáceas de las serranías de Gratal y Gabardiella.

Rebozada el alma en el sosiego que todo lo penetra, el padre Malón de Chaide* dio cima aquí a su obra clásica *Libro de la conversión de la Magdalena*, que aúna la devoción y la belleza literaria. En las inmediaciones, al otro lado del río, está el lugar donde la leyenda dice que fue herido de muerte el rey Sancho Ramírez, por una saeta que le entró en el sobaco cuando con el brazo levantado señalaba un lugar de la muralla que defendía la Huesca musulmana, sometida a cerco por los ejércitos cristianos. Los eruditos que la gozan revolviendo pergaminos y documentos han hecho cisco la leyenda para demostrar que don Sancho murió de enfermedad, suerte de muerte bastante menos poética que la del saetazo.

Los tozales de Las Mártires deben su nombre a que allí abandonaron los sarracenos los cuerpos de las santas mozarabes Nunilo y Alodia, las dos hermanas de Adahuesca que sellaron con la sangre su determinación de conservar la fe

de Cristo. En Las Mártires hay una ermita varias veces reedificada en el curso de los últimos ocho siglos, sobre el lugar donde se rendía culto a las santas y que fue el escogido por Sancho Ramírez para instalar un hospital de sangre, cuando sus tropas cercaban Huesca, acogido al patronato de Jesús Nazareno. La ermita guarda unas tablas góticas del xv de muy buena factura. El 5 de febrero de cada año las mujeres piadosas acuden en romería a Las Mártires para pedir a santa Águeda, que en dicho santuario tiene también altar, que les dé la sanidad de los pechos.

En un cementerio vecino al santuario se alza un obelisco recordando el fusilamiento de Manuel Abbad y sus compañeros republicanos sublevados en 1848 contra la reina Isabel II. Abbad, a quien llamaban *Manolín*, logró levantar en las Cinco Villas una pequeña partida de idealistas y fue proclamado por sus seguidores «Capitán general de los ejércitos nacionales del Alto Aragón», título tan largo como corto el lapso de tiempo que los realistas concedieron al recipiendario para su disfrute.*

De nuevo al otro lado del río Isuela, la ronda de Montearagón discurre al pie de lo que fueron murallas de la ciudad. A trechos aparecen lienzos bastante bien conservados, sobre todo a la altura de la llamada Casa Amparo, donde hoy todavía se yergue soberbia una torre cuadrada, la única hoy en pie de las noventa y nueve que defendieron la ciudad. La ronda de Montearagón, que sigue fielmente entre los restos de las murallas y la orilla diestra del río Isuela, va a morir a los pies del templo de San Miguel, también llamado convento de Las Miguelas, aunque en verdad alberga una comunidad de carmelitas. El templo de San Miguel es una espléndida muestra de la arquitectura de transición del románico al gótico. Fue fundado en 1110 por el rey Batallador, Alfonso, quien rodeado de su corte y en presencia del obispo Esteban descendió del caballo y recorrió a pie el lugar marcando el solar. El propio rey nos lo cuenta en el delicioso latín

macarrónico de la época: *Ego rex descendi de caballo meo et deambulavi totum illum predictum locum in facie epi Stephani et in presentia procerum videntibus civibus de civitate et Deum Laudantibus et Sanctum Michælem*.¹⁶⁹ A pesar del interés que don Alfonso tomase por el templo, los recursos que apostó no debieron de rayar a tanta altura por cuanto la obra fundamental es de comienzos del siglo XIII, cuando del Batallador solo quedaba la buena memoria. Con posterioridad a la fundación real alzose asimismo un hospital y una leprosería.

Contemplado desde el exterior, San Miguel impresiona por la rotunda firmeza que del conjunto constructivo se desprende. El ábside de la iglesia reforzado por muy sólidos contrafuertes y la torre cuadrada, airosa, rematada en el último tramo por dobles ventanales románicos en las cuatro caras, componen un singular escenario de marcado sabor medieval. Por desgracia, a tan solemne continente no acompaña el contenido y San Miguel conserva tan solo unos retablos barrocos y no de lo mejor dentro de este arte.

Desde el lugar donde queda el templo de San Miguel, hasta la plaza de la Universidad, se encarama en dirección sur la calle del general Alsina, salvando en poco trecho un desnivel nada a propósito para asmáticos. A la derecha del caminante modernas construcciones se alzan donde en tiempos gallardeó la iglesia de San Juan de Jerusalén y a la mano siniestra quedan los espacios que antaño fueron las eras de Cascaro.

San Juan de Jerusalén resume una triste historia de dejación y mandanga muy propia del siglo XIX. San Juan de Jerusalén, espléndido ejemplar del románico con influencias bizantinas, sede oscense de la orden hospitalaria, fue derri-

169 Yo, el rey, descendí de mi caballo y recorrí todo el lugar fijado frente al obispo Esteban y en presencia de los nobles de la ciudad a quienes miraban los ciudadanos y alababan a Dios y a san Miguel.

bada alrededor de 1850 para construir en el solar, y utilizando como sillares las nobles piedras, una plaza de toros que setenta años más tarde sufriría desahucio y demolición a su vez. En San Juan de Jerusalén es fama que recibieron sepultura los restos de los nobles cuyas cabezas sirvieron al rey monje Ramiro para formar su famosa campana. El catedrático Soler y Arqués, que con mucho tino escribió mediado el siglo XIX sobre los monumentos de Huesca,* asegura que los obreros que se emplearon para derruir San Juan de Jerusalén, hallaron una serie de urnas en piedra que solo contenían cabezas y otros tantos sepulcros en cuyo interior solamente se hallaron troncos y que dichas arquetas estaban señaladas con una campana y una espada.

Las eras de Cascaro, a la mano diestra del que asciende por la penosa calle del general Alsina, también han prestado su solar a cerrados y cobertizos. Meta de paseos, campo de Agramante infantil, foro de reunión y meditaciones, escenario de ejecuciones, las eras, por encima de todo, durante siglos desempeñaron a conciencia el lucido papel de miradero colgado a buena altura sobre un lienzo de muralla frente a la vega, el río y la serranía.

La calle del general Alsina termina de subir al llegar a la plaza de la Universidad, tres de cuyos lados están formados respectivamente por el alcázar real, el seminario conciliar y un caserón que en tiempos fue hospital provincial. Dentro del alcázar real, de cuya grandeza solamente quedan partes de muros exteriores, se pueden contemplar la mazmorra donde la leyenda sitúa el episodio de la campana de Huesca, la llamada sala de doña Petronila, la hija del rey monje, y un gran salón de actos que ha conservado su bóveda gótica. El calabozo de la leyenda impresiona porque reúne las condiciones para dar buena representación de lo que fue una prisión medieval. A la sala de doña Petronila las obras del XIX le cambiaron las líneas con una falsa bóveda de mal gusto que por fortuna suprime la actual restauración.

El alcázar real, en puridad, ocupó el edificio a que acabamos de aludir más parte de la plaza y el lugar que hoy corresponde al seminario. Cuando la expansión del reino pesó sobre el destino de las ciudades y Huesca ya había perdido importancia, Pedro IV, en 1345, asignó el alcázar real a la universidad literaria estimando con sobrada justicia que dentro de aquellos nobles muros podía continuarse la obra iniciada siglos atrás por el romano Sertorio con su famoso estudio. Más tarde fue instituto de segunda enseñanza convirtiéndose así en constante proveedor de concurrentes a las vecinas eras de Cascaro y a los sotos del Isuela en la hora entre sabrosa y amarga de hacer novillos. Joaquín Costa, el león de Graus, que se desmelenó pidiendo agua para las tierras reseca y despensa y escuela para los cuerpos y las almas, fue alumno de dicho instituto por los mismos años en que Santiago Ramón y Cajal estudiaba allí con tan poco aprovechamiento que nada hacía pensar en su soberbio talento.

En el seminario, el primero fundado en España de acuerdo con las reglamentaciones que establecieran los padres conciliares de Trento, no hay otras señales de los tiempos pasados que un ábside románico recuerdo de la iglesia de la Santa Cruz, bajo cuya advocación estuvo siempre el lugar.

Sobre el lienzo norte del viejo caserón del hospital, llamado de la Esperanza, puede contemplarse como perdido un gracioso relieve del xv en madera con la resurrección de Lázaro.

En la plaza de la Catedral y antes de la obligada visita al templo, don Magín Papalardo sintió comezón en el alma y propuso:

—Si le parece podíamos hacer una obra de misericordia.

—Usted dirá.

—Tengo cerca de aquí, en la calle del Palacio, un viejo conocido que me sirvió de criado hace unos años y sufre baldado por la gota. Mucho me agradecería visitarlo.

—Pues a ello —asentí gustoso.

Tras dominar una penosa escalera, en un sotabanco, cuya altura de techos medraba rápidamente a medida que la techumbre se alejaba de un ventanal corrido, cabe un tejadillo mellado y costroso, entré en conocencia con Teonesto Aulaga Pelerín. En la habitación, espaciosa pero de rara factura por lo que ya se dijo de la disposición de la techumbre, sentado sobre un sillón de anea bien forrado de almohadones a la altura de los lomos, Teonesto entregábase a la tarea de amasar la pasta para fabricar barquillos. Cerca del artista calentábanse a la brasa de encina las planchas del oficio.

Tan pronto reparó en nosotros, Teonesto hizo dramáticos gestos de querer incorporarse seguidos de un desalentador abandono del intento, luego agarró con sus zarpas negras de cisco y pringosas de masa las manos de don Magín y, entre cómico y elegíaco, se las quiso besar.

—Ya me lo decía el corazón —explicó más calmado—. Ya me lo decía el corazón que mi don Magín no pasaría por Huesca sin honrarme con su visita.

Aunque sentado en aquel sillón tan amplio y tan bien forrado que prestábase a engaño en la apreciación, echábase de ver que el barquillero era hombre de ruin estatura. Llamaban la atención en el rostro de Teonesto los ojos rasgados, grandes y vivarachos, como de persona a la que nada de lo que se halla a la vista se le puede escapar.

—Déjame en paz y no hagas más aspavientos —gruñó don Magín separándose violentamente de Teonesto.

Limpiose este las lágrimas, puso rostro de circunspección y explicó modosito:

—Aquí me tiene como siempre o peor que siempre, enfermo de mal de reyes, y con la faltriquera que da un oficio de rentas ruines. Todo el santo día haciendo barquillos para que otro los venda... Imagínese la leche que da ubre tan poco generosa.

Apartose don Magín, tiró de cartera, sacó una cantidad y entregóse la a Teonesto, quien la metió tras uno de los almohadones que hacían de respaldo, y abandonado el tono doliente dijo:

—Háganme la merced de sacar de la alacena una botella de cazalla y tres vasos que esta visita hay que remojarla.

Hicimos lo pedido y mientras don Magín y yo gustábamos el primer sorbo de un aguardiente que nos hizo llorar al pasar por el garganchón, Teonesto sin ningún miramiento tomose tres raciones al arreo y sirvióse una cuarta y bien talluda para el tiempo por venir. Animado, decidió:

—¡Hoy los barquillos que los haga el Gobierno!

Acto seguido de tan radical resolución, tomose la cuarta ración de cazalla y preparó la quinta.

—Si como me informaron padece usted de gota, el alcohol le atizará la enfermedad —atrevime a terciar.

Reparó Teonesto la vista en mi persona, poniendo en la mirada toda la mala ley que fue capaz de expresar, y dando a las palabras cierto soniquete preguntó:

—¿Sabe el señor cómo llamaban a mi padre?

—No.

—Pues le decían *Etiqueta* porque estaba siempre pegado a la botella. Las mejores medicinas —aseguró dogmático—, de la cuba y la cocina. El cazalla me prueba bien y el rosolí¹⁷⁰ aún me sienta mejor; pero, lo que son las cosas de la vida, mi trabajo no da para beber todo el licor que me hace falta.

Callé ante tan extraordinarios argumentos y don Magín, para venir en mi ayuda, preguntó:

—¿Qué fue de Marcial?

Apuró Teonesto la quinta ración de cazalla, tiró el vaso a un lado, limpió el gollete de la botella, aplicó los labios y bebió directamente. Luego, entornó la mirada y exclamó:

170 Licor de aguardiente dulce al que se le añaden especias, muy común en la provincia de Cuenca.

—Murió como un pajarito. Dios lo tenga en su gloria.

—Así pues, tuvo un tránsito dulce —entrísteciose don Magín.

—No, señor. Yo no he dicho eso —aclaró Teonesto—. El Marcial era poco respetuoso con lo de los demás y un día, en ocasión de robar higos, lo descendió del árbol una perdigonada del guarda de la finca. Pero dejémonos de pijoterías... ¡Lo que yo daría, don Magín, por poderme valer y andar otra vez mundo adelante con usted!

Para consolarse dio otro tiento al cazalla y luego miró la botella al trasluz.

—Poco queda —comenté.

—No se preocupe que hay repuesto. Acérquese a la alacena, abra el armario de abajo y traiga de comer y de beber que de todo encontrará allí. Y de paso coja una tartera, cuchillos y tenedores.

Hice lo pedido, una vez que don Magín dio su conformidad para quedarnos, y aún fui a la calle y regresé con algunas municiones de boca. Animose Teonesto y acometió los alimentos sin dar por ello paz al cazalla.

—En botijo lo bebería —sentenció melancólico—, y estoy seguro de que me curaba. ¡Y la de tierras que íbamos a ver juntos! ¿Verdad, don Magín?

Suspiró y luego preguntó satisfecho:

—¿Ha reparado usted que el catón de todos los que se emancipan, sean países o personas, consiste en usar de la libertad para jorobar al prójimo vecino, bien jorobado, y si quedan arrestos a un surtido de los no vecinos?

Quedose don Magín pensativo y admirase en alta voz:

—Quizás tengas razón, Teonesto; quizás la tengas.

—¡Ay, si yo pudiera andar! —entrísteciose otra vez Teonesto—. Aunque si bien se mira lo mío tiene sus ventajas. Aquí haciendo barquillos le doy vueltas a las cosas y a las personas...

—Cuenta, cuenta —interrumpiole don Magín.

—¿Se acuerda usted de lo fino que tenía el oído?

—Vaya que sí.

—Pues ahora, por dormir de día y velar de noche atado al maldito sillón, se me han afilado tanto los sentidos que adivino el ser de las personas por la forma de roncar.

Soltó el trapo don Magín, pero Teonesto sin reparar en las risas volvió a la carga compungido.

—¿Cuánto me acuerdo de cuando yo era contra ley!

—¿Contra ley? —repetí preguntándome si el cazalla tan liberalmente administrado comenzaba a producir sus efectos—. ¿Qué es eso de contra ley?

—Hijo —afirmó muy digno Teonesto—, se me hace que la has corrido poco. Cuando en el librito de papel de fumar que es la vida te haya salido la hojilla rosa¹⁷¹ que previene el fin, como a este servidor que soy yo, no preguntarás en vano.

Y sin más explicaciones continuó:

—Cuando yo era contra ley todo mi afán se reducía a apartar unas perras para el día de mañana. Gastamos media vida en hacer dinero y una vez que lo tenemos gastamos el dinero en conservar la poca salud que nos ha quedado de resultas de los trabajos de juntar la plata.

Quebrósele la voz en un suspiro. Miré desconcertado a don Magín pero este no daba señales de extrañeza y en cuanto a bebida apenas había tocado el vaso de cazalla de la primera ronda. Yo ardía en deseos de saber qué era aquello de contra ley pero me aguanté las ganas. Don Magín, pensativo, arrugó el entrecejo y habló:

—El Marcial antes de echarse a peor vida tuvo negociajos; ¿no es así?

171 Tal como reza el texto, la hoja de distinto color que indicaba el próximo fin de las hojas del librito. Recuérdese el título de la novela de Miguel Delibes, *La hoja roja* (1959), que se refiere a los últimos años de un jubilado.

—Cabal, don Magín. El Marcial antes de andar a picos pardos disfrutaba de una fortuna medianeja gracias a una taberna con trastienda de lechería y a su celo cristiano.

Aún más confuso, me atreví a comentar:

—¿A su celo cristiano?

—Sí, señor —condescendió Teonesto—, que jamás pasó azumbre de vino por la taberna ni cántara de leche por la lechería sin el correspondiente bautismo. Allí el grifo corría que era un primor y ya ve lo que es la mala potra, la ruina del Marcial no le vino por el agua sino por el licor. Tenía un alambique del tiempo de la francesada y se empeñó en destilar, pero como los vinos que empleaba eran flojetes hubo de encabezarlos y se le fue el tino en las holandas que empleó. Para resumir; de la noche a la mañana medio barrio anduvo como zumba¹⁷² de cabestro cuando el animal trota, y el otro medio sintiose a las puertas de la muerte. La justicia terció y el Marcial se quedó en la calle con lo puesto. Y ese, que en gloria esté, no era como yo que cuando vienen mal dadas sé hacer barquillos...

Animose tras un buen rato de silencio y, levantando la botella, brindó:

—¡Ea, este trago va por usted, don Magín! Y usted —encarose conmigo— deje de poner cara de zangarriana¹⁷³ y aplíquese a lo que estamos.

Acto seguido y sin respirar, metiose entre pecho y espalda un trago tan largo que medido en tiempo diera de sí para rezar un credo. Al término de tan dilatado tiento, Teonesto dio señales de modorra, babeó y trastrabilló al mover los brazos. En cuestión de minutos pasó de la lucidez a la beocia y por fin, poseído de la embriaguez, dobló la cerviz y comenzó a roncar.

172 Cencerro grande.

173 Abatimiento.

Don Dimas apartó con cuidado el saco de cisco y el hornillo donde se amparaban las planchas del oficio, en evitación de riesgos, y dejamos el sotabanco.

Abajo, entre cohibido y temeroso, me dirigí a don Magín.

—Oiga, eso de contra ley que tan a oscuras ha quedado, ¿tiene que ver con políticas o con líos parecidos?

Riose tan estrepitosamente don Magín que unas mozas que pasaban por la estrecha calleja miraron hacia nosotros con disimulo.

—Teonesto —explicó don Magín— antes de entrar a mi servicio vivía de lo prohibido, es decir, iba siempre contra la ley. Cuando comenzaba la veda de las perdices, Teonesto salía a cazar perdices, cuando comenzaba la de la trucha, los cangrejos, la codorniz, lo que fuera, Teonesto a espaldas de la ley pescaba o cazaba. A destiempo las cosas valen mucho más y de ese más vivía bien.

Por toda respuesta silbé admirativo.

De la plaza de la Universidad se llega a la de la Catedral por la calle de Quinto Sertorio, vía recogida que no se habitúa al quejido del caucho sobre el adoquín. El viajero que entra en la plaza de la Catedral, viniendo por Quinto Sertorio, encuentra a la mano derecha el colegio mayor de Santiago y la casa consistorial, y a la mano izquierda el palacio episcopal, la parroquia del Salvador y la catedral.

El colegio mayor de Santiago, fundado en 1534 tras ganar sus patronos la voluntad del emperador Carlos I, accidentalmente en Monzón por motivos de cortes del reino de Aragón, tuvo una dilatada historia docente que murió con la desamortización. La fachada del colegio se alinea en traza y estilo con la de la casa consistorial. Antonio Mendizábal, que dio cima a ambos edificios, tuvo el buen gusto de otorgarles el mismo trato urbanístico.

El colegio ha conservado una escalera coronada con un magnífico escudo del emperador. En los altos del caserón se desplegaron muchos años los fondos del Museo Provincial de Bellas Artes, a cuya creación en 1839 contribuyó generosísimamente el académico oscense Valentín Carderera, quien donó nada menos que setenta y dos obras entre lienzos y tablas, amén de buen número de grabados, esculturas, tallas, libros, sellos y pergaminos. El museo, cuando esto se describe, en trance de traslado a la Casa de la Cultura que tiene su sede en el alcázar real, encierra entre otros tesoros varios mosaicos romanos de los siglos iv y v en buen estado de conservación y una nutrida serie de tablas del xiv, xv y comienzos del xvi. En las pintadas por Bernardo de Aras, Miguel Ximénez y Martín Bernat, se remansa una honda y patética fuerza que nimba a los personajes representados. Las composiciones traídas del monasterio de Sigena cautivan por la riqueza en que se desenvuelven los misterios y pasos religiosos. La Virgen y sus acompañantes, en el misterio de la Anunciación, nada tienen que envidiar en ropajes y adorno al delicioso arcángel de la salutación mariana.

Hay en el museo excelentes pinturas de Claudio Coello, Carducci, Carreño de Miranda, Pareja, Solís, Bayeu y Berdusán, por no citar más que unas pocas firmas; preciosos ejemplares de capiteles románicos y varias piezas de escultura religiosa de los siglos xii y xiii. El museo provincial ha de ganar mucho cuando los fondos de que dispone puedan exponerse con mayor dignidad en el nuevo local que se les destina.

La casa consistorial, flanqueada por dos torres cuadradas, entre las cuales corre una amplia galería donde la columnata rima majestuosamente con la imposta, cornisa y vigería de madera vista, constituye un ejemplar espléndido de la arquitectura aragonesa del Renacimiento. El zaguán hace alarde de robustas vigas provistas de zapatas delicadamente talladas. La arquería, sobriamente ornada por Miguel de Urliens, es digno escenario para la gallarda escalera que allí

arranca y a la que sobra el aditamento de unos hierros puestos para darle altura a la baranda. En el salón de sesiones el arte de Galván aplicose en 1826 para dejarnos cuatro retratos de los cuatro primeros reyes aragoneses descontado Ramiro I, a saber: Sancho Ramírez, el de las grandes ambiciones, muerto cuando Huesca era una fruta madura a punto de caerle en las manos; Pedro I, tan peleador como su padre y tan desgraciado que en lo poco que vivió hubo de pasar por el amargo trance de dar tierra santa a todos sus hijos; Alfonso I, hermano de Pedro, tan hazañoso en la guerra como infortunado en su matrimonio con aquella reina doña Urraca, catada antes de sus nupcias por el conde don Gómez de Campdespina y adúltera con él mismo después de casada y con el conde de Lara, quien, como paladinamente dice la *Estoria de Espanna* que mandó componer don Alfonso X el Sabio, «fizo con ella lo que quiso»; y Ramiro II el Monje, el de la unión de Aragón y Cataluña.

En la casa consistorial hay asimismo un armario tallado en 1592 por Juan de Berroeta, artífice de la sillería de la catedral; los imponentes sitiales del justicia y el cuadro de Casado del Alisal *La campana de Huesca*, en lienzo fronterizo a dichos sitiales. Mejor lugar para colgar pintura tan famosa no pudiera hallarse. Cabe el recio nogal, incómoda sede de la recta y dura ley del justicia de Aragón, el recuerdo del rey monje que para bien del reino siega voluntades torcidas, queda muy en su punto. Los trágicos monigotes descabezados, rotos, amontonados; el círculo de dramáticas testas que en vida iluminaron a los Luna, Bergua, Azlor, Cornel, Vidaurre, Foces, Lizana, Espés, y el estupor y espeluzno de los supérstites que a la mazmorra descenden, quedan fijados por el mágico pincel de Casado del Alisal de tal manera que aunque la matanza fuera leyenda el arte la hace realidad.

La plaza de la Catedral, punto más alto del cerro que ocupa la ciudad antigua, es lugar donde el culto a Dios se pierde en la noche de los tiempos. La catedral cristiana,

construida entre 1273 y 1515, hereda el sitio de un templo cristiano posterior a la conquista de Huesca, en 1096, el cual se posesiona del solar de la tan nombrada *Misquida*, la mezquita árabe que, a su vez purificada y consagrada, sirve antes para la restauración de la sede episcopal oscense. La Misquida toma el solar a una basílica visigótica que se debió de ir como sus bárbaros constructores, sin pena ni gloria, tras el empujón de los sarracenos, y a su vez la basílica recibe el terreno de una iglesia cristiana de menos pretensiones, legítima causahabiente del lugar donde se alzó un templo romano dedicado a la diosa Ceres, según todas las probabilidades. No hay más luces sobre mutaciones precedentes, pero las señaladas bastan para justificar la pía tradición del solar. Quizás buena parte de la originalidad de la catedral se deba al dilatado período de tiempo que tomó su construcción, casi dos siglos y medio, lo que dio pie para que en el guiso metieran varios la cuchara. Entre 1273 y 1310 se delimitó el perímetro, se pusieron los principales cimientos y se alzaron las naves laterales, el testero del templo, las capillas, la torre, lo que hoy es antesacristía y el archivo. Veintiocho años más tarde con un nuevo impulso económico prosiguese la obra y aparece en los documentos un tal Guillermo Inglés, quien como maestro responsable del edificio vigila la construcción de una techumbre sustentada por madera, para cubrir el perímetro que han de ocupar la nave central y el crucero, amén de levantar la fachada. Pasado el 400 el terco papa Luna, en premio a la lealtad que le demostraron los canónigos y clero oscense, contribuyó a la obra con generosas limosnas que se emplearon en una sillería para el coro que en estilo gótico mudéjar tallan el sarraceno Mohamed Borja y sus hijos, uno de los cuales respondía al curioso nombre de Albarguían; el ala gótica del claustro, el cual jamás se terminó, y otras obras menores, todas ellas bajo el mando de un alarife cuya rareza de nombre no iba a la zaga de la del morisco Albarguían, pues que se llamaba Pedro Jalopa. De

nuevo otro compás de espera y tan dilatado que casi se acerca al siglo, hasta que el obispo don Juan de Aragón y de Navarra, hijo del malhadado príncipe de Viana, el del romántico amor de los catalanes y la misteriosa muerte, dedica a la catedral gran parte de su fortuna personal amén de todo cuanto puede arbitrar de los caudales de la diócesis. El vasco Juan de Olózaga, con asesoramientos y contribuciones del maestro Gambán, que aportó la experiencia lograda en la Seo de Zaragoza, y de Gil Morlanes, entre 1497 y 1515, terminó la nave central, el crucero, la bóveda del ábside mayor, los arbotantes del exterior y el segundo cuerpo de la fachada. No contento con ello don Juan de Aragón encargó en 1516 las vidrieras y finalmente ajustó con Damián Forment la maravilla de filigrana que es el retablo del altar mayor. Por último en 1574 tuvo lugar la reforma del frente dividiéndolo mediante un alero saledizo que hace de visera y de divisor de cuerpos y da al conjunto una nota muy característica.

Por desgracia, construcción de tanta garrideza¹⁷⁴ como la catedral adolece hoy en sus partes externas de caries y senos que le roban prestancia. Los maestros que se sucedieron no acertaron en la elección de la piedra, y el viento, las aguas y los hielos se han cebado lo suyo. Es lástima que siendo el Pirineo tan abundante en rocas duras se eligiese una que a lo largo de los siglos ha resultado blanda.

En la fachada se delimitan perfectamente dos momentos del gótico: el sobrio de los comienzos y el de la parte superior y remates, más alambicado y retorcido. El cuerpo de fachada en el que se abre la puerta principal está separado en dos por el alero antes mencionado y delimitado por dos torrecillas muy airosas y muy bien resueltas que hacen juego con otras dos torres menores, a fin de que en los tres lienzos de muro que deja la alineación se abran dos ventanas en arco rebajado y con escotadura en el centro de la clave y un gran

174 Gallardía, hermosura.

ventanal circular. Bajo el alero que separa tan esbelto cuerpo del lienzo de pared que cobija la portada principal, corren una serie de ventanas en arco que forman una suerte de galería. Al lado de la puerta principal debieron de existir otras dos secundarias y al menos traza de una de ellas, tapiada para construir una capilla, ha llegado hasta nuestros días.

La torre a la mano siniestra del visitante adolece de la falta de un remate digno. Tuvo un chapitel de ladrillo muy posterior a la época de la construcción de piedra, pero un incendio se lo llevó años atrás y el conjunto ha quedado mocho.

La portada principal, impresionante alarde de un maestro desconocido que la ideó cuando el gótico daba las boqueadas, se compone de siete arcos ojivales que se abocinan de mayor a menor albergando en sus archivoltas tres franjas de delicioso encaje pétreo y cuatro de santos, santas, ángeles y personajes de la Biblia. Donde los siete arcos nacen, surgen doseles bajo los cuales se albergan catorce figuras en tamaño que le falta poco para ser el natural, representando los once apóstoles, san Juan Bautista y los santos oscenses Lorenzo y Vicente. El tímpano lo ocupa una escultura de la Santísima Virgen de muy buena labra, los tres reyes de Oriente y Cristo y la Magdalena. Todo el logrado conjunto que forma la portada coronase con un rosetón de galana línea.

La planta comprende una nave central y dos laterales de menos altura que albergan catorce capillas, más el correspondiente crucero al que abocan cinco capillas que conforman el ábside. Las aristas de las bóvedas forman un bello y complicado entramado sobre todo en la nave central, el crucero y las capillas absidales.

Causa asombro la contemplación del retablo del altar mayor, tallado casi todo en alabastro por el valenciano Damián Forment, cuando su arte había madurado hasta alcanzar una perfección máxima solo comparable a la del castellano Berruguete. Trece años tardó Forment, ayudado por Juan de Landernain, Esteban Solórzano, Juan de Salas,

Juan de Lorena, Pedro Muñoz, Juan de Liceyre y el maestro Enrique, en dar cima a su obra. A poco de terminada, Forment, ya anciano, como puede comprobarse en el medallón que con su bella efigie nos dejó en el basamento del retablo, murió sin acabar el de la catedral de Barbastro. Las tres escenas centrales en el cuerpo superior, consagradas a la Crucifixión, el Descendimiento y Jesús con la cruz a cuestas, impresionan por el hondo patetismo de las figuras, el agónico retorcimiento de los gestos, la hondura del drama que los personajes viven y el perfecto dominio de los planos a fin de que el conjunto del trance quede reflejado en todos y cada uno de los detalles. Tiene este retablo el raro don de que el contemplador no se pierda en los calados, resaltes, adornos, pináculos, flora, profetas y angelotes que convierten la mineral piedra en algo viviente, en un fluido movedido que a la postre converge para aupar ante el vidente las tres escenas fundamentales. Es obra que los ojos no se cansan de mirar y que deleita, suspende y embarga el ánimo hasta tal punto que, con ser muchos los tesoros de las capillas laterales, siempre se vuelve al gozo de admirar una piedra tan domeñada por manos de hombres.

Casi todas las capillas son dignas de visita pues afortunadamente las más de ellas se han salvado de esa furia renovadora que llevó en el XVIII y el XIX a cambiar tablas góticas por santos que hoy llamaríamos de taller por decirlo de algún modo. Unas cuantas merecen mayor detenimiento, a saber: la de la Epifanía, la de Nuestra Señora del Pópulo, la de santa Catalina, la de san Martín, la de san Jerónimo y la de santa Ana. Otras tres, la de san Joaquín, la de los santos Orencio y Paciencia y la de la Dolorosa, son acreedoras de examen aún más prolijo.

Un apresurado catálogo de lo sobresaliente de las siete capillas a las que hemos señalado la nota de detenimiento es: en la capilla de la Epifanía, un retablo plateresco del XVI ejecutado en alabastro con mucho esmero; en la de Nues-

tra Señora del Pópulo, un muy excelente retablo del xvii; en la de santa Lucía, tres lienzos de Bayeu sobre la vida de la santa; en la de santa Catalina, el lienzo central y los laterales; en la de san Martín, un lienzo de Berdusán donde la seguridad del trazo se anima con atrevidas y ricas tonalidades; en la de san Jerónimo, el retablo de exaltado barroquismo y dos lienzos de Luzán, maestro de Goya, y por último, en la de santa Ana, la escultura orante en alabastro policromo del canónigo Santángelo, a cuyas expensas construyose la capilla en 1522, y un bonísimo retablo plateresco cuya figura central unos atribuyen a Berruguete, quien también trabajó algo en Aragón, y otros, con más justicia, a Forment.

En la capilla de la Dolorosa, primera de las tres para examen prolijo, hay un retablo de muy lucida ornamentación cuyo lienzo central recuerda la manera de hacer de Ribalta. En la capilla de san Joaquín resalta la reja y el rico altar, ambos de alabastro, y los dieciséis lienzos pintados por Vicente Berdusán en un momento de clara influencia de Murillo. Cierra la serie de las tres capillas punteras la de los santos Orencio y Paciencia, también llamada de los Lastanosa porque fue costeada por tan ilustre familia, la cual reservose la cripta del lugar para enterramiento. Ninguna capilla de la catedral le gana en esplendor. Vincencio Juan de Lastanosa, mecenas de artistas y literatos, a la hora de mandar edificar su capilla hizo gala de aquel acreditado buen gusto que le llevó a reunir una de las más famosas colecciones de arte del país. Muros y cúpula se ornamentan con la obra de Jerónimo Jalón, y el retablo enmarcado por columnas salomónicas de fuerte cepa, en jaspes verde, encierra una soberbia pintura de Jusepe Martínez. El lujo del mármol confronta con la riqueza del alabastro en el pavimento y los zócalos. En una sacristía lateral hay una Virgen, la de la Leche, de gusto italianizante, y en la cripta las estatuas orantes en alabastro de los fundadores: el clérigo y el capitán.

En la catedral y en una capilla del ábside ríndese culto al Santo Cristo de los Milagros, por el que los oscenses tienen señaladísima devoción. Se trata de una imagen del siglo xv, que en el xvii es fama que sudó sangre con ocasión de una procesión celebrada por motivo de peste.

La parte central del templo, como es clásico en las iglesias españolas, se destina al coro. La sillería labrada por Mohamed de Borja y sus hijos en el xv se reemplazó en el xvi por otra comenzada por Nicolás de Berastegui y terminada por su hijo Juan de Berastegui o de Berrueta, autor también del armario del ayuntamiento. Los Berastegui han dejado en Huesca una obra renacentista de primerísima calidad, donde la diversidad de motivos hace pareja con la seguridad y limpieza de que usaron al manejar gubias y cinceles.

La sacristía consta de tres piezas y desde la principal se sube a un pequeño oratorio, tras el retablo mayor, a buena altura, cuyo maravilloso tríptico en alabastro que representa la Epifanía ha pasado al museo de la catedral. Presidiendo la mayor de las piezas de la sacristía álzase un armario de grandes proporciones tallado en 1642 por José Garro, obra singular en su género. Cuenta la catedral con una custodia de cuatro plantas, cincelada entre 1596 y 1601, por el navarro Velázquez de Medrano, muy en la línea de las obras de Arfe. Se consumieron en ella pasa de quince arrobas de plata. El frontal que recubre el altar mayor los días que repican gordo, y seis bustos que a la par encierran reliquias y representan respectivamente a san Orencio, santa Paciencia, san Vicente, san Lorenzo, san Martín y san Orencio obispo, también son de plata.

En local sito sobre la antesacristía guárdase el archivo catedralicio, extraordinaria fuente informativa en lo que a documentos medievales del reino de Aragón se refiere. El número de pergaminos que se custodian fácilmente llegará a los seis mil, entre ellos muchos de los siglos xi y xii; el de códices se acerca al centenar. Los fondos del archivo cate-

dralicio, sobre el interés histórico, entrañan un elevadísimo valor para quienes andan tras esa suerte de emoción artística que produce la contemplación de lo miniado, con sus sencillos colores, y la selva complicada de lazos, motivos y fantásticas representaciones ornamentales.

La sala capitular de la catedral atesora una colección de pintura y escultura procedente de diversas iglesias del reino, reunida bajo la rúbrica de «Museo Episcopal». Se contemplan allí los murales de San Fructuoso de Bierge, concebidos en pleno goticismo por el maestro de Barluenga, artista de tan sobrios medios de expresión como dramático acento en todo lo que tocaba; un retablo del xv firmado por Pedro Zuera; varias imágenes del xii y el xiv en piedra y madera; el retablo de plata con el que Pedro IV compensó al santuario de Salas de la violenta apropiación que de sus tesoros hizo en beneficio de los negocios de Estado, y las tres famosas arquetas románicas, esmaltadas en el siglo xii según los modos de hacer de Limoges, y llegadas a Aragón desde Francia por la misma vía que los peregrinos a Compostela: el *Sumus Port* o Somport, que usando de cortesía con la altura hiende el Pirineo como remate del valle de Canfranc.

Desde la catedral, por una puerta románica que se abre al extremo izquierdo del crucero, entre las capillas de san Gil y de la Dolorosa, se pasa al tramo de claustro con el que a la postre contó el templo tras un período de construcción tan dilatado. No es un claustro alegre y abierto, antes bien sobrecoge algo el ánimo, especialmente en el ala donde se halla la sala de la limosna, cuyos muros albergan muy antiguos enterramientos y orlas funerarias. Quizás la parte contigua a la catedral, aun con todos los defectos señalados para la otra ala, sea la más alegre dentro de su solemne tristeza. Se trata del sector que costearon el papa Luna y el obispo Ram, éste uno de los compromisarios de Caspe.

Desde el claustro se pasa a la parroquia del Salvador, a la que en Huesca dicen *la parroquieta*, donde se conserva

el retablo en alabastro, procedente del castillo y monasterio de Montearagón, solemne pieza consagrada del genio de Gil Morlanes, que supo trocar la pieza en blonda de formas tan cambiantes como las espumas de una ola coronada por un viento suave. Gil Morlanes trabajó esta obra entre 1507 y 1512, gracias a la generosidad del prior don Alonso de Aragón, hijo natural del católico monarca don Fernando.

En el contiguo palacio episcopal contados pasos nos hablan de los tiempos pasados, y entre ellos una puerta románica, y el salón de Espés, con un buen artesanado mudéjar. El palacio sufrió ese vendaval renovador que a finales del xvii y en todo el xviii se llevó de España mucha piedra y talla para sustituirlas por yeso y escayola.

Quiso la casualidad, gran celestina, que yendo don Dimas, don Magín y el mozo de mulas Restituto Azcón a llevar las bestias al herrador acertáramos a pasar cerca de la estación del ferrocarril y que viéramos salir de ella a un hombrecillo entero y gibado, las manos esposadas y bien flanqueado por un cabo y un número de la Guardia Civil. Antes de que en el armario de mi caletre atase los cabos de ideas que aquella cara y estampa sugerían, don Dimas admiróse:

—¡Si es el lañador que te topaste en Robres!

—El mismo —corroboré—; Hipólito Iglesuela Haltmann, por otro nombre *el español perfecto*.

Interesóse don Magín y comencé a explicarle lo de la sangre española, la sangre alemana y la vertebración de la raza tal como Hipólito Iglesuela se había servido adobarlo el día de nuestro encuentro, pero dejándome con la palabra en la boca acercóse al cabo, conversó con él muy brevemente y regresó a nuestro lado.

—El cabo es amigo mío y precisamente libra tan pronto como entregue al preso. Con su permiso —dirigiose a don Dimas—, me he servido señalarle adónde vamos y estará

con nosotros en la herrería tan pronto como se despache. Si les parece para agasajarlo les ofrezco a todos un taco.

Torció el gesto don Dimas aunque luego lo compuso y preguntó ladino:

—¿Es de fiar el galán?

Y luego apresuradamente añadió:

—No es que tenga nada que temer, pues casi siempre estoy dentro de la ley, pero a veces para ganarse la vida hay que hacer cosas fuera de las tapias que le ponen al monte los demás, y si alguien quisiera buscarle tres pies al gato...

—Sobre ese particular no se preocupe —aseguró don Magín—. Bien sé que hay árboles que se nos antojan perales y son peruétanos. Con mi cabeza respondo del cabo.

—Sea, pues —sentenció don Dimas—. Y sin más emprendimos la marcha.

Ya en la herrería y tras los saludos de rigor, el herrero, un hombretón de ancha sonrisa y pelambrera rubia que se envolvía en un mandil de cuero, puso unas briznas de paja en el fogón, prendió fuego, cubrió con carbón, nos examinó a los presentes y con no poca bigardía¹⁷⁵ decretó dirigiéndose a don Magín:

—Se me hace que usted tiene estampa de buen follador,¹⁷⁶ de forma que agárrese a la cadencia y ya le dirigiré yo el viento.

—Si le parece —intervine—, nos turnamos en unión del mozo de mulas, pues esperamos visita y don Magín es quien ha de hacer los honores.

—Siendo así —esponjose el herrero—, que afuelle quien guste.

Mientras don Magín salía a la comisión del taco encarguéme yo del fuelle.

175 Burla.

176 El que maneja los fuelles en la fragua, aunque aquí, obviamente, el herrero utiliza burlonamente el doble sentido.

El herrero, que resultó llamarse Clodoaldo Garulo Alano, las tomó con el mozo de mulas Restituto, unas veces porque no manejaba la maza como debía y al golpear mordía más el yunque que la herradura o los puntos de ella que le señalaba el herrero con el martillo, otras porque no alzaba los remos de las bestias y el herrero corría el riesgo de abajar los cascos con el pujavante¹⁷⁷ al hacerles el asiento del calzado, y en fin porque el del fierro dándoselas de listo tomó los silencios de Restituto por cortedad de alcances. Don Dimas, que veía cómo se enconaba el mozo de mulas, intentó terciar asegurando:

—Repáre, maestro, que ya pasaron los tiempos de san Marcelo, padre de doce hijos que alcanzaron todos la santidad de los altares.

Pero el herrero, terne que terne, miró socarrón a Restituto y sentenció:

—El que nace barrigón, tontería es que lo fajen.

Creímos que Restituto estallaba con la fuerza de la sangre que a la cara se le vino trocándosela en un puro rubor. Nada pasó, sin embargo, y Clodoaldo Garulo siguió con sus puntaditas hasta que la operación de calzar a las bestias hubo terminado. Soltó, entonces, Restituto el pie derecho de la mula de varas, acercose al herrero que sonreía mostrando una soberbia fila de dientes de ajo y le sacudió una soberana puñada que dio con Clodoaldo en el suelo. Sacudiose después las manos como aquel que se limpia el polvo y afirmó solemne:

—Para que se acuerde de los de mi pueblo.

El herrero movió la cabeza vigorosamente, cerciorándose de que todavía la tenía sobre los hombros, hurgó con el pulgar y el índice diestros en la boca hasta hallar una pieza que de resultas del morrón estaba tumbada, escupiola y púsose en pie.

177 Instrumento usado por los herradores para cortar el casco a las caballerías.

Todo sucedió tan rápido que ni a don Dimas ni a mí nos dio tiempo de intervenir y cuando quisimos hacerlo Clodoaldo y Restituto se hallaban enzarzados como mastín y lobo en una riña sin aspavientos, en la que todo se volvía procurar la ruina física del oponente. Por fortuna para todos, cuando comenzaba a dominarnos el apuro hicieron su entrada en la fragua el cabo de la Guardia Civil y don Magín y entre los cuatro pudimos reducir a los luchadores. El cabo, que en su juventud había tenido destino en puerto de mar, preguntó autoritario:

—¿Qué es esto?, ¿una noche marinera? Ahora mismo hacen paces si no quieren que les cueste un buen julepe.¹⁷⁸

Terció don Dimas ayudado por don Magín y los de la riña diéronse las manos con más fachada que buena voluntad.

El cabo sentenció filósofo:

—Aquí como en Oriente todos los problemas son de orgullo. En vez de resolver con cabeza lo que cuenta es apabullar al prójimo.

Don Dimas, mientras tanto, con vinagre y sal curó los arañazos, golpes y moretones del herrero. Lo de Restituto ya fue más complicado pues tenía la mandíbula algo desencajada y hubo de ponérsela en el sitio donde normalmente abrochaba.

Calmados algo los ánimos, dejamos las mulas en la herretería y tras mucho rogar a Clodoaldo que nos honrara con su compañía salimos en busca del taco preparado por don Magín.

En el reservado de una taberna en los alrededores de la calle del Padre Huesca, despachamos una fuente de cangrejos bien adobados con picante, una cazuela de fritura de sesos, medio jamón y un pollo tomatero por barba. Para ayudar al paso comenzamos por el clarete de Lanaja y luego nos pasamos al tinto de Angüés. Los contendientes ante la buena mesa dejaron temporalmente las rencillas y solo a la hora del

café y del anís contempláronse con gesto tan avinagrado que, de no mediar la presencia del cabo y la separación que entre ellos ponía la mesa, dieran al traste con la fiesta. Por suerte don Magín puso alguna novedad en el ambiente, pues encarándose con el cabo le rogó:

—Si con ello no va usted contra las ordenanzas que gobiernan su Instituto, mucho nos agradaría saber cuál es el motivo de que Hipólito Iglesias haya caído tan bajo.

—Con mucho gusto les responderé pues en nada violento la ley. Hipólito Iglesias Haltmann, de profesión lañador, por otro nombre *el español perfecto*, está acusado de bujarrón.

—¿De bujarrón? —preguntó el herrero dando señales de no haber entendido.

—Sí, de sodomita o si prefiere usted decirlo más claro de marica.

—¿Está usted seguro? —admiróse don Dimas.

—Tan seguro como que me he de morir, y para más señales le voy a contar el caso tal y como ha sido.

Aclarose la garganta el cabo dándole un liberal tiento al clarete y explicó:

—El Iglesias, que de por sí es algo maniático, ya no se hace la propaganda como *el español perfecto*, sino que ha ampliado el recorrido y se ha mudado de barrios. Ahora se las da de mártir y dice que todos los males que le pueden venir los sufre gustoso porque es el único europeo del reino.

Viendo el cabo la cara de extrañeza que ponían el herrero Clodoaldo y el mozo de mulas Restituto, revistiose de suficiencia y prosiguió:

—Al jefe de línea de mi sector le vinieron con el cuento de que en cierta paridera de un término que no vale la pena de nombrar se veían luces muy a deshora. Total que se montó un servicio y sorprendimos al Iglesias en unión de unos mozos franceses, todos ellos vestidos de griegos y en plena bacanal.

Dejó de hablar el cabo para dar lugar a un silencio admirativo que rompió Clodoaldo:

—Oiga... ¿Y qué es eso de una bacanal?

Miró despreciativo el cabo al herrero y don Magín se apresuró a cortar por lo sano:

—Obra de misericordia es enseñar al que no sabe. Bacanal es lo mismo que orgía.

—Pues estamos en las mismas —gruñó Restituto—, o me lo pone más claro o los que tuvimos poco tiempo para vagar en la escuela no nos enteramos.

Y subiendo el diapasón de su creciente enfado continuó:

—Bien se me alcanza que tantos tíos disfrazados no se reunirían para rezar el rosario, pero ya que estamos en ilustrarnos lo que el Clodoaldo y un servidor quieren saber es a lo que se dedicaban los de la orgía...

—A mí no me metas en esas guarradas —sulfurose el herrero—, que yo no te he dado vela en el entierro.

Pusimos paz en la reunión temerosos de que el encono de aquellas dos almas cándidas estropease la jornada y el cabo pudo otra vez meter baza en la conversación.

—Los franceses pudieron escapar y no se les ha visto ni pluma ni hueso, sin duda porque debían de tener un coche en las cercanías... y écheles usted un galgo. Pero al Hipólito Iglesiasuela lo hemos traído para que se explique mejor.

—¿Y qué quiere usted que diga? —pregunté yo.

—La verdad nada más. Hasta ahora todo se le va en jurar que en la paridera no se hacía nada malo; que era una reunión de europeos y que de Europa ha de venir la luz y... ¡qué sé yo cuántas gaitas más!

Encendido en rubores, Restituto Azcón se atrevió a aventurar:

—A lo mejor hasta bailaban agarrados.

Don Dimas puso gesto pesimista, movió varias veces la cabeza y comentó:

—No, si con tanto turista y tanta divisa y tanta Europa acabaremos todos revueltos y vestidos de romanos o de cartagineses. Ese Hipólito quizás nació afeminado y hasta la fecha no lo pudo demostrar por falta de contraste.

—¿De contraste? —extrañose el cabo—. ¿Es que eso ha de llevar el sello del fiel, como los metales preciosos?

—Quiero decir de contrincante; entiéndanme ustedes. Este país era una especie de cenicienta que nadie visitaba y de golpe y porrazo han comenzado a lloverle extranjeros que traen las modas de fuera. Para ir al grano, hace diez años ejercer de marica era más difícil que encontrar un mirlo blanco, pero con los nuevos modos han aumentado lo suyo las facilidades.

Don Magín terció nostálgico:

—Cuando yo comenzaba a gallear, toda villa importante del país tenía un tonto que al examinarse de ingreso de bachiller había ido armado de un puntero a buscar los pecados capitales en el mapa de España y una señorita temperamental, objeto de todos los sobos teóricos de lo más granado del censo masculino. El tonto acababa de cambista titulado de todos los pesetones y duros sevillanos¹⁷⁹ que los avisados no podían pasar y la señorita, por regla general una real hembra, retirada de la murmuración gracias a unas justas nupcias con un sujeto feo y esmirriado, soberbio padreador. La sustitución en la plaza de dar que hablar quedaba

179 Duros iguales a los de curso legal con dos pesetas de plata en cada moneda pero falsos en la práctica. Desde finales del siglo XIX el precio de la plata había ido cayendo de modo que las cinco pesetas que tenía el duro de valor facial acabaron valiendo solo dos, con lo que el estado ganaba tres pesetas por cada duro acuñado. Ello desencadenó la picaresca de quienes vieron la ocasión de utilizar el mismo metal ganando dinero. Al parecer, su acuñación comenzó en Sevilla pero su uso se fue extendiendo de tal manera que el gobierno de Alfonso XIII acabó aceptando cambiarlos por duros de curso legal para poder retirarlos de la circulación.

siempre a cargo de una nueva candidata de mayores méritos y mejores hechuras si cabe.

Quedamos embobados con el discurso sentimental de don Magín, quien tras encender un cigarrillo prosiguió:

—De todas formas gran verdad es aquello tan traído y llevado de que si en el sexto no hay perdón y en el séptimo rebaja ya puede Nuestro Señor llenar el cielo de paja...

Llegados a este punto la conversación aneblose, perdiéndose en particularidades lo que hasta entonces tenía de general, por lo que don Dimas, tras consultar disimuladamente la hora, me señaló una tablilla colgada de la pared y me rogó que leyera lo que en ella estaba escrito, que es lo siguiente:

Aquí se acabó el fiar
y el prestar también murió.
Cuando fío, considero
que voy perdiendo un amigo
a costa de mi dinero.
Si fío, aventuro lo que es mío;
si presto, al pagar ponen mal gesto
y, para evitarme esto,
ni doy ni fío ni presto.

—Descarnada sentencia —comentó don Magín; y sin más preámbulos llamó al dueño del figón y se hizo cargo del gasto tal y como había prometido. Restituto, de natural alborotapueblos, intentó prolongar la sobremesa pero no encontró más cliente para ello que el herrero Clodoaldo y, temeroso de que las viejas rivalidades salieran a relucir, hizo de tripas corazón y se unió a nosotros.

Nos despedimos del cabo y ya en la calle don Magín, sin que nosotros acertáramos a ver dónde iban los tiros, filosofó:

—Los que escriben las vidas y milagros de otros, a fuerza de entronizar al santo que canonizan hacen bajar a los infiernos al resto de la corte, y al revés te lo digo para que

me entiendas. Lo mismo pasa cuando se habla de las personas para bien o para mal.

Ni don Dimas ni yo nos atrevimos a preguntar la razón de tan profunda sentencia.

De la plaza de la Catedral sale la calle de las Cortes y de esta la de Ricafort, tan empinada que agobia a quienes por ella van hacia la seo y obliga a trotar a quienes la descienden en busca de la plaza de Lizana, lugar de mucho sabor que señala las fronteras del Coso Alto, calle llana, ancha y principal. Entrando al Coso Alto, desde la plaza de Lizana, a la derecha del caminante y a pocos metros queda el convento de Capuchinos y a la izquierda el colegio de Santa Ana.

El convento de Capuchinos conserva un retablo tallado con tanta y tan revuelta pompa ornamental de follaje, frutos y ramos que linda en el desenfreno. A Dios gracias, al autor no se le ocurrió dorarle y así las florituras pesan algo menos. Los lienzos del xvii están bien pintados pero con sobra de oficio y falta de pasión.

El colegio de Santa Ana ocupa una morada de estilo renacentista que perteneció a los Climent. Los balcones se encuadran con una cenefa de piedra cuya parte superior sirve de apoyatura a animales fabulosos o a héroes presentando medallones que cobijan figuras humanas. El último piso es una galería, hoy en parte cegada, al resguardo del clásico alero de madera. La puerta principal se adorna con el escudo de los Climent y tras el zaguán arranca una soberbia escalera cuyo motivo ornamental son los escudos de las viejas familias oscenses aliadas de los Climent.

Caminando coso abajo, en la misma mano y en idéntica manzana se halla la casa de los Oña, buen ejemplar de la arquitectura aragonesa clásica que se empareja en estilo con la casa de Claver, siempre en la misma acera, poco antes del empalme del Coso Alto con los porches de Galicia y la calle

Duquesa de Villahermosa. En la acera de enfrente y en el tramo que discurre entre las dos últimas mansiones citadas se levanta la iglesia de San Vicente Mártir, hijo de Huesca, martirizado en Valencia con una rueda de molino cuando apenas comenzaba el siglo iv. La piedad asegura que el templo ocupa el lugar donde nació el santo. El edificio, de macizo y poco grato aspecto, es obra del oscense Sofi en pleno xviii y perteneció siempre a la Compañía de Jesús, salvo el interregno de la expulsión y la disolución de la orden. Los amantes del barroco tienen en San Vicente un retablo mayor y algunos laterales, excelentes muestras de este arte.

Los porches de Galicia, sin ser el centro geográfico de la ciudad, hacen las veces de corazón de la urbe. Bajo sus bien trazados arcos, que albergan del cierzo y la lluvia invernales y alivian del bochorno veraniego, nace esa procesión laica que es el paseo con su ida, su venida y sus estaciones. Allí arranca y muere el multicolor dragón humano que sube y baja, se mueve y conmueve cumpliendo un inveterado y provincial rito. Terminan los porches en la plaza de Zaragoza, bien oreada por el aire vegetal que le envía el parque vecino, y nacen fronteros con la empinada cuesta que es la calle de la Duquesa de Villahermosa, cuyos aledaños domina en la plaza de San Pedro el Viejo la iglesia del mismo nombre.

San Pedro el Viejo resume en sus muros milenio y medio de oraciones cristianas. En San Pedro el Viejo disfrutaron de lo que hoy se llama pomposamente libertad de cultos los mozárabes que unieron su vida civil a la de los árabes durante la dominación sarracena.

Cuando Huesca fue conquistada, San Pedro, por aquello de la relación feudal de San Ponce de Tomeras con Aragón, fue donado a dicho monasterio del otro lado del Pirineo, iniciándose así la vida de un priorato que feneció cuatro siglos más tarde cuando Fernando el Católico determinó otra cosa.

En San Pedro el Viejo retiróse Ramiro II, el rey monje, después de tres años de andar por el mundo sin cogulla,

poniendo orden en los negocios del reino. Allí vivió y justamente en el claustro de San Pedro el Viejo está enterrado.

Exteriormente el templo guarda el hosco y macizo aspecto de aquellas construcciones que eran a la vez lugar de oración y castillo militar. La fachada, que las restauraciones no han tocado, es de factura muy simple y se rompe convenientemente con ventanas que tienen traza de saeteras. La torre hexagonal ha llegado a nuestros días mocha, pero por Aínsa, historiador nada fantástico, sabemos que fue más gallarda. El pórtico largo que precede a la portada es añadidura del xvii; en cambio, esta última, de arcadas y ajedrezado cerrándose sobre un crismón con angelotes, la cifra de Cristo Nuestro Señor y las emblemáticas alfa y omega, salió de manos de canteros a comienzos del siglo xii y afortunadamente pasó desapercibida al celo renovador.

El templo se compone de tres naves y crucero, pero la restauración metió en él tan desafortunada mano de variaciones, revestimientos y encalados, que cuesta trabajo identificar los restos primitivos o imaginárselos desprovistos de los cambios que en ellos se introdujeron, como es el caso de las columnas románicas que separan las naves, retalladas para darles más luz y convertirlas en pilastras. El cimborrio y la capilla de san Ponce son del siglo xiii, mientras que la sacristía pertenece ya al xvi y xvii.

Juan de Berrueta y Juan de Alí terminaron a comienzos de 1600 el altar mayor, dedicado a san Pedro. La obra de Berrueta y Alí, concebida dentro de los cánones de un renacentismo que vislumbra ya la confusión barroca, sustituyó, por desgracia, a la que cuatrocientos años antes se consagró en vida de Jaime I el Conquistador. Tras el altar mayor se esconde una pequeña capilla con un retablo gótico de primorosa hechura, regalo del prior Juan Cortés, cuyas figuras acusan influencia ultramontana. Este Juan Cortés, prior de San Pedro el Viejo por los años en que en Castilla gobernaba el cardenal Ximénez de Cisneros, rescató para la

iglesia oscense los cuerpos de los santos Justo y Pastor, a propósito de cuyas reliquias Huesca y Alcalá de Henares anduvieron a la greña.

Los santos Justo y Pastor nacieron en *Compluto*¹⁸⁰ y en *Compluto* quedaron sus cuerpos cuando andando el siglo II sufrieron martirio. San Úrbez, por los años de la invasión sarracena, dejó la cueva del valle de Nocito, lugar de Huesca donde hacía penitencia, hizo un viaje a Alcalá de Henares y se trajo los cuerpos de los santos con intención de reposar junto a ellos cuando el Señor dispusiera llamarlo a juicio. Andando los siglos, Alcalá de Henares pretendió que las sagradas reliquias de Justo y Pastor volvieran a su patria chica y comenzaron las presiones y rogativas. El arzobispo de Toledo, Carrillo, metió en la danza de la devolución al rey Católico, este a su vez le pasó el encargo al obispo de Zaragoza, don Alfonso, hijo natural suyo, y don Alfonso trató de hacerles la forzosa a los de Nocito. Los de Nocito se las tuvieron tíasas con todos y las reliquias de los santos Justo y Pastor quedaron donde estaban. Hubo incluso una pequeña tentativa de robo que fracasó, hasta que lindando el 1500 el cardenal Ximénez de Cisneros hizo suyos los ya viejos deseos de Alcalá de Henares e invocó el valimiento del virrey de Aragón, el bastardo don Alfonso, que como arzobispo de Zaragoza ya había fracasado anteriormente en el rescate. La comisión fue desempeñada esta vez por unos bandoleros, quienes, tras robar los cuerpos de los santos y debido al temporal propio de la estación, se perdieron por los vericuetos de la montaña, sin acertar a encontrar el camino a la tierra llana. Por fin, tras días de angustiosa marcha llegaron a Huesca, depositaron las reliquias en lugar conveniente y atemorizados lo hicieron saber al prior de San Pedro, Juan Cortés, quien se hizo cargo de ellas. Solo los esfuerzos del papa Pío V y de Felipe II lograron medio siglo

180 Nombre latino de Alcalá de Henares.

más tarde que parte de los restos de los santos Justo y Pastor se cedieran a El Escorial y a Alcalá de Henares.

De la iglesia se pasa al claustro a través de una portada ornada de un tímpano que tiene plaza de excelencia en la escultura española. La escena de la Epifanía, labrada en la parte inferior del frontón, sorprende por la sensación de vida y movimiento que el artista supo imprimir a la piedra. Centra la representación una estrella de oriente, tímido aprendiz de rosa de los vientos. A un lado quedan san José y la Santísima Virgen sentada sobre sillón de tijera y presentando a un niño Jesús ingenuamente tallado que avanza los brazos en señal de recibir; al otro se sitúan los magos, cuyas tres figuras gradúan el gesto de adoración, más acentuado en el primero de los reyes que en el último, que se limita a apuntarlo someramente.

El claustro es la pieza que mejor sirve para hacerse idea de la grandeza del monasterio en el siglo XII. Los capiteles recrean en el contemplador la misma sensación de movimiento, vida y sano naturalismo del tímpano. Cuajados de figuras arrancadas a la piedra mediante el artificio nuevo hasta entonces de profundizar con el cincel a fin de lograr un relieve de bulto, los capiteles nos cuentan pasajes del Antiguo y el Nuevo Testamento, fantásticos combates con animales quiméricos, truculentas escenas de condenados y venturosos e ingenuos cuadros de bienaventurados. Todo un mundo de imaginación medieval se despliega ante nosotros y es preciso examinarlo poco a poco y con gran atención y recreo para catar el deleite de formas que en él se contienen.

Contigua al claustro está la capilla de san Bartolomé, obra muy en consonancia con el todo, a pesar de que se hizo en el XIII, y lugar de enterramiento de dos reyes de Aragón, Ramiro II y Alfonso el Batallador. Las cenizas del último vinieron de Montearagón en 1845 cuando la incuria de los tiempos modernos dejó consumirse el monasterio casti-

llo y por ello el Batallador, muerto a los sesenta años en la guerra contra el moro, tiene una lápida moderna y modesta. A Ramiro II, el rey bragado, sus contemporáneos, con más buena fe que sentido artístico, le adjudicaron el sepulcro de un romano muerto en *Oscá*. El rey que tanta honra artística dio a San Pedro, a la hora de la muerte, sin duda por estulicia de sus coetáneos recibió poco; tuvo un sepulcro usado por un romano expatriado, un oscuro diumviro,¹⁸¹ un emigrante de los que se ganaron el pan en provincias.

181 Cargo de segundo orden en el Imperio Romano.

VIII. DE HUESCA A PUENTE LA REINA

EN HUESCA CONSUMIMOS SIETE DÍAS que a mí se me fueron en deleitosas visitas a tanto y tan bueno como guarda. De lo más principal ha quedado relación somera, pues agotar el tema queda para quienes gustan de describir minucioso y con copia de datos, afición esta que gana en honesta profundidad todo lo que pierde en ligereza.

Un 21 de mayo, festividad de san Donato y víspera de la gloriosa santa Rita, abogada de imposibles, cuando escasamente comenzaba a clarear, dejamos la ciudad, Coso Alto arriba, en busca de la carretera nacional 240, que aquí llaman de Francia.

Las tierras por donde discurre el camino son, como toda la hoya de Huesca, de muy buen ver. A la mano izquierda y apenas la avenida de Monreal, que es continuación del Coso, empalma con la ruta, queda el cerro de San Jorge, santo de plaza montada. Los pinos del cerrete donde corta vientos la ermita bajan por la ladera hasta lamer la plana del Alcoraz. A la mano derecha queda Jesús del Monte por encima de los 500 metros. Menudean los pañuelos de huerta que juegan al tresbolillo con el secano, el viñedo, el olivar y algún que otro carrascal. Los yermos pasan desapercibidos y pronto la vista se prende en las sierras de Gratal y de Loarre que a lo lejos descuelgan sobre los tesos de color ocre, lienzos azules y rojizos muy galanamente entretejidos.

Como a una legua de Huesca, a la diestra de la carretera, está el santuario de Nuestra Señora de Cillas, lugar que convida a descansar al arrullo deleitoso de la Fuente Santa. La iglesia, salvo que fue construida en 1774 por el arquitecto Sofi, no tiene nada de particular; en cambio, la Virgen que allí se venera es un primor gótico del siglo XIII. En el atrio hay un curioso cartel que termina así: «No se tolera dentro del santuario blasfemar, hablar de política ni de lo que afecte a sociedades de recreo».

Pasado Esquedas, a tres leguas de Huesca, sale un camino vecinal que, tras señalar al norte un buen trecho, se orienta luego al noroeste más o menos a la altura de los contrafuertes que empalman la sierra de Gratal con la de Loarre, y de nuevo busca el sur apuntando a Ayerbe. En sus idas y venidas sirve a la comunidad de Bolea, Aniés y Loarre con la ruta 240.

Bolea es villa donde el cerezo encuentra tan buenas disposiciones del medio natural que se complace en agradecerlas ofreciendo unos frutos famosos en toda la provincia. Bolea es también lugar de rancia historia que tiene una colegiata consagrada a Santa María la Mayor. Fue construida entre 1535 y 1556 con arreglo a los cánones de un gótico ya agonizante, por un artífice que se llamó Baltasar Barazábal, hombre buen entendedor en asuntos de piedra y que hizo su trabajo donosa y cumplidamente. La colegiata, por cualquier parte que se la mire, rezuma dignidad y se distingue mucho de esas construcciones de la misma época preñadas de resaltos, calados, lacerías y otras zarandajas del éxtasis ornamental. Diríase que es un galeón de alto porte asombrosamente varado en el tozal del enclavamiento, donde añora singladuras. El edificio se compone de tres naves. La central y más espaciosa se cierra con un altar de dieciocho tablas dispuestas en cinco planos, que es un primor de pintura. Varias de ellas salieron de la mano de Pedro de Apon-te, pintor muy conocedor del oficio, que disfrutó del favor del rey Católico.

A Santa María la Mayor no puede faltarle una capilla dedicada al señor Santiago, caballero andante de los discípulos de Cristo, cerrada por una reja muy bien labrada a martillazo y tente tieso, en el trájín de una fragua tradicional. El retablo, de alabastro, florece en personajes religiosos y bíblicos, arrancados a la piedra transparente por manos amorosas de maestros del plateresco, para quienes el tiempo no contaba.

De Bolea a Loarre hay dos leguas más o menos. El camino se empecina en ganar altura y cruza el Sotón y el Riel, cuyas aguas engruesan el pantano de La Sotonera. Pasado el curso del Riel, a lo lejos, Aniés, recostado en la serranía, parece un papel pintado de los que sirven de fondo a los belenes navideños.

La villa de Loarre como la de Bolea, hoy agobiadas por la mudanza de los tiempos, fueron plazas ideales encaramadas en lo alto, avizorando la ambición de poseer las tierras llanas. Loarre y Bolea vieron alegremente el descolgarse de la gran cabalgada cristiana, sin darse cuenta de que el estruendo de la despedida marcaba el fin de unos años de primates¹⁸² que ya no volverían.

En Loarre existió un *castrum*, un campamento que ya en época romana sirvió de ayuda a César cuando asedió Lérida, en la pugna con sus asociados del gobierno de Roma para quedarse solo tirando de las riendas del poder. En aquella época llamose *Calagurris*, alcanzó fueros de ciudad y batió moneda propia. Después, sobre el roquedal del castro, los godos hicieron de las suyas y hay quien asegura, sin grandes visos de verdad, pero con grandes alcances de poesía, que en Loarre el árabe pagó al traidor conde don Julián, con una encerrona de por vida, el precio de entregar España a los moros. Sancho Ramírez echó a los árabes de Loarre y no estaría de más, dejando a un lado el peloteo de los que

182 Próceres, personajes distinguidos.

hacen historia, que se le considerase, en unión de Ramiro I, como fundador del castillo.

La mole del castillo impresiona. Con justicia cuenta Loarre entre las más acabadas muestras del románico europeo. El recinto fortificado lo defienden cubos semicirculares a los que se añaden lienzos de la cortina dispuestos con tal artificio que nunca forman ángulo recto. De esta guisa la arquitectura militar dota al defensor del medio más seguro de desgraciar al ofensor mediante el recurso a la piedra de honda, al flechazo, al lavado de pez hirviendo o al chaparrón de aceite a la temperatura que las cocineras excelentes aconsejan para los fritos. Al recinto fortificado se llega por la puerta de los Reyes, gran cubo roto por amplia entrada que en su tiempo cerraba un peine movedido. Al este hay otra entrada enmarcada por dos cubos semicirculares. Tras el recinto fortificado viene un foso natural constituido por un barranco en cuyas inmediaciones se halla una necrópolis donde esperan la resurrección de la carne huesos de soldados, capitanes y servidores del castillo, unos en alacenas abiertas en la roca, otros en la misma tierra. Al final de una monumental escalera de piedra muy desgastada, en un sillar de la jamba derecha léese una inscripción de sencillo patetismo cuyo latín traducido al castellano dice así:

En el nombre de Dios,
aquí descansa el siervo de Dios
Tulgas, que murió en 30 de noviembre
de 1096. El que leyere estas letras
ore por él un padre...

El corazón del castillo encierra una hermosa y vasta obra que comprende todo lo necesario para el tipo de vida civil, militar y religiosa a cuyo servicio nacieron tales construcciones. La capilla real, consagrada a san Pedro, sorprende por el arranque del ábside montado sobre un roquedal de for-

mas rotas; por las nervaturas que se comban, pliegan y despliegan para hacerle lugar y prestarle fuerza a la bóveda, y por los capiteles rebosantes de flores, frutos, pájaros, hojas o tiernas medievaescas obscenidades.

Desde la torre de la Reina, la del Homenaje y los apostaderos, domínase la tierra tendida a lo lejos como una sábana ocre manchada por las viruelas grises de los canchales y los remiendos verdosos de la vegetación.

La última vez que Loarre supo del gusto de la pólvora y del silbo de los ballesteros, a comienzos del siglo xv, el gasto de la fiesta corrió a cargo de la bien bragada abadesa doña Violante de Luna, que, partidaria como su hermano Antón del conde de Urgel, pretendiente a la Corona de Aragón, se las tuvo tiasas con las mesnadas de Fernando de Antequera, jurado rey por obra y gracia del compromiso de Caspe. Dos mujeres fueron la piedra angular de la lucha con el de Antequera ya hecho rey y de la perdición de la casa de Urgel: la terca doña Violante, de quien sus carceleros dirían luego que parecía tener el diablo en el cuerpo, y la soberbia doña Margarita de Montferrato, madre del de Urgel, a quien cuando Fernando de Antequera tendíale generosamente la mano aconsejó una y otra vez: «O rex o res» (O rey o nada).

La villa de Loarre durante siglos vivió pegada a los aldaños del castillo, pero luego descendió a lugar más a mano de la vega y ya en el xvi tuvo incluso arrestos para levantar una parroquia, obra toda muy lograda, en la que destaca la torre, gótica pieza de sillería cuya planta cuadrada se adorna en el remate con una elegante aguja piramidal flanqueada de otras cuatro de menor vitola. La iglesia conserva un par de buenos retablos de la época fundacional y dos arquetos del siglo xii obra de algún orfebre local que conocía el oficio a conciencia y lo emparejaba con la delicadeza del arte, sobre todo en el caso de la utilizada para guardar las reliquias de san Demetrio.

La plaza mayor del pueblo tiene galanura de moza bien plantada y se adorna con una casa edilicia alzada en 1573 que nada desdice comparada con la obra religiosa.

De la villa de Loarre a la de Ayerbe hay menos de legua y media de andar descansado. A la espalda del que camina queda la serranía con la cabeza del Pusilibro, que asoma sus 1591 metros; a la mano diestra, andada algo más de media legua, sale el camino que lleva a Sarsamarcuello y a la mano siniestra la vía que conduce al pantano de Las Navas. Sarsamarcuello fue también plaza militar famosa en los tiempos de Sancho Ramírez y con Loarre y Alquézar formó la trilogía que permitió a los cristianos tener la espalda bien guardada cuando bajaban a la hoya a deslomar sarracenos. Del castillo de Marcuello solo quedan ruinas y recuerdo.

El pantano de Las Navas, nuncio de los pantanos de hormigón, embalsa un regular lago mediante el artificio de una presa de tierra monda y lironda.

Ayerbe es villa situada en lugar desde donde el viajero puede descolgarse en busca de la llanada o colgarse por la bocana de los desfiladeros, para salvar las serranías que hacen de cobertor del Pirineo y meterse de hoz y de coz en los riesgos y venturas de la gran montaña. A la vera del aparador de tierra y piedras que sustenta a Ayerbe se cuelga el ferrocarril que va a Francia a través del Somport y, como la vía del tren es hermana más joven de la carretera, también esta última se arrima a la querencia familiar y pasa por la villa, buscando idénticos destinos que el raíl. Gracias a su posición, Ayerbe no se ha dormido del todo como les ha ocurrido a otros lugares que en los tiempos de garrotazo y tente tieso defendieron vías de penetración codiciadas por los hombres. De aquellas épocas, el cerro de San Miguel, alcotán¹⁸³ de la villa, guarda las ruinas de una iglesia del XII y

183 En el contexto y, metafóricamente, vigía situado en la parte más elevada. Propiamente, ave rapaz diurna semejante al halcón.

de un castillo, que cuando el de Marcuello y los de Loarre y Alquézar galleaban sus años mozos debió de ser, a juzgar por el mazacote de los restos, una buena pieza de altos cubos y amenazadoras cortinas.

La villa de Ayerbe perteneció al patrimonio de los Jordán de Urriés, por compra a los descendientes del bastardo don Pedro, hijo natural de Jaime I el Conquistador. Justamente un Urriés, Hugo, secretario de Carlos I, mandó levantar en la primera treintena del xvi el palacio que divide las dos plazas y del que se conserva sobre todo la estructura externa. La fachada del edificio rompe la monotonía del plano con ayuda de dos torres almenadas que amparan a una galería formada por dieciséis arcadas y varios ventanales de dintel trilobular.¹⁸⁴

Ayerbe tuvo una iglesia consagrada a san Pedro, construida en el xii y de la que no ha llegado a nuestros días otra cosa que la torre cuadrada, rematada en los dos últimos pisos por dobles ventanas cerradas por arcos de medio punto y ornamentadas con capiteles de buena labra. De la iglesia, consagrada a Santa María de la Cueva, en el xvii, solo queda, en lugar frontero al palacio de los Urriés, una torre llamada «del reloj» y «de las horas» por razones que ambos títulos muestran a las claras. Queda, por último, entre los edificios notables una iglesia que construyó para los dominicos Hugo de Urriés, por los años en que se afincaba en Ayerbe. Allá hay un retablo noblemente tallado por Urliens, que posteriormente, hacia 1613, pintó Pedro l'Orfelin, y unas estatuas yacentes, parte de un sepulcro de mármol negro, salidas de manos de Pedro de Armendía pocos años más tarde.

En Ayerbe dimos con nuestros huesos en una posada de las de mesa redonda y estando en la recocina, a la espera de lo que el huésped hubiera dispuesto para la cena,

184 Dividido en tres partes.

acertó a entrar un hombre que a juzgar por las trazas ya no cumpliría los cuarenta, acompañado de otro en el que llamaban la atención la hirsuta pelambarrera, la barba poblada a trechos y el no menos desgalichado¹⁸⁵ bigote con que se adornaba. Cumplido el trámite de saludar, el de los raros pelos acercose y con grandes muestras de alegría afirmó:

—Loado sea san Rafael, que tan buena guía brindó al joven Tobías.

Y dirigiéndose a su compañero continuó:

—Acérquese, don Sisinio, que vamos a tener el gusto de alternar con unos amigos.

Al pronto no reconocí a quien así hablaba hasta que don Dimas respondió:

—¡Pero si es don Secundino González Lobo, el de los grandes espectáculos internacionales! —Y con su poco de mala voluntad preguntó—: ¿O habré de llamarle Pedrín Carnero, como cuando guiaba a la tropilla de comediantes?

Don Secundino, despreciando el sarcasmo de mi patrón hizo las presentaciones que completé yo con la de don Magín Papalardo y luego sentenció:

—Hay personas de humor desigual que lo mismo dan a uno trato de abad que levantan las patas y se ponen a estercolar. Este servidor se arrepiente de muchos pecados y de no pocas trampas a que la dichosa necesidad —y palmoteose el estómago— me ha conducido; pero hasta el presente nadie me puede acusar de rogar al santo hasta pasar el tranco,¹⁸⁶ y se lo voy a demostrar.

Tiró de cartera, sacó unos billetes que me entregó y mirando desafiador a don Dimas continuó:

185 Desaliñado.

186 *Rogar al santo hasta pasar el tranco*: dicho que hace referencia a la ingratitud de quien, después de pedir y obtener lo deseado, olvida el agradecimiento hacia quien le benefició.

—Con esto pago las gentilezas que el señor aquí presente tuvo conmigo en días tristes. De dineros ya estoy quitto.¹⁸⁷ Aquel es tu amigo que te salva de ruidos, solía decir mi padre, que gloria haya.

Tomó mis manos en señal de agradecimiento y sentenció:

—El señor bien me lo ha probado, no así otros tan hijos de los caminos como yo y tan expuestos a encontrarse de nuevo con la suerte de espalda.

Muy irritado, don Dimas replicó:

—Por mucho que ahora gallee de buen pagador se me hace que usted, don Secundino, es de los que, quitado el culo al cesto, acabose el parentesco.¹⁸⁸

Viendo el derrotero que el diálogo tomaba don Sisinio decidió terciar:

—Ya está bien, amigos, de sacarse los colores con palabras maliciosas. No sé cuáles puedan ser sus piques, pero a buen seguro que no habrán de resistir el apaciguamiento que presta comer y beber bien. Háganme pues la merced de ser mis huéspedes esta noche, que en gracia a la reunión tengo voluntad de arrojar la casa por la ventana.

—Sí, dejémonos de malas querencias —intervino don Magín.

Don Dimas, poniendo buena cara al mal tiempo y tras poco entusiastas protestas de que por su parte quedaba todo olvidado, aceptó el convite y tomamos asiento en lugar que el posadero dispuso a nuestra conveniencia. Mientras llegaban los víveres, don Sisinio sacó de la maleta un cachirulo¹⁸⁹ de licor cordial¹⁹⁰ que nos confortó y pre-

187 Libre, exento.

188 *Quitado el culo al cesto, acabose el parentesco*: dicho con casi idéntico sentido al explicado en la nota 186.

189 Vasija de vidrio, barro u hojalata en que se suele guardar el aguardiente u otros licores (*DRAE*).

190 Que tiene la virtud de fortalecer el ánimo.

paró para la sopa de tropezones y el ternasco asado que a poco aparecieron. A la hora de dar paz a los dientes don Sisinio habló así:

—Ya supieron antes que mi gracia es Sisinio Garcipollera Cadalecho. Soy soltero y disfruto de una fortuna regular, de la que no tengo la libre disposición pues las trabas de un mayorazgo se la concedió a los hijos de mi difunta hermana, con los que no me llevo ni bien ni mal; simplemente, no me llevo. Como en algo hay que pasar el tiempo viajo de un lugar para otro entregado a mis aficiones y llevo de rodrigón¹⁹¹ a Secundino...

—Aquí donde lo oyen —metió baza el nombrado—, mi amo don Sisinio es un sabio del que algún día oirán hablar.

—¡Quién lo hubiera de decir! —ironizó don Dimas.

—Espere que les cuente y ustedes mismos juzgarán —enardeciöse Secundino.

—Hablando se explican los hombres —sentenció don Magín Papalardo—, y si los hechos son parejos a la cena con que nos ha obsequiado don Sisinio no seré yo quien les ponga reparos.

Entendió don Dimas la buena voluntad de los presentes y haciendo de tripas corazón esbozó una falsa sonrisa.

—Por mí que no quede.

—Don Sisinio —animose Secundino— es un virtuoso de los grillos y los enanitos.

A todos nos sorprendió la declaración pero, antes de que a alguien se le ocurriese preguntar si había oído bien, don Sisinio aclaró:

—No crean las exageraciones de Secundino. Lo que pasa es que uno, modestamente, se ha especializado y veinte años dedicado a lo mismo dan de sí lo suyo...

Don Magín Papalardo pestañeó muchas veces y por fin preguntó a lo perogrullo:

191 Criado que oficia de acompañante.

—¿Se refiere usted a grillos y a enanos?

—Sí, señor —afanose don Sisinio—, yo he cruzado grillos de todas las regiones del país buscando la raza ideal. Y no puede hacerse idea de lo delicados que son estos experimentos. Me acuerdo todavía con horror de los trabajos que pasé para intentar aparear grillos murcianos con grillos vascos. No había forma de que se entendieran y lo triste del caso es que interrumpí las pruebas cuando prometían más.

—¿Y por qué no terminó? —preguntó don Dimas.

—Porque los sobrinos me echaron de casa, ¡y de qué forma! El mayor, que es un borde y aún me quedo corto, entró en mi laboratorio, atacado de los nervios, vociferando que no aguantaba ni un pelo más y armado de un garrote destrozó más de dos mil jaulas que colgaban de los muros de cinco habitaciones. No me quedó un animalito sano. Ya ven ustedes..., grillos que a lo mejor venían de donde Judas perdió la gorra...

—¿Es que sus sobrinos vivían en la misma casa? —quise saber yo.

—Sí, señor. Como yo soy el usufructuario del mayorazgo, según les señalé antes, me había reservado los bajos de la casa solar para mis experiencias. Todo lo perdí aquel día aciago: grillos, jaulas, libros, manuscritos; todo se lo llevó la furia de Celerino, que así se llama el destructor. De resultas del berrinche que tuve y de la flojera que se me apoderó viendo aquel desastre, estuve a las puertas de la muerte. Cuando de nuevo pude tenerme en pie me acordé de que a rey muerto rey puesto y decidí comenzar una nueva vida. Vean ustedes de dónde brotó la chispa.

Echó mano al bolsillo y sacó una fotografía de un lili-putiense y un chucho, amarillenta por los años, pegada sobre un trozo de papel de barba en el que alguien había escrito con letra muy vistosa: «Francisco Fernández Pérez, el hombre más pequeño del mundo posando, con el perro *Churchill*».

—Aquí lo tienen —recreose en la suerte don Sisinio—. Zamorano, veintiún años, sesenta centímetros de alto y nueve kilos doscientos gramos de peso. En Madrid, en 1914, llamó mucho la atención.

El mozo de mulas Restituto Azcón, prendido en la novedad del relato, atreviose a preguntar:

—¿Y ahora ha llenado usted la casa de enanos?

—No, señor, hoy por hoy me dedico a la tarea de censarlos. Viajo de un lugar a otro haciendo averiguaciones y tan pronto como encuentro un enanito le hago una ficha que guardo para el día de mañana.

—¿Y con qué miras trabaja? —interesose don Magín.

—Antes de decidirlo he de conocer el material de que dispongo. Tengo idea de formar un batallón de adultos infantiles, dos equipos de fútbol, una buena cuadrilla de toreros..., todo depende del número...

Quedamos pensativos rumiando nuestra extrañeza. La conversación languideció. Lo tardío de la hora y el cansancio de la dura jornada pudieron con el interés por las aficiones de don Sisinio. En un aparte de las despedidas quise gratificar a Secundino González Lobo con los billetes que me había entregado antes de la cena, pero él los rechazó enérgico.

—No, señor, que de ley es devolver lo prestado y más si al cumplir lo prometido se sienta plaza de seriedad en los tratos. Cuando usted me socorrió yo no tenía dónde caerme muerto y hoy gracias a don Sisinio no me faltan veinte duros en la bolsa y ando tan bien comido y hasta casi tan sobrado de cuartos como en los tiempos de mi patrocinio sobre Feliciano Vargas, que Dios haya, aquel divino monstruo que tocaba el cornetín con el trasero.

Una nube de melancolía enseñoreose del semblante de Secundino breves instantes.

—Ahora con don Sisinio disfruto un pasar de rey. Tuve la suerte de encontrar a mi amo cuando los sobrinos le aca-

baban de escachifollar¹⁹² los grillos. Perdida la tropilla de comediantes que usted conoció, no tenía ni para pagar el aire que respiraba. Reparé en don Sisinio quizás porque un triste llama a otro triste y le ofrecí una colección de postales de arte.

—No conocía esa inclinación suya por lo bello.

—Ni yo tampoco —replicó mordaz—, y se la aclararé. El asunto carne siempre ha sido buen negocio en este país.

—¿El asunto carne?

—Sí, señor. En mis postales aparecían retratadas señoritas ligeras de ropa. Una mina de plata de no ser por los peligros que el filón acarrea. Vivía yo sobrealeutado como alimaña corrida de perros, pues de sobra sabía que ese género de comercio es de los más perseguidos. Ya ve usted —sentenció filosófico—, ¡para que luego los diarios vengan con la monserga de que queremos tratos con Europa y con el Mercado Común! No quiero aburrirle y abreviaré. Don Sisinio, que es hombre muy decente, me afeó la conducta. Me defendí como pude y, puesto que hablando se entienden los hombres, de la conversación salió el trato de quemar el género y quedar al servicio de quien hoy es mi amo. Desde aquel día respiro a mis anchas. El negocio de las postales era más delicado que ordeñar hormigas...

—Si usted lo dice habré de creerlo aunque no deja de chocarme que persona de tantos alcances y empresas se vea reducida a la condición de ayo de un buscador de enanos, ocupación que más parece de guillado que de cuerdo...

—¡Alto el carro! —gritome de malas maneras Secundino—. Y si quiere que tengamos la fiesta en paz pongamos punto final con una despedida.

—Haga cuenta de que nada dije —me batí en retirada—. Tiempo habrá en otra ocasión de seguir con el tema.

—Mucho lo dudo —aseguró enérgico Secundino.

192 Machacar, estropear con violencia.

El encanto del diálogo estaba roto. Era tarde; me encogí de hombros y me retiré en busca de descanso.

La ruta que sale de Ayerbe hacia la montaña va en busca del río Gállego, al que cruza antes de recorrer legua y media y tras dejar a la mano siniestra del viajero el lugar de Concilio. Estamos en tierras del románico. Concilio, como Murillo de Gállego y Riglos, de los que en su momento se hablará, es comarca a la que se asomaron los montañeses de la reconquista para contemplar el milagro del pan cereal, del vino y del aceite. En ellas fundaron y en ellas esperaron tiempos mejores mientras los jóvenes iban y venían a la guerra.

En Concilio hay una iglesia levantada el XII, de nave única rematada con un ábside en semicírculo, que alberga una portentosa colección de pinturas murales góticas de comienzos del XIV y una Virgen del XIII. Los pintores, en lo tocante al color, emplearon los modos románicos de hacer, que al decir de los entendidos son pobres; en cambio, cargaron la mano en la representación lineal, consiguiendo efectos muy nobles en la composición del gesto, actitudes y ropajes.

El valle del Gállego, a medida que gana altura, se angosta en sucesión de contrafuertes donde apenas caben los cultivos. El agua se colorea de esmeralda en los remansos y tiene calidad de gorguera cuando en los estrechos se empecina con los cantos. El ámbito se llena de un rumor fragoso que de lejos es suave y convida a sestear, y de cerca resulta retumbar machacón de bombo regimental marcando implacable el paso. Río abajo se cuele una corriente de aire fresco que se agradece en tiempos de calorina.

A unos centenares de varas del puente sobre el Gállego, empalma con la ruta general la legua larga de camino que conduce a Agüero, lugar que lleva nombre de presagio, augurio, vaticinio, predicción o pronóstico de lo que está por venir. Agüero, a 800 metros sobre la mar, tiene como res-

paldo las serranías de Santo Domingo y de Salinas, que generosamente le criban las alentadas que envía el soplador Pirineo.

Agüero está ligado a la mítica figura de la reina Berta, esposa que fue de Pedro I, el conquistador de Huesca. De la reina Berta se saben pocas cosas y entre ellas que vino de Italia a contraer con el monarca aragonés y que murió el mismo fatídico año de 1104 en que Dios llamó a juicio al rey y a los dos infantes, Pedro e Isabel. La voz del pueblo asegura que el pesar por la muerte del infante varón segó la vida del esforzado Pedro I.

En Agüero hay una iglesia parroquial entre románica y gótica, pues la nave central levantada en el siglo XI se acrecentó con otras dos laterales en el XIII. Lo mejor del templo es la portada, muy clásica, formada por cuatro archivoltas sobriamente decoradas, los correspondientes capiteles con labras alegóricas y el frontón del tímpano donde campea el simbólico pantocrátor. Una cruz procesional, una custodia de fantástica traza, varias casullas y una hierática imagen sedente de Santa María Virgen con el niño Jesús en el regazo, tallada el XIII, completan el tesoro más principal de la parroquia.

Sin alcanzar el rango de parroquia, la joya románica de Agüero es la iglesia de Santiago, alzada cuando el siglo XII se acercaba a su final. La portada ábrese en cuatro archivoltas, dos de labra simple y otras dos con su aditamento de moldura, que encuentran apoyatura en columnas recostadas en el muro y realzadas con capiteles, cuyos planos ornaron los maestros canteros dando rienda suelta al fantástico mundo de representaciones y alegorías, que forma el más sabroso legado de la escultura medieval.

Los expertos, cuando escriben de Santiago de Agüero, suelen invocar reminiscencias francesas. Quizás se olvidan de que el románico no es francés, italiano o español sino europeo y que las archivoltas, ajedrezados, canecillos y tímpano que nos sorprenden en Agüero son los motivos que

alarifes y maestros están empleando en ese fabuloso siglo XII desde el País de Gales hasta el promontorio de Finisterre, en una amplia franja de tierra que resume el pulso de Europa.

El tímpano de Santiago de Agüero encierra en sus límites una Epifanía de graciosa traza cuyas figuras se disponen de forma que luzca la imagen de la Santísima Virgen. El artista, un anónimo a quien los entendidos para darle nombre bautizan como maestro de San Juan de la Peña, porque también aquí dejó trazas de su arte, en su afán de valorar a María arbitra el espacio disponible, en mengua de los restantes sacrosantos actores. San José medita, dos reyes se maravillan y un tercero, postrado, toma humildemente en sus manos el pie de Jesús. La ternura y el realismo hacen de la piedra una conmovedora composición.

Santiago de Agüero es iglesia de planta basilical: las clásicas tres naves rematadas por ábsides semicirculares y cerradas por bóvedas de medio cañón. Los capiteles y la imposta despliegan ante el asombrado contemplador el mundo real y mítico, natural y compuesto de la escultura románica. Estamos ante algo para visto y no para contado: es la piedra hecha prodigio y representación. Un universo de formas sabiamente fáciles, esquemáticas y sencillas, como si se hubiesen parido sin esfuerzo alguno, dejando correr los cinces según el humor del artesano.

Ganada de nuevo la ruta principal, a una media legua del empalme de la misma con el camino que va a Agüero, se halla Murillo de Gállego, cuyo templo, también románico, se asoma a la carretera para extrañarse mejor del correr de los siglos.

A tres leguas y media de Ayerbe se agrupan las casas de Riglos, bien pastoreadas por los Mallos. Los Mallos de Riglos aparecen impensadamente, negándole toda lógica al paisaje, como enormes, rojizas, sobrecogedoras cachavas de gran altura y grosor, aisladas de la madre montaña que las puso en el mundo.

El valle del Gállego se estrecha hasta dejar el cumplido sitio que carretera, ferrocarril y río necesitan para sus afanes. Pacientemente, el Gállego, durante millones de años de trabajo, horadó el cinturón de montañas que le hacen guardia, hasta encontrar la salida. El agua que cae del cielo y el viento que lo limpia de basuras, deseosos de señalar el lugar donde el río supo abrirse camino, limaron las rocas de la montaña hasta tallar los gigantescos mojonos naturales de los Mallos.

En Riglos se conserva una imagen sedente de María Santísima, tallada en el XIII según los cánones románicos, y una ermita también románica, alzada en el XII, de la que ha desaparecido un altar del XV atribuido al llamado maestro de Riglos.

Pasado Riglos, el Gállego deja de ser objeto de postal de colorines y se convierte en sujeto industrial que presta sus fuerzas a los rotores de las turbinas en las plantas hidroeléctricas.

A legua y media de Murillo de Gállego, la carretera ha de hacer mil diabluras en la roca, para caber junto a la presa que embalsa el agua del pantano de La Peña. Atravesado el pantano, a la altura del lugar de Santa María de La Peña, en un paisaje de montes color ceniza manchados por los mudadizos verdes de praderías y pardinias,¹⁹³ la carretera se abre en dos ramales: uno en cierto desuso que lleva a Jaca por Anzánigo y Bernués y otro muy transitado que en busca de Puente la Reina, en el río Aragón, pasa por Bailo.

El camino que lleva a Bailo sigue durante un buen trecho el vallecillo del Asabón hasta más allá del barranco de Bergosal, que viene a caer en derechura sobre el río, sin grandes vacilaciones. A la altura de Salinas de Jaca, la ruta le

193 Montes bajos de pasto, donde suele haber corrales para el ganado lanar (*DRAE*).

hace un quiebro al Asabón, a manera de galana despedida, y se cuele monte arriba buscando sus propios pasos sin aprovecharse del trabajo de nadie, esfuerzo de independencia que aunque loable tiene consecuencias fatigosas para las piernas y los fuelles de los viajeros. Pasadas las colladas y las faldas de Castiel, que mejoran la marca de los 1000 metros, queda Bailo bien cercado por poderosos ejércitos de pinos que embalsaman el aire con el salubre aroma de la resina. Allí en la altura el sol y el aire son más genuinos y prestan al paisaje tonos imposibles de imitar.

En Bailo tuvo su corte, en el siglo x, Sancho Garcés II, llamado *Abarca* porque estando en tierras de Francia con ánimos de someter a los gascones viose precisado a regresar a marchas forzadas a sus tierras cristianas, amenazadas por los sarracenos de Zaragoza, y para hacer más llevadera la caminata tuvo la feliz idea de calzar a la tropa con albarcas de cuero. En esto de las explicaciones históricas el que no se consuela es porque no quiere.

Salimos de Bailo un 23 de mayo, festividad muy señalada de la aparición de Santiago Apóstol, y enderezamos el andar hacia Puente la Reina, sobre el río Aragón, en la frontera de la canal de Berdún, lugar preferido por aragoneses y navarros para descrismarse y nutrir de paso las crónicas de sus respectivos reinos.

A la altura de la pardina de Lobera, que queda a la mano izquierda del viajero, hicimos parada para matar el gusanillo y nos adentramos por el monte en busca de resguardo más íntimo que la ruta abierta. En ello estábamos cuando, al coronar una meseta muy espesamente circuida de pinos, acertamos a dar con un hombre sobre una roca que remedaba los lomos de una caballería gigante, y tan en porreta como lo parió su madre, salvo lo que se refiere a unas extrañas botas. Íbamos a retirarnos, entre confusos y sorprendi-

dos, cuando el desnudo sin descomponer la figura para nada nos habló así:

—No se asusten los caballeros, que así anduvieron muchos años nuestros primeros padres sin que ni ellos ni Dios que los creó reparasen en sus carnes. Disimulen pues y acomódense lo mejor que puedan. Mis servidores les atenderán en tanto que yo acabo de electrizarme.

Quedamos los viajeros en una pieza y ni siquiera hicimos ánimos de responder al convidador. Mientras, aparecieron dos jóvenes y un viejo que por los modos que con nosotros usaron mostraron bien a las claras que eran domésticos de casa rica. Tomamos asiento en unas sillas de tijera junto a una mesa de la misma clase y el servidor anciano puso a nuestro alcance unos cuantos vasos de cristal fino y un cachirulo lleno de un líquido verdense.

—Beban sin consideración —ordenó el de la peña—. Es un licor de monjas que viene al pelo para esta hora.

Cumplimos el mandato sin quitar ojo al de las vivas carnes. Aparentaba este tener la incierta edad que discurre entre los cuarenta y los sesenta. Era bien complexionado, denotando en todas sus partes al amador de los ejercicios físicos. Tenía los cabellos rojos y la piel extremadamente pecosa. Hablaba con la gentil mesura y el culto tono frío de quien es señor y tiene costumbre de ser obedecido. Llevaba en la cabeza una extraña corona formada de rombos de plomo y cobre enfilados en dos hilos de un metal blanco. Sin alterar la compostura para nada nos habló así:

—Tengo la honra de ser el único seguidor de don Antonio de Torres Solanot,* vizconde de Torres Solanot.

Don Magín Papalardo sorprendiose en alta voz:

—¿Un vizconde desnudista?

Terció el cuello nuestro raro anfitrión, midió a don Magín con una mirada commiserativa y aclaró:

—Era espiritista y enemigo del canónigo Manterola.* Fundó en Zaragoza un periódico que se llamó *El Progreso*

Espiritista y, no contento con el eco local de su creación, se fue a Madrid a constituirse en eje diamantino del centro del espiritismo español.

—Entonces, usted —tercié yo— se halla, como si dijéramos, de ejercicios...

—Me estoy electrizando —aseguró el émulo de Torres Solano—. Trato de ampliar mi campo magnético y nada mejor que estos parajes montuosos.

El matagusanos con que éramos obsequiados nos hizo atrevidos y don Dimas preguntó:

—Y, una vez que se electriza, ¿goza de alguna propiedad?

—Sí, señor. Puedo ver a través de los cuerpos opacos. Y sin ir más lejos le diré que en la faltriquera lleva usted una bolsa llena de doblones, doblas, onzas y medias onzas. Si quisiera gastar fluido podría indicarle el número de piezas...

Don Dimas dio un respingo, llevose entrambas manos al vientre y cortole:

—No siga, no siga, que me tiene escalofriado. ¡Jolines con el hombre!

Rió el adivinador y prosiguió:

—Lo que son las cosas. Este año encuentro que cargo mejor que nunca, en cambio el pasado se me sulfataron los conductores o se conoce que andaba mal de líquidos y apenas cargué. Del anterior más vale que no hablemos: me excedí en las tomas y un día de tormenta me cayó una chispa en la cabeza y me quedé limpio.

Don Dimas santiguose horrorizado y exclamó:

—¿Pero es que con usted no pueden ni los rayos? ¡Santa Bárbara bendita!

Rió el nudo de buena gana ante la admiración de don Dimas y respondió:

—Al menos ese no pudo conmigo. Para decir verdad, de resultas de la prueba se me cacharon¹⁹⁴ los ánimos, pero

194 *Cachar*: hacer cachos.

queda por ver si fue por la furia de los elementos o porque se me escapó el fluido de golpe y porrazo en cosa de segundos. Y ahora les ruego que me excusen pues noto que me sube la tensión y he de aprovechar el rato para tratar de ver las cosas antiguas con ojos nuevos.

De buena gana hubiera yo metido baza en el diálogo, pero el servidor anciano muy cortésmente nos hizo saber que debíamos guardar silencio. Al oído le pregunté si su amo tenía para mucho rato y de la misma guisa me respondió que, cuando la jornada pintaba tan bien como la de aquel entonces, el de los fluidos mataba hasta ocho horas sin trastrabillar en su pedestal de piedra. Y como don Dimas desde que le mentaron el oro no daba paz a su nerviosismo y teníamos mucho camino por delante, abandonamos el lugar como aquel que va pisando huevos.

IX. DE PUENTE LA REINA A SANTA CRUZ
DE LA SERÓS

EL PUENTE DE LA REINA es mirador famoso que contempla un buen cogollo del Pirineo. El puente de la Reina está puesto en lugar justo y medido para anudar caminos. El puente de la Reina se tiende sobre el Aragón, donde se juntan las vías que llevan a Pamplona y a Jaca con la que viene de Huesca por Bailo. Poco antes de Puente la Reina, el Aragón Subordán se hace tributario del Aragón y le paga muy buenos caudales. Para festejar el cobro, el valle del Aragón se ensancha entre arboledas y canchales y forma un lugar de paso conocido como la canal de Berdún. El pueblo de Berdún, que da nombre a la canal, en alto, a dos leguas de Puente la Reina, vigila la ruta que lleva al valle de Ansó. El aire de la canal debe ser propenso al cisco si hacemos caso de la tan traída y llevada jota:

No son solo los de Ansó
los que cruzan la canal,
también la pasan los *chesos*
y la vuelven a pasar.

Los *chesos* son los que viven en el valle de Echo, justamente el del Aragón Subordán, paralelo al de Ansó por la banda de oriente. Como a los *chesos* la canal les queda un poco a trasmano si la pasan quizás lo hagan por no ser

menos que los de Ansó, por darle gusto a las piernas o para satisfacción del autor de la coplilla. O a lo mejor no la pasan, pues en esta vida las rivalidades nacen más de la apariencia que les prestan las palabras que de la naturaleza de las cosas.

El camino a Ansó se inicia buscando la orilla izquierda del río Veral. Primero gana altura pausadamente a la quehencia de unas lomas suavemente redondeadas y bien tajadas de fajas de cultivo, praderías y huertos, hasta que pasado el lugar de Biniés cruza a la otra orilla buscando mejor terreno para batallar con la Foz.

La Foz de Biniés, tremendo desfiladero abierto en la roca por las aguas del Veral, solo es domeñada por el hombre mediante el artilugio de horadar la roca o de colgar la ruta sobre el abismo en escorzos inverosímiles. Al fondo de la Foz, la peña del Diablo parece un siniestro gigante agazapado para caer con su mole sobre lo que la Foz y el revuelto Veral dejan pasar. Parece ser que a la peña del Diablo solía retirarse Satanás, en tiempos pretéritos, a tomar la fresca y a meditar sobre la mejor manera de embaucar las ánimas. Quizás por estas latitudes tuviera lugar el sabroso lance del herrero que engañó a Belcebú, pues le vendió el alma por una carga de doblas reservándose el derecho de escoger la enfermedad de resultas de la cual había de finar. Venido el día de ajustar las cuentas, el herrero, que tenía madera de excelente político, declaró que su deseo era morir de sobreparto o, como afirman los señores académicos de la Real, del «estado delicado de salud que suele ser consiguiente al parto».

De Biniés, en los aledaños de la sierra del Trueno, a Ansó, hay como dos leguas de andar fatigoso. Salvada la Foz a fuerza de ganar altura, viene luego el descenso para entrar en el cañón de una segunda hoz de menos bríos que la primera y colarse entre dos peñas que los montañeses llaman *El Fraile* y *La Monja* porque a un fraile y a una monja remedan. Por tres veces la ruta cruza el río Veral cambian-

do las laderas de la dilatada loma de Forcada por las de la sierra de los Dos Ríos y por fin en una altura aparece el caserío de Ansó.

La villa de Ansó se ordena sin otro plan y concierto que la mejor resistencia a lo inclemente de la naturaleza, en un declive de la sierra del Vedao, que hace de puerta del camino de Zuriza, a 875 metros sobre el mar. Tiene una calle principal en cuesta a la que se injertan como pueden otras formadas pensando en el mejor acomodo de las casas, la mayor parte de piedra, cubiertas de pizarra, no pocas blasonadas y todas con el enorme chapeo¹⁹⁵ de una chimenea circular, remate externo del fogón bajo, a cuyo amor se centra la vida de muchos meses.

Ansó, como Echo, han pasado durante siglos por ese espléndido aislamiento del que tanto se ufana Inglaterra, salvando para el presente considerables tesoros del pasado. Una boda o un bautizo en Ansó, entre el cogollo de montes que asoma detrás de las casonas puntiagudas; una moza arropada en el brial¹⁹⁶ verde, llevando sobre la cabeza la ferrada¹⁹⁷ llena de agua; los calzones cortos de los mozos dejando escapar el remate de los zaragüelles;¹⁹⁸ las gorgueras¹⁹⁹ sutiles de las dueñas; los mil y un adornos en plata transmitidos de generación en generación con la dote y bien punteados el día de las capitulaciones; el peinado de las solteras formando una diadema que recuerda el de la Dama de Elche, son motivos que nos prenden y llevan a los tiempos idos, que nos sumergen en ese pozo impreciso de los siglos que se fueron.

195 Sombrero.

196 Vestido de seda o tela rica de que usaban las mujeres y el cual se ataba a la cintura y bajaba en redondo hasta los pies (*DRAE*).

197 Vasija con herrajes.

198 Aragonésismo. Calzoncillos blancos que se dejan asomar por la pierna por debajo del calzón.

199 Adornos del cuello hechos de lienzo plegado y alechugado (*DRAE*).

En Ansó hay una iglesia parroquial de planta de cruz latina y bóvedas nervadas que alzóse bien entrado el siglo xvi, dentro de los cánones del último gótico. El altar mayor, barroco del xvii, se divide en dos cuerpos, amén de una predela, que se componen con lujo de cornisamentos²⁰⁰ y de columnas salomónicas florecidas. Está consagrado a san Pedro Apóstol. Los altares del crucero también son del xvii y tienen por titulares a la Santísima Virgen del Rosario y a san Sebastián. Una cruz parroquial del xvi labrada en plata y un aparatoso órgano del xvii, en perfecto funcionamiento gracias a modernos arreglos, completan la relación de cosas notables.

Ansó viene del vasco y significa tierra de espinos. Huesca, Navarra y Lérida están sembradas de toponimia vasca.

De Ansó a Zuriza hay tres leguas entre tendidas praderías, aguas trucheras, hayedos, pinos y abetos, refugio del silvestre jabalí y peñas donde fermenta astucias la vivaz gamuza, la cabra que en la buena estación sube porque le da gusto por encima de los 3000 metros y que aquí llaman *sarrío*. La ruta sigue la orilla siniestra del río Veral y a cosa de dos leguas mal contadas pasa a la orilla diestra buscando el paso, siempre en altura, al amor de las heridas blancas crestas de la peña de Ezcaurri. Casi cuando van a caer las dos leguas y media de camino se encuentran las ruinas del castillo de Ansó, mandado alzar por Felipe II, con otros de esta raya fronteriza, escarmentado por la algarada de los herejes bearneses, que promovió el ánimo vindicativo del tristemente famoso secretario Antonio Pérez.

El Veral se amamanta a más y mejor con una miríada de caños, fuentes y fuentecillas que le entregan sus venas caudales. El camino se esponja y los ojos del fatigado caminante conocen el éxtasis de todas las gamas del verde. Zuriza es un soberbio circo de pradera natural bien encuadrado por los cantiles que configuran el alborotado mar de los montes

y por los escuadrones de árboles que disputan los límites al granito.

Zuriza queda encuadrada al oeste por la peña de Ezcaurri, galán de 2047 metros de altura, y al este por el Alano Espelunga, que llega a los 2390 metros. Desde Zuriza, quien tenga piernas y fuelle de montañero, siguiendo el curso del pequeño Veral por el barranco de Petrechema, puede cruzar la frontera en busca del nacimiento y curso de la *gave* de Lescún. Cuando estas líneas se escriben falta poco para que se termine el enlace de Zuriza con el valle del Roncal e Isaba en tierras de Navarra y la peña San Martín en la línea de Francia.

Don Dimas arregló las cosas para que el carro y las mulas, a cargo del mozo Restituto Azcón y del avisador Gregorio Sotero, deshicieran el camino desde Ansó hasta el eje de la ruta principal, con orden de esperarnos en Puente la Reina. Don Magín Papalardo, don Dimas y el que suscribe nos quedamos al abrigo de un barranco que llaman de Petraficha, en el chozo de un pastor donde pasamos la noche y todo el día siguiente, 24 de mayo, víspera de san Urbano.

Mientras don Dimas hacía y deshacía sobre la punta de ganado y recíos mulares de su pertenencia que por aquellos aledaños pastaban bajo la atención vigilante de pastores y rabadanes, don Magín y yo pereceábamos borrachos los ojos de la grandeza varonil del Pirineo y hacíamos ánimos para la próxima jornada de andar, que no fue manca. Muy de mañana, con la boira sin quebrar por el sol primero, comenzamos la caminata aguas arriba del barranco de Petraficha, casi en las barbas del Alano, buscando la divisoria de las montañas que por todas partes nos abrumaban.

Quedaba ya atrás el refugio de La Mina, donde la senda que traíamos se junta con las que vienen de Francia por el puerto de Echo y por el de Petrechema, y decidimos hacer un alto. El sol comenzaba a picar y aquel pañolón esmeral-

da, con la Selva de Oza por espaldera y las saltadoras corrientes del Aragón Subordán recién amamantadas en los heleros que las crían, convidaban al reposo. Don Dimas dejó caer la mochila y tendiose tan largo como era sobre la hierba. Lo propio hicimos la compañía y a poco caímos en un sopor de duermevela del que vino a sacarnos un soberano estrépito en el que se juntaban el sonido del bombo, el de los platillos y el redoblar de un tambor. Como muñecos mecánicos, los tres a una, doblamos el espinazo para incorporarnos cuando el ruido cesó.

Don Dimas señaló una meseta al otro lado del río, defendida en su frente por un abundante aulagar.²⁰¹

—Es ahí. Yo iré de frente y vosotros tratad de cogerla por detrás aguas arriba.

Hicimos lo que pedía, marchando por parejo a fin de socorrernos si nos veíamos en apuros, pero no fue necesario que siguiéramos de esta guisa porque lo que vimos más nos movió a admiración que a cautela.

Al amparo de un hayedo, sentado sobre una silla de tijera, rodeado de los instrumentos que reúne una orquesta de *jazz band*, un hombrecillo enteco, que resumía la estampa de la meditación, armado de un cabo de lápiz anotaba sobre papel pautado. De vez en cuando interrumpía la escritura, tomaba el saxofón, la trompeta o el clarinete, desahogaba sus pulmones, les ponía a los soplidos el acompañamiento de varios golpes de bombo o algún redoble de tambor, y volvía a las apuntaciones.

—A la paz de Dios, señor músico.

Levantó el aludido la cabeza, nos miró muy brevemente y con el brazo hizo ademán de que esperáramos. Moviéndose con el nerviosismo del perdigón que extraña la jaula,

201 Sitio poblado de aulagas, en Aragón llamadas frecuentemente aliagas, plantas espinosas de flores amarillas muy comunes en el monte bajo.

cogía un instrumento, soplaba, lo cambiaba por el de más allá, apuntaba luego unos compases, borraba otros, le sacudía al tambor, aporreaba el bombo y vuelta a comenzar sin orden ni concierto. A espaldas del curioso personaje alzábase una casilla de poco más rango que los chozos que suelen construir los pastores, circuida por un murete de piedra que llegaría a las corvas de una persona de estatura normal. Dentro de aquel aprendiz de patinillo,²⁰² amarrada a dos troncos hincados en tierra, colgaba una hamaca cerca de una mesa de tijera, varias banquetas plegables, algunos cantos talludos que también hacían las veces de asiento y un atril que sostenía un violín y su correspondiente arco.

El de la música nos tuvo un buen rato en pie sin decir esta boca es mía y sumido por completo en su trasiego de apuntaciones y de ruidos más o menos armónicos, pero siempre entrecortados. Vestía unos calzones de pana de esa clase que por la generosidad de sus medidas predica que el difunto era mayor o que se compraron a ojo de buen cubero; una camisa de colorines mezclados que traía a la imaginación un enorme plato de pisto manchego y un chaleco de punto, de confección casera. Se cubría con un hongo negro adornado con tres plumas de águila que hacían aún más raro el tocado. Del sombrero escapaban unas melenas lacias y rubias que contribuían a acentuar lo desmirriado del rostro, donde solo parecían alentar dos ojos grises llenos de singular y patética vida.

Por fin el hombrecillo de la música hizo un alto, levántose, nos miró entre melancólico y amodorrado, señaló con un gesto mudo los asientos que rodeaban la mesa cercana a la hamaca, tumbóse sobre esta última y excusóse:

—La creación me sumerge en una especie de éxtasis tan enervante que acabo como unos zorros. Sírvanse perdonarme mientras vuelvo a mi ser normal.

202 Diminutivo de patio.

Colocó el bombín sobre los ojos para resguardarlos del sol y prosiguió:

—¿Les gusta la música?

Don Magín Papalardo contestó en nombre de todos:

—Sí, señor, la que me atrevería a llamar solemne nos gusta.

Incorporose el de la hamaca y replicó:

—Ya sé por dónde va, amigo, pero no juzgue antes de tiempo porque lo que ha escuchado son ideas muy someras de algo muy grande si las fuentes de la inspiración me siguen manando como hasta hoy. Pero, ¿puedo saber sus gracias? La mía es Celestino Fidel, para lo que gusten mandar, virtuoso de la música, y este es mi campamento de verano, que desde ahora pongo a su disposición.

Don Magín, para corresponder a tanta fineza, hizo las presentaciones y tomó las riendas de la conversación.

—Por lo que deduzco hace varias temporadas que sube hasta aquí.

—Sí, señor. Suelo llegar hacia mediados de mayo o después, según pinte la primavera.

Vacilando como el que ronda las lindes de las cuestiones delicadas don Dimas afirmó:

—Dicen que para un hético²⁰³ estos aires y reposo son los mejores.

El de la hamaca negó solemnemente con la cabeza y habló así:

—No, señor. No es por ahí. Los pulmones que encierra mi pecho me los juego con los de cualquier otro. ¿De dónde iba a soplar como lo hago si los tuviera dañados?

—Pues no caigo —respondió don Dimas poniendo gesto de extrañeza.

—Es bien fácil —aclaró misericordioso Celestino Fidel—. Vivo para el arte musical. Me amamanta Euterpe. ¿Sabe quién es Euterpe?

203 Tísico.

—La musa de la música —se apresuró a replicar mordaz don Magín Papalardo—. Y sepa usted que aunque nos vea a pie servimos en caballería.

No reparó Celestino Fidel en la entrada de don Magín y prosiguió:

—Eso es: la musa de la música; mi verdadera nodriza. Yo toco la cornamusa, la zampona, el saxofón, el clarinete, la bandurria, la flauta, el clavicémbalo, la corneta tuer-ta, el armonio, el caramillo, el salterio, la gaita, el arpa, el bombardino, la ocarina, el laúd, la clave, el cimbalón,²⁰⁴ la gaita, el sarruxófono,²⁰⁵ la bandolina, el trombón de varas, el violín, los bugles,²⁰⁶ el pífano, el flageolet,²⁰⁷ la pandorina,²⁰⁸ el serpentón,²⁰⁹ la quinterna,²¹⁰ la viola de amor y el requinto.²¹¹

204 Instrumento de cuerdas, propio de los zingaros centroeuropeos en el que aquellas se golpean.

205 Instrumento de viento construido en metal, con doble lengüeta, como el óboe, con el que tiene cierta afinidad. Reemplaza, a veces, al fagot en las orquestas sinfónicas. Debe el nombre a su inventor, el francés Sarrus, director de música militar.

206 Grupo de instrumentos de viento en metal que van de la tuba al soprano.

207 Pequeña flauta de pico.

208 Instrumento que se sitúa entre la guitarra y el laúd, con cuerdas de latón (de 8 a 18) sobre puente oblicuo, que se punteaba con pluma o plectro.

209 Instrumento de viento construido con madera forrada de cuero. Muy usado en la Francia renacentista, puede considerársele el bajo de la familia de las cornetas. Su nombre se debe a su forma muy larga y curvada.

210 Instrumento de origen oriental con número de cuerdas variable pero, frecuentemente, de cuatro cuerdas dobles, que se considera el antecedente de la guitarra.

211 Según el *DRAE*, tiene dos acepciones: a) Clarinete pequeño y de tono agudo que se usa en las bandas de música. b) Guitarrillo que se toca pasando el dedo índice o mayor sucesivamente y con ligereza de arriba abajo, y viceversa, rozando las cuerdas. En Aragón se conoce sobre todo en su segunda acepción por su uso en las rondallas de jota.

—Ya es tocar —asintió don Magín—. Y dígame, ¿toca también el triángulo?

Puso los pies en tierra el de la hamaca, quitose el hongo, rascose la pelambreira de paje talludo y confesó melancólico.

—Mire por dónde me coge en falta. No lo toco, si he de decir la verdad. Nunca he probado, pero tan pronto como tenga ocasión lo haré. Los instrumentos sencillos suelen ser los más difíciles porque hay que acertar a entrar y salir bien y a dar el golpe justo y medido. ¡No, señor, no toco el triángulo!

Hablaba con tanto pesar que don Magín trató de consolarlo.

—No se apure antes de tiempo. Con su buena disposición en un abrir y cerrar de ojos se hará usted con ese instrumento.

Reinó un silencio que rompió don Dimas.

—Perdone usted la distracción que hemos venido a traerle, pero descansábamos de una larga caminata cuando su música nos sobresaltó y, como no la esperábamos y río abajo está el paraje que le llaman la Boca del Infierno, a mis acompañantes y a mí se nos nubló el cerebro.

Rió estrepitosamente el musicómano y explicó:

—Bien lejos de lo que ustedes imaginaban, lo que oyeron son compases de una misa cantada que compongo para orquesta de *jazz*. Soy de la escuela del australiano Malcolm Williamson,* quien tiene en su haber la primera pieza de este género.

—Pues sí que ha ido lejos a buscar maestro —dijo don Magín.

Celestino Fidel, sin reparar en el tonillo hiriente de don Magín, prosiguió:

—Tengo la noble ambición de acercar la música al pueblo. En mi misa cantada para *jazz-band* intervendrá un coro con toda clase de voces: vagidos de niños, rumores de infantes que no saben hablar, voces juveniles, maduras, seniles. En total trescientas treinta y tres personas.

Don Magín hizo el gesto del que se atraganta y Celestino Fidel aclaró:

—Comprendo su extrañeza pero cada uno sirve a Dios Nuestro Señor como mejor puede dentro de lo que sabe, y a mí se me ha metido entre ceja y ceja dar cima a esa obra musical harto dificultosa. Si, luego de terminada, los prelados que mandan en la Iglesia juzgan temerario mi empeño, con guardar el papel pautado en un cartapacio y acatar su voluntad habré cumplido.

—¿Y cómo se le ha ocurrido la idea? —tercié yo.

—Hace años, viajando por el somontano, me detuve en un pueblo y entré en la iglesia. Se celebraba el mes de María y a falta de armonio el sacristán, en el coro, con un arístón,²¹² tocaba música del *Morrongo*.^{213*} Las chicas cantaban, el pueblo respondía, todos se santificaban y nadie reparaba en que la melodía había servido de fondo, cuarenta años atrás, a una cancioncilla picante.

—Es una opinión y como todas las opiniones muy respetable —intervino don Dimas por decir algo—, sin embargo no olvide usted que una cosa es lo que usted piensa y otra lo que decidan quienes pueden mandar, y mucho me temo que su trabajo se quede en agua de borrajas.

—Pues que sea lo que Dios Nuestro Señor quiera —consolose Celestino Fidel—. De todas formas, mientras llega la hora del sí o del no, me peta darle salida a lo que llevo dentro.

—En eso lleva razón —asintió don Dimas— y no seremos nosotros quienes le torzamos la voluntad, y ahora con su permiso vamos a retirarnos al prado donde nos sorprendió su tocata, porque somos caminantes harto fatigados y hemos de reposarnos antes de seguir hasta Echo.

212 Piano de manubrio.

213 Pieza lírica, perteneciente al llamado del género *ínfimo*, muy famosa en los primeros lustros del siglo xx.

—Hagan como gusten. Yo por mi parte voy a prepararme porque me da el corazón que hoy tendré un día muy melódico.

Y, dicho y hecho, usando de una agilidad que nos admiró saltó de la hamaca, sentose a lo moruno sobre una piel de cordero que hacía las veces de alfombrilla, cruzó los brazos, levantó la cabeza en dirección a los montes cercanos y cerró los ojos componiendo en el rostro un gesto beatífico.

De regreso en nuestro pradillo, antes de dejarnos ganar por la descansadora siesta, don Magín comentó:

—Cuando uno nace con una afición y degenera en manía, es como el urogallo en celo, que ni siquiera repara en la muerte. Yo tuve en Dominicana un tío por parte de madre, Lisítrato Felipe de nombre, que tenía la manía de la cibernética y de las señoritas ligeras de cascos. Por amor a una pelandusca de Utah se hizo de la Christian Science.*

—¿De qué? —inquirió don Dimas.

—De la Ciencia Cristiana, es decir, de una secta que prohíbe a sus seguidores tomar medicinas, corregir defectos físicos y someterse al cuchillo del cirujano.

—O sea —admirose don Dimas—, que esos sectarios se curan las enfermedades como si dijéramos a pelo.

—Sí, señor, a pelo —continuó don Magín—. El tío Lisítrato Felipe era cegato perdido, pero como la de Utah sentía fanatismo por la Christian Science le recogió las antiparras y no pasaba día sin que mi pobre pariente se rompiera la crisma en la esquina de turno, hasta que llegó lo que tenía que pasar.

Interrumpió el relato para encender un cigarrillo y prosiguió:

—Haciendo experimentos con unas bolas de distintos metales que dejaba caer por un canalillo, fue ganando altura subido a una escalera de mano hasta que metió la cabeza en el camino de un ventilador de techo. Recibió el sartenazo de la pala en tan mal lugar que ni siquiera pió. Dios le haya recogido en su santo seno.

—También fue mala suerte —comenté yo.

—Y es lo que les decía —dogmatizó don Magín—. Mi tío Lisítrato Felipe vivió y murió esclavo de sus aficiones.

Una ardilla salió como rebotada de un pino gigantesco, recogió algo en el suelo, se lo llevó a la boca y, sin quitarnos ojo, volvió al seguro del tronco por el que ganó altura, de una sola carrerilla, hasta sumirse en el alto ramaje.

Desde el refugio de La Mina, casi en la raya de Francia, hasta Siresa habrá como tres leguas, de las cuales alrededor de dos y media son de un camino regular y la media restante consiste en un sendero que cuando cruza la Selva de Oza pide a las piernas más nervio que velocidad. Las tres leguas se hacen dejando a la izquierda del viajero el curso del Aragón Subordán, cuyo vallecillo montañoero sirve a los hombres de vía de penetración. También a la siniestra quedan el monte Campanil, la peña de Agüerri y la punta de la Cuta, y a la diestra Forca y Peña Forca, cotas todas que rasan los 2300 metros. Se camina entre una mar de montañas que de vez en cuando rompe una brecha como la que entre Peña Forca y la peña de Agüerri permite el paso a Aguas Tuertas y Guarrinza. Aguas Tuertas es una suerte de paraíso perdido que nada tiene que envidiar a otros lugares del Pirineo que gozan de la categoría de parque nacional. Los montañeses de Echo preguntan:

—¿Qué cosa es gloria?

Y responden a coro:

—Estar en Aguas Tuertas sin boira.

Aguas Tuertas es el vallecillo que, desde la vecindad del puerto de Gabedaille y el gigantón Acué hasta el entronque con el barranco de Acherito, forma el curso del Aragón Subordán discurriendo de este a oeste, a manera de arco paralelo a la línea de cumbres de la frontera. Los sabios presumen que el agua que mana en el nacimiento del Aragón Subordán

viene por conductos subterráneos atravesando el vientre de las montañas que aíslan el ibón de Estanés, lago alpino a regular distancia, al que no se le conoce sumidero visible.

Guarrinza significa en vascuence «tierra de helechos» y Echo, «junta o reunión de caseríos». Los franceses al puerto de Echo le llaman de *Etcho*. El hondo misterio del vasco ha dejado sus raíces en estos y en otros nombres que cansaría referir.

La Selva de Oza es la tierra ideal del arbolado de montaña. Las legiones de hayas, abetos y pinos se aprietan en anillos sobre las laderas del circo y custodian el esmeraldino camón cuyo horizonte final cierra la variopinta montaña blanqueada a trechos por manchones de nieve. *Camón*, según los señores de la Real de la Lengua, es mirador y *Camones de Oza* llaman los montañeses a la pradera central de Oza. La orgía de los árboles llega al paroxismo. Barrancos hay que dan en el Aragón Subordán donde los ejércitos de la madera han formado un cañón de ramas, túnel vegetal que no deja pasar los rayos del sol. Solo la piedra, cuando ya falta el manto de la tierra, puede en última instancia con hayedos y pinares. Solo Peña Forca, Agüerri, Tortiella, Estiviella y Acherito dominan a la selva, a cambio de romperse las entrañas geológicas en una angustiosa sucesión de murallones, cortadas, rasos graníticos, tremendas peladuras y canchales.

Aguas abajo, rumbo a Siresa, el Aragón Subordán ha de morder la corteza de la tierra para atravesar la Boca del Infierno, paso sobrecogedor de la bravía familia del que en el paralelo valle del Veral lleva a Ansó por la Foz de Biniés. Por fin las aguas del río, sin dejar de ser peleadoras, ganan cierto sosiego que hasta las truchas agradecen, y faldeando la sierra de los Cuellos de Lenita aparecen Siresa y su monasterio.

El monasterio de San Pedro de Siresa, si hacemos caso de las partes del cartulario que se conservan en la catedral de Huesca, era ya casa de Dios en tiempos del empe-

rador Ludovico Pío, quien pasó a mejor vida en el año 840. Los que saben de historias suponen que San Pedro de Siresa fue el cenobio sarasiense que, acogido a la regla del glorioso san Benito, regía hacia el 851 el abad Odoario, a quien san Eulogio de Córdoba cita en una carta dirigida al obispo de Pamplona, por nombre Wilisendo.

En Siresa aprendió letras Alfonso I el Batallador, quien en un latín al alcance de los más primerizos en el estudio de dicha lengua afirma: «ecclesiae Sancti Petri ubi fui nutritus».

De lo propiamente monasterio no queda nada más que la iglesia, pieza impresionante por su solidez, construida a finales del *x* dentro de los cánones del románico, en el lugar que debió de quedar libre al desaparecer la obra visigótica. El padre Huesca, amigo de medir y detallar, al describir esta iglesia levantada gracias a la generosidad de Ramiro I y de su hijo Sancho, asegura que los muros a flor de cimiento miden cerca de cuatro varas, es decir, más de tres metros de espesor.

La iglesia tiene planta de cruz latina rematada en un ábside semicircular, se cubre toda ella de planchas de pizarra y a falta de torre guarece las campanas en dos frentes que iban para espadaña y se quedaron en hastial²¹⁴ o viceversa. La puerta principal se forma mediante tres archivoltas planas decrecientes. Si olvidamos el crismón del tímpano, San Pedro de Siresa carece de ornamentación escultórica. Los magos del cincel no se dieron el gusto de labrar fustes, basas, columnas o impostas.²¹⁵ Siresa es el reinado de la severidad. La reciedumbre de su estilo no tiene par en el reino de Aragón. Las arcadas ciegas montadas en pilastras que alivian algo la rígida verticalidad de muros y paramentos recuerdan el modo de hacer de Lombardía y del sur francés, camino de Italia.

214 Parte superior de la fachada de un edificio en la cual descansan las dos vertientes del tejado o cubierta (*DRAE*).

215 Hileras de sillares sobre las que va montado un arco.

San Pedro de Siresa encierra cuatro preciosos retablos del xv y comienzos del xvi, salidos de paletas aragonesas; tres de ellos, es decir, el de san Juan Evangelista, el de Santiago y el de san Esteban, se atribuyen al maestro de Lanaja, y el cuarto, consagrado a la Santísima Trinidad, se le otorga al maestro de Siresa, dos desconocidos que pintaban dentro de los cánones de delicada naturalidad de la época.

También guarda Siresa una cruz procesional tallada el xvii, en cristal de roca embutido de plata dorada, y una imagen sedente de Santa María que mantiene al Niño Jesús sobre la rodilla izquierda y alza el brazo derecho en ademán de bendecir.

Echo, a menos de media legua de Siresa, ordena su caserío a la orilla derecha del Aragón Subordán poco antes de que el barranco Devesa muera en el río. Echo está a 833 metros sobre la mar y en lugar donde la vista puede apacentarse en espacios abiertos de cierta latitud, antes de tropezar con el agobio de las montañas que todo lo cierran.

Echo ha defendido con tesón sus viejas costumbres, trajes y ceremonias y con Ansó es hoy en día paraíso de folcloristas y filólogos de dentro y fuera del país. En Echo y Ansó quedan abundantes restos de lo que fue el habla aragonesa antes de castellanizarse a partir del siglo xvi. En Echo se dice *güello* por ojo, *fuella* por hoja, *nuet* por noche, *vien-go* por vengo, *tiengo* por tengo, *muito* por mucho, *peito* por pecho, *plegar* por llegar, *pleno* por lleno, *plorar* por llorar, *fambre* por hambre, *chinebro* por enebro, *chugar* por jugar y *baxar* y *dexar* por bajar y dejar.

De la iglesia románica de Echo, quemada por los franceses en 1808, apenas se conservan muestras y recuerdos inmersos en la nueva construcción. Los retablos de la iglesia de Echo están formados en su mayoría por una serie de lienzos pintados bien entrado el siglo xviii para el convento de Santa Isabel en el pueblo de Embún, aguas abajo del Aragón Subordán, a unas tres leguas de Echo. Hay quien asegura

que, cuando don Benito Pérez Galdós escribió el drama que lleva por título *Los condenados*,* tuvo en la imaginación el susodicho convento, hoy totalmente en ruinas.

Natural de Echo era fray Juan Regla, en cuyos brazos expiró en Yuste Carlos I. A fray Juan, que había ido al solitario monasterio extremeño por no dejar la compañía del emperador, Felipe II le brindó mitras y sillas abaciales pero el recio montañés prefirió seguir siendo un simple fraile.

En Echo y en Ansó, valles hoy que viven del ganado propio y del que sube a agotar los pastos de estío, los llamados contrabandistas *fajeros* han pasado a la historia. Los *fajeros* debieron su nombre a la faja que ciñéndoles la frente servía para sujetar sobre la espalda el alijo, que por vericuetos inverosímiles hacían llegar a uno y otro lado de la frontera.

Las truchas que se pescan en el Aragón Subordán, entre Echo y el puente de Santa Ana, en los alrededores de la Boca del Infierno, tienen más sabiduría que las del ibón de Estanés, lago ciego al que no se le conoce escurridero de aguas. Las truchas de Estanés, o las puso Dios Nuestro Señor a posta en aquel alto circo sin salida o fueron sorprendidas en su vagabundeo fluvial un día de cataclismos geológicos y colocadas, sin comerlo ni beberlo, en la gran pecera del ibón. Lo que importa es que las truchas de Estanés pican mejor, sin duda porque no ven tanto mundo como las del Aragón y tienen menos ocasión de instruirse, pero también se defienden con más bravura una vez que se sienten agarradas por el hocico.

Poco después de Echo, la ruta pasa a la orilla izquierda del Aragón Subordán, donde también queda el camino que trepa a Urdués aprovechando las coladas del barranco de Santa Eulalia primero y del de Romacista después. Urdués se abriga como puede con la sierra de Maito y le reza a la Virgen de Catareacha. Al filo de legua y media de Echo vierte al Subordán el río Osía, de cuya depresión se aprovecha el camino que lleva a Jasa y luego a Aragüés del Puerto. El

valle de Aragüés del Puerto no llega a tener frontera con Francia porque se la niega el gigante Bisaurín, que con sus 2668 metros de talla hace de cortina para reunir en la Paúl de Bernera todas las suertes de aguas que juntas engendran el Osia.

A una legua justa de la desembocadura del Osia en el Aragón Subordán, se alza el lugar de Embún, cuyo convento, ruinoso como ya se dijo, cedió a Echo los lienzos que adornan su iglesia. Por fin, cosa de dos leguas más adelante, el Aragón Subordán engruesa los caudales del Aragón a secas, y la ruta de Echo, a la altura de Puente la Reina, se da de bruces con la carretera nacional 240, que pasa por Pamplona. Atravesado el puente, la canal de Berdún y la carretera nacional 240 quedan a espaldas del viajero y el camino toma el nombre más humilde de carretera comarcal número 134. Es la ruta que lleva a Jaca cuatro leguas escasas más allá del nudo de Puente la Reina. A la izquierda del caminante, el Aragón se da el gustazo de estirar los glaucos músculos en un lecho amplio, recortado por isletas, arboledas, huertas, praderíos y las casas de Santa Cilia de Jaca. Como a media legua de Santa Cilia y a la mano diestra, sale el breve camino que lleva a Santa Cruz de la Serós, primer monasterio de mujeres que tuvo el reino de Aragón, pues lo fundaron el rey Sancho Garcés y su esposa, doña Urraca, el año 992, cuando aleteaba en el aire medieval el agobiante horror del milenio. La fundación de Sancho Garcés a favor de las hermanas o *sorores* fue engrandecida por Ramiro I y por sus hijas, las infantas Teresa, Urraca y Sancha, quienes en Santa Cruz consagraron su vida a Dios. Andando los años, Santa Cruz de las sorores benedictinas se convirtió en Santa Cruz de la Serós.

Del que fue soberbio conjunto no queda hoy más que la iglesia, coronada con una torre de tres cuerpos cuadrangulares, rotos por ajimeces ornados de santos, profetas, varones bíblicos y fronda vegetal, y un cuarto cuerpo octogonal.

La torre, alta, esbelta, rezadora y ofensiva a la vez, es buena para hacer de campanil y para retrancarse y despeñar desde ella al enemigo.

Santa Cruz de la Serós está en la línea del románico más puro. La portada consiste en cuatro arcos abocinados. El más externo recúbrese de una moldura ajedrezada y el segundo, a contar desde el tímpano, cobija catorce esferas. Los capiteles del lado diestro según se entra son de hojas de acanto, mientras que los del lado siniestro se adornan con hombres y animales. El tímpano alberga un crismón con leyenda latina que sostienen dos leones usando en un caso de la boca y en otro de la boca y de la pata derecha. La portada queda rematada por un gracioso alero que corre sobre una serie de canecillos de muy bella labra, todos diferentes.

La iglesia es de nave única y bóveda de medio cañón que tres fajones ayudan a tener en pie. Las columnas de los arcos fajones se apoyan en capiteles de figuras, hojas y formas geométricas. Una franja de ajedrezado recorre el muro, el cual se abre en el costado derecho dando paso a la luz por varios ventanales de arco de medio punto. Sobre el crucero y formando un cuerpo distinto hay una espaciosa habitación coronada por una cúpula de ocho caras, a la que se llega por una escalerilla abierta en el espesor del muro de los evangelios. Se trata de una estancia misteriosa, que en su día debió de ocupar la abadesa, pues tiene tanta libertad de comunicación con la torre como con la iglesia.

El retablo mayor se compone de trece tablas pintadas en 1490, de las cuales cinco quedan en la predela y las restantes en el cuerpo principal, dividido en tres secciones, todas ellas muy bien conjuntadas, con lujo de calados y crestería.

Pieza curiosa es la pila del agua bendita, formada por capiteles que sustentan el cuenco, de cuyo centro sale una columna también rematada por capiteles que se apoyan en el travesaño que aguanta el coro.

A Santa Cruz de la Serós perteneció el evangelionario llamado de la reina Felicia, hoy en el Metropolitan Museum de Nueva York, donado al monasterio a finales del siglo xi por Sancho Ramírez y doña Felicia. Santa Cruz de la Serós acumuló hasta el siglo xvi muchos tesoros de arte que los años se llevaron como el viento dispersa los vilanos.²¹⁶

Pieza de mucho mérito para los amantes del románico es la iglesia parroquial del pueblo, consagrada a san Caprasio, santo del otro lado del Pirineo, como las ideas de los constructores prerrománicos que levantaron el templo. *Isla Caprasia* llamábase Lanzarote en las Canarias antes de ser Lanzarote y, bien se trate del ermitaño de los Vosgos que en unión de san Honorato fundó el monasterio lerinense, bien sea el mártir que en Agen unió su sangre a la de la virgen Santa Fe, suplicada antes que él, san Caprasio es santo y devoción que, largo tiempo ha, vinieron de tierras de francos.

En Santa Cruz de la Serós una viuda que se ayudaba con el hospedaje nos brindó cobijo, advirtiendo:

—Cuatro de ustedes tendrán que arreglarse durmiendo a pares y el quinto como Dios le dé a entender, porque está en casa, de temporada, don Sinesio.

—¿Don Sinesio, el de los calcetines? —preguntó don Magín.

—El mismo.

—Don Sinesio —explicó en un aparte don Magín— usa calcetines tejidos como si fueran guantes, es decir, que cada dedo del pie tiene su funda. Vino al mundo porque una cocinera de Calasparra le hizo la libre caridad de su vientre, que de alguna forma decorosa hay que nombrar a estos

216 Coronas de filamentos largos y finos que rodean las semillas de muchas plantas compuestas y que les permiten ser transportadas por el viento.

negocios, a un barón, virgen, soltero y anciano, que de resultas de tanta liberalidad y tan tardía murió. El barón testó muy generosamente a favor del recién nacido, quien tan pronto como alcanzó la mayoría de edad zanjó las diferencias que desde la pubertad le habían separado de su madre con un telegrama que decía: «Baronesa, venga la pasta. Sinesio».

«Si está de humor él mismo les contará el lance. Madre e hijo nunca se entendieron. A la madre por aquello de haber sido cocinera le entraron ganas de ejercer de baronesa y al hijo por nacer para barón le dio por los gustos del plebeyo. Lo de siempre.

Pasamos sin más a nuestros cuartos y con la puesta de sol nos dieron noticia de que la cena estaba servida. En la cocina, cerca de una breve lumbre, la posadera había parado una mesa en cuyo centro humeaba una cazuela de sopas de ajo. Tomamos asiento y don Dimas pidió el cazo.

—Perdone usted que no se lo dé —excusose la posadera—, todavía no ha bajado don Sinesio.

Torció el gesto don Dimas, pero antes de que las palabras de protesta acompañasen a la acción hizo su entrada un hombretón en la flor de la cincuentena, tocado por un sombrero marrón de los que llaman de medio queso y enfundado en unos pantalones cortos que dejaban al aire los muslos peludos.

—Haces mal, Virginia —encarose con la posadera—. Dale el cazo al señor y que se sirva en buena hora. Ni siquiera el rey tiene derecho a malmeter el tiempo de quienes le están sujetos. Y usted, señor —encarose con don Dimas—, tenga a bien aceptar las humildes excusas de Sinesio Cornel.

Don Dimas, desarmado ante tanta floritura, disculpóse a su vez e intentó las presentaciones, cuyo protocolo rompió don Sinesio abrazando a don Magín.

—¡Querido don Magín! ¡Dichosos los ojos! ¿Cómo pintan esas letras?

—Últimamente bastante regular. Ando falto de inspiración.

—Viaje, amigo, viaje. No hay como viajar para que a uno le entren luces.

—¿Y qué se cree que hago? —encorajinose don Magín.

—¡Que las sopas se enfrían! —terció la posadera.

Nos acomodamos de nuevo en torno de la mesa y don Sinesio, esgrimiendo el cazo a manera de puntero, advirtió:

—Quisiera hacerles una súplica. A mí los chascarrillos baturros me ponen tristísimo y me sientan mal al hígado. Cada cual tiene sus manías. Digan cuanto gusten menos chistes baturros.

—Tampoco a mí me gustan ni poco ni mucho —asintió don Dimas.

—Buen vino —comenté yo.

—Agradézcaselo a don Sinesio, que me trajo un pellejo de regalo —explicó la posadera.

—Se deja beber —intervino don Magín—. Tiene la virtud de que deben gozar las mujeres; ni demasiada edad ni demasiada juventud.

—Este vino —ufanose don Sinesio— lo encubé el año en que me eligieron alcalde y a la pipa que lo contiene la llamo «recordación».

—Entonces es, como si dijéramos, un vino conmemorativo —explicó don Magín Papalardo.

—Sí y no —titubeó don Sinesio—. Se lo aclararé. De joven me agobiaba la ambición de ser alcalde. Me costó Dios y ayuda, pues los de la contra me las hicieron pasar moradas, y, cuando salí elegido, mandé poner en el muro que quedaba frente a la mesa del despacho oficial un letrero con letras de a metro que decía: «¡Imbécil! ¡Recuerda!».

La aparición de unas magras con tomate liquidó la conversación hasta que en la fuente no quedó ni siquiera la solitaria tajada que llaman de la vergüenza, engendradora de ese torneo de juegos florales encaminados a determinar quién se la come.

Rubricó don Sinesio el fin del jamón con una ronda de vino y se expresó así:

—Don Magín, que me conoce desde hace muchos años, les podrá decir que tengo bolsa de rico y gustos de pobre. A mí el dinero me ha dado la libertad y no las monsergas que acarrea tener cuartos.

La posadera, entre sorprendida y asustada, comentó al retirar la fuente vacía:

—¡Jolines, qué señores comiendo! ¡Y eso que vienen de camino y han de estar cansados! Me recuerdan las aleluyas que le dedicaban al glorioso san Sebastián cuando lo sacaban en procesión con los hielos de enero.

—¿Qué dicen las aleluyas? —tronó don Sinesio.

La posadera, entre decidida y temerosa, mientras retorció el borde del delantal con las dos manos, recitó:

Glorioso san Sebastián,
si en este tiempo tan crudo
te llevan así desnudo,
¿en el verano qué harán?

—Quiero decir —prosiguió adúlona la posadera— que dará gozo ver comer a los señores cuando les coja descansados...

—¿Le he dejado alguna cuenta sin pagar?

—No, señor —apresurose a replicar la mujer—. No, señor, nunca. Incluso me atrevería a decir que siempre me ha pagado con creces.

—Pues entonces déjese de aleluyas y traiga el siguiente plato.

—¡Madre del Verbo! —gruñó la posadera—. En la despensa no queda más que un queso de oveja...

—Dese prisa en trocearlo.

Mientras se cumplía lo ordenado don Sinesio recuperó el hilo de su historia.

—¡Lo que me costó ser alcalde! Y total para durar un año mal contado en el concejo. Como no había forma de que me votasen por las buenas, contraté los servicios de un experto que se llamaba Romualdo Marigil. Romualdo utilizaba tarjetas con canto dorado que rezaban: «Romualdo Marigil. Ingeniero en pucherazos».

Marigil era un muñidor electoral tan bueno que sin romper urnas ni dar que hablar al prójimo enemigo conseguía los votos precisos. Con decirles que un teniente coronel de la Guardia Civil se lo quiso llevar a Sevilla en tiempos de la Dictadura como regidor de elecciones entenderán el fuste de que disfrutaba mi hombre. Marigil venía y decía: «Saldrá usted con dieciséis mil trescientos veintisiete votos de ventaja sobre el contrario, pongamos por caso; lo que hace un 86% de votos a su favor contra un 14% para la oposición». Y llegaba el día de marras y salía justo y medido el pronóstico. Marigil me hizo diputado provincial, concejal y alcalde. ¡Pobre Marigil, ya no hay talentos como el suyo!

—¿Y por qué pobre? —interesose don Dimas—. ¿Es que acabó mal?

—Y tan mal. En San Sebastián se hizo tocar el trigémino por el doctor Asuero.* Cosas de las modas médicas. De resultas del toque se le alteraron las facultades aritméticas y comenzó a pifiar los cálculos. Para mí que le sobaron el nervio más de la cuenta. Con los errores le entró la tristeza, se dio al cazalla y no paró hasta reventar como un triquitraque.

El vino se había apoderado de todos nosotros, y el aviador Gregorio Sotero se atrevió a meter baza en la conversación:

—Mala cosa es hurgar en las interioridades de uno. Mi padre contaba que un tío suyo tomó una leche de juventud que hacía un pastor de Abiego a base de criadillas de cabrito mamón, machacadas crudas con ajo y miel silvestre, y se rejuveneció tanto que se le olvidó leer y escribir y perdió el empleo deregonero que tenía.

Don Sinesio, sin hacer caso de Sotero, prosiguió:

—Cuando la suerte se emperrea con una familia hay que echarse a temblar. Murió don Romualdo Marigil y dejó una fortuna muy apañada. El hijo, Romualdito, que era espabilado, acertó a entrar en la sociedad que daba agua a la villa y acabó quedándose con la empresa. Las cosas le iban bien, hasta que un año le tocó un billete del gordo de Navidad...

—La riqueza excesiva lo echa todo a perder —decretó don Dimas.

—No, señor, no es por ahí. Cuando Romualdito supo lo del gordo, no se le ocurrió otra cosa que cortar el suministro del agua y dar en su lugar vino. Resultó que operaban a un personajillo de la villa y extraían una muela a otro más y daba a luz una tercera..., para no seguir agobiándoles con ejemplos de casos donde se precisa el agua y perjudica el vino. En resumen, que jamás llueve a gusto de todos y los perjudicados se querellaron contra Romualdito. Ciento catorce pleitos con indemnización tuvo y entre pitos y flautas pagó las ganancias de la lotería más el negocio de las aguas que malvendió.

El avisador Gregorio Sotero fue a decir algo, pero la palabra murió en la garganta y tras inclinar la cerviz se deslizó de la silla al suelo, donde quedó inmóvil. El mozo de mulas Restituto Azcón, algo más espabilado pero también a punto de sucumbir al vino, tomó al avisador por los sobacos y lo arrastró fuera del cuarto.

—A más tocaremos —comentó don Sinesio, y llenó los vasos de los que quedábamos.

Don Dimas suspiró y dijo:

—Nunca sabemos por dónde han de amargarnos los malos golpes de fortuna. Lo que en unos es ruina en otros se vuelve prosperidad.

—Eso es tan verdadero —asintió don Sinesio— que no me resisto a contarles el caso de los Fernández Smith. El menor de los dos hermanos, don Audifaz Fernández Smith,

emigró a los Estados Unidos, puso una fábrica de butifarra de Barbastro, que bautizó «The American Chorizo Corporation», y se hizo de oro. Don Audifaz, si vamos a analizar, ganó la plata llevando a América fórmulas españolas y en cambio su hermano Abacuc se arruinó en España trayendo fórmulas americanas.

—¿Y eso? —babeó más que preguntó don Dimas, muy zarandeado ya por los horrores de la digestión y el cocimiento del vino.

—Vayamos por partes, que es el mejor modo de no complicar. Cuando Audifaz Fernández Smith, hartado de ganar dinero en Norteamérica haciendo butifarra de Barbastro, regresó a España para disfrutar del capital, su hermano Abacuc, que tenía una fábrica de dulces, «La Fabril Caramelera», decidió modernizar los envoltorios de los caramelos y del turrón. Consultó con Audifaz y este le aconsejó: «Hazlo a la americana. Ambientate. Ve mundo y comprueba calidades y dibujos que usan en otros lugares».

Siguió Abacuc el consejo y viajó para ambientarse. Francia, Suiza, Alemania, Gran Bretaña... Cuando dio con los papeles acertados, la orgía de viajes y los muchos gastos que estos acarrear le habían llevado a la ruina.

—¿Y qué hace ahora? —pregunté yo.

—Vive de la misericordia de su hermano Audifaz, y de paso anda mirando si puede vender los modelos de papel que acumuló.

Don Dimas intentó levantarse con una excusa apenas farfullada que nadie entendió y el peso del vino le hizo besar las baldosas. Don Magín intentó socorrer a don Dimas pero tropezó, midió el suelo y ya no se movió. Entre don Sinesio y yo condujimos a los caídos a sus lechos. La posadera lloriqueó:

—Ahora les vendrán las ansias y me lo dejarán todo perdido.

Volvimos a la mesa y don Sinesio, tras regalarme con una mirada entre maliciosa y compasiva, preguntó:

—¿Y usted no ha bebido suficiente, o tiene siete buches?

—Es que un servidor está acostumbrado a gastarlo. Padezco mucho del flato, ¿sabe?

—¿Ha probado usted el excusado a la turca? Las flexiones a que obliga alivian muchísimo esta clase de males.

—Tan pronto como pueda me acordaré de su receta.

Sin más, se puso en pie, tomó la jarrilla, llenó el vaso de tinto y antes de beberlo de un tirón brindó ceremonioso:

—Porque se le alivien esos malhumorados aires.

Luego, con paso entero, sin rozar un solo movimiento salió del cuarto. Del dormitorio nos llegó el aire de una jota que don Sinesio entonaba a media voz:

Maldito Poncio Pilatos,
por no perder el destino
condenó a Jesús Divino
lavando después sus manos.

Con la fresca, se colaban por la ventana los mil y un sutiles ruidos de la noche bien arropados por el jubiloso canto del grillo.

X. DE SANTA CRUZ DE LA SERÓS A BIESCAS

DE SANTA CRUZ DE LA SERÓS salen dos caminos que llevan al monasterio de San Juan de la Peña. Los dos son para peatón con ayuda de caballería y cualquiera suma entre hora y hora y media de marcha, según el andar. También se puede llegar en coche, si bien en tal caso lo recomendable es salir de Jaca y tomar la carretera que faldea el Oroel hasta el lugar llamado Bernués, y allí empalmar con un camino forestal que muere en San Juan de la Peña. Esta versión para motorizados suma como cinco leguas de recorrido contadas desde Jaca y no tiene el mérito de las dos primeras, ni los paisajes con ser soberbios alcanzan la fuerza virginal de las sendas apenas labradas en las lomas, buscando coladas entre el roquedal y el mar de pinos, para ganar altura.

El monasterio de San Juan de la Peña se cobija dentro de una gran cueva natural existente en una ladera del monte Pano. Las partes más antiguas que han llegado a nuestros días prueban que en el siglo x, al amparo de la peña, ya existía un cenobio. La historia de la fundación de San Juan de la Peña tiene ese perfume angélico de las épocas en que la fe movía montañas.

Un joven mozárabe, natural de Zaragoza, por nombre Voto, hacia el año 732, galopaba embebido en los lances de la montería tras un venado por la cima del monte Pano, cuando de buenas a primeras encontrose al borde del abismo donde se abre la gruta que contiene hoy el monasterio.

Al entender que se precipitaba en el vacío, invocó aterrado a san Juan y la cabalgadura, como sujeta de las bridas por poderosísima mano, detúvose en el límite extremo de la peña, dejando bien marcadas sobre la roca de aglomerado las cuatro herraduras. Descabalgó Voto entre sorprendido y asustado y tras buscar por los alrededores dio con un paso que le llevó a una enorme caverna al pie del precipicio. Explorola Voto y halló dentro una especie de ermita dedicada a san Juan y sobre el suelo de la misma el cadáver de san Juan de Atarés, milagrosamente preservado de la corrupción de los cuerpos. San Voto, pues santo fue, tan pronto como hubo cumplido con el precepto misericordioso que manda enterrar a los muertos, regresó donde moraban los suyos, vendió sus bienes, los distribuyó entre los pobres y en unión de un hermano, Félix, o san Félix después, entregose en San Juan de la Peña a la penitencia y la contemplación. A san Voto y san Félix sucedieron otros ermitaños hasta que dentro de la cueva comenzó a alzarse el monumento de fe y piedad que ha llegado a nuestros días.

San Juan de la Peña está entrañablemente vinculado al nacimiento del reino de Aragón. En los alrededores de San Juan de la Peña se refugiaron los contados descontentos que no se resignaron con la muerte del reino visigodo a manos del islam. En aquellos silvestres montes, un cogollo de zafios montañeses prefirieron la mísera independencia, entre breñas más propias de venados y jabalíes que de hombres, a la domeñación del árabe. Al abrigo de la húmeda espelunca, junto a un cenobio humildísimo que en nada recordaba a las sabidurías arquitectónicas de los hijos de Alá, guerreros y frailes que ignoraban el refinamiento oriental, templaron sus ánimos en la calamidad hasta que se sintieron con fuerzas para ensanchar los límites del breve reino que llamaron como el río Aragón, en el que vierte aguas el monte Pano.

Aún hoy, el monasterio asusta por su hosca faz que muestra entre la anchurosa gruta. Nadie puede esperar que, limi-

tados a una oquedad dispuesta como Dios quiso, los hombres hayan podido sacar tan espléndido partido. La planta inferior la constituyen fundamentalmente la llamada sala del Concilio y la iglesia baja. Lo que andando los tiempos sirvió para concilio fue antes el dormitorio monacal del primitivo monasterio. En un primer momento de la historia de estos cenobios, los monjes duermen pared por medio de la iglesia, donde consumen la mayor parte del tiempo dedicados a prácticas piadosas. La sala del Concilio o dormitorio tiene un trazado forzoso impuesto por el aprovechamiento que brinda la cueva que cobija al monasterio todo; está poco iluminada por ventanas de aspillera y consiste en una cuadra de bóveda de medio cañón dividida por arcos de medio punto que nacen, sin pilastras visibles, en el mismo pavimento.

La iglesia baja tiene esa solemne unción de los breves y recogidos templos de los primeros cristianos; trasciende el vago esoterismo de lo mozárabe; se arroja en la sobriedad del despojado, pobre en bienes materiales, rico, riquísimo, en ambiciones y sueños espirituales. La iglesia baja es un lugar para rezar sin que nada pueda distraer al que ora. Allí se pide a Dios pan y salvación. El pan de cada día, el durísimo mendrugo que los árabes dejan al alcance de los duros montañeses inconformistas, un lugar en la gloria de Dios, y pare usted de contar.

La iglesia baja consiste en un rectángulo que recuerda los que levantaron los asturianos también por el siglo ix, divididos en dos naves mediante arcos de herradura. El presbiterio, al que ascienden unas gradas separadas por un pilar, se compone de dos capillas. La cabecera de la iglesia y parte del lado derecho del rectángulo lo constituye la roca viva cobijo del monasterio. La gran escalera al amparo de la hoy desaparecida torre que abrigaba la entrada principal se ha convertido en un vulgar mazacote de gradas que llevan a la planta superior, donde se encuentran el panteón de nobles,

la iglesia alta, el panteón real, el claustro, la capilla de san Voto, a quien la Santa Iglesia llama san Odón, y la de san Victorían.

Entre la iglesia baja, consagrada a comienzos del siglo x, y la planta de la iglesia alta median más de dos siglos. Los cristianos ya no huyen angustiados por el poderío islámico. Los cristianos son ahora las bizarras huestes de Sancho Ramírez, tintas de sangre infiel, que han dejado atrás el duro Pirineo, se han descolgado Guara abajo codiciosas de la tierra blanca y le ponen sitio a Huesca. Y lo que los alarifes levantan en 1094 tiene categoría de obra lograda, movida por la ambición y la esperanza.

El panteón de nobles es sin duda el más completo enterramiento románico que ha llegado a nuestros días. Los varios incendios sufridos por el monasterio en más de un milenio de existencia han respetado veinticuatro sepulturas dispuestas a modo de columbario,²¹⁷ en dos hileras separadas por una imposta y coronada la segunda de un ajedrezado tirado todo a lo largo del muro. Cada enterramiento fórmalo una excavación practicada en la roca, cerrada por una losa adornada según el gusto del constructor. Por excepción existe uno con las armas de los Abarca de Garcipollera; los restantes se exornan con animales mitológicos, la cruz de Sobrarbe, la cruz con los cuatro florones de Íñigo Arista, el crismón e incluso la tierna escena del ánima encerrada en un óvalo entre dos ángeles. Al otro lado del muro que alberga a los guerreros de Aragón está el panteón real, si bien algo más en alto, de forma tal que los recios soldados y sus mujeres han venido a dormir el sueño eterno, al pie de los caudillos que los guiaron en la pelea.

El panteón de nobles es asimismo un fabuloso muestrario de la epigrafía del medievo. El panteón de nobles

217 Conjunto de nichos en los antiguos cementerios romanos, donde se colocaban las urnas cinerarias (*DRAE*).

tiene esculpidos en sus piedras nombres míticos que ayudaron a Aragón a salir de la cuna montaraz: Fortuñones, Urriés, Atarés, Cajal, Cornel, Entenza, Ferrench, García de Malo, Tizón, Lizana. En tiempos modernos los restos del conde de Aranda, fallecido en 1798, reposaron aquí hasta que fueron llevados a Madrid al panteón de Hombres Ilustres. Los huesos del conde de Aranda, fallecido según la lápida que mandaron poner los herederos «con la tranquilidad y la fe del cristiano y la resignación del sabio», estuvieron a punto de quedarse en San Juan de la Peña pues los encargados de la exhumación tomaron por enterramiento del ilustre ministro de Carlos III el que lo era de un humilde monje.

La iglesia alta, para cuya inauguración en 1094 abandonó Pedro I el sitio de Huesca, en homenaje a Dios y a Sancho Ramírez, muerto sin ver el final de las obras del monasterio, consta de nave única y en su mayor parte carece de bóveda pues hace las veces de dicho artificio la roca de la caverna. En la cabecera del templo hay tres ábsides a cuyo movimiento ayuda una serie de arcos muy sencillos. Desde el templo, por una puerta situada en el lado del evangelio se pasa al panteón real, antigua sacristía.

En 1770, el genio del tercero de los Carlos sancionó con la monomanía ordenadora del XVIII la reforma del panteón real. Yacían los restos de los reyes de Aragón en doce cavidades abovedadas, metidas en el alma de la roca. En la misma estancia y en tierra existían otros enterramientos también reales. Presidía el conjunto un altar llamado de la Resurrección, donde regularmente se decía misa por el eterno descanso de aquellos monarcas que no conocieron la vida regalada del Aragón poderoso de los reyes de Poblet. Vino el ordenancismo de los sabihondos ilustrados y la cueva románica, llena del recio sabor de los reyes guerreros, se recubrió del oropel rococó dieciochesco. Delante de las doce cisternillas alzose un muro con veintisiete planchas de

bronce dorado, metálico fedatario²¹⁸ de la danza de nombres de reyes, reinas, infantes e infantas que al buen tuntún improvisaron los confeccionadores. Hoy, solamente podemos asegurar que tras el metal descansan Ramiro I, Sancho Ramírez y Pedro I, ítem más la familia real de Aragón hasta Alfonso el Batallador, el cual reposa en San Pedro de Huesca, próximo a Ramiro II el Monje. O, dicho de otra forma, que menos los reyes enterrados en Poblet y los dos que yacen en San Pedro el Viejo de Huesca todos los que reinaron en Aragón, desde los orígenes del reino hasta Alfonso el Batallador, están enterrados en San Juan de la Peña.

No merecía la pena llevar a la severidad de San Juan de la Peña la pedantesca ornamentación del XVIII, que hace del sepulcro de los primeros monarcas de Aragón una especie de panteón escurialense de bolsillo. Sobraban el mármol, los jaspeados, el bronce, el florido adorno del techo, las esculturas de Salas, los cuatro grandes estucos de Ipas, el medallón con el busto de Carlos III obra del platero Estrada y todos los perifollos del arte carlotercista. El panteón real estaría muy bien tomado en bloque y llevado fuera de los augustos y románicos muros de San Juan de la Peña. En San Juan de la Peña tal pegote es un solemne desaguisado. Para acabar de amolar, sobre la puerta de nogal que conduce al panteón, dos ángeles de yeso que hacen las veces de trompeteros de la Fama sostienen una losa de mármol negro, sobre la que se lee lo siguiente, con letras bien doradas, por si alguien sufre de miopía: «Los augustos libertadores de la Patria y los defensores de la verdadera religión en la España Citerior, se guardan con veneración en este noble monumento». Ni más ni menos.

El mal sabor de boca del empingorotado panteón real lo quita, a Dios gracias, el claustro, al que se entra por una puerta mozárabe que debió de pertenecer a la iglesia baja,

218 Notario.

de donde salió cuando Sancho Ramírez, en el siglo xi, mandó construir la iglesia alta. El gracioso arco de herradura de esta entrada alberga una inscripción en latín del siglo ix que sigue la grafía de los visigodos españoles.

El claustro románico de San Juan de la Peña es pieza magistral y única. La fabulosa manera de hacer de un artista desconocido, a quien se conoce bajo el nombre de maestro de San Juan de la Peña, tiene un marco insólito en la roca natural. El claustro de San Juan de la Peña carece de bóveda por quedar todo él bajo la techumbre de la cueva que lo contiene. Los muros del recinto se alzan hasta la altura correcta y allí mueren, acaban en arquerías de filigrana que no precisan de resguardo alguno porque cuentan más arriba con la cobertura de la roca. Jamás pudo un escultor imaginar luz más perfecta para la contemplación de su obra que la del claustro de San Juan de la Peña. El mundo del medievo surge en las escenas religiosas que narran los capiteles, con esquemática grandeza. Una serena emoción gana al que contempla en la piedra a los hombres y mujeres del siglo xii representando papeles bíblicos y evangélicos como Dios le dio a entender al artista.

Contiguas al claustro se encuentran dos capillas, dedicada una a san Victorián y otra a san Voto. La de san Victorián terminose en 1433, cuando el gótico florecía en primores y magnificencia ornamental. Es una soberbia pieza que en nada desmerece del claustro y que tanto en su portada como en el interior, donde está el sepulcro del abad Marqués, a cuyas expensas se alzó, responde a una exquisita concepción. No podemos decir lo mismo de la capilla de san Voto, construcción neoclásica que además de desentonar lo suyo parece ideada, en lo que a portada se refiere, ni más ni menos que para poner ante las narices del visitante las armas del abad que la mandó construir en memoria de haber escapado con bien de dos abultados peñascos que, desprendidos de la roca, cayéronle sobre el hombro estando el buen padre, Briz Martínez por nombre, dedicado a sus rezos.

En San Juan de la Peña guardose el sagrado cáliz que Nuestro Señor Jesucristo utilizó para consagrar el vino la memorable noche de la Cena. El Santo Grial fue entregado por el papa san Sixto a san Lorenzo, hijo de Huesca, ciudad que lo conservó hasta que llegados los sarracenos fue a parar a diversos lugares de la montaña y por fin al monasterio, de donde lo sacó el capricho del rey Martín el Humano, para acabar en tiempos de Alfonso V de Aragón en la catedral de Valencia, hoy su custodio.

San Juan de la Peña sufrió varios incendios que obligaron a otras tantas reconstrucciones. La vida en la gran cueva continente del monasterio era por demás dura. Los monjes quejábanse del reuma, que consumía las articulaciones, de las constantes humedades y de lo poco que se beneficiaban del sol. Así, tras la quema de 1625 los supéstitos decidieron edificar otro monasterio en la cima del monte cuyas entrañas albergan al viejo. La obra duró hasta 1714. Lo único notable del monasterio nuevo es la portada y aun así tampoco hace época. Parece como si el fuego persiguiera a San Juan de la Peña, viejo o nuevo, porque la fábrica terminada a comienzos del XVIII ardió a principios del XIX, esta vez por obra de la soldadesca gabacha que acompañaba al mariscal Suchet. Las llamas consumieron entre otras cosas notables la sillería del coro, obra de Pedro Onofre, fechada en 1703, y el retablo del altar mayor.

Hoy el monasterio nuevo está en trance de reconstrucción y dispone de una cómoda hospedería para quienes gustan del retiro que brinda la montaña y los cerrados bosques que rodean a los dos San Juan.

El regreso de Santa Cruz de la Serós a la carretera comarcal 134, que lleva a Jaca, se nos hizo harto cuesta arriba por la resaca del convite de don Sinesio, y menos

mal que una vez ganada la vera del río Aragón nos detuvimos en una paridera de ganado al arrimo de una serna²¹⁹ gredosa²²⁰ para que don Dimas ejercitase sus conocimientos curativos con una yegua doliente de torozón.²²¹ Mientras don Dimas trajinaba preparando jeringa y sal de higuera para tratar de destaponar al animal, don Magín tumbóse en la hierba, a la sombra de una cerca de zarza que defendía un pañuelo de tierra sembrado de patatas. Un pajarillo arpa-do²²² hacía llegar sus trinos desde un bosque de álamos.

—La misma idea —comenzó soñador don Magín—, según la sirvan las palabras y los personajes, vale para un drama, para una tragicomedia, para una comedia o para una revista musical. A un señor muy ilustrado de Benabarre le nació un hijo marica y cuando andando el tiempo reparó en las torcidas inclinaciones del mancebo trató de compensar lo que la naturaleza le había negado, utilizando sabiamente las disposiciones del Registro Civil.

—No entiendo tanto circunloquio —comenté yo.

—El chico se llamaba Amador y el padre le borró este nombre y le puso León.

—¿La filosofía y la historieta son tuyas o las ha leído en algún libro?

Don Magín incorporóse, hizo caer el sombrero de un papirotazo y de muy malos modos respondió:

—¿Es que mi cabeza le parece tan huera roca manantial como para no dar los caudales que usted me discute?

Tendióse otra vez cuan largo era, cubrióse los ojos con el sombrero y, sin escuchar las disculpas que le di, quedóse dormido. Cuando don Dimas alivió a la yegua y emprendi-

219 Porción de tierra de sembrado.

220 Pertenciente a la greda, arcilla arenosa de color blanco azulado.

221 Enteritis, afección intestinal. Dícese, también, torzón.

222 De sonidos gratos y armoniosos, como propios del arpa.

mos las dos leguas de buena subida que nos separaban de Jaca, oí que don Magín sentenciaba:

—No hay celsitud²²³ comparable a la del descanso, y más cuando se tiene la conciencia tranquila.

Viendo su buen talante me acerqué a darle excusas por mis dudas pero el hombre rehusó escucharme y sentenció magnánimo:

—De usted nunca podrá decirse lo que tengo escrito de un murciano fabricante de melocotón en almíbar y escritor a deshora. Escuche y juzgue.

Sacó una libretilla de cantos resobados, buscó y rebuscó y leyó con engolada entonación:

—Jamás estuvo en desacuerdo con el superior. Jamás se dignó escuchar a los inferiores. Era el perfecto robaperas intelectual».

—Es muy de agradecer, don Magín —correspondí yo humildemente.

En un aguazal cercano al río un grupo de cigüeñas hacía por la vida a expensas de ranas y culebras. Más adelante, un joven, agazapado en unos bojes al socaire de una palomera, acechaba escopeta en ristre la llegada del palomo ladrón para cobrarse en sangre los inocentes robos del macho embaucador. Arriba el sol brillaba para todos.

La muy noble, muy leal y vencedora ciudad de Jaca, a la querencia del río Aragón y de la peña Oroel, capitanea desde su colina de 820 metros de altura un territorio espacioso al que da nombre y defiende la entrada al valle de Canfranc, por donde hay vaivén de personas y de cosas con el país ultramontano desde tiempo inmemorial. En los claros días veraniegos de Jaca las alturas que cierran el fondo apa-

recen revestidas de un violeta y siena que solo se apaga con el albor de los heleros y la gasa de las nubes que amarran en las cumbres talludas. Desde Collarada y Blancas vienen los impalpables caballos de una brisa que sosiega el ardor de la canícula y la trueca en primavera.

Jaca, como todo lugar que guarda un paso importante, es ciudad que ha aquilatado muy buenos modos y recio genio. Jaca tiene por escudo una cruz patriarcal de oro sobre campo de gules y cuatro cabezas de reyes moros, las mismas que según la tradición hubo de cortar el conde Aznar, mediado el siglo VIII, para hacerse conde de Aragón y tener un asiento urbano. A partir de Ramiro I, en 1035, Jaca fue ya capital del reino hasta 1096, en que se tomó Huesca, ciudad que pasó por el mismo trago de perder la capitalidad cuando en 1118 cayó Zaragoza en manos cristianas. Los jacetanos disfrutaron de fuero tan bueno que cuando los reyes de Aragón querían premiar a alguna ciudad le concedían el fuero que el buen conde Galindo pactó con los de Jaca.

Jaca siempre se las tuvo tiasas con los navarros, quienes por razón de vecindad no se llevaron bien con los aragoneses, y singularmente cuando con ayuda de los ingleses quisieron tomar la ciudad en 1366. No le fue tan bien en el viaje, a Jaca, con ocasión de la francesada, pues la traición de un fraile ilustrado y sabelotodo entregó la ciudad a los gabachos en 1809.

En Jaca se acuñó la moneda del reino de Aragón y de allí salió aquello de «en Jaca a dinero vale la vaca», refrán siempre muy de moda, pues es contestación que viene al pelo para calmar los entusiasmos de quienes porfían con la baratura de algún género sin reparar en la falta de recursos del rondado.

La patrona de la ciudad es santa Eurosia, a quien en Jaca dicen *Orosia*, y es eficazísima abogada contra los espíritus inmundos que se apoderan de los humanos y les llevan a cometer mil tropelías y desconciertos. Orosia, tierna donce-

lla hija de los duques de Bohemia que a fines del siglo ix recorrió media Europa para venir a casar con un príncipe español, llegada al Campo de Jaca topose con los sarracenos, suerte de malandrines desconocida en el ducado de la santa. No quiso Orosia renunciar a su fe cristiana y, después de ver el nada agradable espectáculo del suplicio de la comitiva, sufrió en su carne horrorosos tormentos. El cuerpo de santa Orosia se guarda en un arca, entre finos lienzos, en la catedral de Jaca.

La recia fe de Ramiro I impulsó en el siglo xi la construcción de la catedral de Jaca, pieza románica de singular importancia cuyo influjo ornamental y arquitectónico dejase sentir a lo largo del camino de Santiago, que entra en las Españas por el puerto de Somport, más arriba de Canfranc. Como todas las obras románicas puras, la catedral no aparenta por fuera, con su aire macizo y chata y medio capada torre, la armoniosa proporción y disposición interior. La planta consta de tres naves con crucero. La cabecera remata en tres ábsides semicirculares, y la nave central, en un pórtico rectangular que constituye uno de los tres accesos.

Aunque las bóvedas de las naves laterales y central son obra, si bien lograda, del xvi, que echó por tierra la de Ramiro I, y en el ábside central entró la piqueta iconoclasta en pleno xviii a fin de acomodar el coro, los enormes pilares y los arcos de medio cañón del crucero han llegado a nuestros días como los alzaron los arquitectos medievales. Justamente los capiteles de la obra original intacta, plenos de ecos bizantinos y corintios, constituyen uno de los raros tesoros de la catedral jacetana. Flora, fauna, dibujos geométricos, personas y animales están animados de la noble y pura gracia que imprime su peculiar sello al clasicismo. La piedra se hace filigrana real, estricta vida.

En el crucero, la cúpula recuerda los modos arquitectónicos de la mezquita de Córdoba, que al fin y a la postre la frontera entre las dos culturas fue permeable y por añadidu-

ra las ideas de paternidad mediterránea tienen dos orillas para viajar.

Los gruesos muros románicos han sufrido alguna alteración con el paso de los años a fin de procurar cobijo a capillas y retablos que suman doce. Las más notables son las de san Miguel, soberbia joya del plateresco fechada en 1523 y en la que trabajaron el florentino Moreto y los aragoneses Joly, Salas y Morlanes, hijo; la de santa Ana, con siete tablas pintadas en el xvi y esculturas de la misma época; la de la Santísima Trinidad, en alabastro esculpido en 1573, que ya apunta el germen atormentado del barroco y se cierra con una muy bella reja de forja románica; la renacentista de san Jerónimo, de fantástica y digna hechura, también fechada en 1573, y la de la santa patrona, Orosia, relativamente moderna, adornada con lienzos pintados por el oscense Muñoz en 1780.

La cúpula del presbiterio se cubre con frescos de finales del xviii pintados por fray Manuel Bayeu, que le vienen a la augusta fábrica tanto como un par de pistolas a los hábitos del autor. Confrontando con la capilla de san Miguel, se adosa al muro el sepulcro plateresco del obispo don Pedro Baquer, hijo de Jaca, quien supo adoctrinar a sus causahabientes²²⁴ para que se gastaran los dineros con mucha dignidad y conveniencia, a juzgar por las muestras.

Del claustro románico quedan breves ejemplos en el lugar donde se alzó y entre ellos un sepulcro que aseguran ser del piadoso bastardo don Sancho, hijo de Ramiro I. Alguna plata del xvii y xviii y pergaminos y documentos componen la relación a vuelapluma de lo más notable de la catedral.

Mediada la calle Mayor está el ayuntamiento, terminado en 1546 nada menos que por seis maestros vizcaínos, a saber: Lasarte, Aldariaga, Undara, Otavia, Lizalde y Tapia. Todos los nombres suenan a vasco menos Tapia, que debió

224 Persona que sustituye a otra en cualquier derecho. Se emplea, habitualmente, en el derecho de herencia.

serlo de nación. El ayuntamiento responde a la idea que del plateresco se tuvo en el Aragón de entonces. Quiere decirse que es obra de más seriedad y empaque que las platerescas de otros reinos. En el ayuntamiento, entre otras curiosidades, se conserva el libro de la cadena, así llamado porque estuvo amarrado con una cadena a una sólida mesa, quizás para que cargara con el santo y la limosna de tabla quien tratara de hurtarlo. El libro de la cadena compila los pergaminos con los fueros, privilegios y libertades ganados por Jaca en el siglo XIII, que no fueron pocos.

Al final de la calle Mayor se encuentra la iglesia de San Ginés, desde 1555 monasterio de monjas benedictinas formado cuando las profesas de Santa Cruz de la Serós se trasladaron a Jaca. En San Ginés se guarda el sepulcro de la infanta doña Sancha, traído de Santa Cruz de la Serós, obra tan de primera fila que los que saben de estas cosas llaman a su desconocido autor «maestro de doña Sancha». El sepulcro tiene labra en sus cuatro frentes. El más principal se compone de tres partes: en una doña Sancha vestida de abadesa camina entre dos religiosas; en la del centro un alma escapa al cielo dentro de una suerte de almendra que sostienen dos ángeles; en la última doña Sancha sentada reza en compañía de dos monjas. Hay quien asegura que doña Sancha, modelo de humildad, no pudo ordenar enterramiento tan fuera de los cánones de su vida y que el encargo lo hizo, muerta la abadesa, su sobrino Pedro I.

En el museo del palacio del obispo se guarda una buena colección de pintura gótica y escultura y orfebrería románicas. Lo de palacio es un decir, al menos si nos atenemos a la segunda definición de la Real de la Lengua: «cualquiera casa suntuosa destinada a habitación de grandes personajes». Aquí lo de casa suntuosa falla y múdase en casa espaciosa con habitaciones suficientes para la contemplación de piezas amorosamente salvadas de la dispersión, la indiferencia y el maltrato de los hombres y los años. San Sebastián y san Juan

Evangelista, emparejados en una tabla del xv por un desconocido —el maestro de Albalate del Arzobispo—, se miran el uno al otro con sorpresa, quizás porque llevan parecidos hábitos o porque san Sebastián se toca con teja o porque, habituados a la iglesuela de Senegüé, todavía no se han habituado a los aires de Jaca.

Algunas embocaduras platerescas en puertas y ventanas; la portada de la iglesia del Carmen, donde un arquitecto del xvii soñó con los modos y formas idas del xvi, postura por lo demás muy española; el puente gótico de San Miguel, jamás fatigado de ver saltar a las aguas sobre los gorriones, como cabritos recientes; la galana torre del reloj, que de albergar el orgullo de la casa de Artoz ha pasado a cobijar las miserias de quienes aguardan el solemne trance de la justicia de los hombres, y la ciudadela, testimonio y no parco de que Jaca es plaza fuerte, completan un sumario apresurado de las cosas dignas de ver.

La ciudadela fue mandada edificar por Felipe II a raíz de la invasión de herejes bernesés levantada por la malmetida voluntad del infiel Antonio Pérez. Construida según los cánones de la ingeniería militar de la época, ha llegado a nuestros días en muy buen estado de conservación. Al amor de la ciudadela, sus fosos y glacis,²²⁵ ha jugado y juega a la guerra la flor de la chiquillería imaginando imposibles, incruentas batallas, puntualmente abandonadas y puntualmente recomenzadas.

De Jaca al puerto del Somport, que hace viable la travesía a Francia, hay poco más de cinco leguas y media de un camino que recorre el valle de Canfranc sin perderle los tientos al río Aragón. A poco de dejar Jaca, la carretera cruza el

225 Terrenos pendientes y en declive que se construyen en las fortificaciones.

río para mejor acomodarse a la breve foz que este practica en la entraña de los calvos montes que se alinean en el frente norte de la ciudad. A la mano diestra queda el territorio de la Garcipollera, en el vallecillo del Lluez, tierra de vieja cristianidad donde se alza la maravilla románica de Iguácel, en los aledaños de Acín y Larrosa, dos lugares que con Villanovilla no pasan de ciento setenta y cinco vecinos y se sujetan todavía a la pobre comunicación del camino de herradura.

El monasterio de Santa María de Iguácel terminose en 1072 gracias a la piedad del conde Sancho Galíndez y de su mujer, Urraca. Hay quien piensa que Iguácel se alzó antes que la catedral de Jaca. La decoración, atribuida a Galindo Garcías, impresiona por su simple originalidad. Galindo Garcías labró las piedras como buenamente se le ocurrió, sin ayudas de maestros ni de influencias forasteras. Iguácel guarda también varias esculturas románicas en madera, del XII, y una reja forjada de la misma época.

El vallecillo del Lluez muere en el Aragón, casi en las barbas de Castiello de Jaca. Legua y media más adelante, siempre a la querencia del Aragón, quedan Villanúa y sus grutas, donde el agua y la calcárea han forjado mil diabluras a fuerza de años y de paciencia. Una legua arriba de Villanúa, el barranco de Ip vierte al Aragón pasado el lugar de Canfranc, que se incendió en 1944. El barranco de Ip toma sus caudales del ibón de Ip, gallardo cuenco sobre el que lloran el Larrán, el Campanal de Izas, el collado de Izas y Collarada, todos los cuales tallan más de 2200 metros, y uno, Collarada, se pone en los 2886. *Iza*, en germanía, significa ramera; si bien, para aviso de navegantes, conviene señalar que aquí no es cuestión de germanía, sino de toponimia vascongada.

El valle se estrecha y más semeja aprendiz de cañón que otra cosa. A los montes pardos y mondos de arbolado, donde el viento le zurra a la pura badana geológica en que vinieron a parar a fuerza de inmisericordes talas, suceden contrafuertes bien poblados de pinos y abetos, seguidos de

la corona grisácea de la roca. Al fondo, la Raca y la Canal Roya, cuyas entrañas y heleros paren el Aragón, río que dio nombre al reino.

En una explanada que antes fue suma de barrancos, se alza la estación internacional de Canfranc, convertida en paradoja por el olvido de los hombres y la falta de asistencias de la Administración. Porque paradoja es tener frente a Arañones tan gran instalación por cuya utilización lógica penan y porfían los oscenses, sin que se le saque el jugo como Dios manda. La estación internacional de Canfranc, con sus 246 metros de longitud y su lujo de edificaciones, recuerda a esas catedrales que como la de Roda mandaron levantar entre montañas los padres de la reconquista, para luego olvidarse de que existían al descender al llano, en uso del acreditado principio de «si te he visto no me acuerdo». Desde 1928 en que la majestad de Alfonso XIII inauguró la estación y el túnel internacional del Somport, Canfranc se desgañita pidiendo más tráfico de personas y mercancías.

El túnel del Somport mide 7847 metros. A Francia le correspondió la perforación de 3130 metros y para España quedaron 4717. Hasta en el reparto pesó la división que de las cumbres hizo la naturaleza. A quien le guste la beocia traducida en odas al progreso, al uso del aire comprimido, a la ventilación y a la maquinaria, le conviene repasar la hermosa lista de adjetivos que merecieron los contratistas e ingenieros italianos del túnel español, a saber: los señores Calderai, Bastianelli, Balatelle y Pietramellara. Hasta hubo quien se hizo lenguas de la tierna edad de los italianos, señalando que no llegaban a la treintena y ya sabían hacer túneles... La admiración por lo de fuera ha corrido siempre en el país, como los buenos ciclistas cuando descienden los puertos: a rueda libre y tumba abierta.

Desde Arañones, donde paran los vecinos de Canfranc que no renunciaron al valle a pesar del incendio de 1944, la carretera que nunca dejó de subir se hace en verdad pina

buscando el *Summus Portus* de los romanos, el Somport de hoy, que lleva a Francia. A la mano siniestra sale el camino que lleva a Candanchú y a las laderas del Tobazo, paraíso de patinadores de invierno y fantástico festín para el ganado en verano.

Por el Somport pasó una de las rutas jacobeanas. Europeos y celtíberos cambiaron ideas y bienes a lo largo del camino pirenaico. Y aquí, para refugio de peregrinos, se alzó el monasterio de Santa Cristina, a quien Pedro II colocó entre los tres primeros de la cristiandad. Entre los elementos y los hombres, dos poderosas fuerzas difíciles de resistir, Santa Cristina quedose en recuerdo y hoy apenas se conoce el lugar donde se alzaron los cobijadores muros.

En Arañones hubimos de alterar los planes que traíamos, ordenar al carro que deshiciera el camino hasta Jaca y esperar, discretamente resguardados en las cercanías de la estación de Canfranc, la partida del tren que baja a Zaragoza.

En Arañones, don Dimas tuvo la suerte o la desgracia de encontrarse con don Jovita Sampedosula y Salagón, por otro nombre *Pan para Cuatro*, cabo de pontoneros supernumerario, pesador de fielato excedente voluntario, propietario de «La ONU de la bisutería», puesto de ferial cuyo género de comercio expresa el título bien a las claras, tratante de ganados, constructor de clepsidras²²⁶ en sus ratos de ocio y póstumo de un barrenero italiano, de los que vinieron a la perforación del Somport. Don Jovita, pequeño, renegrido y gesticulador, tan pronto como nos vio se precipitó al encuentro de don Dimas y le suplicó:

—Aléjese de Arañones, don Dimas, si no quiere perderse. Mire que se hospeda en Canfranc don Julio César Gilito y se la tiene jurada.

Nos retiramos fuera del camino al socaire de un viente-cillo destemplado y don Dimas, tras las presentaciones de rigor y unas breves muestras de agradecimiento, preguntó:

—¿Y qué tiene ahora don Julio César contra mí?

Frotose nervioso las manos el informante y explicó:

—Bueno, verá... Lluve sobre mojado. Hace tres años le vendió usted una punta de ovejas y se murieron de basquilla; la última sanmiguelada, las cinco vacas que don Julio César le compró en Boltaña finaron de glosopeda a la semana justa y el año pasado el prado que le arrendó usted era un vivero de hierbas venenosas, de forma que la res que no cascó fue porque Dios misericordioso no quiso. Yo, don Dimas, soy su amigo, le tengo ley, nada quito ni pongo, pero las coincidencias son como para calentar los cascós del más templado.

—¿Y qué pretende don Julio César?

—Los daños y perjuicios, de buenas a primeras, y una vez que se haya embolsado las onzas malquistarlo a usted con las autoridades. Dice que no ha de parar, removiendo Roma con Santiago, hasta que usted esvare²²⁷ como la nieve del alud.

—Pues, siendo así —engallose don Dimas—, la reparación que busca la tendrá cuando san Juan abaje el dedo, y lo tiene de madera... Sepa usted, que si de mis tratos salió don Julio César quemado, de los suyos quedé yo socarrado,²²⁸ que para el caso es lo mismo. Añádale, si hay ocasión para ello, que no pienso reparar y que de sus denuncias tanto se me da por lo que va como por lo que viene.

—¡Oiga, don Dimas —sulfurose don Jovita—, que me trata usted como si yo fuera el caballo recelador de esta parada y bien sabe toda la corte celestial que no tengo otro miramiento que evitar una mala escena, pues le conozco a usted y conozco a don Julio César y sé cómo las gastan los dos!

227 Caiga.

228 Aragonésismo. Quemado.

—Si es así, y para dar tiempo al tiempo, estoy dispuesto a dejar Canfranc, pero que quede bien sentado que llevo pantalones y no haldas y que me voy para que la fiesta siga en paz. Ya se sabe que los tratos de hoy engendran los disgustos de mañana, sobre todo cuando uno ha de lidiar con personas carrasqueñas²²⁹ como don Julio César. Los avisperos curan dejando que los diviosos manen, y eso es lo que ahora hago al levantar el campo.

En estas y en otras pláticas se hizo la hora del tren y dimos con los huesos en un vagón de tercera sobre cuyas desagradecidas tablas desgastamos hasta Jaca los fondillos de los pantalones.

Durante el trayecto don Dimas comentó de mal talante:

—No sé lo que habrá en las noticias del cominero²³⁰ de don Jovita, pero he andado lo suficiente por el mundo para comprender que de uvas a peras vale la pena pasar por tonto.

—Por lo que deduzco —entrometiose don Magín—, ese don Julio César Gilito es de los que no se sujetan el genio.

—Ni el genio ni la soberbia. Don Julio César antes de hablar hace la rueda como los pavos. Su padre fue jefe de la docena de municipales de una villa que no hace al caso, y don Julio César para iniciar la conversación se acaricia la leontina²³¹ y mete muy serio el siguiente introito, venga o no a cuento: «Papá, que en gloria esté, como era general de municipales»...

—Estos caracteres estrambóticos —terció don Magín— me recuerdan el de cierto senador antillano a quien los extravíos de la pasión llevaron a mandar reproducir en la taza del excusado la efigie de su contrincante político en la demarcación electoral, a fin de ensuciarla con la regularidad que presta una salud de hierro. Aseguraba el senador que tal ejercicio, en tan inusitado escenario, le llenaba de íntima satisfacción.

229 Ásperas.

230 Entrometido.

231 Cadena que sujeta el reloj de bolsillo.

—Más le temo a la escandalera que a los quebrantos —afirmó don Dimas—, y solo ese pensamiento me mueve a dejar la plaza libre. Con don Julio César conviene resguardarse del primer pronto. —Y dirigiéndose a don Magín preguntó—: ¿Ha oído hablar de don Potenciano, el abogado?

—¿Ese tan exquisito que llaman *Don Fruta de Sartén*?

—El mismo. Don Potenciano, persona de tanta delicadeza que a los cuadernos particionales les pinta orla de luto, de resultas de un encuentro con don Julio César se puso a las puertas de la muerte y acabó echando un cálculo del tamaño de un huevo de codorniz.

Don Magín rascose el cogote, puso gesto pesimista y sentenció:

—Quien con perros se acuesta con pulgas despierta.

El estrépito de metal que anuncia la entrada en las estaciones nos avisó de la llegada a Jaca. Lloviznaba sin tronar y con el sol poniente, el melancólico arco iris que nacía en Oroel y se perdía por las alturas de Rapitán parecía una camisa de droguete recién sacada de la colada.

Desde que la carretera comarcal 134 sale de Jaca hasta que corta al Aurín, tributario del río Gállego, y deja a las espaldas el lugar de Cartirana, recorre casi tres leguas y media en dirección este. El risueño camino es de fácil andar y salvo en trechos breves discurre recto buscando la querencia de Sabiñánigo, gran posada de la industria, donde los hombres se afanan haciendo carburo, aluminio, sosa, cables y amoníaco, por no citar más que las cosas de bulto. Por Sabiñánigo se entra al valle de Tena, lugar de aguas buenas y abundantes, solar de praderías y bosques, que apacientan cumbres preñadas de la milenaria sabiduría del hielo. Y en Sabiñánigo la ruta 134 empalma con la 136, que sube desde Huesca y se mete en Francia por El Portalet, a 1790 metros de altura, sin dejar la querencia del Gállego.

A la orilla izquierda del Gállego, que es la diestra de quien lo remonta, queda un pañuelo de tierra donde los hombres del románico señalaron su paso antes de que el país alto cediera en importancia al llano con la fortuna de la reconquista. Lárrede, Susín, Oliván y Orós Bajo conservan iglesias alzadas entre el xi y el xiii por tímidos artífices que sabían poco de ornamentación y manejaban los elementos constructivos con el reparto del que no las tiene todas consigo. Iglesias ayer de pobre adorno, que hoy parecen riquísimas a los ojos del contemplador, como la de San Pedro de Lárrede, cuyos alarifes entendían más de castillos que de casas de oración, a juzgar por la esbelta torre, en desacuerdo con las pocas pretensiones del templo, de nave única, ensanchada en la cabecera para formar un menguado crucero.

La villa de Biescas, a menos de tres leguas de Sabiñánigo, se agrupa en las dos orillas del Gállego, y si no de derecho al menos de hecho es la capital de los tensinos, que así se llaman los apacibles montañeses del valle de Tena. Biescas marca la linde de lo cómodo del valle. A partir de Biescas agobian más las estrechuras y la dura batalla del agua contra la piedra para abrirse paso y del hombre contra ambas para ganarse el sustento.

Al filo de la media legua de Biescas, amparada por la peña de la Hoz, que gallea hasta los 2594 metros, está la ermita de Santa Elena, sobre una basa natural que se encara con el río Gállego y desde la que se despeña un cauce de agua. En Santa Elena hay una virgen románica tallada el siglo xii y una fuente que mana y deja de manar a su albedrío. Se trata de espectáculo solo recomendable a quienes tengan paciencia para esperar el nacimiento o la muerte de las aguas.

Los caseríos de Polituara y Búbal, pasadas las peñas de Aso, que en un buen trecho parece como si quisieran asomarse al río, plantan las manchas grises de sus tejados y las albas de las fachadas en un paisaje de verdes hirientes, vio-

letas y ocres, de peñascos rotos, de pasillos sin salida y de murallones que sorprenden con su brecha.

Aguas arriba, en la misma banda diestra, se suceden Piedrafita de Jaca, Saqués y Sandiniés, y en la banda opuesta, Hoz de Jaca y El Pueyo de Jaca. Entre Sandiniés y Escarrilla sale el ramal que lleva al balneario de Panticosa y a Panticosa, pueblo en cuyo cementerio acabaron los sueños de muchos enfermos del pecho cuando el arte de curar los pulmones dañados no rayaba todavía a la altura del de hoy.

A menos de dos leguas de la desviación, remontada la agobiante cuesta del Escalar que se arrima a los pasos del río Caldarés, se alza el balneario de Panticosa, en un circo natural acoquinado por las grises y rapadas cabezas del roquedo, y a la orilla de un lago llamado el ibón de la Pradera. Los 1636 metros de altura de Panticosa y el cuenco donde se refugia ciernen y templan el aire que viene de Bachimaña y el pico del Infierno. A Panticosa ya iban los romanos para curarse las injurias que el tiempo y los excesos obran en el cuerpo, y tras el reposo del alma que presta el retiro sosegado.

Panticosa es como una avanzada de la región de los ibones. La palabra *ibón* viene de *iba*, que en el francés medieval significó agua. El pavoroso parto de la tierra que elevó los Pirineos sembró de ibones el macizo central. Pocos espectáculos de tan serena melancolía como este del agua presa las más de las veces a alturas superiores a los 2000 metros y resguardada del aire por picos que pasan o se acercan a los 3000 metros. La tersa superficie defendida por los murallones pelados que forman el recipiente solo cobra vida al reflejar el cielo que ve.

De nuevo en los alrededores del río Gállego, Escarrilla es la patria de Pedro Pérez, cuyo tormento y asesinato a manos de moriscos en Codo, cabe la villa de Belchite, en tierras de Zaragoza, a donde había ido en busca de pastos de invierno escapando de los hielos del valle de Tena, originaron hacia 1585 espantosas represalias de los cristianos viejos de la

montaña, seguidas de crueles carnicerías por parte de los llamados *Moros de Venganza*, que a las órdenes del *Focero de Codo* y del *Cachuelo de Pleitas* vistieron de luto a medio Aragón. *Focero* viene de Hoz y *cachuelo* es el masculino de *cachuela*, que significa molleja en segunda acepción y guisado de vísceras en primera. Como salta a la vista los apodos de los matarifes moriscos eran bastante apropiados.*

A media legua y algo más de Escarrilla se alzan las casas de Lanuza y, a otro tanto de Lanuza, Sallent de Gállego, donde bajo la adusta vigilancia de la Foradada se junta la cristalina vena de Aguas Limpias a la ya no tan clara corriente del Gállego. Sallent está a 1307 metros de altura y es centro de referencia para quien desee escalar Balaitus (3146 metros), los picos del Infierno (3081 metros), Algas (3045 metros) y Arollas (3060 metros). Desde Sallent se visita la región de los ibones y se llega a los suaves collados de Formigal, que el invierno convierte en soberbio escenario de los deportes de nieve.

En Sallent tuvieron señorío los Lanuza, apellido que por muchos años vinculó el cargo de justicia mayor de Aragón. Degollado don Juan de Lanuza, en diciembre de 1591, víctima de su juventud, del peso de su difícil oficio y de la huida a Francia del infiel secretario Antonio Pérez, don Martín de Lanuza, «mozo de edad floreciente, de mucha fuerza y osadía», encarnó hasta su desgraciado fin, arcabuceado por un soldado francés desde la ventana de un molino, el odio a Felipe II. Don Martín levantó en Francia un ejército de herejes que entró victorioso en el valle de Tena y salió con las orejas gachas reducido a los pocos que sabiéndose cercados se atrevieron a escalar las montañas nevadas, más temerosos del tajo del verdugo que de la muerte por frío o despeño.

De Sallent era el gigantón Fermín Arrudi,* que a comienzos del presente siglo se ganaba muy bien la vida exhibiendo su poderosa anatomía mundo adelante. Arrudi medía 2,29 metros; por su sortija de oro pasaba cumplida-

mente aquella clásica moneda de diez céntimos que se llamaba *perra gorda* y usaba un reloj que pesaba más de cuatro libras.

En Biescas gozamos de hospedaje gratuito en la casa de verano de un azutero²³² de Calatayud, llamado Pompeyo Torrao Minglana, mozo viejo, rondador y algo pendón que hacía cura de reposo cuando le convenía.

Don Dimas, para corresponder a la fineza de don Pompeyo, compró en el pueblo un cestillo de truchas recién pescadas en el Gállego que el avisador Gregorio Sotero escabechó muy a gusto de todos.

Despachamos la improvisada merienda en un corredor tan convenientemente dispuesto como solo saben hacerlo en los pueblos, para disfrutar del barato solaz que proporcionan las idas y venidas del prójimo en la calle. Mientras hubo algo que llevarse a la boca reinó un silencio solo comparable al de las gallinas que aseladas²³³ se disponen a pasar la noche, pero cuando las copas de ojén tomadas como bajativo del pescado se mezclaron con el clarete de Lanaja Pompeyo Torrao Minglana encarose con don Dimas y se explicó así:

—Como aquel que dice, yo soy ingeniero. Solo me faltan los estudios, pues por lo demás, con enseñarme un pre-dio para regar, tomo mis disposiciones y monto un azud que eleva el agua ajustada y la pone donde a mí me da la gana.

—Conozco su habilidad —asintió don Dimas.

—Tengo un buen pasar y un montón de perras guardadas para cuando diga basta. Sin ir más lejos este año me pintaron tan bien las cosas que hasta mandé hacer calendarios de propaganda.

232 El que cuida el azud o presa hecha en el río.

233 Dispuestas para dormir en el gallinero.

Echó mano al bolsillo y nos mostró una agenda en cuya tapa se leía con letras doradas: «El Siglo Científico e Industrial. Fábrica de azudes. Taller de composturas y pruebas con máquinas de agua. Pompeyo Torrao y compañía».

—Lo de la compañía lo mandé poner porque hace mejor —aclaró Torrao—, pero don Dimas sabe que el negocio de los azudes es mío y muy mío, y de nadie más.

—Sí, señor —aseguró don Dimas.

—Bueno... —vaciló Pompeyo Torrao—, pues con todo y con eso soy un desgraciado siempre comido por el aburrimiento y la desazón. A veces pienso que son los años...

—Los años no cuentan para los estados de ánimo —terció don Magín—. Los años son como los dineros, que cuando vienen siempre parecen menos.

—En contra de ese decir, tengo para mí que los años solo mejoran al vino si se le cuida lo suficiente para que no se vuelva vinagre —excitose Pompeyo Torrao.

Alzó solemne don Magín el brazo derecho y sentenció:

—No siga adelante. Usted es presa de la enfermedad del siglo; usted es víctima de la angustia vital.

Tres extranjeros de la nueva ola, con su carga de pelos y barbas, pasaron calle abajo, ganaron la salutífera sombra de unos tilos en el prado frontero y se tendieron sobre la hierba. A poco tres mozas de muy buen ver tomaron asiento cerca del trío.

—Si no fuera por los clásicos —comentó Pompeyo Torrao—, ya habrían cerrado la mitad de las barberías de Europa. ¡Cualquiera se mete en negocios de pelo con los tiempos que corren!

—Ahí tiene —volvió a la carga don Magín—. Cuatro angustiados; cuatro almas parejas a la de usted.

—Pues no lo parece —asombrose el de los azudes—. Han venido desde Inglaterra, lugar que no está a la vuelta de la esquina; llevan paso de dos semanas sin hacer nada; tienen dinero, juventud y buenas zagalas...

—Eso no significa nada —replicó don Magín dando a su palabra entonación de sabelotodo.

—Pues si eso no significa nada aún lo entiendo menos —ironizó Pompeyo—. Un camarero de Huesca, que conoce lenguas y ha servido en Suiza, me dijo el año pasado cuando fui a las fiestas de san Lorenzo que las inglesas son como las patatas, que cuesta mucho calentarlas pero luego conservan el calor.

Soltamos el trapo y don Magín enrojeció herido en el amor propio. Pompeyo Torrao, en alas del ojén, siguió argumentando:

—Esta clase de angustiados que van y vienen, disfrutan de reales hembras, comen tres veces al día y tienen oficios raros me recuerdan lo de aquel rico que se fue al otro mundo harto de gozar en este y con una agonía tan buena y tan rápida que para mí la quisiera cuando me llegue la hora. La familia repartió una esquela en la que bajo el nombre del difunto se leía: «Pasó a mejor vida». Llegó el papel al casino y tan pronto lo leyó el maestro del pueblo sentenció: «¿Pasó a mejor vida? ¡Imposible, le hubiera tenido que quitar el puesto a Dios Nuestro Señor!».

Esta vez el avisador Gregorio Sotero y el mozo de mulas Restituto Azcón, para reír más a gusto, se dejaron caer entre grandes aspavientos sobre el santo suelo. Don Dimas, viendo que la reunión se torcía, ordenó que los servidores se retiraran encomendándoles un mandado. Don Magín, la cara convertida en una pavesa, no daba paz a la mano diestra hurgando con la colilla del puro en el cenicero. Pompeyo Torrao, para quitarle hierro al mal momento, concedió:

—Bueno, quizás sea verdad lo de la angustia, porque en fin de cuentas a mí me gustaría hacer lo que estos ingleses de la pelambarrera y además poner a punto un aparatillo que se me ha ocurrido para acabar con las orejas despegadas. Hay muchos críos que nacen con orejas de soplillo y luego de mayores parecen adefesios. También tengo pen-

sado —prosiguió, ensoñador— formar un partido político que ofrezca café, copa y puro como programa...

No sé en qué hubieran parado las divagaciones del azu-tero porque, casi sin tiempo para despedidas, don Dimas, decidido a cortar por lo sano, tomó del brazo al indignado don Magín y deshizo la reunión pretextando quehaceres urgentes en el pueblo. Pompeyo Torrao Minglana quedó en el corredor decidido a librar hasta el final la descomunal batalla que tenía empeñada contra la botella de ojén.

XI. DE BIESCAS A BENASQUE

A BIESCAS VA A MORIR LA CARRETERA comarcal 140, que enlaza el valle de Tena, servido por la ruta 136, con el de Broto. El camino aprovecha los pasos del barranco de Yésero, tributario del Gállego, al que le lleva las aguas del Sabocos y de Tendeñera, deja atrás el lugar de Gavín y a la altura del pueblo de Yésero abandona la querencia del cauce para encararse con los collados de Cotefablo, cruza el río Sorrosal cuando aún mira a las casas de Linás de Broto y muere en la carretera 138, entre Broto y Torla, tras recorrer cuatro leguas generosamente contadas.

Rocas, árboles, prados y agua hacen deleitoso el recorrido, siempre encuadrado por las crestas, cortadas y graderíos del macizo central. El valle de Broto es el del río Ara, que desde la misma raya de la frontera, en la vecindad del ibón de Bramatuero, baja por las gargantas de Bujaruelo, ante las barbas del parque nacional de Ordesa, juntándose con el traicionero Cinca en Aínsa, capital que fue del mítico reino de Sobrarbe, en el valle de Bielsa.

El Ara gasta bromas pesadas como todo caudal que a las rentas de grandes heleros suma cuencas de roca que nada roban, y cuando le da por no sujetarse al cauce todo lo que el Cinca gana en aguas lo pierden en destrozos los praderíos, caminos y huertas que le salen al paso.

La carretera, fatigada de paisajes silvestres, se arrima en Torla al amor de lo urbano, y hasta se permite el lujo de horadar el espolón donde se agrupa el pueblo para besar los

cimientos de la iglesia y de casa Viu. De la obra románica de la iglesia no ha llegado a nuestros días más que una portada bastante sobada por los retoques de sucesivos remiendos. La sacristía guarda una cruz gótica, trabajo de orfebres del siglo xvi.

En casa Viu se admiran armarios y puertas de talla, mobiliario menor y artesonados trabajados limpia y dignamente según los modos del xvii. Aquí y allá, distintas casas del pueblo, y entre ellas una de la plaza mayor, han conservado muestras del románico o del gótico en ventanas y portadas.

Torla hace de cancerbero del parque nacional de Ordesa. De Torla al puente de los Navarros, por donde se entra a Ordesa, hay media legua muy generosamente contada. El puente, obra moderna que salva el Ara poco después de que este reciba las aguas del Arazas, se llama así porque en su construcción intervinieron trabajadores venidos de Navarra. Esta puntual explicación conviene para fijar conceptos, pues a Ordesa no lo pusieron de moda navarros ni aragoneses, sino franceses: los señores Carbonnières y Briet. Al dúo de pioneros quizás haya que añadir el nombre de un visitador inglés, gran matachín de rebecos, apellidado Buxton. Míster Buxton, en 1881, a fin de salvar cómodamente los precipicios del circo de Cotatuero que se interponen en el camino de Gavarnie, y buscarles mejor las vueltas a las escurridizas gamuzas que aquí llaman *sarrios*, pagó al herrero de Torla la suma de doscientas cincuenta pesetas por la colocación de treinta y dos hierros anclados en la roca, apoyo de pies y agarradero de manos, que exigen en el usuario los nervios muy templados para contemplar sin perder la serenidad lo que hay arriba y lo que queda debajo. El herrero de Torla, Bartolomé Lafuente, repartió los cincuenta duros con un ayudante que buscó para la tarea, también del mismo lugar, llamado Miguel Bríngola. Gracias pues a los buenos oficios de míster Buxton, la entrada de Ordesa en la relación de los lugares que cuentan no estuvo totalmente desamparada por

los nacionales, aunque estos, cumpliendo las consabidas leyes del que llega tarde, lo hicieran para roer el hueso.

Ordesa es el vallecillo del río Arazas, que hace acto de presencia en el graderío del circo de Soaso, despeñándose por la cascada llamada Cola de Caballo, a 1787 metros de altura, y muere, como ya se dijo, en el Ara, tras recorrer alrededor de tres leguas. A la entrada de Ordesa montan guardia el Duascaro y el Mondarruego, señalando, con el boscaje de sus faldas y las heridas y rojizas quebradas de la crestería final, los murallones diestro y siniestro de la desembocadura del valle. El camino que empalma con el puente de los Navarros pasa por los aledaños del refugio nacional en pleno campo de San Guino, dice adiós a los de Sopeliana, Matricapón y Andescatieta, y a poco de cruzar los barrancos de La Canal y de Carriata muere en la pradera de casa Oliván, soberano espejo vegetal donde se mira el Tozal del Mallo, mozo de 2220 metros picado por la viruela de los elementos y avanzadilla del pico de Salarons, que asoma por detrás. Cuando el sol se pone, el Tozal del Mallo semeja el lienzo de un castillo ruinoso, que da testimonio de días mejores con los erguidos muñones de la obra maestra. También a Salarons, por otro nombre Peña Gallinero, y a los bosques umbríos de Bellazán y Garmo Gallinero, se va por un paso de trece clavijas plantadas en 1921, que salvan el imposible reguero de Carriata.

Siempre a la mano siniestra del que anda y dejando a la espalda la casa de Oliván, donde muere el camino ancho, la senda atraviesa las praderas de la Vaqueriza, Laña del Estado y Laña de Pascual, y ante una capillita montañera de la Virgen del Pilar se divide en dos. Una rama sigue en dirección este, contornando la abrumadora masa de la Fraucata, que le disputa cicatera el paso al Arazas, y otra endereza el rumbo al norte, en los aledaños de la Fuente Roya, que mana agua ferruginosa, usando como vía de penetración el barranco de Cotatuero. El Cotatuero muéstrase razonable-

mente bullidor mientras presta su humedad al Cubilar de Berroy, mágica selva hecha de un revoltillo de abetos, pinos, hayas, alerces, enebros, álamos, avellanos, bojés, frambuesos, lentiscos y zarzales, bien tapizada de rosales, fresas silvestres y helechos. Luego, el cauce se encalabrina en la cascada de Cotatuero, y la senda se hace aún más pina, como envidiosa de las verticales paredes del circo de Cotatuero, que salvan las famosas clavijas de míster Buxton y los señores Lafuente y Bríngola. El paso de las clavijas tiene como premio una soberbia teoría de cimas entre las que sobresalen las peladas cabezas del Tobacor, Millaris y el Descargador, que pasan o rozan los 2700 metros de talla.

La senda que desde la capillita de la Virgen del Pilar se orienta hacia el este discurre plazeramente por la Laña de Saratieta, entre árboles centenarios, y comienza a perder la compostura al pasar el barranco de las Ollas y encararse entre hayas de fuste muy galán con el estrecho de Arazas y el Chordonal, salvaje jardín respunteado por el agridulce frambueso, que aquí llaman *chordón*. La cascada del barranco de Arripas, que engruesa la vena del Arazas, al filo de los 1400 metros de altura, es el nuncio de la del Estrecho, que otros llaman *de la Cueva* porque el agua, aprisionada entre las cortadas de un breve pasillo irregularmente labrado en la roca, cae en una especie de cueva, de la que vuelve a salir hirviendo de espumoso enojo. Salvada la cascada de Tobacor, la roca le pone dosel a la gruta de Frachinal, centinela de la Ribereta del Arazas y de las gradas de Soaso, por las que el agua, como si presintiera los volatines que luego ha de dar, descende a lo largo de veinte majestuosas gradas, que le sirven de aprendizaje acrobático.

Los últimos árboles, testigos silenciosos y heridos de la tremenda guerra contra el aire, el hielo, las rocas y el viento, quedan atrás advirtiendo que llega el reino del granito. Al fondo surge la salvaje espadaña de Soaso, pelada, picada de manchas de nieve que alivian la geológica piel gris. Hasta

donde arranca la roca, brevísimas sabanillas de hierba marcan la cama que sustenta a la margarita de las nieves, suerte de peluda estrella de mar anclada en las montañas que los países alpinos llaman *edelweiss* y los hombres del Pirineo *pata de león*.

Desde el rincón de Soaso, la vena del Arazas, precipitándose por el murallón del circo en la cascada llamada Cola de Caballo, parece plata recién fundida. Cerca de donde rompe el agua están las clavijas de Góriz, sin cuya ayuda la cortada sería insalvable. La recompensa de quienes vencen al circo de Soaso es un horizonte de colosos que cercan el país del silencio, el mudo imperio de Las Tres Sorores, el Cilindro y Monte Perdido con sus cabezas muy por encima de los 3000 metros. El pueblo cuenta que Las Tres Sorores son el salvaje tributo de la madre tierra a tres hermanas que defendieron su honra y su rara belleza al precio de la vida, y que Monte Perdido surgió al pie del glaciar, en recuerdo de un viejo pecador que al término de su solitaria penitencia halló cruel muerte de saeta disparada por un cazador.

A la entrada de Ordesa, en los bosques que se extienden entre el Duascaro y la cima de Diazas, busca sustento la cabra montés, que los del país llaman *bucardo*. El bucardo es animal errático, caprichoso, ágil y desconfiado, capaz de romperse el ánimo en el fondo del abismo si no ve otra salida al peligro. Desde la faja de Pelay, que bordea el sector meridional de Ordesa, el bucardo vigila los comederos de Turieto, adonde baja a ramonear después de muchas zozobras y vacilaciones. El rebeco o gamuza, que aquí llaman *sarrío*, aún es más extremoso que el bucardo en su amor a la altura y a las precauciones. Su sabiduría le lleva a buscar horizontes libres y buenos escurrideros, por donde se desliza en menos que canta un gallo para salir rebotando con la malicia de una pelota muerta y ganar el seguro.

Entre Torla y Broto, como puntualmente se dijo, la carretera comarcal 140, que liga el valle de Tena con el de Broto,

enlaza con la 138, que arranca en la ciudad de Barbastro y, después de ser más o menos fiel a la vía de penetración que le facilita el Cinca, se separa de este río en Aínsa para seguir al Ara y morir a la entrada de Ordesa, en el puente de los Navarros. Hasta Fiscal, el camino busca el sur para no ser menos que el Ara, su fiel compañero, y cuando el río, por no entenderse con la peña de Canciás, que atalaya a la espalda del pueblo, tuerce hacia el sureste, la carretera hace lo propio. Atrás quedan Borrastre, San Juste y Ligüerre, lugares que fueron de don Pedro Villacampa, defensor de Zaragoza con Palafox, abuelo de don Manuel Villacampa, el general que quiso traer la república en 1886. Más adelante, el Ara truena soberbio haciendo saber en su elemental lenguaje que a fuerza de milenios saliose con la suya y horadó en la roca la garganta de Jánovas, angustioso desfiladero de más de una legua de largo donde la tierra, eternamente resentida con el agua, se retuerce en escorzos inverosímiles.

A seis leguas pasadas de Broto, sobre un cueto que se presta a la defensa, está la villa de Boltaña, el *Boletanum* de los romanos, que tiene por armas la Cruz de Sobrarbe, sobre la encina donde apareció, y la torre de un castillo con la leyenda *Hic est victoria nostra*.

En la iglesia de Boltaña se puede ver la sillería que Pedro de la Guardia labró para el antiquísimo monasterio de San Victorián de Asán, amén de otras obras menores. Este monasterio de San Victorián de Asán, importante ya en época visigótica, queda en los aledaños de El Pueyo de Aragúas y del río Cinca, cerca de Aínsa, y con el correr de los tiempos a la ruina de su fábrica ha sumado la pérdida de todo lo bueno que guardaba, pues su retablo mayor pasó a la catedral de Barbastro y el coro, como se acaba de indicar, fue mudado a Boltaña.

Aínsa agrúpase a legua y media mal contada de Boltaña, en lugar donde el Cinca se recrece con las aguas del Ara. La villa de Aínsa fue la capital del reino de Sobrarbe, que con

el condado de Ribagorza dio Sancho el Mayor de Navarra a su hijo Gonzalo, cuando al morir desmembró el poderoso cuerpo territorial que con tantos esfuerzos y grandeza había juntado, dejando pasar la primera gran ocasión de oponer al árabe una maciza construcción política.

Aínsa fue cristiana gracias a la tenacidad del mítico García Jiménez, más caudillo de algaradas que rey de grandes y pacíficos territorios. Como Aínsa, con sus 519 metros de altura, está ya en las lindes de terrenos dilatados, y tiene la cuenca de un río para dejarse ir hacia el sur, los árabes intentaron volverla a su mandato. Dios Nuestro Señor, apiadado de los montañeses, que comenzaban a llevar la peor parte en la defensa de la villa, les envió una cruz de fuego que apareció sobre una encina, milagroso emblema que hizo de los débiles fuertes, mudando las tornas. Este fue el origen de la llamada *Cruz de Sobrarbe* que Aragón recoge en sus cuarteles. En las afueras de Aínsa se alza un monumento conmemorativo de cruz y batalla, reedificado a expensas de Carlos III, por haber sido destruido el original en 1765.

Aínsa está cercada de muros y bien defendida por torres y un castillo. La plaza mayor conserva hechura medieval. Varias de sus casas, de soportales en ojiva, tienen comunicación subterránea con el castillo, que aunque en ruinas muestra bien a las claras que fue gallardo mozo.

La iglesia es románica del siglo XII con adiciones posteriores, como la capilla del Rosario, que se alzó en el siglo XVI, y el claustro, que sufrió retoques en el XIV para conformarlo al gusto gótico. La portada de ingreso al templo tiene arcos de moldura, capiteles de labra y crismón. La nave única de la iglesia contrasta en su humildad con la pretenciosa, maciza y fuerte torre, más propia para defender y agredir que para convocar a oración. Sin duda quienes la construyeron pensaron en un punto más de sostén contra el ir y venir de los árabes. El presbiterio alberga una cripta merecedora de restauración, donde pueden verse capiteles ornamentados con gusto.

En Aínsa, don Magín Papalardo amaneció de muy triste humor. Preguntóle don Dimas la causa y respondió:

—Hoy, 11 de junio, festividad de san Bernabé, se cumple el tercer aniversario de la muerte del mejor y más desgraciado amigo que tuve. Hoy hace tres años que murió el gran poeta Radamés Eladio Melentreras, a manos de asalariados, en una república que no quiero mencionar.

—¿Se metió en política? —pregunté yo.

—No, señor. Fue un caso de mala suerte en Radamés Eladio y de exceso de celo en sus sayones.

—Tenga la bondad de explicarse —impacientose don Dimas.

—El estro de Radamés Eladio Melentreras había llegado a rayar tan alto que el presidente de la República incorporó a mi amigo a su séquito como poeta oficial. Aquel fatídico 11 de junio acompañaba al primer mandatario en su coche. Rodaban, como era costumbre en aquellos desplazamientos, a gran velocidad y a Radamés, que era flojo de tripas, comenzaron a enconársele las guayabas que había tomado para el desayuno.

Interrumpió don Magín el relato, suspiró largamente y prosiguió:

—Por respeto al presidente, Radamés trató de ocultar la indisposición.

—Mala cosa para disimular es el entripado —sentenció don Dimas.

—Precisamente esa buena voluntad de mi amigo precipitó su desgracia. El presidente vio a Radamés en el límite de sus fuerzas, pálido, atormentado por el dolor, retorcido en el asiento, y le preguntó la causa. Díjola entre quejidos Radamés Eladio. Ordenó el presidente que parara el coche. Salió Melentreras del vehículo como una exhalación, en busca de un arbusto que hiciera de púdica pantalla durante

el poco gallardo acto de aliviar el vientre. El coche de escolta presidencial que venía detrás, sorprendido por la brusca parada, detúvose asimismo y los guardaespaldas, creyendo que el infeliz Radamés huía tras cometer un desaguisado contra el primer magistrado, tiraron de metralleta y lo cosieron a balazos en el mismo refugio donde se bajaba los calzones. Cuando quisieron darse cuenta de lo que hacían el desgraciado Radamés era un colador...

—Sí que fue casualidad —comentó entre irónico, mordaz y malasombra don Dimas.

—Ya ve lo que son las cosas de la vida. Un espíritu tan delicado y acabar de muerte tan sucia. Algún día rebuscaré entre mis papeles y leeré el poema que escribió para honrar a la señora Sageri, que fue la primera mujer que en 1874 subió en compañía del caballero Biggin a la barquilla del globo Lunardi.

—Ese globo —aclaró malicioso don Dimas— no pudo remontar debido al excesivo peso de *madame* Sageri.*

—Sí, señor, las cosas son como son —concedió entristecido don Magín—, pero en ese detalle radica el sentimiento del poema.

Como si el tiempo quisiera acompañar al triste humor de don Magín, nubes de plomo le ponían cerco al sol. Vencejos y golondrinas acuchillaban el aire a ras de tierra, con el inquieto vuelo que anuncia la tormenta. Un rapazuelo, armado de una delgada varita de mimbre, encaminaba hacia una corraliza cercana una desordenada hueste de rebeldes gansos, que graznaban su indignación contra el presentido encierro.

Aínsa es lugar donde se anudan caminos. En Aínsa, la carretera comarcal 138, que sirve al valle de Broto, se junta con la que hace de transversal entre el valle de Bielsa y el de Benasque. De Aínsa sale también rumbo al norte, y pegada a los pasos del río Cinca, la carretera local que lleva a Bielsa,

de la que se desgaja el ramal que a la querencia del río Bellós deja a las puertas del valle de Añisclo; la que muere en Plan al servicio del valle de Gistaín, y las dos hijuelas que desde el propio Bielsa acaban en Espierba —cuando el Cinca es un recién nacido que embalsa la presa de Pineta— y en la central de Barrosa, a media legua mal medida de Parzán.

A eso de una legua de Aínsa queda El Pueyo de Araguás, bien arrimado a las faldas de Peña Montañesa, tallada señora que se acerca a los 2300 metros. Cerca de El Pueyo de Araguás está el monasterio de San Victorián, que pasa por ser el primero de los que se fundaron en España, pues fue levantado en el año 506 por el visigodo Gesaleico y bautizado con el nombre de *asanense*. En contra de esta opinión otros sostienen que el fundador fue san Victorián, quien, espantado del éxito de sus predicaciones al otro lado del Pirineo y temeroso de que la vanidad que consigo trae el triunfo fuera causa de la eterna perdición del alma, se refugió en lugar tan solitario y agreste huyendo de la bambolla de la fama.

Hacia 1757 se construyó sobre las fundaciones precedentes, de las cuales quedó en pie tan solo un muro del siglo xi. Ya se señaló que del monasterio salieron las mejores piezas, como es el caso del coro que fue a parar a Aínsa. San Victorián guarda los restos de los reyes de Sobrarbe, don Íñigo Arista y don Gonzalo, en sarcófagos de mármol que llaman la atención porque lo tétrico corre parejo con el mal gusto y la falta de mérito.

A dos leguas escasas de Aínsa, a la altura de Escalona, el Bellós, ya recrecido por el Yesa, junta sus caudales con el Cinca. De Escalona, lugar de aguas medicinales, parte una ruta que aprovecha como puede las gargantas que el Bellós labró caprichoso en la montaña y muere a poco de recibir este río los caudales del Aso, en la vecindad de un molino cuyas ruedas saben tanto de la fuerza del agua como del desordenado y funambulesco saltar de las truchas. En Aso, si hay suer-

te, se puede catar la anguila, el extravagante pez capaz de vivir al aire libre e incluso de subirse a un árbol si le place. Las anguilas del Aso crían muy buenas carnes porque les sobra la comida viva, disfrutan de clima de altura y no tienen que pasearse por tierra ni hacer equilibrios en búsqueda de claras aguas.

Desde la confluencia del Aso con el Bellós, quien desee visitar el valle de Añisclo ha de utilizar el acreditado coche de san Francisco, carruaje académico de idéntica construcción al tan acreditado y popular de san Fernando. El valle de Añisclo es un desfiladero donde a veces las cortaduras desafían a la ley de gravitación y forman un dosel que resguarda en su cobijo de roca lo que queda debajo. Desde la pelada badana de Monte Perdido, el valle de Añisclo parece una larga brecha tajada en un laberinto de montañas, tan recién salidas de las manos de Dios Padre que ni siquiera el aire ha tenido tiempo de rozarlas. Añisclo es la montaña virgen en toda su belleza agresiva y dominadora. En Añisclo, el hombre, acogotado por la naturaleza, se reconoce como instante percedero y, con poca voluntad que ponga de su parte, súmese en una suerte de ejercicio espiritual cuyo tema central es la humildad.

Lafortunada queda a tres leguas y media de Aínsa y a menos de dos de Laspuña, lugar que se alza a corta distancia de Escalona, si bien en la orilla izquierda del Cinca. Lafortunada es pueblo moderno nacido al calor de las explotaciones hidroeléctricas. En Lafortunada le entran al Cinca las aguas de la sierra de Cotiella que recogen los barrancos de Irués y la Garona.

Entre Lafortunada y Salinas, la montaña se enrabia y el Cinca por no ser menos arma la marimorena para atravesar, entre protestas que rubrican los rápidos y las espumas, el estrecho de las Devotas, labrado en los paredones de Mataire y Tella. En Salinas comienza el valle de Bielsa, se juntan el Cinca y el Cinqueta y sale el ramal que siguiendo los

pasos del último río comunica el valle de Gistaín y muere en Plan, a la cola del embalse de Plandescún.

Bielsa está a legua y media larga de Salinas y es el centro de referencia del valle de su nombre, uno de los más escabrosos del Pirineo. En Bielsa, las aguas del Cinca se recrecen con las del Barrosa y el terreno, siempre agobiado por las grandes cumbres, se sosiega algo para dar nacimiento a un mar verde, que alegra los solemnes tonos de la pizarra y del granito urbanos.

El municipio de Bielsa se alberga en una casa de gran empaque, soportal de columnas y arcadas y tres plantas, de las cuales la última se adorna con un bello torreón de esquina.

A corta distancia de Bielsa, por la carretera que muere en Espierba, se llega a Javierre, lugar que cuenta con una iglesia románica del siglo XII, de planta cuadrada, donde se guarda un frontal hecho según los cánones del gótico lineal, en el siglo XIV, para honrar a santa Eulalia de Mérida, y un retablo del siglo XV consagrado a la Santísima Virgen, obra de un desconocido tan sobrado de dominio del dibujo y de la disposición de las personas y cosas como ayuno del arte de mezclar y armonizar colores.

El valle de Bielsa y el de Gistaín son el escurridero de una cuenca que alimenta generosamente al Cinca convirtiéndolo en un señor río a poco de haber nacido. Lo que la naturaleza no hizo lo han completado los hombres comunicando lagos que carecían de salida visible de aguas, con miras a la producción de electricidad. Cuando el Cinca se junta al Barrosa, en la breve plana de Bielsa, ya ha recibido el agua nieve del glaciar de Monte Perdido, las fuentes que vienen del lago Marboré, la vena del lago de La Munia y el caudal del barranco de la Fuensanta. A su vez el Barrosa viene engrosado por los barrancos de Chisagüés, Trigoniero, Urdiceto y Aberón.

Bielsa es el centro de referencia para llegar a Monte Perdido (3355 metros), Marboré (3253), La Munia (3160); al

circo de Pineta, por cuyas paredes hace volatines el agua de diecisiete cascadas; al circo de Barrosa, en el vallecillo de Parzán; a los ibones de Trigoniero, que almacenan agua a 2280 metros de altura; al lago Lalarri, a 2275 metros, y a Urdiceto, que con 2601 metros parece el pequeño de la familia.

Bielsa va a servir a un nuevo enlace con Francia. Cuando estas líneas se escriben han comenzado las obras de la carretera que llevará a Aragnouet, en el país vecino, a través de un túnel de tres kilómetros de longitud.

Desde Bielsa volvimos de nuevo a Aínsa para que don Dimas cerrara el trato de una punta de vacas benasqueñas. Cobrado y puesto a buen recaudo el precio del ganado, el patrón, contento por lo bien que pintaba el año, decidió echar unos días a pitos flautas, medicina esta de la que andaban bien necesitados nuestros cuerpos. Por fin, un 19 de junio, festividad de san Gervasio, hicimos las seis leguas escasas que separan Aínsa de Campo. El camino sigue un trecho al Cinca como si quisiera buscar la cola del pantano de Mediano, pero pasado Banastón, a eso de una legua de recorrido, deja esta querencia y se arrima mientras puede al río de la Nata, que abandona a la altura de Samper para entendedérselas con el puerto de Foradada y descansar luego en la cuenca del río Ésera, a cuyo amor se alza Campo.

En el puerto de Foradada nos cogió una tormenta tan fuera de lo común que hubiera sido imprudente no hacer alto. Las mulas, espantadas con los trallazos secos de las chispas y el redoble de los truenos, hicieron penoso el desenganche, pero la buena voluntad de todos y la experiencia del mozo Restituto Azcón lograron que animales y personas quedaran a salvo en una gran cueva natural, donde incluso encendimos un buen fuego para secar las ropas y sacamos algunas provisiones para alivio de la espera.

Mientras afuera alternaba el agua con el pedrisco y se encendían los aterradores fuegos del rayo, don Dimas exclamó:

—Buena tarde para buscar la mandrágora.²³⁴

—Sí, señor —concedió don Magín—, al mago Cipriano²³⁵ le tengo oído que la mandrágora grita desde dentro de la tierra cuando la tormenta pasa y no ha aparecido todavía el sol.

—Nunca oí hablar de ese animal —terció el avisador Gregorio Sotero.

—No es un animal —explicó condescendiente don Magín—. La mandrágora, por otros nombres uva de moro y berenjenilla, es una planta cuyas raíces tienen forma de persona. Con la mandrágora se hace un elixir que sirve para apoderarse de la voluntad de las mujeres.

El mozo de mulas Restituto Azcón, muy dado a las fal-das, sentenció sin dirigirse a nadie:

—¡No me harán bueno eso del jarabe amoroso!

—Los elixires del amor —habló don Dimas— son como los filtros de larga vida. Todo el mundo habla de ellos pero nadie ha experimentado sus efectos.

—Pues a mí me han asegurado —intervino don Magín— que la reina de Hungría, Isabel, gracias a un agua de vida que tomó a los setenta y dos años, estando paralítica y gotosa, rejuveneció tanto que pudo matrimoniar con un príncipe polaco de veinte años sin que a la hora de la verdad hiciera mal papel.

234 Planta solanácea, muy usada en magia y brujería.

235 El mago Cipriano, al que cita repetidamente don Magín, es una alusión evidente al libro de san Cipriano, grimorio de dudosa autoría y muy popular desde hace siglos como fuente de rituales mágicos, invocaciones, encantamientos y, especialmente, fórmulas para buscar tesoros. Era conocido como *el Ciprianillo* y se dice que, sobre todo en Galicia, muchos campesinos lo ocultaban en el arca y hasta había clérigos que se prestaban a leerlo revestidos de sus ornatos (Rodríguez López, 1910). Vicente Risco lo entronca con la épica europea llegada a nosotros a través del camino de Santiago siguiendo la tradición del arzobispo Turpin (Risco, 1950).

—Si tuviera el cabreo aquí —habló conciliador don Dimas—, le demostraría que hay más de dos mil fórmulas de elixires de larga vida y lo mismo da tomarlos que tirarlos por el excusado. Y, ya que estamos los de ley, le diré que la mejor fórmula para vivir mucho es la que leí hace muchos años en el envoltorio de uno de esos caramelos grandes que llaman adoquines. Se la recitaré:

Vida honesta y arreglada;
tomar muy pocos remedios
y poner todos los medios
de no alterarse por nada.
La comida moderada,
ejercicio y distracción,
no tener nunca aprensión,
salir al campo algún rato.
Poco ruido, mucho trato
y continua ocupación.

—Le advierto a usted —insistió, dominado por el amor propio, don Magín— que el mago Cipriano no era un cantamañanas cualquiera. Cuando yo le conocí llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo porque, a la moda de las brujas envenenadoras de Catania, tenía el sobaco ocupado por un huevo de oca, a fin de empollar una cría de diablo.

Como si los elementos quisieran ponerle telón de fondo a tan extraña declaración, a medio centenar de varas, frente a la boca de la cueva, doblóse un árbol segado por el rayo. Recobrados del ensordecedor estampido del trueno que siguió al accidente, don Magín prosiguió:

—Para adivinar el futuro, el mago Cipriano interpretaba las marcas que deja en las uñas la pasta de aceite y hollín; la forma que toman las entrañas de los animales; los movimientos que hacen los peces en el agua y la manera de dispersarse el humo en el aire; el influjo de los colores; las protuberancias del cráneo; los sueños; las líneas de la mano; la

disposición de los posos del café, de la malta o de la achicoria; el vuelo de los pájaros; la quebradura del espejo; las arrugas de la frente; las figuras que toma el estaño derretido; el modo de romperse la yema de un huevo; la conformación de las manchas de la tinta; el color, chasquido y lenguas de la llama, y el fluido que viene de los astros. El mago Cipriano recibía mensajes del más allá y hacía como nadie los solitarios de la oca, del ahorcado, de los seis chivos, de los cuatro reyes moros, del león, de las vírgenes locas y de la zorra.

Tomó alientos y continuó:

—El mago Cipriano tenía raíces de mandrágora criadas al pie del patíbulo y abonadas con sangre y lágrimas.

El mozo de mulas Restituto Azcón preguntó ahído de temor:

—¿Vio usted al diablillo cuando rompía el huevo?

Don Magín, muy complacido por la impresión causada, continuó el panegírico del mago:

—El gran Cipriano me enseñó que Aries gobierna la cabeza, Taurus el cuello, Géminis brazos y espalda, Cáncer pecho y corazón, Leo el estómago, Virgo el vientre, Libra los riñones y nalgas, Escorpión las partes, Sagitario los muslos, Capricornio las rodillas, Acuario las piernas y Piscis los pies.

Restituto Azcón y el avisador Gregorio Sotero, entre sobrecogidos y ensimismados, palpábanse el cuerpo a medida que don Magín recitaba.

—Los siete planetas presiden los siete agujeros de la cabeza. Saturno y Júpiter mandan en las orejas, Marte y Venus en la nariz, el Sol y la Luna en los ojos y Mercurio en la boca.

—¿Y qué ocurre con los restantes orificios del cuerpo? —preguntó irritado don Dimas—. ¿Tienen o no planeta protector? Sepa usted que el mago Cipriano, que en paz descanse, era hijo natural reconocido del cabo de areneros de una plaza de toros, que no quiero nombrar, y de una interi-

na de Guarromán, tan poco escrupulosa con los bienes de los demás que hubo de cambiar su oficio por el de camarrera de café cantante. El mago Cipriano murió de alferecía, convulsión que solo ataca a los niños y que dice bien a las claras la extraña naturaleza de aquel adulto. Y, para acabar la función, el mago Cipriano se llamaba Acisclo Babón Joel.

Coincidiendo con el discurso de don Dimas comenzó a escampar, volvimos a donde había quedado el carro, enganchamos las mulas y reanudamos el camino. Don Magín marchaba delante, embargado por la contrariedad. Don Dimas en un aparte me dijo:

—No creas, hijo, que disfruto llenando de basura al prójimo. Es que, con un día como el de hoy, unas ánimas tan tiernas como las de mis servidores y una conversación como la de don Magín, se logra una siembra que solo da frutos malos. Házselo ver a él.

Así lo intenté en Campo, pero don Magín Papalardo y Carrasco, recrecido por el resentimiento, manifestó que su único deseo era dejar la compañía de don Dimas.

—No le invito a que se venga conmigo —explicó caballeresco—, porque no es de cristianos dejar al amo sin ton ni son.

Me entregó una tarjeta escrita y añadió:

—En estas señas le darán razón de mí. Como pienso seguir viajando, voy a comprar lo necesario y a buscar buenos servidores.

Frente a una jarrilla de vino que selló la despedida me confesó:

—Dígale a don Dimas que me voy porque no me gusta que me enmienden la plana. Ya comprendo que donde hay patrón no manda marinero, pero yo también he nacido con imperio.

Se levantó, me abrazó y se fue con su tristeza a costas dejándome a mí la mía.

De Campo a Benasque, capital de la Alta Ribagorza, hay seis leguas, medidas con chorrada. La carretera comarcal que atraviesa Campo es la 139, que nace en El Grado, cabe el pantano del mismo nombre, a tres leguas y pico de Barbastro, y acaba tres cuartos de legua después de Benasque, pasado el puente romano de Cubere, en los aledaños del valle de Estós.

De Campo sale también la carretera local que por Aguascaldas y Serrate lleva al balneario de las Vilas del Turbón, que se resguarda a 1369 metros de altura al arrimo de la impresionante roca del Turbón, rayana en los 2462 metros.

Desde Campo la carretera comarcal 139 asciende sin dejar de ser fiel al Ésera, faldea la sierra de Cervín, a cuyo regazo se acoge el pueblo de Beleder, y contempla cómo le entra al río, por la orilla derecha, el Gulliver, que trae las limpias aguas de Cotiella. Entre Seira y El Run, a tres leguas de Campo, las aguas ponen su bravura al servicio de los hombres, que la cambian en energía eléctrica. En los estrechos de El Run está el tajo de Ventamillo. La roca muéstrase tan dura de pelar que el Ésera solo ha abierto un cauce breve que, en ciertos lugares, un saltarín regular podría cruzar de un bote. Abajo, los caudales presos en la cárcel de piedra se deslizan atropelladamente, dejando en el aire un ronco lamento que se pelotean las hondas cortadas, satisfechas de su hazaña. Pasado El Run, el camino se cuelga de la sierra de Chía y deja a la mano siniestra del viajero Castejón de Sos y Sesué, a quienes pastorea el pico Gallinero con sus 2720 metros de talla, y a la diestra los lugares de Chía y Villanova. En Villanova hay dos iglesias románicas: la de San Pedro y la parroquial. La iglesia de San Pedro guarda un retablo del xvi de cierto interés.

En Sahún, a una legua muy escasa de Villanova, está el santuario de Nuestra Señora de Guayente, sobre una cornisa muy bien flanqueada de árboles que domina el valle de Benasque y el macizo de los Malditos. El santuario de la Virgen de Guayente se levantó en el xi y se remozó en el xvii

a expensas de un caballero de Benasque, de apellido Azcón, que quiso agradecer a la Madre de Dios la protección que le dispensó durante la famosa batalla naval de Lepanto. En Guayente se conserva una bandera tomada a los turcos por el caballero Azcón, pieza que merece tenerse en cuenta, puesto que las donadas a Roma en recuerdo de la hazaña se han devuelto a los turcos y Guayente queda más a mano de los curiosos viajeros que Constantinopla.

En Eriste, a media legua larga de Sahun, manan aguas ferruginosas y el Ésera recibe los caudales del macizo de Posets y del de Eriste, sembrados de ibones y lagunas.

Benasque, desde lejos, parece un parche de estameña²³⁶ gris con el que se ha remendado un lienzo verde y azul. Benasque fue la capital del reino de Ribagorza, que comprendía aguas abajo del Ésera hasta Graus, más los valles del alto Isábena y los del vecino Noguera Ribagorzana, salvo el de Bohí, que siempre fue del viejo condado de Pallars. En Benasque, los viejos aún saben hablar el ribagorzano, y en Bisaurri, a media legua pasada de Castejón de Sos, donde muere la carretera comarcal 144, que viene desde La Pobla de Segur, en tierras de Lérida, lo hablan los viejos y los jóvenes.

La iglesia de Benasque, dedicada a Santa María, se terminó en el siglo XIII según los cánones del románico y consta de una nave de bóveda de cañón y su correspondiente crucero, si bien este último fue retocado el XVII en unión del presbiterio. La portada es de archivoltas con una escultura de san Marcial de Limoges y sobre el lienzo hay una ventana circular abocinada.

Benasque cuenta con varias casas solariegas que han conservado el empaque de sus años mozos. Entre ellas cuentan las de los Cornel, los Juste y la de los condes de Ribagorza. La casa de los Juste, alzada el siglo XV, está defendida por una torre fortificada de ocho pisos cuya adusta

236 Tejido de lana.

fisonomía endulzan ventanas de distinguido rango y estilo. En casa de los Cornet se pueden ver dos retratos de Vicente López soberanamente pintados. El palacio de los condes de Ribagorza se adorna con una fachada renacentista de mucho gusto y conserva la escalera monumental, el patio de cumplidas proporciones y la galería que lo contorna.

Benasque es lugar de junta y preparativos para quienes deseen visitar los valles de Estós y Vallibierna y el macizo de los Montes Malditos, donde la Maladeta (3300 metros) y el Aneto (3404 metros) levantan sus estériles cabezas siempre maltratadas y cambiantes.

La carretera acaba, como ya se indicó, a media legua larga de Benasque, en las inmediaciones del puente romano de Cubere y de la confluencia del Estós con el Ésera. El valle de Estós es un formidable escurridero limitado por los macizos de Posets y Oo. Allí se forma un puente helado, cuyo ojo horada la corriente de agua, que si el año ha sido generoso en nieves aguanta en pie todo el breve verano. Por el Estós se llega a Posets (3375 metros), Eriste (3053), Beraldi (3025), Espadas (3328), a los lagos de Batisielles, en el circo que forma el pico de ese nombre, y al puerto de Gistaín, en la cuenca del Cinca.

Pasado el puente de Cubere comienza un camino de herradura que comunica el valle de Benasque con Bagnères de Luchon, en tierras de Francia, por el puerto de Benasque. La ruta sigue el curso del Ésera; cruza el barranco Rinero, teñido por las fuentes de agua ferruginosa que a él van a parar; atraviesa la embocadura del valle de Vallibierna, cuyo cauce engruesan los lagos de Coronas, Llosas y Vallibierna, y deja atrás el río Cregüña, hermosa vena que desangra al lago de Cregüña, espejo en el que se miran el Diente Alba (3114 metros) y la Maladeta.

El camino, que sube apoyado en la ribera derecha del Ésera, cruza a la izquierda para acercarse a los baños de Benasque, lugar donde manan aguas sulfurosas a una tem-

peratura que llega a los treinta y seis grados. El río se estrecha de nuevo, agobiado por la roca que le ataca en ambos flancos, forzando las cascadas de Aguas Pasas y Remuñé, en los aledaños del barranco de este nombre, y al llegar a la altura del hospital de Benasque gira casi cuarenta y cinco grados hacia el este para ponerse paralelo a la línea de cumbrres que forman la frontera con Francia.

El hospital de Benasque está a 1700 metros de altura y es un recordatorio de tiempos idos en que se procuraba por el prójimo viandante.

A la derecha del que asciende queda el Ésera; a la izquierda, primero el puerto de Benasque, breve paso por donde se va a Francia, y después el de la Picada, que lleva al valle de Arán. Cuando el valle parece que se acaba y el viajero tendrá que habérselas con los muros de la Tuca de Borgas, el camino se orienta hacia el sur y muere ante el refugio de la Renclusa, paraíso de los amantes de la escalada.

Hay una jota que dice:

Si en Sobrarbe y Ribagorza
hay de sobras corazón
es porque saben vencer
a la Mala de Aragón.

La Mala de Aragón son los Montes Malditos, el macizo de la Maladeta. En el viejo reino de Ribagorza se contaba que donde hoy se alzan los Montes Malditos existió en tiempos de la nanita una pradera paraíso de numerosos rebaños. Cierta atardecer, un mendigo aspeado y hambriento pidió a los pastores pan y albergue y estos, además de no atender el ruego del desvalido, lo arrojaron de la majada a cantazos y le azuzaron los perros. El mendigo maldijo a los ofensores e invocó el auxilio del cielo. Al instante hombres y rebaños se convirtieron en piedras y donde había un extenso pastizal alzáronse los alucinantes senos de la montaña y su barreira de nieve y hielos.

Si hacemos cuenta omisa de los cazadores de rebecos, prófugos, contrabandistas y pastores que por oficio tuvieron que familiarizarse con la montaña y sus pasos, el precursor del pirineísmo es un francés de nombre nada menos que Luis Francisco Isabel Ramond de Carbonnières,* quien entre 1777 y 1778, animado de esa curiosidad que por la naturaleza puso en boga la Ilustración, visitó los Alpes y los Pirineos, teniendo por guía en el macizo de los Malditos a un cazador de rebecos de Bagnères de Luchon llamado Pierre Barrau, alias *Pierrine*. Ramond de Carbonnières llegó a atisbar el Aneto, la cumbre más alta del Pirineo (3404 metros), hazaña que para los medios de aquel entonces tiene su peso, pero tuvo que discurrir más de medio siglo y buen número de fallidos intentos hasta que en 1842 lo conquistaron el ruso Platon de Tchihatcheff,* en unión del francés Albert de Franqueville, de los cazadores de rebecos Bernard Arrazau, alias *Ursule*, y Pierre Redonnet, alias *Nate*, y los guías Pierre Sanio y Jean Sors, alias *Argarot*. El ruso era un oficial noble, rico, que en busca de emoción y novedades había luchado en Bulgaria y recorrido Méjico, Ecuador, Perú y la Europa occidental. El francés, muy en consonancia con el genio de su raza, se enfrentó a la montaña por motivos prácticos relacionados con la profesión botánica.

Hoy, gracias a quienes abrieron brecha y a los que les siguieron en el empeño, se sube al Aneto por dieciséis vías, que son dieciséis variantes de apostarse la vida contra el macizo por el afán de dominarlo. El 11 de agosto de 1824, Pierre Barrau, alias *Pierrine*, abrió la cuenta de las víctimas, tragado por una grieta en el hielo del glaciar de la Maladeta. Ciento siete años estuvo el cuerpo de Pierrine en la misteriosa tumba del hielo verde, viajando milímetro a milímetro entre los hitos de las morrenas, para salir de nuevo al final del helero, en agosto de 1931, y encontrar la paz de la tierra en el cementerio de Benasque.

Siete son los glaciares de las Montañas Malditas, a saber: el de la Maladeta, el de Aneto, el de Barrancs, el de las Tempestades, el de Salencas, el de Coronas y el de Russell. De ellos cinco están en la vertiente de aguas que se encara con Francia y solo dos y parte del de las Tempestades, que tiene paso por la brecha del mismo nombre, se orientan al sur. Así sucede que buena parte del agua que vierte la espléndida cuenca de las Malditas, debido a una falla geológica, desaparece en las entrañas de la tierra, en los alrededores del Forat dels Aigualluts, por el Güell del Jueu, que los montañeses llaman *Ojo del Toro*, para aparecer en el valle de Arán, engrosando el Garona, que por caprichos de la geología nace en España para servir a Francia. El sumidero del Forat dels Aigualluts está cerca de la Renclusa y, sin el pavoroso ojo que se engulle a la poderosa corriente, el Ésera se vería recrecido con los deshielos de los glaciares de Barrancs, Salencas, Tempestades y Aneto.

XII. DE BENASQUE A GRAUS

EN BENASQUE, LOS NEGOCIOS no le pintaron bien a Don Dimas. El ganadero con quien mi patrón había de pasar cuentas y cobrar un buen montón de duros se hallaba en Roda de Isábena en busca de ovejas de engorde. Don Dimas, que para asuntos de cuartos era muy mirado, y más aún vencido el plazo, decidió ir en busca del moroso y deshicimos el camino hasta Castejón de Sos. Allí ordenó a Restituto Azcón que siguiera a Graus con el carro y una mula, sin apurar a la bestia pero sin tomarse descansos innecesarios, y que aguardara nuestra llegada. Don Dimas, el avisador Gregorio Sotero y quien esto escribe cargamos nuestros avíos en las dos caballerías restantes y enderezamos el rumbo hacia Bisaurri, donde muere la carretera comarcal 144, que nace en La Pobla de Segur, junto a las aguas del Flamisella y del Noguera Pallaresa, en tierras de Lérida. Pasado Renanué, en el Coll de Fadas, como a dos leguas de Castejón de Sos, seguimos el curso de un barranco que pasa entre la Cogulla y el tozal de Abella, dos buenos mozos, aunque uno tenga nombre femenino, que mejoran los 1500 metros de talla, y fuimos a caer al barranco de Espés, entre el pueblo de dicho nombre y el de Alins, donde a poco encontramos el tramo de carretera en construcción que ha de empalmar Bonansa, a media legua generosa de la comarcal 144, con Ballabriga en una ruta que pasa por Roda de Isábena y llega a Graus, a Benabarre o a La Litera, según los ramales que se escojan.

A la altura de Calvera, que queda sobre el barranco de Castrocid, el cual vierte aguas en el Isábena, está el monasterio de Santa María de Obarra, frontero a un lugar donde el cauce se estrecha y libra contienda con las peñas. Del monasterio de Obarra, fundado a comienzos del siglo x, han llegado a nuestros días la iglesia de tres naves, muy simple en sus hechuras, algunos sepulcros que como el del barón de Espés tuvieron buena vitola antes de sufrir la profanación de los hombres, y una virgen del xvi que clama por los cuidados de un buen restaurador. El monasterio de Santa María de Obarra, apenas un siglo después de erigido, quedó como hijuela del de San Victorián, de cuya mala suerte se dio puntual relación al escribir sobre Boltaña y Aínsa. El pez grande que fue San Victorián se comió al chico para acabar ambos devorados por esta bestia de saña insuperable que el descuido y las pasiones de los hombres engendran.

En Obarra tomamos un tentempié de truchas recién sacadas del Isábena que una diligente moza rebozó con jamón y, aunque el cansancio había mellado nuestros ánimos, seguimos carretera adelante dejando a la espalda Raluy, Visalibons y La Puebla de Roda, en la margen derecha del río, e Isábena, Beranuy, Pardinella, Biescas de Obarra y Serraduy en la ribera siniestra. Bien entrada la madrugada llegamos a Roda de Isábena, que viene a quedar como a tres leguas de donde despachamos las truchas, y nos instalamos en una posada gobernada por gentes de tanta caridad y consideración que se avinieron a prepararnos una buena cena a pesar de lo inusitado de la hora.

Al día siguiente, mientras don Dimas se entregaba a sus tratos y contratos con el ganadero tras cuyos pasos habíamos venido, en unión del avisador Gregorio Sotero visité la catedral de Roda, de la que en su momento escribiré. Regresamos a la posada, y al atravesar el zaguán que comunica con

las cuadras se adelantó hacia nosotros un hombre vestido con un traje a cuadros de esos que llaman príncipe de Gales, muy maltratado por el uso, y saludó jubiloso:

—Bendito sea Dios, que jamás ha dispuesto un roto que no venga a buenas con un zurcido. Esta mañana cuando vi a don Dimas me pregunté si seguiría usted con él y no quise hacer averiguaciones porque de sobra sé que no le caigo bien.

Cuando quien así hablaba salió del contraluz conocimos que era Secundino González Lobo, empresario de espectáculos que en tierras de Selgua hacía llamar Pedrín Carnero y en Ayerbe servía de criado a don Sisinio Garcipollera, criador de grillos y coleccionista de enanitos.

—Pasemos a la cuadra —suplicó—; allí tengo un cuartillo donde podremos hablar con tranquilidad sin que nos estorbe don Dimas. «Del superior y del sol, cuanto más lejos mejor».

Seguimos a Secundino a un cuarto donde había tres camastros, tres sillas de tijera y una palangana de loza desportillada, sujeta en un trípode de hierro. Nos acomodamos formando corro y Secundino comenzó así:

—Por cuarenta duros pueden salvar a un hombre. Me dejaré de...

—¿Y quién es ese hombre? —interrumpió receloso el avisador Gregorio Sotero.

—Ese hombre soy yo, Secundino González Lobo —declaró melancólico el peticionario—. Yo, que siendo una persona honrada me veo forzado a servir a personas deshonestas si quiero comer.

—No exagere —le incité yo.

Midiome Secundino con una mirada de reproche y explicó:

—Me hallo en lugar tan apartado de mis habituales comercios a fin de pasar de matute a Francia a dos maricas de Cartagena que responden a los nombres de *Pajarito* y *Flor*.

Gregorio Sotero dio libre suelta al caño de la risa.

—Parece divertido —gruñó Secundino—, pero quisiera verle a usted en mi lugar. Nunca he sufrido tanto como con esa compañía de bujarrones que se deshacen en arrumacos y obsequios el uno con el otro. Para mí que van de viaje de novios. Tengo tanta aprensión que duermo de día y por las noches no pego ojo.

—Si tan difícil lo pone, déjelos que se las entiendan y busque otro arrimo más digno —comenté yo.

—¿Y para qué cree que les pido cuarenta duros en préstamo? —lloriqueó Secundino—. Con ese dinero me planto en Huesca o en Zaragoza y a los sodomitas que los guíe su padre.

—¿Ha cobrado algo de esos puntos? —pregunté.

—No, señor, que no se fían ni del sursuncorda.²³⁷ Me dan la comida y, una vez en lugar seguro, al otro lado de la frontera, me pagarán doscientos duros.

—Mucho dinero es —sentenció Gregorio Sotero.

—No monta tanto la suma si piensa usted que esos dos cocinillas no tienen papeles ni manera de lograrlos, porque hace años que están apuntados en los libros de la policía.

—¿Y a qué van a Francia? —quise saber.

—Por las conversaciones deduzco que quieren hacer carrera. Dicen que en Francia los cambian en mujeres de verdad, que forman espectáculos de mucho lucimiento y que ganan un platal.

—Para todo hay gustos en la viña del Señor —sentenció el avisador Gregorio Sotero haciendo morisquetas.

—Es usted un ánima inquieta —sermoneé a Secundino—. La última vez que lo vi en Ayerbe servía a un amo generoso, sacaba la tripa de mal año y encima me pagó la deuda que

237 Nombre con el que se alude a un supuesto personaje de mucha importancia. Procede de un fragmento de la misa en latín: *Sursum corda* (Arriba los corazones).

contrajo en Selgua, cuando llevaba aquella tropilla de comediantes. No tiene usted remedio y...

—Calle —me interrumpió—. Calle; se lo suplico. Y no me nombre la desgracia. ¿No sabe que a don Sisinio Garcipollera lo han encerrado en el manicomio?

—Es la primera noticia que tengo.

—Se presentaron los sobrinos en Jaca con un médico y un batallón de testigos, salieron a relucir los grillos y los enanitos y la justicia decretó que don Sisinio debía parar en una casa de salud. A mí por tratar de defender el pan me aguardaron unos mandados y, cuando entraba en la fonda, de noche, me dieron tal manta de leñazos que hube de quedar en cama tres días.

Enternecido, el avisador Gregorio Sotero echó mano a la faltriquera, sacó un pañuelo de cuadros y tomó dos monedas de veinticinco pesetas.

—Tómelas en buena hora. Más no le puedo dar.

—No las dé por perdidas —aseguró solemne Secundino—, que aquí el señor es testigo de que cuando me luce el pelo sé pagar las deudas.

Completé la cantidad hasta las doscientas pesetas y el recipiendario, visiblemente emocionado, hincose de rodillas y pretendió besarme las manos.

Impedile la acción y el hombre, ya sereno, suplicó:

—Aún espero de ustedes otra buena acción.

Muy inquieto, Gregorio Sotero se apresuró a responder:

—Si se trata de dinero, por lo que a mí toca ya tiene usted todo lo que puedo dar o prestar, que para el caso es lo mismo.

Recobrada la compostura de los buenos tiempos, Secundino replicó altanero:

—Pare el macho, amigo. Dije cuarenta duros y cuarenta duros he tomado. Ahora se trata de que, como vine a la posada en unión de Pajarito y Flor, si el posadero me ve partir solo a lo mejor se opone a mi marcha hasta que

vuelvan los otros y se aclare quién se hace cargo de la cuenta...

—¿Y dónde están esos? —interrumpió despectivo Gregorio Sotero.

—No regresarán hasta la anochecida. Siempre que paramos en lugar de río se pasan el día de baños, soles y lavatorios, metidos en unos taparrabos de colorines con menos tela que un moquero de mujer.

—Bueno, diga de una vez qué se le ofrece —propuso Gregorio Sotero.

—En un Jesús hago el hatillo. Ustedes me lo sacan a la carretera, y allí ya me las arreglaré para poner tierra por medio de bote y voleo.

—Eso no me gusta nada —decretó Gregorio Sotero.

—Ya que me han hecho el favor tengan la bondad de rematarlo —suplicó Secundino.

—Ni que se vuelva usted plañidera doy mi brazo a torcer —aseguró enérgico el avisador.

—Pues al menos —volvió a la carga Secundino— estén sobre aviso por si llega el posadero, porque lo del hatillo lo arreglo en un periquete.

Prometimos hacerlo así y Secundino apretose dos puntos el cinturón y entre la camisa y el cuerpo metió todas sus pertenencias personales. Cuando le avisamos que el campo estaba libre, salió dando pasitos breves, inflado como uno de esos globos grotescos que remontan merced a una esponjilla de alcohol. Antes de revolver la esquina, quitose la gorra ceremonioso e inclinó la cabeza.

Aquella noche, al abandonar el comedor, entraron dos jóvenes en la flor de la vida, muy acicalados y perfumados. Ambos vestían pantalones de cutí²³⁸ rayado muy estrechos y camisas floreadas. Don Dimas comentó en un aparte con el posadero:

238 Tipo de tela.

—¿No le parece que esos tordos cojean?

—¡Hombre, don Dimas! —seapuró el otro—. No se lo puedo decir a ciencia cierta. Ahora la gente simula y viste de una forma y luego es de otra... Si tanto interés tiene se lo preguntaré a un criado que llevan. Ese es de los clásicos. Yo le garantizo que es seguro.

El avisador Gregorio Sotero y yo nos miramos, cómplices, y rompimos a reír.

Roda, al amor del Isábena y con la cenicienta cabezota del Turbón por fondo, es una villa cargada de historia que ha quedado a trasmano de los caminos de los hombres. Hoy, quien desea ir a Roda ha de regresar por la misma vía, pues el tramo de Ballabriga a Bonansa, que permitiría a quienes se dirigen a Benasque desviarse en Graus y ganar la montaña después de haber visto la famosa catedral de la villa, se halla en construcción.

La catedral de Roda tiene su antecedente en las pretensiones de los condes de Pallars, Raimundo y Ermesenda, los cuales en el año 957 quisieron dar asiento al obispo Odisendo, ahuyentado de la sede de Lérida debido a la ocupación sarracena y obligado a andar de la Ceca a la Meca sin dar paz a su cuerpo ni cátedra a su doctrina. Con no pocas alternativas debidas a dimes y diretes entre el poder civil y el de los prelados, amén de la pérdida y recuperación de Roda por los cristianos, la villa vio sentarse en la silla episcopal a diecisiete obispos, incluido san Ramón, quien habiéndose mudado a Barbastro, viejo sueño de Roda, se vio expulsado de la catedral barbastrense por los hombres de armas del obispo de Huesca, don Esteban, eclesiástico de pelo en pecho que la gozaba más sacudiendo mandobles que impartiendo bendiciones.

La obra que ha llegado a nuestros días comenzose a mediados del siglo xi, salvo un pórtico neoclásico, especie

de dosel a una puerta románica del XIII, y fue concluida dentro de los dos siglos siguientes a la iniciación. El templo carece de crucero y comprende tres plantas y tres ábsides; de estos últimos el que ocupa el lado del evangelio fue cegado modernamente para acomodar la sacristía. Las bóvedas son de medio cañón corrido.

Bajo el presbiterio hay una cripta, sustentada por dos filas de columnas y bóvedas de arista, que guarda el sarcófago de san Ramón, obra del siglo XII que llama la atención por su originalidad y por la fuerza que el escultor supo dar a los pasajes que adornan las caras de la tumba, a saber: la Huida a Egipto, la Anunciación, la Visitación, el Nacimiento, la Adoración de los Magos y san Ramón vestido de pontifical. La cripta se consagró a la Santísima Virgen, a san Ramón y a san Valero, y sus muros estuvieron decorados con pinturas murales de influencia bizantina, ejecutadas en el siglo XIII por un artista ahíto de buena voluntad que olvidó las técnicas en uso y trabajó a base de delinear sobre un fondo de cal. A nuestros días han llegado el clásico pantocrátor y los meses del año, simbolizados por doce figuras de traza variopinta, entre otros motivos ornamentales y religiosos.

Como una suerte de compensación al primitivismo de la cripta, en el ábside del evangelio, ocupado por la sacristía, está la obra mural del maestro de Tahúll, que es un primor de fuerza, oficio, personalidad y vigor en el trazo. El maestro de Tahúll cuenta sin duda entre los mejores muralistas de la época, como acreditan en Roda su san Agustín o su san Ambrosio, pletóricos de vida a pesar de la brevedad de elementos con que ello se consigue. En una capilla del claustro hay también pinturas murales de mérito que sin llegar a las del maestro de Tahúll son mucho mejores que las de la cripta, con las que solamente les une idéntico parentesco bizantino.

Del retablo mayor, obra de Gabriel de Joly, fechada en 1533, han llegado a nuestros días varias tablas y han desaparecido todas las esculturas. Dignos de visita son el altar

de san Miguel, con un retablo gótico de finales del xv, pintado sobre tablas; el altar de san Juan Evangelista, de traza románica, y el coro renaciente.

Desde el claustro, alzado el xii, sobriamente ornamentado y abundante en inscripciones necrológicas, se pasa a la sala capitular, donde se ha instalado un museo que, entre otras piezas notables del siglo xii, conserva: la silla de san Ramón o armadura de un asiento de tijera tallado con gran minuciosidad en madera de boj, dos peines litúrgicos, un báculo de marfil, dos mitras con sobrepuestos de tapicería hispano-árabe y la arqueta donde se guardaron las reliquias de san Valero. Del siglo xiii hay un báculo con esmaltes de Limoges llamado de san Valero.

Roda quedó a trasmano cuando la conquista desperdigó a los toscos montañeses por tierras más agradecidas al esfuerzo humano. La sede de Roda, basculando entre la atracción de Barbastro y la de Lérida, acabó trasladada a esta última ciudad. Hoy en día, Roda sigue fuera de los caminos usuales hasta que la carretera que viene de Graus y pasa por la villa siga hacia el norte sin solución de continuidad, entre Ballabriga y Bonansa, como ya se dijo.

De Roda de Isábena a Graus hay seis leguas muy escasas. La ruta, fiel al curso del Isábena, una legua larga antes de Graus pasa por Capella, lugar que cuenta con una iglesia románica de nave única, alzada en el siglo xii. El altar mayor de la iglesia de Capella, aun incompleto porque la base del retablo fue a parar a manos de particulares, es pieza de valor adornada con buenas esculturas y con tablas que pintó a comienzos de 1500 el portugués Pedro Núñez.

Graus agrupa su caserío al pie de un cerro que cobija al santuario de la Virgen de la Peña y da secular testimonio de la unión de los caudales del Isábena con los del Ésera, poco antes de que la engrosada vena del último vierta en el pantano de Barasona. Dicen que Ésera equivale a «Es y Será» y que nombre tan jactancioso viene de que fue el único río

que tuvo agua tras un septenio de fabulosa sequía, afirmación que no es tan difícil de creer si se recuerda que esta corriente la padrecan los glaciares del macizo de las Malditas.

Graus significa lugar de paso de una calzada romana y tiene por armas una mitra y un báculo. Ramiro I acariciaba desde 1055 la idea de echar a los moros de Graus, pero hasta la primavera de 1063 no le puso cerco en forma. El rey moro de Zaragoza, por nombre Mostadir, vino en socorro de los oprimidos, en unión del infante de Castilla, don Sancho, que acaudillaba una hueste de caballeros entre los que se contaba el Cid Campeador, por aquel entonces rayano en los veinte años de edad. Los árabes de Zaragoza, sumados a los de Graus, soberanamente fortificados en las alturas que hoy ocupa la Virgen de la Peña, a los castellanos del infante don Sancho, que para más inri era sobrino del sitiador, y al Cid Campeador, pudieron con las tropas aragonesas, que incluso perdieron a su rey Ramiro I, muerto en el combate. Aquel día negro, 8 de mayo de 1063, puso gran desánimo en los forjadores del reino de Aragón, retrasó la reconquista de las tierras del somontano, que con tantos esfuerzos llevaban a cabo los montañeses, y permitió que Graus siguiera veinte años más en manos infieles. En 1083, Sancho Ramírez dejó Graus bien cercada, viajó hasta el monasterio de San Juan de la Peña, en los aldeaños de Jaca, para celebrar la cuaresma, y tras el rigor de aquellos días de penitencia entró en Graus haciendo donación de la villa al monasterio de San Victorián, como había prometido Ramiro I antes de su derrota y muerte. De aquel entonces vienen las armas de Graus concebidas tan a lo eclesiástico.

Entre las casas solariegas notables que pregonan la grandeza del ayer está la de don Rodrigo de Mur,alzada el xvi; las de los Heredia y el barón, ambas del xviii, y una, cuya propiedad se atribuye al inquisidor Torquemada, sita en la calle de Chos.

La iglesia parroquial de la villa es del siglo xiii, comprende una sola nave con crucero y bóvedas de medio

cañón, y encierra varias tablas de valor, como las que reproducen a san Victorián y a san Benito, obra del siglo xv, y las cinco con pasajes de la Pasión de Nuestro Señor, pintadas por Pedro de Espalargues para el santuario de Nuestra Señora de la Peña.

Desde la galería de arcos que da acceso al santuario de la Peña, la vista se pierde en un paisaje de severa belleza. El templo hace volatines en una cornisa de la pelada roca, muy bien aprovechada por los constructores, Juan de Marta y Juan Zeant, para la iglesia de una sola nave que levantaron según los cánones del xvi.

En Graus vivió y murió Joaquín Costa, hijo de Monzón, uno de los hombres que más entrañablemente quiso a España. La voz del rebelde León de Graus clamó en el desierto de la política del xix pidiendo escuelas, despensa y regadíos. Embebido en el pragmatismo tan consubstancial al alma de Aragón, pretendió que España dejase de mirar atrás, como la bíblica mujer de Lot, y echase a andar de cara al futuro. No otro sentido tiene su petición de cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid que tan aviesamente interpretaron derechas e izquierdas. La apasionada prédica de Costa, desolado por el espectáculo de los grandes ríos pirenaicos desangrándose sin provecho en el Ebro, granó con tanta fuerza que hoy Huesca está en vísperas de ver la unión del Gállego y del Cinca, obra de envergadura europea que sella toda una etapa de la política hidráulica defendida por el tesorero jurista.

En Graus es fama que Gracián, otro espíritu enemigo de la indolente y engañosa conformidad, escribió su *Criticón*.

A la salida de Graus la ruta se divide en dos. Un ramal contorna la margen derecha del pantano de Barasona, pasa por La Puebla de Castro y empalma en El Grado con la carretera comarcal 138; el otro rodea la ribera izquierda de Barasona en busca de Benabarre y las tierras de La Litera.

En La Puebla de Castro hay una iglesia, alzada el xiii, cuando el románico daba las boqueadas, cuyo constructor

estuvo influenciado por las normas que a través de Cataluña y la frontera vinieron de tierras de Italia. En el retablo mayor, pintado el xvi, hay quince tablas, una dedicada a san Benito y las restantes a la vida, milagros y martirio de san Román. Esta iglesia guarda asimismo dos tablas de un retablo anterior al de san Benito, representando a san Pedro y a san Pablo, que son un primor del gótico lineal.

Benabarre, a tres leguas y media largas de Graus, busca el cobijo de un cueto donde las ruinas del castillo lidian con harto daño para ellas al acorralador toro de la intemperie. Benabarre fue la villa más puntera del condado de Ribagorza, cuatro veces creado y otras tantas en discusión, pues cuando no pudo con él la furia sarracena se lo tragó el patrimonio de los reyes para convertirlo en dote de hijos o de bastardos. En 1469 aparece el condado de Ribagorza, por cuarta y última vez en el candelero, al cederlo el padre de Fernando el Católico, Juan II, a su bastardo don Alonso de Aragón, a quien para redondearle la bolsa casaron con la mujer más acaudalada de todos los reinos de entonces, la famosa doña María López de Gurrea, bautizada por los pretendientes en estado de merecer con el remoquete de *La Ricabembra*. Justamente, el incómodo yugo que impusieron los condes fue la particular carga con la que un siglo más tarde contribuyeron los hombres de Benabarre a las oleadas de sangre y destrucción que azotaron a diversos lugares del reino, púdicamente bautizadas con el nombre de «alteraciones de Aragón».

Benabarre tuvo mucho y ha conservado poco. El recinto amurallado con ocho puertas es solo un recuerdo y del castillo-palacio de los condes de Ribagorza solo quedan las muestras más duras de pelar, amén de una puerta gótica en la que fue hasta el pasado siglo iglesia parroquial, dentro del defendido conjunto. Las casas solariegas de los Aróstegui, Escala y Cambra completan la relación de los edificios de mérito.

En la iglesia del Hospital hay un excelente retablo consagrado a santa Elena, debido a un desconocido, del siglo xv, autor asimismo del retablo de Altabarrec, que se conserva en el museo de Lérida. De mucha mayor calidad artística es el retablo de la Virgen pintado en el último tercio del xv por el famoso Pedro García de Benabarre, discípulo de Huguet y a su vez maestro que ejerció notables influencias en otros pintores de la época como Pedro de Espalargues y Jaime Ferrer II. García de Benabarre domina el color, el dibujo y la composición, consiguiendo una armonía difícil de lograr en aquellos tiempos de limitados recursos.

A menos de legua y media de Benabarre está Tolva, lugar donde luce una iglesia románica de comienzos del siglo xii, en cuya portada llaman la atención un san Miguel que reduce al dragón de los infiernos y una acongojada dama que sirve de banquete a un león de traza tan fantástica como ingenua. Asimismo, a una legua de Tolva por camino de herradura, al arrimo de Sierra Meliera y del río Saco, se encuentra Sagarras Bajas, que guarda los restos de una iglesia románica de una sola nave y bóveda de cañón, alzada el siglo xi, cuya portada se alegra con capiteles de labra.

De Graus fuimos, por Benabarre, Tolva y Viacamp, en busca del Noguera Ribagorzana, que alcanzamos en los alrededores de Montañana. Aquí descansamos dos días, mientras don Dimas se reponía de un ataque de reuma que le inmovilizó las choquezuelas²³⁹ impidiéndole dar un paso.

La separación de don Magín Papalardo y Carrascoso había producido fuerte mella en mi ánimo. Cuando don Magín dejaba a un lado su amor por lo extravagante y sus sueños literarios, aparecía un hombre bondadoso lleno de humanidad y de sentido común y juez equitativo de sucesos

239 Rótulas. Huesos de las rodillas.

y de hombres. Pocos días antes de la discusión sobre el mago Cipriano, comentando yo los riesgos que corría don Dimas al ejercer de curandero, me interrumpió entre grandes carcajadas:

—Pero, hombre de Dios, ¿es posible que no lo sepa usted? Si se trata de un secreto a voces.

—Hasta que me lo aclare seguiré tan ayuno como hasta ahora.

Miró receloso a diestra y siniestra para asegurarse de que no había moros en la costa y me dijo:

—Don Dimas es médico y boticario.

Acordándome de la conversación de Almudévar, cuando me tomó a su servicio y me explicó los cánones que regían su trabajo, me quedé tan hecho una pieza que no acertaba a responder:

—Médico y boticario —insistió don Magín—. Tiene las dos carreras, de forma que nada se juega cuando a campo raso pasa visita.

—Francamente, no lo comprendo.

—Pues yo sí. Ponga por un lado que don Dimas es un espíritu volandero y que le encanta lo mismo que a usted y que a mí estar hoy aquí y mañana más allá; añada que el curanderismo tiene su gracia y su sal para muchas personas que prefieren el practicón²⁴⁰ al doctor y tendrá la explicación.

—Pues a mí no me dijo...

—Ni a usted ni a nadie —interrumpió don Magín adivinando adónde iba yo a parar—. Y si se lo pregunta lo negará y, además, se ofenderá mucho. Si quiere paz, guarde la noticia y no la haga correr.

La conversación con don Magín, unida a la falta de este, fue la suerte de gorgojo²⁴¹ que royó mi voluntad de quedar-

240 El experto en una actividad o ciencia que no ha llegado a ella a través del estudio sino de la experiencia.

241 Coleóptero que causa grandes destrozos en las cosechas.

me con don Dimas, y en Montañana agarré el toro por las astas y manifesté a mi patrón el deseo de que me ajustara la cuenta. Don Dimas, haciendo grandes aspavientos de pesar, me preguntó:

—¿Adónde irás, hijo, que estés más considerado y disfrutes de mejor vida?

Yo, sin entrar a por uvas a la viña adonde aquellas palabras me llevaban, respondí:

—Mire, don Dimas, la suerte de medicina que usted practica está de capa caída y yo para el trato de ganado no sirvo, pues escasamente distingo un eral de un añojo y una vaca parida de una novilla primeriza.

—Quédate por lo menos hasta la sanmiguelada.

Yo, como comprendí que después de cantada la gallina faltaría esa especie de confianza que hace todo fácil entre los que marchan acordes, respondí:

—No, señor; no me quedaré, pues cuando una resolución está tomada aplazarla no lleva a nada bueno para las partes.

—Piensa en que apenas has comenzado a gustarle las mieles a mi oficio y que el día de mañana, como te prometí cuando entraste a mi servicio, serás persona tan entendida en males como yo. Además, pronto pasaremos a Francia y es tierra que...

—No me insista —le atajé enérgico—. Cuando el gusto no acompaña a la voluntad no hay oficio que valga.

Aún arguyó dando de lado las razones para acudir a los sentimientos, pero mi decisión era firme y nada pudieron las rogativas.

Aquel día ya no volvió a dirigirme la palabra y la mañana del siguiente, cuando me pagó, preguntó muy serio:

—¿Lo has pensado bien?

—Sí, señor.

—Pues, entonces, adelante.

Sobre la soldada añadió una suma generosa. Después me tendió la mano y, muy alterado, preguntó:

—¿Qué piensas hacer ahora?

Me encogí de hombros, ganado también por la emoción que trascendía de don Dimas, sin acertar a responder.

—Anda, vete. Hoy no quiero verte ni un minuto más. Mañana, otro día, mi carro, mi casa y mi persona estarán a tu servicio. Ya lo sabes. Vete y que Dios te guíe.

Me abrazó y se retiró a su habitación. Al salir de Montaña me crucé con una tropilla de zagales que, cañas al hombro y tirador en ristre, jugaban a los soldados. El sol comenzaba a calentar y mientras esperaba el coche de línea me arrimé a un olmo copudo, embargada el alma por el amargor del que todavía no sabe lo que quiere y solo acuna inquietudes.

«El Zafranal», Vicién (Huesca), junio de 1960.

«La Miguelesa», La Adrada (Ávila), septiembre de 1965.

NOTAS COMPLEMENTARIAS

Página 5, línea 7. Famoso texto del historiador árabe Al-Himyari, con noticias relativas a la península ibérica y al sudoeste francés. Hay edición española traducida por Pilar Maestro, v. Al-Himyari (1963). Para sus referencias a Aragón, cf. Lévi-Provençal (1938) y Martín Duque (1956).

11, 22. Pedro Manuel Ximénez de Urrea (c. 1486-1530). Uno de los más afamados poetas aragoneses del siglo XVI. Su obra más difundida, *Cancionero*, vio la luz en Logroño en 1513. Tres años después apareció en Toledo una edición ampliada, que contenía otras obras. Cf. Villar (1878), Asensio (1950), Boase (1977, 1979 y 1980), Egido (1988 y 1991).

12, 4. Se trata de los primeros versos de la «Invocación contra la seta de Mahometo», que se encuentran en la segunda parte de la *Obra trobada* inserta en su cancionero. Cf. Urrea, en Villar (1878, p. 135).

14, 16. Eugène Soubeiran (París, 1797 – París, 1858). Farmacéutico y, desde 1833, profesor de la Escuela de Farmacia de París, realizó varios descubrimientos de interés médico y científico. Fue autor, entre otros libros, de *Manuel de Pharmacie* (1827) y *Traité de Pharmacie: Théorique et Pratique* (1835-1840). Este tratado teórico-práctico fue muy conocido en España, donde alcanzó varias traducciones durante el siglo pasado, la primera editada en Barcelona en 1840.

14, 25. Juan Sorapán de Rieros (Logrosán, Cáceres, 1572-1640). Médico de la Inquisición y de la Real Chancillería, autor

de *Medicina española contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua* (1616), uno de los libros clásicos del dietismo o dietética aunque contiene refranes referentes tanto a la alimentación como a la vida higiénica, a la obstetricia y al vino. Organizada en torno a los cuarenta y siete refranes que le sirven de pauta, es obra muy buscada por los bibliófilos y que no volvió a reimprimirse hasta 1876. Desde entonces han aparecido otras ediciones, la última, facsimilar, editada por la Universidad de Badajoz. Véanse Chinchilla (1842), Roso de Luna (1900), Castillo de Lucas (1975 y 1991), Pecellín (1980), Cruz (1995), Pulido (1996), Cortijo Parralejo (1997) y Teixidó (2000).

16, 6. El canal de Monegros fue aprobado por la Ley de Riegos de 1 de marzo de 1913 y se basó en la derivación de aguas del Gállego desde la presa de Ardisa hasta el pantano de La Sotenera, de donde había de surgir el canal que, a través de Almudévar, Tardienta y la sierra de Alcubierre, llevaría las aguas hasta la llamada Val Honda. En total, cerca de ciento cincuenta kilómetros. El primer tramo hasta Almudévar entró en servicio muy tempranamente pero todavía hoy se trabaja en la finalización del total del recorrido.

45, 26. En su posesión familiar, llamada «El Zafranab», de esta localidad de Vicién escribió Torrente gran parte de *El país de García*, según consta al final del libro.

63, 3. Mariano Gavín, *Cucaracha*, bandido generoso que operó en la sierra de Alcubierre y que permanece vivo en la memoria popular. Fue abatido por la Guardia Civil el 28 de febrero de 1875, cuando contaba treinta y siete años. La tradición popular, sin embargo, mantiene que fue envenenado. Hay una biografía basada en sus hechos legendarios. V. Andolz (1987).

63, 13. *Quedarse como el gallo de Morón, sin plumas y cacareando*. De las varias versiones que corren sobre el origen de tal dicho (cf. Iribarren, 1962, pp. 407-408), la más plausible es la que lo fundamenta en la desdicha de un alcabalero o recaudador que,

al presentarse en la sevillana villa de Morón de la Frontera y recibir las reclamaciones de los regidores, les cortó: «En este corral no canta más gallo que yo». No solo no logró lo que pretendía sino que a la noche lo pillaron en el camino de Ranillas, donde fue desnudado y azotado. De este hecho nacieron las coplas:

No te vayas a quedar
como el gallo de Morón,
cacareando y sin plumas
a la mejor ocasión.

Anda, que te vas *queando*
como el gallo de Morón,
sin plumas y cacareando.

Un monumento erigido en lo alto de la localidad al desplumado gallo recuerda este hecho. Cf. Noel (1924, pp. 227-229).

71, 2. En *Contra toda lógica* se narra un episodio, «De lo inusitado de ciertas jornadas», que tiene algunas concomitancias con este último asunto. Torrente (1988, pp. 11-19).

97, 21. El oscense Francisco Codera (1836-1912), el valenciano Julián Ribera y Tarragó (1858-1934), el zaragozano Miguel Asín y Palacios (1871-1944) y el granadino Emilio García Gómez (1905-1995) forman, efectivamente, un cuarteto clásico de los estudios arabistas en España. Nombres a los que habría que sumar, fundamentalmente, los del sevillano Pascual Gayangos y Arce (1809-1857) y el conquense Ángel González Palencia (1889-1949).

125, 25. «Pedirle la pulga»: hacerle trabajar de más, en este caso darle explicaciones. Hace alusión a la costumbre del público asistente a los *music-ball* españoles de pedir a las artistas la canción *La pulga*, cuya interpretación consistía en buscarse el insecto por las partes más secretas del cuerpo, generalmente en ropa interior. En España fue cantada por primera vez (1893) en el madrileño teatro Barbieri por Augusta Berges, pero su intérprete más famosa fue Consuelo Portella Audet, *La Chelito*.

142, 26. Lucien Briet (París, 1860 – Charly, 1921). Escritor francés, fue el principal divulgador de las bellezas pirenaicas en su época y promovió la creación del Parque Nacional de Ordesa. De 1890 a 1911 recorrió a pie en diversas ocasiones el Pirineo aragonés y sus fotografías son hoy un documento inexcusable. Recogió su obra manuscrita, que fue publicada por la Diputación de Huesca en 1990, bajo el título de *Superbes Pyrénées*. En vida publicó varios trabajos, el más importante de los cuales fue *Bellezas del Alto Aragón* (1913), que ha sido reeditado en varias ocasiones. Véase Acín Fanlo (2000).

165, 4. La creencia de la medicina primitiva en la curación de las picaduras de tarántula a través del baile y la música y su influencia en la génesis de ciertas danzas está ampliamente documentada. Véase, por ejemplo, el libro clásico de Marius Schneider (1948).

185, 6. Según la tradición, san Huberto encontró a un ciervo con una cruz luminosa entre sus astas. La cornamenta del animal nos remite también al Árbol Sagrado, intermediario entre el hombre y su trascendencia. El ciervo es, por otra parte, conocedor de las plantas medicinales y místicas y fue divinidad entre los celtas, que lo representaban en Cernunnos, portador de abundancias y de agilidad física y espiritual. Los héroes cazadores implican una búsqueda iniciática que fue origen de numerosos monasterios y santidades. Véase Atienza (1988, pp. 335 y 559).

207, 21. Pedro Malón de Chaide (Cascante, Navarra, h. 1540 – Barcelona, 1589). Religioso agustino, estudió en Salamanca con fray Antonio de Guevara y fray Luis de León. Entre 1575 y 1577 fue prior en Zaragoza y en 1578 se doctoró en Teología por la universidad de Huesca, donde en 1585 tuvo que ver con la fundación del monasterio de Loreto. En 1588 fue nombrado prior en Barcelona, donde murió. El libro al que alude Torrente, *La conversión de la Magdalena* (1588), es su obra más famosa y la única que publicó en vida. Menéndez y Pelayo lo califica como «el libro más arreado de la literatura

española». Sobre la figura de este místico, véase el reciente estudio de Aladro Font (1998).

208, 19. Manuel Abad nació en lugar y fecha desconocidos y fue fusilado en Siétamo (Huesca) en 1848. Elegido diputado en 1843, sus ideas republicanas le llevaron a levantarse en contra del gobierno de Narváez, secundando las revoluciones europeas. Procedente de las Cinco Villas, a través de Bolea y Ayerbe entró en Huesca al frente de una facción republicana y liberó a los presos políticos. Fue sitiado por el ejército y fusilado, junto a catorce compañeros, sin respetar las estipulaciones de rendición pactadas. El obelisco que conmemora el hecho fue levantado por suscripción popular en 1885. Véase Forcadell Álvarez (1980).

210, 8. El autor se refiere a la obra *Huesca monumental* (1863) de Carlos Soler y Arqués. Hay reedición reciente en Huesca, La Val de Onsera, 1996.

259, 29. El vizconde Antonio Torres-Solanot y Casas, de una antigua familia aragonesa con solar en Poleñino (Huesca), fue el pionero del espiritismo en España. Nacido en Madrid el 20 de enero de 1840, donde su padre, Mariano, era a la sazón ministro de Espartero, cursó el bachiller en Huesca y la carrera de leyes en Zaragoza y Madrid, donde se licenció. En 1858 había heredado el título de su padre y, por esas fechas, colaboraba ya en la prensa. En 1867 será uno de los propietarios de *El Alto Aragón*, periódico de filiación krausista que se convirtió en el órgano oficioso de la Junta Revolucionaria en 1868. En 1871 ingresa en «El Progreso Espiritista» y al año siguiente es nombrado presidente. Director y propietario de la revista mensual *El Espiritista*, órgano de la Sociedad Espiritista Española y del Grupo «Marieta», dedicado a investigaciones sobre «materialización». En 1872 publica *Preliminares al estudio del espiritismo. Consideraciones respecto a la filosofía, doctrina y ciencia espiritista*, su obra más importante en este terreno. Participó después en la Institución Libre de Enseñanza como accionista y vocal de propaganda y siguió desarrollando una importante labor públi-

ca y científica, al menos hasta finales de siglo. Sin embargo, su obra, quemada posteriormente por su cuñada, y su cronología son muy mal conocidas. Únicamente me consta un acercamiento parcial a su figura (Gil Novales, 1994).

259, 34. Vicente Manterola (1833-1891). Clérigo donostiarra, famoso por sus dotes oratorias y por la furia con la que defendió las tesis ultramontanas. Nombrado canónigo de la catedral vitoriana en 1862, publicó el *Semanario Católico Vasco-Navarro* entre 1866 y 1873. En 1869, ya diputado carlista, mantiene la famosa polémica con Castelar a la que alude el texto, al plantearse la discusión del artículo 21 de la Constitución de 1869, en el que se decía: «La Nación se obliga a mantener el culto y los ministros de la religión Católica». El 7 de abril Castelar inició el debate y el día 12 se produjo la contestación de Manterola, con réplicas y contrarréplicas que dieron lugar a la intervención castelariana, la cual causó un arrebato de entusiasmo en el auditorio y constituyó la consagración de Castelar como gloria nacional. Manterola, que a lo largo de su vida publicó numerosos libros, folletos y opúsculos, siguió polemizando desde posiciones irreductibles y teniendo un protagonismo en todo lo que significara la defensa de las tesis carlistas y vaticanas. Cf. Bautista (1869) y Garmendia (1875).

272, 26. Malcolm Williamson, compositor contemporáneo nacido en Sidney (Australia) en 1931.

273, 14. *El morrongo*, tango andaluz de carácter picaresco perteneciente a la obra *Enseñanza libre*, con libreto de Perrín y Palacios y música de Jerónimo Jiménez, estrenada en el madrileño teatro Eslava el 11 de diciembre de 1901. Sus números musicales, en especial *El morrongo*, se hicieron popularísimos y fueron llevados repetidamente al disco.

274, 16. Christian Science. Llamada, en español, Ciencia Cristiana o Iglesia de Cristo Científica. Secta, con sede en Boston, fundada en 1879 por la norteamericana Mary Baker Eddy (1821-

1910), que cuenta con cerca de dos millones de adeptos en el mundo. Aunque acepta la revelación de la Biblia, como sucede con los mormones y los testigos de Jehová, la somete a los escritos de su profeta sobre ella. Su doctrina, recogida en *Ciencia y salud con la clave de las Escrituras* (1875), recibe un fuerte influjo del pensamiento gnóstico.

279, 2. *Los condenados* de Pérez Galdós, drama en tres actos y un prólogo estrenado el 11 de diciembre de 1894 en el madrileño teatro de la Comedia. El fracaso de la obra llevó a don Benito a escribir un prólogo para su inmediata edición en el que, con honestidad, reflexiona sobre las razones del desvío del público. La acción contemporánea está situada en el «País de Ansó y Berdún». El único convento que aparece en la obra y al que parece referirse Torrente es el de la Esclavitud de Berdún. V. Pérez Galdós (1895).

286, 22. Fernando Asuero, médico vasco, se hizo muy famoso en la España de finales de los años 20 con su método, denominado por él «Asueroterapia fisiológica», que manipulando el trigémino «curaba» multitud de enfermedades (Asuero, 1930). Contra sus métodos se pronunciaron personalidades científicas como Ramón y Cajal o Marañón y también otros notables como Ortega y Gasset y Valle-Inclán, este con su previsible sorna. Una vez agotado su crédito en España probó fortuna en América, especialmente en la Argentina y Cuba, países que también hubo de abandonar una vez desmascarados sus manejos. Murió en España en 1942. El término *trigémino* se hizo famoso y pasó a la lengua popular, dando lugar incluso a creaciones musicales como *El trigémino*, chotis que cantó Celia Gámez, los tangos *Hay que tocarle el trigémino* y *Opérate el trigémino* o el son cubano *El paralítico*, del Trío Matamoros. V. Martínez (1931) y Veá Orte (1995).

314, 7. Las llamadas «alteraciones de Aragón» han sido bien estudiadas. Cf. Leonardo de Argensola (1808), Pidal (1862),

Melón y Ruiz de Gordejuela (1917), Colás y Salas Ausens (1976), Salas Ausens (1994).

314, 32. Véase la biografía que a este personaje dedicó Rafael Andolz (1998).

327, 16. La anécdota es verídica. Biggin fue un famoso aeronauta inglés, en cuya memoria un aeropuerto londinense lleva su nombre. Lunardi, uno de los pioneros de la aerostación, realizó la primera ascensión en globo libre, que se efectuó en España el 12 de agosto de 1792 en el lugar del Jardín del Real Sitio del Buen Retiro. V. Goma Orduña (1946).

340, 3. Ramond de Carbonnières (1753-1827). Pese a su título de barón fue diputado de la Asamblea Nacional (1791-1792) y del Cuerpo Legislativo (1800-1806). Naturalista, botánico, geólogo y físico, ejerció como profesor de Historia Natural en Tarbes. Está considerado como el padre del pirineísmo. Su primer contacto con la cordillera fue como acompañante del obispo duque de Rohan, exiliado en Bagnères a causa de la revolución. Su interés por los glaciares, mal conocidos entonces, le animó a profundizar en el conocimiento de los Pirineos. El Monte Perdidó le impresionó y decidió conquistarlo, lo que logró, acompañado de los guías Laurens y Palu, en 1802. Dados el precario equipamiento y cartografía de la época, la ascensión constituía una auténtica gesta. Sobre sus experiencias pirenaicas, Carbonnières escribió *Observations faites dans les Pyrénées, pour servir de suite à des observations sur les Alpes* (1789), *Voyage au sommet du Mont-Perdu* (1803) y *Voyages au Mont-Perdu et dans la partie adjacente des Hautes-Pyrénées* (1806).

340, 13. Platon Aleksandrovitch Tchihatcheff (1812-1892). Oficial del ejército, de origen ruso, impulsor de la primera ascensión al Aneto en 1842. Comunicó su hazaña a la Académie Royale de Toulouse y se publicó su texto el 28 de agosto de 1842. Hay edición reciente (Tchihatcheff, 1999). También su acompañante, Albert de Franqueville (1845), publicó su texto. Para las primeras ascensiones al Aneto, v. Escudier (1972).

BIBLIOGRAFÍA

- ACÍN, Ramón, y Javier BARREIRO (eds.) (1990), *Máscaras para un espacio. Huesca en la narrativa de hoy*, Huesca, DPH.
- ACÍN FANLO, José Luis (2000), *Tras las huellas de Lucien Briet: bellezas del Alto Aragón*, Zaragoza, Prames.
- (2002), *Los pirineístas y Victor Hugo*, Zaragoza, DPZ.
- AL-HIMYARI (Ibn'Abd al Mun'im al-Himyari) (1963), *Kitab ar-Rawd al-mi'tar*, trad. de M.^a Pilar MAESTRO GONZÁLEZ, Valencia, Gráficas Bautista.
- ALADRO FONT, Jorge (1998), *Pedro Malón de Chaide y «La conversión de la Magdalena». Vida y obra de un predicador*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana.
- ÁLVAREZ, Pedro (1942-1943), «Los chachos», Madrid, *El Español. Semanario de la política y el espíritu*.
- ANDOLZ, Rafael (1977), *Diccionario aragonés. Aragonés-castellano; castellano-aragonés*, Zaragoza, Librería General.
- (1987), *El bandido Cucaracha y Puchamán de Lobarre* (2.^a ed., ampliada), Zaragoza, Librería General.
- (1998), *Fermín Arrudi, el gigante aragonés de Sallent de Gállego*, Zaragoza, Mira.
- ARCO, Ricardo del (1910), *Guía monumental y artística de Huesca y su provincia*, Huesca, Leandro Pérez.
- (1931), *Aragón: Geografía. Historia. Arte. Apéndice bibliográfico*, Huesca, V. Campo y Compañía.
- (1932), *El arte románico en la región pirenaica, especialmente en Aragón*, Zaragoza, Gambón.
- (1942), *Catálogo monumental de España: Huesca*, Valencia, La Semana Gráfica (2 vols.).

- ARCO, Ricardo del, y Luciano LABASTIDA (1913), *El Alto Aragón monumental y pintoresco*, Huesca, Justo Martínez.
- ASENSIO, Eugenio (1950), «Introducción» a *Églogas dramáticas y poesías desconocidas de Pedro Manuel de Urrea*, Madrid, Joyas Bibliográficas.
- ASTURIAS, Miguel Ángel (1946), *El señor presidente*, México, Costa-Amic.
- ASUERO, Fernando (1930), *¡Ahora hablo yo! Asueroterapia fisiológica*, Tolosa, La Editorial Guipuzcoana.
- ATIENZA, Juan G. (1988), *Santoral diabólico*, Barcelona, Martínez Roca.
- AYALA, Francisco (1958), *Muertes de perro*, Buenos Aires, Sudamericana.
- AYNSA Y DE IRIARTE, Francisco Diego de (1619), *Fundación, excelencias, grandezas y cosas memorables de la antiqüísima ciudad de Huesca*, Huesca, Pedro Cabarte.
- BALLESTÉ, Jacques (1999), *Braulio Foz, pensador y literato*, Pamplona, EUNSA.
- BARREIRO, Javier (2001), «José Vicente Torrente», en *Galería del olvido. Escritores aragoneses*, Zaragoza, Cremallo, pp. 133-140.
- BASO ANDREU, Antonio (1959), «El Capitán General Pedro Villacampa Maza, héroe de la Independencia», *Argensola* [Huesca], 39, pp. 193-208.
- BAUTISTA, Marcelino (1869), *Biografía de Vicente Manterola, diputado por Guipúzcoa*, Madrid, Pascual y Compañía.
- BELLINI, Giuseppe (1970), «Visión del dictador en la literatura hispanoamericana», *El Urogallo* [Madrid], 2, pp. 12-68.
- BERTRAND DE MUÑOZ, Maryse (1982), *La guerra civil española en la novela. Bibliografía comentada*, Madrid, José Porrúa Turanzas, pp. 373-374.
- (1993), «Bibliografía», en *Anthropos* [Barcelona], 39 («Suplementos. Materiales de trabajo intelectual», junio, *Literatura sobre la guerra civil. Poesía, narrativa, teatro*,

- documentación: la expresión estética de una ideología antagonista*), pp. 149-168.
- BOASE, Roger (1977), «Poetic Theory in the Dedicatory Epistles of Pedro Manuel Ximénez de Urrea (1486 – c. 1530)», *Bulletin of Hispanic Studies*, LIV, pp. 101-106.
- (1979), «Pedro Manuel Ximénez de Urrea (1486 – c. 1530): A Biographical Inquiry», *Iberomania*, 6, p. 35 y ss.
- (1980), «Imagery of love, death and fortune in the poetry of Pedro Manuel Ximénez de Urrea (1486- c. 1530)», *Bulletin of Hispanic Studies*, LVII, pp. 17-32.
- BRIET, Lucien (1913), *Bellezas del Alto Aragón*, Huesca, Justo Martínez.
- (1990), *Soberbios Pirineos. Superbes Pyrénées*, Huesca, DPH.
- BROTO APARICIO, Santiago (2003), «Huesca: José Vicente Torrente y Secorún, diplomático y escritor», *Diario del Alto Aragón*, 9 de noviembre
- CAHIER, Philippe (1965), *Derecho diplomático*, trad. de José Vicente TORRENTE, Marcelino OREJA y Julio GONZÁLEZ CAMPOS, Madrid, Rialp.
- CALVIÑO IGLESIAS, Julio (1985), *La novela de dictador en Hispanoamérica*, Madrid, Cultura Hispánica.
- CALVO CARILLA, José Luis, coord. (1985), *Homenaje a Braulio Foz*, en *Cuadernos de Estudios Borjanos* [Borja], XV-XVI.
- (1992), *Braulio Foz en la novela del siglo XIX*, Teruel, IET.
- CARBONELL MARTÍ, Joaquín (1989), «José V. Torrente. Contra toda lógica», *El Día de Aragón* (22 de octubre).
- (2003), «El que no tiene fe a mi edad va de cráneo» (entrevista), *El Periódico de Aragón* (14 de enero).
- CARPENTIER, Alejo (1949), *El reino de este mundo*, México, EDIAPSA.
- CASTILLO DE LUCAS, Antonio (1975), «Estudio preliminar» a *Medicina española contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua*, Madrid, Real Academia de Medicina.
- (1991), «Vida y obra de Juan Sorapán de Rieros», en *Medicina española contenida en proverbios vulgares de nues-*

- tra lengua* (fac. de la ed. príncipe de 1616), Badajoz, Universidad.
- CASTRO, Antón (1996), «El embajador se divierte», *El Periódico de la Semana* (23-29 de diciembre), pp. 10-11.
- CELA, Camilo José (1948), *Viaje a La Alcarria*, Madrid, Revista de Occidente.
- CEREZALES, Manuel G. (1958), «En el cielo nos veremos, por José-Vicente Torrente», *Informaciones* (3 de enero).
- (1961), «Tierra caliente, por J. V. Torrente», *Informaciones* (recorte sin fechar).
- CHINCHILLA, Juan Anastasio (1842), «Juan Sorapán de Rieros», *Boletín del Instituto Médico Valenciano*, 10 (enero), pp. 1-4.
- COLÁS, Gregorio, y José Antonio SALAS AUSENS (1976), «Delincuencia y represión en Aragón durante el siglo XVI», *Estudios del Departamento de Historia Moderna* [Universidad de Zaragoza], pp. 79-146.
- CORTIJO PARRALEJO, Esteban (1997), «Personajes ilustres de Logrosán: dos números especiales: 72», en *Logrosán. Historia, cultura y medio natural*, Cáceres, Ayuntamiento de Logrosán.
- CRUZ CRUZ, Juan (1995), *El refrán dietético en la obra de Sorapán de Rieros*, Pamplona, ed. del autor.
- D. C. V. (1957), «José Vicente Torrente: *El becerro de oro*» (recorte de prensa en el que no consta el nombre del periódico).
- DELIBES, Miguel (1959), *La hoja roja*, Barcelona, Destino.
- «El dinero no es todo» [reseña de *El becerro de oro*], *SP* (3 de noviembre de 1957).
- DUEÑAS LABARÍAS, Juan Antonio, y Alberto SERRANO DOLADER (dirs.) (1990), *Historia del periodismo en Aragón*, Zaragoza, DPZ / DPH / DPT / Asociación de la Prensa de Zaragoza.
- DURÁN GUDIOL, Antonio (1968), *Huesca*, León, Everest.
- E. F. (1958), «El becerro de oro», *Nuestro Tiempo* (abril).

- EASTMAN, Max (con Ludwig von MISES, Henry HAZZLIT y William Henry CHAMBERLIN; trad. de José Vicente TORRENTE) (1959), *La ciencia económica ante la «inutilidad» del socialismo*, Madrid, Fundación Ignacio Villalonga.
- ECO, Umberto (1989), *El péndulo de Foucault*, Barcelona, Lumen.
- EGIDO, Aurora (1988), «Ximénez de Urrea, Pedro Manuel», *Enciclopedia Temática de Aragón*, t. XII, Zaragoza, Moncayo, pp. 142-148.
- (1991), «Aproximación a las *Églogas* de Pedro Manuel de Urrea», en *I Curso sobre Lengua y Literatura en Aragón (Edad Media)*, Zaragoza, IFC, pp. 217-255.
- EQUIPO ANDALÁN (1973), «Una “guía” de viajes muy divertida», *Andalán* (1 de junio).
- ESCUDIER, Jean (1972), *El Aneto y sus hombres. La Maladeta*, Barcelona, Montblanc, CEC.
- FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy, y Carlos FORCADELL (1979), *Historia de la prensa aragonesa*, Zaragoza, Guara.
- FERNÁNDEZ DE LA REGUERA, Ricardo (1954), *Cuerpo a tierra*, Barcelona, Condal («Garbo», 2).
- FERNÁNDEZ FLÓREZ, Wenceslao (1924), *Relato inmoral*, Madrid, La Novela de Noche.
- FLÓREZ, Rafael (1991), *Camilo de Camilos. 1.ª biografía completa*, Madrid, Bitácora.
- FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos (1980), «Abad, Manuel», *Gran Enciclopedia Aragonesa*, t. I, Zaragoza, Unali, p. 13.
- FOZ, Braulio (1844), *Vida de Pedro Saputo*, Zaragoza, Imp. de R. Gallifa.
- FRANQUEVILLE, Albert de (1845), *Voyage à la Maladetta*, París, L. Maison.
- GARCÍA CASTÁN, Concepción (1982), «Torrente Secorún, José Vicente», *Gran Enciclopedia Aragonesa*, t. XII, Zaragoza, Unali, p. 3234.
- GARCÍA MERCADAL, José (1917-1919), *España vista por los extranjeros*, Madrid, Biblioteca Nueva (3 vols.).

- GARMENDIA, Vicente (1975), *Vicente Manterola, canónigo, diputado y conspirador carlista*, Vitoria, Obra Cultural de la Caja de Ahorros Municipal.
- GIL CASADO, Pablo (1968), *La novela social española*, Barcelona, Seix Barral, pp. 192-257.
- GIL NOVALES, Alberto (1994), «El II Vizconde de Torres Solanot: fundador del espiritismo en España», *El Bosque*, 8 (mayo-agosto), pp. 103-112.
- GIMÉNEZ ARNAU, José Antonio (1978), *Memorias de memoria*, Barcelona, Destino, pp. 174-175.
- GOMA ORDUÑA, José (1946), *Historia de la aeronáutica española*, Madrid, Prensa Española.
- GOÑI, Alfredo (1988), «José Vicente Torrente Secorún, un oscense entregado a la diplomacia y a la literatura», *Diario del Altoaragón* (3 de marzo).
- HANREZ, Marc, ed. (1977), *Los escritores y la guerra de España*, Caracas, Monte Ávila.
- HAYEK, Friedrich A. von (1961), *Los fundamentos de la libertad*, trad. de José Vicente TORRENTE, Valencia, Fundación Ignacio Villalonga.
- HORNO LIRIA, Luis (1996), «Torrente Secorún, José Vicente», en *Autores aragoneses*, Zaragoza, IFC, pp. 513-516.
- IGLESIAS LAGUNA, Antonio (1969), *Treinta años de novela española, 1938-1968*, Madrid, Prensa Española.
- IRIBARREN, José María (1952), *Vocabulario navarro*, Pamplona, Gómez.
- (1962), *El porqué de los dichos. Sentido, origen y anécdota de los dichos, modismos y frases proverbiales de España, con otras muchas curiosidades* (3.^a ed.), Madrid, Aguilar.
- J. S. (1961), «Tierra caliente», *La Actualidad Española* (7 de septiembre).
- LACASA LACASA, Juan (1972), «Un gran libro oscense. El país de García de José Vicente Torrente», *Heraldo de Aragón* (9 de junio).

- LEONARDO DE ARGENSOLA, Lupercio (1808), *Información de los sucesos del Reino de Aragón en los años de 1590 y 1591, en que se advierte los yerros de algunos autores*, Madrid, Imprenta Real.
- LÉVI-PROVENÇAL, E. (1938), *La Péninsule Ibérique au Moyen-Âge d'après le Kitab ar-rawd al-mi'tar fi habar al-aktar d'Ibn 'abd al Mun'm al-Himyari*, Leiden, Brill.
- LLAMAZARES, Julio (1990), *El río del olvido*, Barcelona, Seix Barral.
- LÓPEZ ALLUÉ, Luis (1928), *Obras completas*, Huesca, Vda. de Justo Martínez.
- LOSADA, J. M. (1958), «El becerro de oro», *Informaciones* (18 de enero).
- MALÓN DE CHAIDE, Pedro (1930), *La conversión de la Magdalena*, ed. de Félix GARCÍA, Madrid, Espasa Calpe.
- MANFREDI CANO, Domingo (1955), *Las lomas tienen espinos*, Barcelona, Luis de Caralt.
- MARCUELLO, José Ramón (1992), *Los ríos de Aragón*, Zaragoza, Gobierno de Aragón – Prensa Diaria Aragonesa.
- MARTÍN DUQUE, Ángel (1956), «Aragón y Navarra según el Kitab ar-rawd al-Mi tar», *Argensola* [Huesca], VII, pp. 247-257.
- MARTÍNEZ, Licenciado Jerónimo (1931), *Las curas prodigiosas del Dr. Asuero*, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones.
- MARTÍNEZ CACHERO, José María (1997), *La novela española entre 1936 y el fin de siglo. Historia de una aventura*, Madrid, Castalia.
- MEJÍA RUIZ, Carmen (1987), *La figura del dictador en la novela moderna y contemporánea (narrativa hispanoamericana)*, Madrid, Universidad Complutense [tesis doctoral inédita].
- MELÓN Y RUIZ DE GORDEJUELA, Amando (1917), *Lupercio Latrás y la guerra de moriscos y montañeses en Aragón a fines del siglo xvi*, Zaragoza, Heraldo de Aragón.

- MIELNIKOV, Pavel Ivanovich [Andrei Pecherski] (1961), *En los bosques* (2 tomos), trad. de Natalia VARAMSINA y Consuelo BERGES, pról. de José Vicente TORRENTE, Madrid, Arión.
- MOSTAZA, Bartolomé (1957), «Avaricia, bandidaje, aventura» [reseña de *El becerro de oro*], *Ya* (1 de diciembre).
- MUR VENTURA, Luis (1928), *Efemérides oscenses*, Huesca, V. Campo.
- NAVALES, Ana María (1980), *Antología de narradores aragoneses contemporáneos*, Zaragoza, Herald de Aragón.
- NOEL, Eugenio (1924), «El gallo de Morón», en *España, nervio a nervio*, Madrid, Calpe, pp. 227-229.
- NOHAIN, Jean, y François CARADEC (1970), *El pedómano. 1857-1945. Su vida y su obra*, Madrid, Alfaguara.
- NOGUEROL-JIMÉNEZ, Francisca (1997), «Novelas de dictador: un descenso a los infiernos», *Revista Acta Académica*, 20 (mayo), pp. 65-69.
- NORA, Eugenio G. de (1970), *La novela española contemporánea (1939-1967)* (2.^a ed.), Madrid, Gredos, p. 337.
- ORTEGA Y GASSET, José (1921), *España invertebrada. Bosquejo de algunos pensamientos históricos*, Madrid, Calpe.
- ORTIZ OSÉS, Andrés (1980), «Antropología Cultural», *Gran Enciclopedia Aragonesa*, t. I, Zaragoza, Unali, pp. 204-206.
- PECELLÍN, Manuel (1980), *Literatura en Extremadura*, Badajoz, Universidad.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (1895), *Los condenados (drama en tres actos precedido de un prólogo)*, Madrid, Imprenta de José Rodríguez.
- PIDAL, marqués de (1862), *Historia de las alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe II*, Madrid, Imp. J. Martín Alegría (3 vols.).
- PIJOAN, José (1946), *Historia del arte* (3.^a ed.), Barcelona, Salvat.
- PONCE DE LEÓN, José Luis S. (1971), *La novela española de la guerra civil (1936-1939)*, Madrid, Ínsula.

- PONZ, Antonio (1772-1794), *Viaje de España, en que se da noticia de las cosas más apreciables, y dignas de saberse que hay en ella*, Madrid, Vda. de Ibarra (18 vols.).
- POZA IBÁÑEZ, Genaro (1978), «José Vicente Torrente y su mundo», en *Zaragoza en el recuerdo*, Zaragoza, ed. del autor, pp. 123-124.
- PUENTE, José Vicente (1937), *Viudas blancas. Novelas y llanto de las muchachas españolas*, Burgos, Aldecoa.
- (1945), *Una chica topolino*, Madrid, Afrodisio Aguado.
- PULIDO, Mercedes (1996), «El doctor Sorapán de Rieros», *Gazetilla de la Universidad de Badajoz*, 15, p. 5.
- RAMOND DE CARBONNIÈRES, Louis-François-Elisabeth (1789), *Observations faites dans les Pyrénées, pour servir de suite à des observations sur les Alpes*, París, Belin.
- (1803), *Voyage au sommet du Mont-Perdu*, Bagnères-de-Bigorre.
- (1806), *Voyages au Mont-Perdu et dans la partie adjacente des Hautes-Pyrénées*, París, Belin.
- RIDRUEJO, Dionisio (1976), *Casi unas memorias*, Barcelona, Planeta.
- RISCO, Vicente (1950), «Los tesoros legendarios de Galicia», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, VI, pp. 185-213 y 403-429.
- RODRÍGUEZ ALCALDE, Leopoldo, «Tierra caliente» [recorte de prensa sin fecha ni nombre del periódico].
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, Jesús (1910), *Supersticiones de Galicia y preocupaciones vulgares* (2.^a ed.; la 1.^a ed. es de 1895), Madrid, Ricardo Rojas.
- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio (1986), *Literatura fascista española. 1/Historia*, Madrid, Akal, p. 522.
- (1986), *Literatura fascista española. 2/Antología*, Madrid, Akal, pp. 767-770.
- ROSO DE LUNA, Mario (1900), «Juicio de la Medicina en proverbios de Riero de Sorapán», *Revista de Extremadura*, VII (enero), pp. 8-13.

- RUIZ AYÚCAR, Ángel (1958) «Novela: José Vicente Torrente» [reseña de *El becerro de oro*], *Pueblo* (6 de febrero).
- SALAS AUSENS, José Antonio (1994), «Lupercio Latrás. Bando-lero del rey», *El Bosque*, 7 (enero-abril), pp. 95-104.
- SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos (1957), «Al margen de los libros» [reseña de *El becerro de oro*], *Madrid* (21 de noviembre).
- SALCEDO, Ángel, «*El becerro de oro* por José Vicente Torrente», *La hora* [recorte sin fecha].
- SANZ Y DÍAZ, José (1957), «Libros, hechos y gentes» [reseña de *El becerro de oro*], *El Noticiero* (8 de diciembre).
- SANZ VILLANUEVA, Santos (1980), *Historia de la novela social española (1942-1975)*, Madrid, Alhambra, pp. 777-801.
- SCHNEIDER, Marius (1948), *La danza de espadas y la tarantela*, Barcelona, Instituto Nacional de Musicología.
- SENDER, Ramón José (1952), *El verdugo afable*, Santiago de Chile, Nascimento.
- SOLANILLA, José Luis (2003), «José Vicente Torrente: "Con los libros se aprende mucho más que viajando"» (entrevista), *Heraldo de Aragón* (12 de enero).
- SOLDEVILA DURANTE, Ignacio (1980), *La novela desde 1936*, t. II, Madrid, Alhambra, p. 119.
- SOLER Y ARQUÉS, Carlos (1864), *Huesca monumental. Ojeada sobre su historia gloriosa, apuntes biográficos de sus Santos y personajes célebres, noticias de los preciosos restos de su antigüedad, y reseña de la celeberrima Universidad Sertoriana*, Huesca, Jacobo M.^a Pérez.
- SORAPÁN DE RIEROS, Juan (1616), *Medicina española contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua*, Madrid.
- SOUBERAIN, Eugène (1840), *Tratado de farmacia. Teórica y práctica*, Barcelona, J. Boet y Compañía.
- TEIXIDÓ GÓMEZ, Francisco (2000), «Iván Sorapán de Rieros, médico humanista y divulgador», *Lhull*, 23/46, pp. 173-196.

- TCHIHATCHEFF, Platon de (1999), *Ascension au pic de Néthou: sommet culminant de la Maladetta, en juillet 1842*, Pau, Cairn.
- «Torrente, José Vicente: *El becerro de oro*», *ABC*, 8 de enero de 1958.
- TORRENTE SECORÚN, José Vicente (1941), «Ibrahim, el leproso», *Vértice*, 42 (marzo).
- (1942-1943), «*IV Grupo del 75-27*», *El Español. Semanario de la política y del espíritu* [Madrid], 31 de octubre de 1942 – 14 de agosto de 1943.
- (1948), *Doble imposición internacional*, Madrid, Revista de Legislación de Hacienda Pública.
- (1956), *En el cielo nos veremos*, Barcelona, Destino.
- (1957), *El becerro de oro*, Barcelona, Destino.
- (1960), *Tierra caliente*, Madrid, Arión (2.^a ed., Barcelona, Destino, 1974).
- (1972), *El país de García*, Barcelona, Destino.
- (1974), *Los sucesos de Santolaria*, Barcelona, Destino.
- (1988), *Huesca en imágenes*, Zaragoza, CAZAR.
- (1988), *Contra toda lógica*, Madrid, ITP Printer International.
- (1997), *El país de don Álvaro*, Madrid, M. E. Editores.
- (2000), *Manual del dorado de libros*, Madrid, Clan.
- TORRENTE SECORÚN, José Vicente, y Gabriel MAÑUECO (1953), *Las relaciones económicas de España con Hispanoamérica*, Madrid, Cultura Hispánica.
- TORRES-SOLANOT, Antonio (1872), *Preliminares al estudio del espiritismo. Consideraciones generales respecto a la filosofía, doctrina y ciencia espiritista*, Madrid, Librería de A. de San Martín.
- TRENAS, Julio (1957), «Así trabaja, José Vicente Torrente», *Pueblo* (23 de noviembre).
- VALENCIA, Antonio (1957), «Libros» [reseña de *El becerro de oro*], *Arriba* (3 de noviembre).
- VALLE-INCLÁN, Ramón María del (1926), *Tirano Banderas. Novela de tierra caliente*, Madrid, Imp. de Rivadeneyra.

- VEA ORTE, José Carlos (1995), *Las curaciones del doctor Asuero*, San Sebastián, Txertoa.
- VERDAGUER, Jacinto (1886), *Canigó. Llegendes pirenaicas del temps de la Reconquista*, Barcelona, Llibreria Catòlica.
- VIDAL, Darío (1971), *A mitad de camino*, Los Monegros, Barcelona, ATE.
- VILLAR, Martín (1878), edición y prólogo al *Cancionero* de Pedro Manuel Ximénez de Urrea, Zaragoza, DPZ.
- VILLALONGA, Miguel (1942-1943), «El tonto discreto», *El Español. Semanario de la política y el espíritu* [Madrid].
- VILLENA, Henrike de Aragón, marqués de (1766), *Arte cisorria o Tratado del arte de cortar del cuchillo*, Madrid, Antonio Martín [hay ed. facs.: Madrid, Eds. Guillermo Blázquez, 1981].
- XIMÉNEZ DE URREA, Pedro Manuel (1513), *Cancionero*, Logroño, Arnao Guillén de Brocar.
- (1516), *Cancionero de todas las obras de don Pedro Manuel de Urrea nuevamente añadido*, Toledo, Juan de Villaquirán.
- ZULUAGA OSORIO, Conrado (1977), *Novela de dictador, dictadores de novela*, Bogotá, Carlos Valencia.

ÍNDICES

ÍNDICE TOPONÍMICO

- Abarca de Bolea, castillo de los, 167
- Abejares, altura de, 81
- Abella, tozal de, 343
- Aberón, barranco de, 330
- Abiego, 22, 286
- Acherito, barranco de, 275
- Acherito, peña, 276
- Acín, 306
- Acué, pico, 275
- Adahuesca, 140, 141, 207
- Agen, 282
- Aguas, 153, 161, 162, 164, 165
- Aguas Limpias, río, 314
- Aguas Pasas, cascada de, 338
- Aguas Tuertas, valle de, 275
- Aguascaldas, 336
- Agüero, 254-256
- Agüerri, peña, 275, 276
- Aínsa, 73, 319, 324-329, 344
- Alano Espelunga, pico, 267
- Albalate del Arzobispo, 305
- Albalatillo, 60
- Albarracín, 90
- Alberuela de la Liena, 22, 141
- Alcalá de Henares, 238, 239
- Alcanadre, río, 60, 62, 71-73, 120, 124, 142, 151
- Alcoraz, 7, 16, 17, 24, 30, 31, 66, 186, 241
- Alcubierre, 55
- Alcubierre, sierra de, 52, 55
- Alemania, 54, 72, 288
- Allerre, 24
- Algas, pico, 314
- Algeciras, punta de, 56
- Alins, 343
- Almacellas, 82
- Alminarilla, castillo de, 80
- Almudévar, 7, 9, 12, 13, 15-18, 21-23, 30, 47, 52, 356
- Almunia de San Juan, 104
- Almuniente, 50
- Alpes, montes, 340
- Alquézar, 136, 138-141, 180, 246
- Alquézar, castillo de, 247
- Alto Aragón, 142, 179, 208
- Altorricon, 61, 82, 89
- América, 288
- Américas, las, 190
- Andescatieta, camino de, 321
- Aneto, glaciar de, 340, 341
- Aneto, pico, 338, 340
- Angüés, 162-164, 230
- Aniés, 242, 243

- Anjou, 194
Ansó, 264-267, 276, 278, 279
Ansó, castillo de, 266
Ansó, valle de, 52, 263
Antequera, 245
Antillón, 126
Anzánigo, 257
Añisclo, valle de, 327, 329
Ara, río, 319, 321, 324
Arabia, 162
Aragouet, 331
Aragón Subordán, río, 263, 268, 275, 276, 278-280
Aragón y Cataluña, canal de, 79, 81, 89, 91, 104
Aragón, 9, 16, 25, 31, 64-66, 72, 89, 90, 96, 97, 129, 163, 187, 188, 194-196, 201, 221, 225, 226, 236, 239, 245, 277, 280, 292, 294-296, 298, 301, 304, 314, 325, 352-354
Aragón, río, 21, 257, 258, 263, 279, 280, 292, 300, 305-307
Aragón, valle del, 263
Aragüés del Puerto, 279
Aragüés del Puerto, valle de, 280
Arán, valle de, 339, 341
Arañones, 307, 308
Arazas, estrecho de, 322
Arazas, río, 320-323
Ariéstolas, 104
Ariza, 90
Arnales, barranco de los, 62
Arollas, pico, 314
Arripas, barranco de, 322
Asabón, río, 258
Asabón, valle del, 257
Aso, peñas de, 312
Aso, río, 328
Astorga, 184
Aurín, río, 311
Ayerbe, 242, 246, 247, 254, 256, 345, 346
Azanuy, 95, 96
Azanuy, barranco de, 95
Bachimaña, 313
Bagnères de Luchon, 338, 340
Bailén, 69
Bailo, 257, 258
Balaitus, pico, 314
Ballabriga, 343, 349, 351
Ballobar, 60, 73
Ballorga, barranco de, 95
Banariés, 24
Banastás, 24
Banastón, 331
Barasona, pantano de, 79, 351, 353
Barbastro, 36, 39, 72, 109, 126-129, 131, 132, 139, 180, 198, 288, 324, 336, 349, 351
Barbastro, diócesis de, 106
Barbués, 50
Barbuñales, 126
Barcelona, 67, 82, 129, 139, 163, 173, 188
Barluenga, 47, 165, 166, 178, 179
Barrancs, glaciar de, 340, 341
Barrosa, circo de, 330
Barrosa, río, 328, 330
Bastarás, 151-153
Batisielles, lagos de, 338
Bearne, 201
Belchite, 313
Beleder, 336

- Bellazán, bosque de, 321
Bellós, río, 327-329
Benabarre, 299, 343, 353-355
Benasque, 319, 335-338, 340, 343, 349
Benasque, baños de, 338
Benasque, hospital de, 339
Benasque, puerto de, 338, 339
Benasque, valle de, 327, 336, 338
Beraldi, pico, 338
Beranuy, 344
Berbegal, 119, 120
Berdún, 263
Berdún, canal de, 258, 263, 280
Bergosal, barranco de, 257
Bernués, 257, 291
Bespén, 8, 86, 126
Bielsa, 327, 328, 330, 331
Bielsa, valle de, 319, 327, 329, 330
Bierge, 22, 119, 142, 143, 149, 151
Biescas, 291, 312, 315, 319
Biescas de Obarra, 344
Binéfar, 82, 91, 92
Biniés, 264
Bisaurín, 280
Bisaurri, 337, 343
Blancas, pico, 301
Boca del Infierno, 272, 276, 279
Bohemia, 193, 302
Bohí, valle de, 337
Bolea, 242, 243
Boltaña, 309, 324, 344
Bonansa, 343, 349, 351
Borja, 105
Borrasre, 324
Bostine, 16
Bramatuero, ibón de, 319
Broto, 319, 323, 324
Broto, valle de, 319, 323, 327
Búbal, 312
Bujaraloz, 59
Bujaruelo, gargantas de, 319
Bulgaria, 340
Buñales, 47
Burdeos, 194
Cajal, barranco de, 62
Calasanz, 95
Calasparra, 282
Calatayud, 90, 114, 315
Calcón, río, 161
Calcuta, 43
Caldarés, río, 313
Calera Cajal, barranco, 62
Calvera, 344
Camones de Oza, 276
Campanal de Izas, pico, 306
Campanil, monte, 275
Campo, 331, 335, 336
Canal Roya, 307
Canarias, islas, 38, 282
Canciás, peña de, 324
Candanchú, 308
Canfranc, 154, 302, 306-308, 310
Canfranc, raya de, 137
Canfranc, valle de, 226, 300, 305
Cantera del Tejar, 57
Capella, 351
Carcasona, 87
Carmen, puerta del, 69
Carnerario, barranco del, 62

- Carriata, 321
Cartagena, 137, 345
Cartirana, 311
Casbas, 162
Casbas, monasterio de, 162
Caspe, 72, 226, 245
Castejón de Monegros, 59
Castejón de Sos, 336, 337, 343
Castejón del Puente, 109
Castelblanco, fortaleza de, 96
Castiel, colladas y faldas de, 258
Castiello de Jaca, 306
Castilla, 64, 90, 187, 195, 200, 352
Castilsabás, 178
Castrocid, barranco de, 344
Cataluña, 81, 129, 354
Cervín, sierra de, 336
Cesaraugusta, 16
Chalamera, 60, 72, 73
Chalamera, ermita de la Virgen de, 72
Chaves, caverna de, 152
Chía, sierra de, 336
Chimillas, 24
Chisagüés, barranco de, 330
Chordonal, el, 322
Cilindro, pico, 323
Cillas, santuario de Nuestra Señora de, 242
Cinca, estrecho del, 81
Cinca, río, 21, 60, 72, 73, 79, 81, 82, 89, 104, 105, 119, 126, 128, 319, 324, 327-329, 330, 331, 338, 353
Cinco Villas, las, 208
Cinqueta, río, 329
Cipay, 118
Clamor de la Virgen, barranco del, 72
Clamor, arroyo de la, 81
Clamor, barranco de la, 119
Codo, 313, 314
Cofita, 104
Cogulla, la, 343
Cola de Caballo, cascada, 321, 323
Coll de Fadas, 343
Collarada, pico, 301, 306
Concilio, 254
Congost, estrechos del, 73
Constantinopla, 337
Córdoba, 302
Coronas, glaciar de, 340
Coronas, lago de, 338
Cotatuero, barranco de, 321
Cotatuero, cascada de, 322
Cotatuero, circo de, 320, 322
Cotefablo, collados de, 319
Cotiella, sierra de, 329, 336
Cregüeña, lago de, 338
Cregüeña, río, 338
Cuarte, 24, 30
Cuba, 134
Cubere, puente de, 336, 338
Cubilar de Berroy, selva, 322
Cuellos de Lenita, sierra de los, 276
Cuenca, provincia de, 189
Cueva, cascada de la, 322
Cumbrados, barranco, 161
Cuta, punta de la, 275
Daroca, 59
Descargador, pico, 322
Devesa, barranco, 278
Devotas, estrecho de las, 329

- Diablo, peña del, 264
Diazas, cima de, 323
Diente Alba, pico, 338
Dinamarca, 70
Dos Ríos, sierra de los, 265
Duascaro, 321, 323
Ebro, río, 73, 79, 132, 188, 353
Ebro, valle del, 187
Echo, 263, 265, 273, 275, 276,
278-280
Echo, puerto de, 267, 276
Ecuador, 340
EE UU, 142, 288
El Escorial, 25, 239
El Grado, 335, 353
El Grado, pantano de, 336
El Portalet, 311
El Pueyo de Araguás, 324, 328
El Pueyo de Jaca, 313
El Pueyo, monasterio de
Nuestra Señora de, 127
El Run, 336
Embún, 278, 280
Eriste, 337
Eriste, pico, 338
Escalona, 328, 329
Escarrilla, 313, 314
Ésera, río, 79, 331, 336-339,
341, 351
Espadas, pico, 338
España, 9, 201, 227, 243, 288,
296, 307, 341, 353
Espanas, las, 56, 188, 302
Espés, 343, 344
Espés, barranco de, 343
Espierba, 328, 330
Esquedas, 242
Estada, 96
Estadilla, 96
Estanés, ibón de, 276, 279
Estiviella, 276
Estós, río, 338
Estós, valle de, 336, 338
Estrecho Quinto, 179
Estrecho, cascada del, 322
Europa, 37, 256, 302, 340
Ezcaurri, peña de, 266, 267
Fachiceras, barranco de, 73
Faleyas, arroyo, 91, 92
Finisterre, promontorio de,
256
Fiscal, 324
Flamisella, río, 343
Flumen, acequia del, 47, 51
Flumen, canal del, 50
Flumen, río, 60, 180
Fonz, 96, 97, 104
Foradada, peña, 314
Foradada, puerto de, 331
Forat dels Aigualluts, 341
Forca, 275
Forcada, loma de, 265
Formiga, río, 151, 153
Formigal, collados de, 314
Foz de Biniés, 264, 276
Frachinal, gruta de, 322
Fraga, 79-81, 186
Fraile, El, peña, 264
Francia, 12, 36, 54, 56, 72, 87,
114, 177, 187, 195, 226, 241,
246, 258, 267, 280, 288, 305,
307, 308, 311, 314, 331, 338,
339, 341, 345, 346, 357, 358
Francia, raya de, 85, 275
Fraucata, bosque de la, 321
Fuensanta, barranco de la, 330
Fuente Gloriosa, 162

- Fuente Roya, 321
Fuentes, barranco de las, 22
- Gabardiella, sierra de, 47, 207
Gabedaille, puerto de, 275
Gállego, río, 16, 254, 257, 311-315, 319, 353
Gállego, valle del, 254, 257
Gallinero, pico, 336
Galocha, sierra de la, 22
Garcipollera, valle de la, 294, 306
Garmo Gallinero, bosque, 321
Garoná, barranco de la, 329, 341
Gavarnie, camino de, 320
Gavín, 319
Gistaín, puerto de, 338
Gistaín, valle de, 328-330
Góriz, clavijas de, 323
Gran Bretaña, 288
Granja de Escarpe, 73
Grañén, 47, 49-51
Gratal, sierra de, 24, 47, 207, 241, 242
Graus, 17, 202, 211, 337, 343, 349, 351-355
Grenoble, 36
Guara, sierra de, 47, 77, 151, 153, 294
Guarrinza, valle de, 275, 276
Guatizalema, río, 167
Guayente, santuario de Nuestra Señora de, 336, 337
Güell del Jueu (Ojo del Toro), 341
Gulliver, río, 336
- Haití, República de, 191
Hiroshima, 23
- Hoyas, barranco de las, 322
Hoz de Jaca, 313, 314
Hoz, peña de la, 312
Huerrios, 24
Huerta, 22
Huerta, barranco de la, 120
Huerta de Vero, 133
Huesca, 8, 15-17, 21-25, 30, 38, 47-49, 57, 59, 64, 67, 79, 96, 109, 124, 126, 141, 142, 151, 163, 165, 178-181, 183-186, 188, 197, 199, 201, 203, 204, 207, 208, 210-212, 220, 236, 238, 240, 242, 255, 266, 276, 294-296, 298, 301, 311, 346, 349, 353
Huesca, diócesis de, 106
Huesca, hoya de, 22, 87, 178, 180, 186, 241
Huesca, montañas de, 5
Huesca, provincia de, 69
Huesca, somontano de, 126, 186
Hungría, 332
- Ibica, 165, 166
Iguácel, 306
Infierno, picos del, 313, 314
Inglaterra, 117, 265
Ip, barranco de, 306
Ip, ibón de, 306
Irués, barranco de, 329
Isaba, valle del, 267
Isábena, 344
Isábena, río, 344, 349, 351
Isábena, valle del, 337
Isla Caprasia (Lanzarote), 282
Isuela, río, 24, 141, 142, 208

- Italia, 37, 72, 277, 354
Izas, collado de, 306
- Jaca, 180, 257, 280, 291, 298,
300-306, 310, 311, 352
Jaca, Campo de, 302
Jaca, diócesis de, 106
Jánovas, garganta de, 324
Jasa, 279
Javierre, 330
Josafat, valle de, 156
Junzano, 162
- La Adrada (Ávila), 358
La Almolda, 59
La Canal, barranco de, 321
La Litera, 79, 81, 82, 89, 343,
353
La Mina, refugio de, 267, 275
La Munia, lago de, 330
La Paúl, barranco de, 95
La Peña, pantano de, 257
La Pobla de Segur, 337, 343
La Puebla de Castro, 353
La Puebla de Roda, 344
La Sotonera, 52
La Sotonera, pantano de, 243
Labata, 160, 162
Lafortunada, 329
Laguarta, 69
Lalarri, lago, 331
Laluenga, 126
Lanaja, 52, 55-57, 59, 155, 230,
315
Lanaja, sierra de, 55
Lanuza, 314
Lanzarote, 282
Laña de Pascual, 321
Laña de Saratieta, 322
- Laña del Estado, 321
Laperdiguera, 126
Larache, 156
Larrán, pico, 306
Lárrede, 312
Larrosa, 306
Las Almunias, 142
Las Fuentes, cartuja de, 57
Las Navas, pantano de, 246
Las Negras, barranco de, 57
Las Suertes, 49
Las Tres Sorores, 323
Lascasas, 47
Laspuña, 329
Leciñena, 52
Leman, lago, 72
León, 148, 184
Lepanto, 336
Lérida, 8, 44, 67, 79, 82, 96,
120, 124, 126, 243, 266, 337,
343, 349, 351, 355
Lescún, *gave* de, 267
Líbano, 30
Liesa, 165-167
Ligüerre, 324
Limoges, 226, 337, 351
Linás de Broto, 319
Lluez, valle del, 306
Loarre, 180, 242-246
Loarre, castillo de, 244, 247
Loarre, sierra de, 241, 242
Lobera, pardina de, 258
Lombardía, 277
Loreto, santuario de, 24, 25
Lupinén, 85
- Madrid, 13, 25, 67, 295
Maito, sierra de, 279
Mala de Aragón, 339

- Maladeta, glaciar de la, 340
Maladeta, macizo de la, 338, 339
Malfarás, barranco de, 62
Mallorca, 57
Manchester, 43
Marboré, lago, 330
Marcuello, castillo de, 246, 247
Mascún, barranco de, 142
Masses, barranco de, 95
Mataire, 329
Matricapón, camino de, 321
Mediano, pantano de, 331
Méjico, 340
Mequinenza, 73, 79
Mesón, campo del, 140
Miami, 194
Millaris, pico, 322
Mola, canal de la, 91
Mondarruego, 321
Monegros, 55, 56, 59, 60
Monegros, canal de, 16, 18, 47, 52
Monja, La, peña, 264
Monreal, altura de, 81
Monreal, barranco de, 81
Montañana, 355, 357
Montañas Malditas, 340, 341, 352
Monte Perdido, 323, 329, 330
Montearagón, castillo de, 178, 180, 181, 227, 239
Montearagón, cerro de, 178
Montes Malditos, macizo de los, 336, 338-340
Montpellier, 107
Monzalbarba, 132
Monzón, 104-109, 353
Mora, cerros de la, 95
Morón, 63
Morrano, 151
Muret, 65, 66
Murillo de Gállego, 254, 256, 257
Nápoles, 131
Nata, río de la, 331
Navarra, 176, 187, 196, 221, 266, 267, 320
Navarros, puente de los, 320, 321, 324
Nocito, valle de, 238
Noguera Pallaresa, río, 343
Noguera Ribagorzana, río, 355
Noguera Ribagorzana, valle del, 337
Norteamérica, 288
Nuevo, 24
Nuestra Señora de Treviño, santuario de, 141
Obarra, monasterio de Santa María de, 344
Ochandiano, 44
Oliván, 312
Oliván, pradera de casa de, 321
Olvena, 79, 96
Ontiñena, 72
Oo, macizo de, 338
Ordesa, parque nacional de, 319-321, 323, 324
Oroel, peña, 291, 300, 311
Orós Bajo, 312
Orús, castillo de, 23
Oscá, 16, 24
Osia, río, 279, 280

- País de Gales, 256
Pallars, condado de, 162, 337, 349
Pallaruelo de Monegros, 57, 59, 60
Pallaruelo, sierra de, 55
Pamplona, 277, 280
Pano, monte, 291, 292
Panticosa, 313
Panticosa, balneario de, 313
Panzano, 153
Pardinella, 344
París, 14, 192
Parzán, valle de, 330
Paül de Bernera, 280
Pebredo, 23, 30, 33, 117
Pebredo, monte de, 58, 109
Pelay, faja de, 323
Peña Forca, 275, 276
Peña Montañesa, 328
Peralta de Alcofea, 120, 124
Peralta de la Sal, 94, 95
Peraltila, 127
Perdiguera, 52
Pertusa, 124-126
Perú, 340
Petráficha, barranco de, 267
Petrechema, barranco de, 267
Petrechema, puerto de, 267
Picada, puerto de la, 339
Piedrafita de Jaca, 313
Pineta, circo de, 330
Pineta, presa de, 328
Pirineos, 56, 132, 145, 184, 194, 226, 236, 246, 255, 263, 267, 275, 282, 294, 313, 323, 330, 340
Plan, 327, 329
Plandescún, embalse de, 329
Plano, balsa del, 56
Poblet, monasterio de, 108, 295, 296
Poleñino, 72
Polituara, 312
Pomar, 119
Pompenillo, 47
Pompién, 47
Portugal, 90, 91, 195
Posets, macizo de, 337, 338
Pozán de Vero, 132, 133
Pradera, ibón de la, 313
Puente la Reina, 241, 257, 258, 263, 267, 280
Puerto Príncipe, 191, 192
Pusilibro, 246
Quicena, 24, 87, 180
Raca, la, 307
Raluy, 344
Rapitán, fuerte de, 311
Rebullón, barranco, 151
Reguero, barranco del, 52
Remuñé, barranco de, 339
Remuñé, cascada de, 338
Renclusa, refugio de la, 339, 341
Ribagorza, Alta, 335
Ribagorza, condado de, 96, 97, 325, 337, 338, 354
Ribagorza, reino de, 337, 339
Ribereta del Arazas, 322
Ricla, 103
Riel, río, 243
Rigal, barranco, 91
Riglos, 254, 256, 257
Rinero, barranco, 338
Robres, 51, 52, 55, 227

- Roda de Isábena, 343, 344, 349-351
Rodellar, 142, 143
Roma, 24, 95, 128, 184, 185, 243, 337
Romacista, barranco de, 279
Roncal, valle del, 267
Rosellón, 132
Rufas, sierra de, 142, 144
Rusia, las, 38
Russell, glaciar de, 340
- Sabiñánigo, 311, 312
Sabocos, 319
Saboya, 194
Saco, río, 355
Sagarras Bajas, 355
Sahún, 336, 337
Salarons (Peña Gallinero), pico de, 321
Salas Altas, 196
Salencas, glaciar de, 340, 341
Salinas de Jaca, 257
Salinas de Sin, 329, 330
Salinas, sierra de, 255
Sallent de Gállego, 314
Samper, 331
San Caprasio, 56
San Cosme y San Damián, monasterio de, 111, 161
San Esteban de Litera, 90, 94, 96
San Guino, campo de, 321
San Jorge, cerro de, 241
San Juan, alto y bajo, castillos de, 23
San Juan, barranco de, 95
San Juan de la Peña, monasterio de, 180, 256, 291-298, 352
San Julián de Banzo, 178
San Juste, 324
San Martín, peña, 267
San Martín de la Val de Onsera, monasterio de, 179
San Miguel de Foces, 47, 166
San Ponce de Tomeras, monasterio de, 105, 129, 187, 236
San Sebastián, 286
San Victorián de Asán, monasterio de, 324, 328, 344, 352
Sandiniés, 313
Sangarrén, 47, 49, 50
Santa Ana, puente de, 279
Santa Cilia, barranco de, 151
Santa Cilia de Jaca, 280
Santa Cristina, monasterio de, 308
Santa Cruz de la Serós, 263, 280-282, 291, 298, 304
Santa Elena, ermita de, 312
Santa Eulalia, barranco de, 279
Santa Eulalia la Mayor, 178
Santa María de La Peña, 257
Santiago de Compostela, 226
Santo Domingo, sierra de, 255
Saqués, 313
Sariñena, 33, 57, 59-63
Sarsamarcuello, 246
Sasa del Abadiado, 178
Segre, río, 73, 79
Seira, 336
Selgua, 89, 109, 112, 116, 119, 345, 347
Selva de Oza, 268, 275, 276
Sena, 17, 60, 62-64
Senegüé, 305
Serraduy, 344
Serrate, 336

- Sesué, 336
Sevil, sierra de, 127, 132, 138, 140
Sicilia, 194
Sierra Meliera, 355
Sierra Morena, 110
Sieso, 162
Siétamo, 24, 167, 178
Sigena, monasterio de Nuestra Señora de, 62, 64-67, 71
Siresa, 276-278
Soaso, circo de, 321, 323
Soaso, gradas de, 322, 323
Sobrarbe, 73, 138, 294, 319, 324, 328, 339
Solán de Cabras, 189
Solencio, caverna de, 152
Somport, puerto de, 226, 246, 302, 305, 308
Somport, túnel del, 307, 308
Sopeliana, camino de, 321
Sorrosal, río, 319
Sotón, río, 243
Suiza, 72, 288
Susín, 312
- Tabernas de Isuela, 47, 48, 50
Tahúll, 350
Tamarite de Litera, 82, 89-91
Tarragona, 184
Tella, 329
Tempestades, glaciar de las, 340, 341
Tena, valle de, 10, 311-314, 319, 323
Tendeñera, 319
Tierz, 24, 126, 180
Tobacor, cascada de, 322
Tobacor, pico, 322
Tobazo, laderas del, 308
Toledo, 238
Tolva, 355
Torla, 319, 320, 323
Tormos, embalse de, 16
Torradilla, canal de, 91
Torres de Alcanadre, 124
Torres de Barbués, 50
Tortíella, peña, 276
Toulouse, 9
Tozal del Mallo, 321
Trento, 211
Trigoniero, barranco de, 330
Trigoniero, ibón de, 331
Trueno, sierra del, 264
Tuca de Borgas, 339
Tuertas, barranco de las, 56
Turbón, 336, 349
Turieto, 323
- Úbeda, cerros de, 143
Urdiceto, barranco de, 330
Urdiceto, lago, 331
Urdués, 279
Urgel, 245
Urgellet, 64
Utah, 273
- Val de Torro, barranco de, 81
Valdabra, barranco de, 33, 46
Valdragas, cerros de, 73
Valencia, 79, 176, 188, 200, 298
Valencia, reino de, 200
Valfarta, 59
Valfontanas, alturas de, 94
Valldemosa, 57
Vallibierna, lago de, 338
Vallibierna, valle de, 338
Valpodrido, barranco de, 81

- Valsalada, barranco de, 73
Vaqueriza, pradera de la, 321
Vascongadas, 176
Vedao, sierra del, 265
Velilla de Cinca, 73, 79
Velillas, 164, 165
Ventamillo, congosto de, 336
Ventimiglia, 37
Veral, río, 264, 266, 276
Verí, barranco de la, 94
Vero, río, 128, 132
Vero, valle del, 138
Veruela, 200
Via Lata, 16
Viacamp, 355
Vicién, 22, 33, 45-47, 58, 358
Vilas del Turbón, balneario de las, 336
Villamayor, 52
Villanova, 336
Villanovilla, 306
Villanúa, 306
Villanueva de Sigena, 62-64, 71, 72
Violada, ermita de Nuestra Señora de la, 18
Violada, camino de la, 17
Violada, llanos de la, 16
Virgen de la Peña, santuario de la, 351-353
Virgen Vieja, 59
Visalibons, 344
Yaso, 151
Yéqueda, 24
Yesa, 54
Yesa, río, 328
Yésero, 319
Yésero, barranco de, 319
Yosas, lago de, 338
Zafranales, altura de, 81
Zaidín, 81, 82
Zaidín, canal de, 81
Zaragoza, 9, 15, 17, 57, 59, 67, 82, 105, 106, 129, 132, 186, 188, 197, 221, 238, 258, 259, 291, 301, 308, 313, 324, 346, 352
Zaragoza, provincia de, 55
Zuriza, camino de, 265
Zuriza, valle de, 266

ÍNDICE

EL EMBAJADOR BIENHUMORADO	VII
El autor	IX
La obra literaria	XIX
<i>El país de García</i>	XXXIII
Los personajes	XXXIX
El itinerario	XLIII
Estructura y estilo	XLVIII
Las fuentes	XLIX
Nuestra edición	LI
EL PAÍS DE GARCÍA	
I. De Almudévar a los llanos del Alcoraz	7
II. Del carrascal de Pebredo a Sariñena	33
III. De Sariñena a Altorricón	61
IV. De Altorricón a Selgua	89
V. De Selgua a Bierge	119
VI. De Bierge a Huesca	151
VII. La heroica, leal e invicta ciudad de Huesca ..	183
VIII. De Huesca a Puente la Reina	241
IX. De Puente la Reina a Santa Cruz de la Serós .	263
X. De Santa Cruz de la Serós a Biescas	291
XI. De Biescas a Benasque	319
XII. De Benasque a Graus	343
NOTAS COMPLEMENTARIAS	359
BIBLIOGRAFÍA	369
ÍNDICES	383

Con la publicación de *El país de García*, amenísima novela viajera que nos da noticia del arte y la historia oscenses, quedó enriquecida Larumbe, colección cuyas características ideó Fermín Gil Encabo y que en esta nueva etapa codirige junto a Antonio Pérez Lasheras y Ángel San Vicente Pino. El libro se atuvo al diseño adecuado por José Luis Jiménez Cerezo a la sección áurea —la más grata al ojo humano— en homenaje a los promotores, operarios y devotos del mundo de la imprenta. Por su agradable legibilidad en el formato *in-quarto*, se usó el tipo Garamond de Adobe y tiseo armonizando la tinta color tabaco con el ahuesado del papel de 80 g y el ocre de las cubiertas verjuradas de 220 g. Para el logotipo de la colección se recurrió a la letra Bodoni como tributo de admiración a José Nicolás de Azara, culto diplomático y mecenas, sobre amigo, del afamado impresor de Parma. La L capitular identificadora de la colección, única existente en los libros editados por los Larumbe que conserva la Biblioteca Pública de Huesca, procede de la página I (A₂) de las *Constituciones synodales* del obispo Padilla impresas por José Lorenzo de Larumbe en 1716. La viñeta que se exhibe varias veces aparece solitaria en la portada de la *Palestra numerosa austriaca* que convocó Luis Abarca de Bolea, editó José Amada e imprimió Juan Francisco de Larumbe en 1650 según se aprecia en el ejemplar que fue de Valentín Cardenera y Solano y, antes, de Tomás Fermín de Lezaún y Tornos. Al servicio de los lectores de esta biblioteca de Clásicos Aragoneses, se buscó hermanar provecho y disfrute; para obsequio de los amantes del libro, quedaron conjugados cánones clásicos y procedimientos hodiernos y, en pro de la cultura, se ahormaron rasgos locales con pautas universales. *Diligencia es vida. Velocidad es muerte.*



Otros Larumbe

- 1 Fernando Basurto, *Diálogo del cazador y del pescador*, edición de Alberto del Río Noguerras (1990).
- 2 Ramón Gil Novales, *Trilogía aragonesa (La conjura. La noche del veneno. La urna de cristal)*, edición de Jesús Rubio Jiménez (1990).
- 3 José M.^a Llanas Aguilaniedo, *Alma contemporánea. Estudio de Estética*, edición de Justo Broto Salanova (1991).
- 4 Ramón J. Sender, *Imán*, edición de Francisco Carrasquer Launed (1992).
- 5 Ramón J. Sender, *Primeros escritos (1916-1924)*, edición de Jesús Vived Mairal (1993).
- 6 Ana Francisca Abarca de Bolea, *Vigilia y octavario de San Juan Baptista*, edición de M.^a Ángeles Campo Guiral (1994).
- 7 Pascual Queral y Formigales, *La ley del embudo*, edición de Juan Carlos Ara Torralba (1994).
- 8 Carlos Saura, *¡Esa luz! (guión cinematográfico)*, edición de Agustín Sánchez Vidal (1995).
- 9 Pedro Alfonso de Huesca, *Diálogo contra los judíos*, introducción de John Tolan, texto latino de Klaus-Peter Mieth, traducción de Esperanza Ducaý, coordinación de M.^a Jesús Lacarra (1996).
- 10 Constancio Bernaldo de Quirós y José M.^a Llanas Aguilaniedo, *La mala vida en Madrid. Estudio psicosociológico con dibujos y fotografías del natural*, edición y notas de Justo Broto Salanova, introducción de Luis Maristany del Rayo, prólogo de José Manuel Reverte Coma (1998).
- 11 Ramón J. Sender, *El lugar de un hombre*, edición de Donatella Pini (1998).
- 12 Francisco Carrasquer Launed, *Palabra bajo protesta (antología poética)*, póstico de Pere Gimferrer (1999).
- 13 Joaquín Maurín, *May. Rapsodia infantil* y *¡Miau! Historia del gatico Misceláneo*, prefacio de Mario Maurín (1999).
- 14 *Fragmentos de la modernidad (antología de la poesía nueva en Aragón, 1931-1945)*, edición de Enrique Serrano Asenjo (2000).
- 15 Ambrosio Bondía, *Cítara de Apolo y Parnaso en Aragón*, edición de José Enrique Laplana Gil (2000).
- 16 Ildefonso-Manuel Gil, *La moneda en el suelo*, edición de Manuel Hernández Martínez (2001).
- 17 José M.^a Llanas Aguilaniedo, *Del jardín del amor*, edición de José Luis Calvo Carilla (2002).

- 18 Jaime de Huete, *Tesorina. Vidriana*, edición de Ángeles Errazu (2002).
 - 19 Benito Morer de Torla, *Crónica*, edición de Juan Fernández Valverde y Juan Antonio Estévez Sola (2002).
 - 20 Benjamín Jarnés, *Salón de Estío y otras narraciones*, edición de Juan Herrero Senés y Domingo Ródenas de Moya (2002).
 - 21 Joaquín Maurín, *Algol*, edición de Anabel Bonsón Aventín (2003).
 - 22 Eduardo Valdivia, *¡Arre, Moisés!*, edición de Jesús Rubio Jiménez (2003).
 - 23 Vicente Sánchez, *Lira poética*, edición de Jesús Duce García (2003).
 - 24 Miguel Servet, *Obras completas*. Vol. I: *Vida, muerte y obra. La lucha por la libertad de conciencia. Documentos*, edición de Ángel Alcalá (2003).
 - 25 Manuel Sánchez Sarto, *Escritos económicos (México, 1939-1969)*, edición de Eloy Fernández Clemente (2003).
 - 26 Baltasar Gracián, *El comulgatorio*, edición de Luis Sánchez Laílla (2003).
 - 27 *La rebelión de las palabras. Sátiras y oposición política en Aragón (1590-1626)*, edición de Jesús Gascón Pérez (2003).
 - 28 José Vicente Torrente Ferrer, *El país de García*, edición de Javier Barreiro (2004).
- Miguel Servet, *Obras completas*. Vol. II: *Primeros escritos teológicos*, edición de Ángel Alcalá (en preparación).

